EL CLUB DEL CRIMEN DE LOS JUEVES

RICHARD OSMAN

EL ÚLTIMO EN MORIR

Nunca les tiembla el pulso a la hora de resolver un crimen

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
JUEVES, 27 DE DICIEMBRE, ONCE DE LA NOCHE
Primera parte ¿Y a qué estás esperando?
1. MIÉRCOLES, 26 DE DICIEMBRE, A LA HORA DE COMER
2
3. JOYCE
4. JUEVES, 27 DE DICIEMBRE, DIEZ DE LA MAÑANA
5
6
7. JOYCE
8
9
10
11
12
13. JOYCE
14
15
16
Segunda parte ¡Busques lo que busques, seguro que lo encontrarás aquí!
17
18
19
20
21
22
23

24
25
26
27
28
29
30
31. JOYCE
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47. JOYCE
48
49
50
51
52
53
54. JOYCE
55
56
57
58
59
60
61. JOYCE

62
63. JOYCE
64
65
66
67
Tercera parte Como en casa en ningún sitio
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80. JOYCE
81
82
83
84
85
86
87
88
89. JOYCE
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Es Navidad en el complejo residencial de Cooper's Chase y todos esperan disfrutar de unos días de descanso en buena compañía. Pero si eres miembro del Club del Crimen de los Jueves, nunca hay un momento de sosiego. Cuando reciben la noticia de que un viejo amigo ha sido asesinado mientras custodiaba un peligroso paquete, el cuarteto de detectives aficionados se lanza a resolver el misterio.

Su búsqueda los lleva a una tienda de antigüedades, donde pronto descubren que los secretos que esconde este oficio son tan antiguos como los objetos mismos. Mientras se cruzan con falsificadores de arte, traficantes de droga y estafadores, Elisabeth, Joyce, Ron e Ibrahim no saben en quién pueden confiar. Con el número de cadáveres rápidamente en aumento, el tiempo en contra y el peligro pisándoles los talones, ¿se les habrá acabado la suerte a nuestros intrépidos investigadores?

Bienvenidos a...EL ÚLTIMO EN MORIR.

El último en morir

Una novela del Club del Crimen de los Jueves

Richard Osman

Traducción de Albert Fuentes Sánchez

A Fred y Jessie Wright, con amor y gratitud.
Siempre estaréis en el origen de mi historia

JUEVES, 27 DE DICIEMBRE, ONCE DE LA NOCHE

Kuldesh Sharma espera no haberse equivocado de sitio. Aparca al final del camino de tierra, sobre el que se ciernen, por todos los costados, los árboles, tétricos en la oscuridad.

Finalmente lo ha decidido a las cuatro de esta misma tarde, sentado en el cuarto trasero de su tienda. La caja aguardaba sobre la mesa que tenía delante y en la radio sonaba Mistletoe and Wine.

Ha hecho dos llamadas, y ahora aquí está.

Apaga los faros y espera en una completa oscuridad.

Es mucho riesgo, sin duda, pero casi tiene ochenta años. ¿Qué mejor momento para afrontar un riesgo como este? ¿Qué es lo peor que le puede pasar? ¿Que lo encuentren y lo maten?

Podrían hacer ambas cosas, desde luego, pero tampoco sería el fin del mundo.

Kuldesh piensa en su amigo Stephen. En cómo está ahora. En lo perdido, en lo callado, en lo menguado que se lo ve. ¿Es ese el futuro que le espera a él también? Con lo bien que lo pasaban todos juntos. Los jaleos que armaban.

Su mundo está convirtiéndose en un susurro. Su mujer murió, sus amigos caen de uno en uno. Echa de menos el fragor de la vida.

Y entonces entró en escena el hombre con la caja.

A lo lejos, entre los árboles, aparece un débil resplandor neblinoso de luces. Oye un motor en la fría quietud. Está empezando a nevar y confía en que la carretera, de vuelta a Brighton, no sea demasiado traicionera.

Un haz de luz cruza la luneta trasera en el instante en que otro coche se aproxima.

Bum, bum, bum. Así retumba su viejo corazón. Casi se había olvidado de su existencia.

Kuldesh no ha llevado la caja. Aun así, la tiene a buen recaudo, y eso lo mantendrá a salvo de momento. Es su seguro de vida. Todavía necesita ganar un poco de tiempo. Y si lo consigue, entonces podrá...

Los faros del coche que se aproxima brillan un instante en sus retrovisores antes de apagarse. Las ruedas se detienen con un chirriar de gravilla, el motor baja de revoluciones y de nuevo vuelven a reinar la oscuridad y el silencio.

En fin, vamos allá. ¿Debería salir? Oye que se cierra la puerta del coche. Luego, unos pasos que empiezan a acercarse.

Nieva con más fuerza. ¿Cuándo saldrá de dudas? Tendrá que dar explicaciones sobre la caja, seguro. Poner alguna excusa, pero luego podrá volver a casa antes de que la nieve se hiele, o eso espera. Las carreteras serán una trampa mortal. Se pregunta si…

Kuldesh Sharma ve el destello del disparo antes de que pueda oír la detonación.

Primera parte
¿Y a qué estás esperando?

1

MIÉRCOLES, 26 DE DICIEMBRE, A LA HORA DE COMER

–Estuve casado con una mujer de Swansea —dice Mervyn Collins—. Pelirroja, no le faltaba de nada.

—Entiendo —repone Elizabeth—. Mucha tela que cortar, ¿no?

—¿Tela? —Mervyn niega con la cabeza—. No. Nos separamos. Ya sabes cómo son las mujeres.

—Lo sabemos, Mervyn —dice Joyce, mientras corta unas porciones de pudin de Yorkshire—. Claro que lo sabemos.

Silencio. No es el primero durante esta comida, piensa Elizabeth.

Es Boxing Day, 26 de diciembre, y la pandilla, con el añadido de Mervyn, se ha reunido en el restaurante de Coopers Chase. Joyce ha traído sorpresas de Navidad y cada uno lleva la corona de papel que le ha tocado. A Joyce le va grande, y parece que en cualquier momento va a convertirse en una venda que le tape los ojos. A Ron le va pequeña, y el papel crepé de color rosa le aprieta en las sienes.

—¿Puedo sugerirte una copita de vino, Mervyn? —pregunta Elizabeth.

—¿Alcohol a la hora de comer? No —responde él.

La pandilla pasó el día de Navidad por separado. Fue un día difícil para Elizabeth; no tenía sentido negarlo. Había esperado que la celebración despertase algo, que le diera a Stephen, su marido, una chispa de vida, algo de lucidez, que los recuerdos de las Navidades de toda una vida le transmitieran energía. Pero no. Ahora, la Navidad, para Stephen, era como otro día cualquiera. Una página en blanco al final de un libro viejo. Se estremece al pensar en el año que está a punto de empezar.

Habían quedado en comer juntos el Boxing Day en el restaurante. En el último minuto, Joyce había preguntado si sería de buena educación invitar a Mervyn a la comida. Se instaló en Coopers Chase

hace unos meses y, de momento, le ha costado hacer amigos.

«Está solo estas Navidades», dijo Joyce, y finalmente acordaron que se lo preguntarían. «Todo un detalle», comentó Ron, a lo que Ibrahim añadió que, si Coopers Chase valía para algo, era para asegurarse de que nadie se sintiera solo en Navidad.

Elizabeth, por su parte, aplaudió el altruismo de Joyce, sin dejar de observar que Mervyn, según le diera la luz, tenía ese estilo apuesto que tantas veces dejaba indefensa a su amiga. La aspereza galesa de su voz, las cejas oscuras, el bigote y el pelo plateado. Elizabeth cada vez conoce mejor el tipo de hombre que le gusta a Joyce, que podría resumirse en «alguien medianamente apuesto». «Parece un malo de telenovela», fue la opinión de Ron, y Elizabeth no tuvo inconveniente en darle la razón en este punto.

De momento han intentado hablar de política con Mervyn («no es mi especialidad»), de televisión («no me va») y de la vida matrimonial («estuve casado con una mujer de Swansea», etcétera).

Llega el plato de Mervyn. Ha torcido el morro con el pavo y en la cocina han accedido a prepararle unos langostinos empanados con patatas cocidas.

—Te chiflan los *scampi*, ¿no? —dice Ron, señalando el plato de langostinos. Elizabeth tiene que reconocerle el esfuerzo; Ron intenta echar una mano.

—Los miércoles siempre pido *scampi* —admite Mervyn.

—¿Es miércoles? —pregunta Joyce—. Siempre me pierdo en Navidades. Nunca sé qué día de la semana es.

—Es miércoles —confirma Mervyn—. Miércoles, veintiséis de diciembre.

—¿Sabías que *«scampi»* es plural? —interviene Ibrahim. Lleva la corona de papel ladeada, con elegancia—. El singular es *«scampo»*.

—Lo sabía, sí —responde Mervyn.

Elizabeth ha conquistado montañas más difíciles que Mervyn a lo largo de los años. Una vez tuvo que interrogar a un general del ejército soviético que no había soltado prenda en tres meses de cautiverio, y en menos de una hora el hombre ya estaba cantando canciones de Noël Coward con ella. Joyce lleva varias semanas trabajándose a Mervyn, desde el final del caso Bethany Waites. De momento ya ha averiguado que fue director de escuela, que va por su tercer perro y que le gusta Elton John, pero tampoco es para echar las

campanas al vuelo.

Elizabeth decide tomar las riendas de la conversación por las bravas. A veces es preciso un buen susto para devolver al paciente a la vida.

—Bueno, Mervyn, aparte de nuestra misteriosa amiga de Swansea, ¿cómo vas de amores?

—Tengo novia —dice él.

Elizabeth ve que Joyce levanta una ceja con el más sutil de los gestos.

—Me alegro por ti —dice Ron—. ¿Cómo se llama?

—Tatiana —responde Mervyn.

—Bonito nombre —comenta Joyce—. Es la primera vez que la mencionas, ¿no?

—¿Dónde está pasando las Navidades? —pregunta Ron.

—En Lituania —dice Mervyn.

—La joya del Báltico —apostilla Ibrahim.

—Creo que no hemos tenido el gusto de verla por Coopers Chase, ¿no? —indica Elizabeth—. Desde que te instalaste aquí...

—Le han retirado el pasaporte —explica Mervyn.

—Madre mía —exclama Elizabeth—. Qué mala pata. ¿Quién ha sido?

—El gobierno —responde Mervyn.

—Me lo figuraba —dice Ron, negando con la cabeza—. Maldito gobierno.

—Supongo que la echarás mucho de menos —dice Ibrahim—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste con ella?

—La verdad es que, de momento, todavía no nos hemos conocido personalmente —responde Mervyn, apartando la salsa tártara de uno de los langostinos.

—¿Todavía no os habéis visto? —pregunta Joyce—. Parece extraño...

—Pura mala suerte —dice Mervyn—. Le cancelaron el vuelo, le robaron algo de dinero y, ahora, lo del pasaporte. El amor verdadero nunca es un camino de rosas.

—Es verdad —coincide Elizabeth—. Siempre es así.

—Pero en cuanto le devuelvan el pasaporte —tercia Ron— se vendrá a Inglaterra, ¿no?

—Esa es la idea —afirma Mervyn—. Lo tenemos todo previsto. Le

he enviado algo de dinero a su hermano.

Los demás asienten al unísono. Se miran entre sí mientras Mervyn sigue dando cuenta de sus langostinos.

—A propósito, Mervyn —dice Elizabeth al tiempo que se ajusta un poquito la corona—. ¿Cuánto dinero le has enviado? Al hermano, me refiero.

—Cinco mil libras —contesta él—. Sumándolo todo. Hay una corrupción terrible en Lituania. El soborno es el deporte nacional.

—No estaba al corriente —dice Elizabeth—. He pasado muy buenos momentos en Lituania. Pobre Tatiana. Y el dinero que le robaron, ¿también era tuyo?

Mervyn asiente.

—Se lo envié y se lo mangaron en la aduana.

Elizabeth llena las copas de sus amigos.

—En fin, nos gustará mucho conocerla.

—Muchísimo —coincide Ibrahim.

—Aunque me pregunto, Mervyn —añade a continuación Elizabeth—, la próxima vez que se comunique contigo para pedirte dinero, ¿te importaría hacérmelo saber? Tengo contactos y quizá pueda ayudaros...

—¿De verdad? —pregunta Mervyn.

—Desde luego —insiste Elizabeth—. Deja que yo me ocupe. Antes de que volváis a tener mala suerte.

—Te lo agradezco —dice Mervyn—. Tatiana significa mucho para mí. Hacía mucho tiempo que nadie me prestaba atención.

—Pero yo te he hecho muchos pasteles estas últimas semanas —interviene Joyce.

—Lo sé, lo sé —dice Mervyn—. Me refería a atención en un sentido amoroso.

—Disculpa —contesta Joyce, y Ron toma un sorbo de vino para reprimir una carcajada.

Mervyn es un invitado poco convencional, pero Elizabeth está aprendiendo a dejarse llevar por la corriente de la vida en estos últimos tiempos.

Pavo relleno, globos y serpentinas, sorpresas y sombreros. Una buena botella de tinto y canciones pop navideñas sonando de fondo, o eso le parece a Elizabeth. La amistad, y Joyce que flirtea sin demasiado éxito con un galés que parece ser víctima de una estafa

internacional bastante grave. A Elizabeth podrían ocurrírsele peores maneras de pasar las fiestas.

—Bueno, feliz Boxing Day, amigos —dice Ron levantando su copa.

Todos se suman al brindis.

—Y feliz miércoles, veintiséis de diciembre, a ti, Mervyn —añade Ibrahim.

2

En circunstancias normales, Mitch Maxwell se habría encontrado a millones de kilómetros de distancia cuando descargaran un alijo. ¿Por qué correr el riesgo de estar en el almacén cuando hay drogas? Aunque, por motivos evidentes, esta remesa no es de las normales. Y cuantas menos personas intervengan, mejor, dada la situación en la que se encuentra. Solo ha parado de golpear los dedos contra la mesa para morderse las uñas. No es de los que se ponen nerviosos y no está acostumbrado.

Además, es Boxing Day, y tenía ganas de salir de casa. En realidad, necesitaba airearse un poco. Los niños se estaban portando mal y, por si fuera poco, se ha peleado a puñetazos con su suegro porque no se ponían de acuerdo sobre dónde habían visto antes a uno de los actores del especial de Navidad de *¡Llama a la comadrona!* Su suegro ha terminado en el hospital de Hemel Hempstead con la mandíbula rota. Su mujer y su suegra coinciden en que la culpa ha sido suya, por motivos que a Mitch se le escapan, así que ha considerado que una retirada a tiempo a veces es una victoria, y conducir los ciento cincuenta kilómetros hasta East Sussex para supervisar la operación ha sido un pretexto de lo más oportuno.

Mitch está aquí porque quiere asegurarse de que una humilde caja que contiene heroína por valor de cien mil libras sea descargada de inmediato en cuanto el camión haya desembarcado del ferri. Tampoco es que sea una fortuna, pero no se trata de eso.

El cargamento ha pasado el control de aduanas. De eso se trataba.

El almacén se encuentra en un polígono industrial, construido anárquicamente en una antigua zona agrícola a unos ocho kilómetros del litoral sur. Seguro que hace cientos de años hubo aquí graneros y establos, maíz, cebada, y tréboles, y ruido de cascos de caballos.

Ahora, sin embargo, en este mismo espacio solo hay almacenes de chapa ondulada, Volvos viejos y ventanas rajadas. Los huesos achacosos de Inglaterra.

Una alta valla metálica rodea toda la parcela para disuadir a ladrones de poca monta, mientras, en el interior del recinto, los delincuentes de verdad ventilan sus asuntos. El almacén de Mitch tiene un letrero de aluminio en el que se lee: SERVICIOS LOGÍSTICOS SUSSEX. Al lado, en una nave parecida, el letrero dice: SOLUCIONES FUTURAS PARA EL TRANSPORTE, S. L., una tapadera para la distribución de coches robados de altas prestaciones. A la izquierda hay un módulo prefabricado sin letrero en la puerta; allí manda una mujer a la que Mitch todavía no ha tenido el gusto de conocer, pero que, según parece, se dedica a la venta al por mayor de MDMA y de pasaportes. En el extremo opuesto de la parcela tiene su sede la bodega y almacén de BRAMBER: EL MEJOR ESPUMOSO INGLÉS, que por lo visto es un negocio legal, según Mitch acaba de descubrir. Lo llevan dos hermanos, hombre y mujer, que son un auténtico encanto: tuvieron el detalle de regalarles una caja de vino a todos los vecinos por Navidad. Estaba más rico que el champán y ha contribuido, en no poca medida, a la pelea a puñetazos con su suegro.

Mitch ignoraba si esos dos hermanos de Espumosos Bramber albergaban alguna sospecha de que eran la única empresa legal en todo el polígono, pero una vez lo habían visto comprando una ballesta en Soluciones Futuras para el Transporte y ni se habían inmutado, así que no parecía que fueran a darle la lata. Mitch intuía que esos espumosos ingleses podían dar un buen dinero, y había pensado en invertir en la empresa. Al final, no se ha tirado a la piscina, porque con la heroína también se gana un buen dinero y a veces es recomendable ceñirse a lo que uno domina. Aun así, está empezando a matizar su opinión, sobre todo ahora que cada vez tiene más problemas.

El almacén está cerrado a cal y canto. La puerta del remolque del camión está abierta. Dos hombres —mejor dicho, un hombre y un chico— están descargando macetas. El personal mínimo. Una vez más, como consecuencia de la situación actual, Mitch ha tenido que recordarles que se anden con cuidado. Por supuesto, la caja pequeña escondida entre los palés es la mercancía más importante, pero eso no significa que no puedan ganarse un dinerito con las macetas. Mitch las

vende a los *gardens* del sureste, un negocio aseado y decente. Y nadie va a comprarle una maceta rajada.

La heroína está en una cajita de terracota, tratada para que parezca vieja, como un trasto de jardín cutre, por si acaso a alguien le da por husmear. Un adorno soso. Es el método habitual. En alguna finca agrícola perdida en Helmand, han metido la heroína en la caja y luego le han puesto unas cuñas para que quede bien cerrada. Un empleado de Mitch —le tocó a Lenny comerse el marrón— tuvo que viajar a Afganistán para supervisar la operación y asegurarse de que la heroína era pura y de que no iban a estafarlos. La caja de terracota viajó en el coche de Lenny hasta Moldavia, a una ciudad en la que nadie mete las narices donde no lo llaman. Luego la escondieron cuidadosamente entre cientos de macetas y un tal Garry, con antecedentes penales y no mucho que perder, cruzó Europa con ella.

Mitch está ahora en el despacho, en un altillo improvisado al final del almacén, rascándose un tatuaje del brazo en el que se lee «Dios ayuda a quien se ayuda». El Everton está perdiendo dos a cero contra el Manchester City, un resultado esperable, pero aun así le pone de mal humor. Alguien le propuso unirse a una sociedad para comprar el Everton Football Club. Era tentador ser el dueño de un trocito de su equipo de infancia, de la pasión de toda una vida, pero después de estudiar el asunto se convenció, una vez más, de que le convenía ceñirse a la heroína.

Mitch recibe un mensaje de su esposa, Kellie.

A papá le han dado el alta.
Dice que va a matarte.

Sería una manera de hablar para algunos, pero el suegro de Mitch es el jefe de una de las bandas criminales más importantes de Mánchester y una vez, por Navidad, le regaló una Taser de la policía. Así que mejor andarse con cuidado con ese hombre. Aunque con los suegros siempre conviene andarse con cuidado, ¿no? Mitch está seguro de que todo se arreglará: su matrimonio con Kellie es el fruto de un amor que triunfó contra viento y marea, la historia de Romeo y Julieta que unió Liverpool y Mánchester. Mitch responde al mensaje.

Dile que le he comprado
un Range Rover.

Se oye el golpe seco de un puño contra la puerta birriosa y Dom Holt, su segundo de a bordo, entra en el despacho.

—Todo en orden —dice Dom—. Macetas descargadas. La mercancía está en la caja fuerte.

—Gracias, Dom.

—¿Quieres verla? Da miedo.

—No, colega. Gracias —contesta Mitch—. No quiero tocarla ni con un palo.

—Te enviaré una foto —dice Dom—. Para que al menos la hayas visto.

—¿A qué hora sale? —Mitch es consciente de que todavía no pueden respirar tranquilos. Pero lo que más lo preocupaba era el paso por la aduana. Ahora ya están a salvo, ¿no? ¿Hay algo más que pueda torcerse?

—A las nueve de la mañana —le informa Dom—. La tienda abre a las diez. Enviaré al chico con la mercancía.

—Buen muchacho —responde Mitch—. ¿Adónde hay que llevarla? ¿A Brighton?

Dom asiente.

—A un anticuario. El tipo se llama Kuldesh Sharma. No es lo habitual, pero no hemos encontrado a nadie más. No creo que nos dé problemas.

El Manchester City marca su tercer gol y Mitch tuerce el gesto. Apaga el iPad. Para qué seguir torturándose.

—Bueno, te dejo al mando. Yo me largo —dice—. ¿Puedes pedirle a tu chico que mangue el Range Rover aparcado frente a los espumosos y que me haga el favor de llevarlo a Hertfordshire?

—Claro, jefe —dice Dom—. Tiene quince años, pero esos cacharros se conducen solos. La caja puedo llevarla yo.

Mitch se marcha del almacén por la salida de emergencia. Dom y el chico son los únicos que lo ven salir. Además, Dom y él fueron juntos a la escuela; de hecho, los expulsaron a la vez, así que, por ese lado, cero preocupaciones.

Dom se trasladó a la costa sur de Inglaterra hace diez años, después de incendiar el almacén que no era, y ahora se ocupa de toda la logística desde Newhaven. Es muy eficiente. Además, aquí, en la costa, hay buenas escuelas, así que Dom está feliz. Su hijo acaba de entrar en el Royal Ballet. Todo ha salido a pedir de boca. Hasta estos

últimos meses. Pero ya casi lo tienen resuelto. Siempre que no se tuerza nada con este último envío. Y, de momento, todo va bien.

Mitch rota los hombros. Suele prepararse así antes de emprender el viaje de vuelta a casa. Su suegro no estará contento, pero se tomarán juntos una pinta, pondrán *Fast and Furious* y las aguas volverán a su cauce. Es posible que termine con un ojo morado después de disculparse —al buen hombre habrá que concederle un puñetazo gratis después de lo que le ha hecho—, pero el Range Rover debería apaciguarlo.

Una cajita de nada, cien mil libras de beneficios. Bonito trabajo para un Boxing Day.

Lo que ocurra mañana no es asunto suyo. Su responsabilidad era transportar la caja desde Afganistán a una pequeña tienda de antigüedades en Brighton. En cuanto la recojan, su trabajo habrá terminado. Un hombre, quizá una mujer, quién sabe, entrará en la tienda a la mañana siguiente, comprará la caja y se marchará. Comprobarán el contenido y le abonarán el dinero en la cuenta inmediatamente.

Y, lo más importante, Mitch sabrá que su negocio vuelve a estar a salvo. Han sido unos meses bastante duros. Decomisos en los puertos, detenciones de conductores y de mensajeros. Por eso ha procurado ser tan discreto con este transporte y solo ha hablado con gente de su más estricta confianza. Se ha andado con pies de plomo.

A partir de mañana, confía en que no tendrá que volver a pensar en esa fea caja de terracota en su vida. Que podrá embolsarse el dinero y pasar al siguiente proyecto.

Si Mitch hubiera mirado a la izquierda de la carretera al salir del polígono, habría visto a un repartidor con la moto aparcada en un área de descanso. Y tal vez se le habría ocurrido que era un sitio extraño, a una hora extraña, en un día extraño, para que ese hombre estuviera aparcado allí. Pero Mitch no ve al hombre, así que no se le ocurre pensar en ello y emprende feliz el viaje de vuelta a casa.

El motorista no se mueve.

3

Joyce

¡Hola otra vez!

Ayer no escribí nada en el diario porque era Navidad y tuve mucho que hacer. Suele pasar, ¿no? Cócteles de Baileys, tartaletas de fruta y ver la tele. Hacía un poco de calor en el piso, según Joanna, y luego, cuando intenté arreglarlo, resultó que hacía un poco de frío. Joanna tiene calefacción radiante en toda la casa y no pierde la ocasión de recordármelo.

Pongo una sonrisa ahora que veo todos los adornos navideños. Las bombillas emiten destellos rojos, dorados y plateados. Tengo tarjetas de felicitación en las paredes. Son de amistades de toda la vida y de amistades recientes. En lo alto del árbol de Navidad (no se lo digáis a nadie, pero es de mentira; lo compré en John Lewis y, sinceramente, la diferencia casi ni se nota) hay un angelito que Joanna hizo en primaria. Es un rollo de papel higiénico con un poco de papel de aluminio, una blonda y una carita dibujada en una cuchara de madera. Hace cuarenta y tantos años que lo pongo en el árbol. ¡Media vida!

Los cuatro o cinco primeros años, Joanna estaba muy orgullosa y emocionada cuando veía su angelito en el árbol. Luego, tuvo dos o tres años en los que cada vez se sentía más avergonzada, lo que desembocó, diría, en treinta años de abierta hostilidad hacia el pobre angelito. Estos últimos años he notado cierto deshielo en ella, y estas Navidades, cuando volví al salón con una bandeja de galletas Pim's, me encontré a Joanna tocando el ángel, con lágrimas en los ojos.

Fue una sorpresa, aunque, pensándolo bien, supongo que para ella ha sido casi una vida entera.

Joanna vino con su novio, Scott, el presidente del club de fútbol. Había esperado que me invitaran a su casa; la casa de Joanna se ve preciosa y muy navideña en su Instagram. Flores y lazos, y un árbol de verdad. Las velas demasiado cerca de las cortinas para mi gusto, pero ella sabrá; ya es una mujer hecha y derecha.

Joanna esperó al 20 de diciembre para anunciarme que pasarían el día de Navidad en mi casa. Me dijo que no me preocupara por la comida, que ellos la traerían, todo precocinado, de un restaurante de Londres. «Así no tendrás que cocinar nada, mamá», me dijo, lo que me pareció una pena, porque me apetecía mucho ponerme el delantal.

¿Por qué comieron en mi casa? Bueno, el caso es que se marchaban a Santa Lucía el 25 por la noche y, en el último minuto, la compañía les dijo que, en lugar de salir de Heathrow, cerca de su casa, el vuelo saldría de Gatwick, que está más

cerca de la mía.

Así que les vine como anillo al dedo. Que es todo lo que una puede desear a veces, ¿no?

Dejad que os cuente algo más, antes de que se me vaya de la cabeza. Ayer comimos ganso. ¡Nada menos! Les dije que tenía un pavo y que podía cocinarlo yo, pero Joanna me explicó que el ganso es más tradicional que el pavo, y yo le dije que un cuerno el ganso era más tradicional que el pavo. Y ella, que la Navidad no la inventó Charles Dickens, mamá. Y yo, eso ya lo sé (no me quedó muy claro a qué se refería, pero me pareció que la discusión se me escurría de las manos y necesitaba algo a lo que aferrarme), y ella dijo entonces no hay más que hablar, ganso, y yo le dije de las sorpresas me ocupo yo, y ella, que no, que esos regalitos explosivos son una horterada, mamá, que ya no son los ochenta. Eso aparte, fue una comida de Navidad agradable, y luego vimos el discurso del rey, aunque Joanna no quería. En realidad, a mí tampoco me apetecía verlo, pero ambas sabíamos que se me debía una victoria. Me pareció que Carlos lo hacía bien dentro de todo. Recuerdo cómo fueron las primeras Navidades sin mi madre.

Joanna me hizo un regalo precioso. Es un termo como los que usan los astronautas, con una inscripción en la que se lee: «¡Feliz Navidad, mamá! ¡Por un año nuevo sin crímenes!». A saber qué pensaron en la tienda donde lo encargó. También me trajo un ramo de flores. Y el presidente de fútbol me regaló una pulsera, lo que me pareció un bonito detalle.

En fin, es precioso abrir regalos. A Joanna le regalé el último libro de Kate Atkinson y un perfume (me envió el nombre por e-mail). Yo le regalé al presidente de fútbol unos gemelos. Supongo que él también pensó que eran un bonito detalle. Siempre meto los recibos en los regalos. Mi madre hacía lo mismo. Pero no creo que el presidente los devuelva. Se los compré en el Marks & Spencer de Brighton y él siempre parece estar en Londres o en Dubái.

Hoy he comido con toda la tropa, así que por fin me he salido con la mía y he tenido pavo y sorpresitas de Navidad. Insistí en ello. Se veía que Elizabeth estaba a punto de rechistar por ambas cosas, pero se mordió la lengua. Supongo que puse una cara de «no vas a poder conmigo». En cambio, me parece ahora que no acerté al invitar a Mervyn. Siempre tengo la sensación de que va a derretirse, aunque me da miedo pensar que quizá estoy llamando a una puerta equivocada. Espero encontrar una puerta que se abra un día de estos. Antes de que me quede sin puertas. O antes de que me quede sin fuerzas para seguir llamando.

Nos retiramos al apartamento de Ibrahim después de comer y Mervyn se marchó a su casa. Nos confesó que tenía una novia por internet, Tatiana, a la que no ha visto ni una sola vez en persona, aunque eso no parece un obstáculo para que cubra sus gastos. Ibrahim dice que Mervyn es víctima de una «estafa romántica» y va a comentarlo con Donna y Chris. ¿Cuándo vuelve la policía al trabajo después de las vacaciones de Navidad? Gerry solía reincorporarse en torno al 4 de enero, pero supongo que la policía no funciona de la misma manera que el consejo del condado de West Sussex.

Voy a enumerar los regalos que nos hemos hecho:

- Elizabeth a Joyce: un hidromasaje de pies. El que anuncian en la tele. Ahora mismo estoy metida en él. Bueno, los pies.
- Joyce a Elizabeth: cheques regalo de Marks & Spencer.
- Elizabeth a Ron: whisky.
- Ibrahim a Ron: una autobiografía de un futbolista que no me suena de nada. No es David Beckham ni Gary Lineker.
- Ron a Elizabeth: whisky.
- Joyce a Ron: cheques regalo de Marks & Spencer.
- Ibrahim a Elizabeth: un libro titulado *El test del psicópata*.
- Elizabeth a Ibrahim: un cuadro de El Cairo. Ibrahim se ha puesto a llorar, así que es obvio que han tenido una conversación al respecto de la que no he participado.
- Joyce a Ibrahim: cheques regalo de Marks & Spencer. Y esto ha sido después del regalo de Elizabeth, así que creo que podría haberme esmerado más.
- Ibrahim a Joyce: cheques regalo de Marks & Spencer. ¡Menos mal!
- Ron a Joyce: *El Kama-sutra*. Muy gracioso, Ron.
- Ibrahim a Alan: un teléfono que suena cuando lo muerde.
- Alan a Ibrahim: una tablilla de arcilla con la huella de Alan impresa. Ibrahim ha vuelto a llorar. ¡Sí!
- Ron a Ibrahim: una estatuilla de los Oscar en la que se lee «A mi mejor amigo». Nos hemos emocionado todos al verla.

Hemos bebido y hemos cantado juntos. Elizabeth no se sabía la letra de *Last Christmas*, ¿os lo podéis creer? Pero yo tampoco me sabía la de *In the Bleak Midwinter*, así que en todas partes cuecen habas. Nos ha tocado aguantar a Ron despotricando contra la monarquía casi media hora. Luego cada cual se ha marchado por su lado.

Cuando he llegado a casa, he abierto el regalo que me ha enviado Donna. Es todo un detalle por su parte, porque la verdad es que no tengo ni idea de lo que cobra un agente de policía. Es un perrito de latón que, si entornas los párpados, se parece un poco a Alan. Lo ha comprado en Gabinete de Curiosidades Kemptown, en Brighton. La tienda es de Kuldesh, un amigo de Stephen que nos ayudó en nuestro último caso. Me parece que es el típico sitio que me gustaría. Quizá me acerque un día, porque ahora me toca comprarle un regalo a Donna. La verdad es que me gusta mucho tener gente a la que hacerle regalos.

Resumiendo, ha sido un Boxing Day maravilloso, y ahora voy a quedarme frita viendo una película de Judy Dench. Lo único que echo de menos es a Gerry zampándose todos los bombones de una caja de Quality Street y dejando los envoltorios dentro. Antes me sacaba de quicio, pero ahora renunciaría a todo con tal de volver a tenerlo a mi lado. A Gerry le gustaban las delicias de fresa y los *crêmes* de naranja y a mí, los tofes. Si me lo preguntáis, esa es la fórmula perfecta para un matrimonio feliz.

Joanna me dio un abrazo muy fuerte antes de marcharse y me dijo que me quería. Es posible que se equivoque con lo del ganso y las sorpresas de Navidad, pero aun así todavía se guarda algunas bazas. ¿Qué es lo que tiene la Navidad, que

todo lo que hace daño parece peor y lo que te hace feliz parece mejor?

Mis amigos maravillosos, mi hija maravillosa. Mi marido que ya no está, su sonrisa bobalicona que ya no está.

Creo que me conviene una copita. Supongo que brindaré «por un año nuevo sin crímenes».

4

JUEVES, 27 DE DICIEMBRE, DIEZ DE LA MAÑANA

Kuldesh Sharma se alegra de que los días de fiesta hayan concluido. Se alegra de volver a su tienda. Muchos de los pequeños comercios del barrio cerraron durante estas fechas, pero Kuldesh decidió abrir su Gabinete de Curiosidades Kemptown a primerísima hora de este 27 de diciembre.

Se ha arreglado para ir a la tienda, como siempre. Traje violeta, camisa de seda color crema. Zapatos de vestir amarillos. Ocuparse de una tienda es como hacer teatro. Kuldesh se mira un momento en el espejo y asiente en gesto de conformidad antes de hacerse una discreta reverencia.

¿Entrará algún cliente? Lo más seguro es que no. ¿Quién puede necesitar una figurita de porcelana art déco o un abrecartas de plata dos días después de Navidad? Nadie. Pero podría adecentar un poco la tienda, ordenar algunas cosillas, ver cómo van las subastas online. En resumidas cuentas, no quedarse mano sobre mano. Los días 25 y 26 pasan muy despacio cuando estás solo. No puedes tirarte todo el día leyendo, tomando tazas de té, sin que en algún momento te asalte la soledad. La respiras, la expulsas llorando, y el reloj desgrana los minutos despacio, muy despacio, hasta que por fin llega el momento en que ya puedes meterte en la cama. Ni siquiera se puso elegante para el día de Navidad. ¿Para quién iba a arreglarse?

La ferretería de enfrente está abierta. El dueño, al que todos llaman Big Dave, enviudó en octubre. Su mujer murió de cáncer. La cafetería que hay bajando la cuesta también está abierta. La encargada es una joven viuda.

Kuldesh toma un sorbo de capuchino en el despacho que tiene en la trastienda. Solo hace unos minutos que ha abierto y se lleva una buena sorpresa cuando oye el tintineo de la campanita de la entrada.

¿Quién puede haber entrado tan temprano en un día como este?

Se levanta de la silla dejando que sus brazos hagan el trabajo que antes hacían sus rodillas, sale por la puerta del despacho y ve en la tienda a un hombre bien vestido, muy musculoso, de unos cuarenta y cinco años. Kuldesh lo saluda bajando la cabeza y luego aparta la mirada mientras busca algo con lo que fingir estar ocupado.

A los clientes nuevos solo puedes *mirarlos* un instante. Algunos prefieren que los mires a los ojos, pero son los menos. A los clientes hay que tratarlos como a los gatos, y esperar a que vengan a ti. Si te muestras demasiado deseoso, los espantas. Si lo haces bien, los clientes terminan pensando que les estás haciendo un favor al dejarlos comprar algo en tu tienda.

Sin embargo, Kuldesh no tiene de que preocuparse con este cliente en particular. No ha venido a comprar nada, sino a vender. Pelo cortado al rape, un bronceado que no le habrá salido barato, una dentadura demasiado reluciente para su cara, como parece ser moda últimamente. Y en su mano una bolsa de viaje de cuero que parece más cara que cualquiera de los artículos de la tienda.

—¿Es el dueño? —Acento de Liverpool. Sin miedo. ¿Amenazante? Quizá un poquito, pero nada que asuste a Kuldesh. Sabe que el contenido de esa bolsa será interesante. Ilegal, pero interesante. Esto es lo que se habría perdido si se hubiera quedado en casa.

—Me llamo Kuldesh —responde él—. Confío en que habrá disfrutado de unas felices Pascuas.

—Idílicas —dice el hombre—. Quiero venderle algo. Es una caja. Muy decorativa.

Kuldesh asiente. Se conoce el percal. No suele dedicarse a estos chanchullos, la verdad, pero quizá los sitios que frecuenta este hombre no abran hasta después de Año Nuevo. Aun así, no quiere ceder sin antes plantar cara.

—Lo siento, pero ahora mismo no compro artículos —dice—. No me queda sitio. Antes tendré que aligerar un poco el inventario. ¿Quizá desee una mesa de juego victoriana?

Pero el hombre no lo escucha. Coloca la bolsa, cuidadosamente, sobre el mostrador y abre la cremallera hasta la mitad.

—Una caja de terracota, muy fea. Es toda suya.

—Se ve muy viajada, ¿no? —comenta Kuldesh, echando un vistazo a la caja sin sacarla. Oscura y sin brillo, con un grabado oculto

por una capa de mugre.

El hombre se encoge de hombros.

—Lo mismo puede decirse de todos, ¿no cree? Deme cincuenta libras por ella y un chaval vendrá mañana por la mañana a comprársela por quinientas.

¿Tiene algún sentido seguir discutiendo? ¿Discutir con este hombre? ¿Intentar echarlo a la calle? No lo tiene. Han elegido la tienda de Kuldesh y no hay más que hablar. Tendrá que darle a ese hombre sus cincuenta libras, esconder la bolsa debajo del mostrador, entregarla por la mañana y no perder ni un minuto de sueño pensando qué puede contener la caja. Así hay que hacer las cosas a veces. Mejor no discutir.

O eso o ver cómo le revientan el escaparate con un cóctel molotov.

Kuldesh guarda la bolsa bajo el mostrador, abre la caja registradora y saca tres billetes de diez libras y uno de veinte. Se los da al hombre y este los mete inmediatamente en uno de los bolsillos de su abrigo.

—Por su aspecto diría que no necesita esas cincuenta libras...

El hombre suelta una carcajada.

—Y yo diría por el suyo que no necesita esas quinientas, pero aquí estamos.

—Su abrigo es magnífico —dice Kuldesh.

—Gracias —responde el hombre—. Es de Thom Sweeney. Hecho a medida. No creo que haga falta decírselo, pero, si esta caja desaparece, alguien vendrá a matarle.

—Entiendo —dice Kuldesh—. Por cierto, ¿qué contiene la caja? Quedará entre nosotros.

—Nada —contesta el hombre—. Solo es una caja vieja.

Esta vez, cuando él se ríe, Kuldesh lo imita.

—Vaya usted con Dios, joven —se despide finalmente—. Hay una sin techo en la esquina de Blaker Street que seguro que le agradecerá esas cincuenta libras.

El hombre asiente, dice «No toque la bolsa» y se marcha por la puerta.

—Gracias por la visita —dice Kuldesh, y ve que el hombre enfila cuesta abajo de camino a Blaker Street. Un repartidor pasa en moto por la calle en sentido contrario.

Interesante manera de empezar la mañana, aunque en este negocio suelen pasar muchas cosas que lo son. Hace poco, Kuldesh tuvo que echar una mano a su amigo Stephen y a Elizabeth, su esposa, identificando unos valiosísimos libros antiguos que fueron decisivos para capturar a un asesino. Elizabeth dirige un «club del crimen». Qué cosas…

La caja cambiará de manos mañana y toda esta historia quedará olvidada. Será tan solo una anécdota de esas que pasan en un mundillo que no siempre es intachable.

Baches y cachivaches, en eso consiste el mundo de las antigüedades.

Kuldesh saca la bolsa que ha guardado debajo del mostrador, la coloca encima y vuelve a abrir la cremallera. La caja es un poco achaparrada, aunque no le falta encanto. De todos modos, no es el tipo de objeto que podría vender en su tienda. La agita. No hay duda de que está llena. Cocaína o heroína, se atrevería a decir. Rasca la suciedad que cubre la tapa. ¿Cuánto valdrá ahora esta caja sin ningún valor? Más de quinientas libras, sin duda.

Kuldesh vuelve a cerrar la cremallera y deja la bolsa debajo de su escritorio en la trastienda. Buscará en Google a cuánto se venden la heroína y la cocaína en la calle. Una distracción para que el día pase más deprisa. Luego la guardará en su caja fuerte. Sería una pésima noticia que hoy le entraran a robar.

5

–Mervyn, lo que voy a decirle no es fácil. Tatiana no es una persona real. —Donna le tiende una mano para consolarlo, pero él declina el ofrecimiento, por emplear una expresión del agrado de Ibrahim. Mervyn no es de los que aceptan manos afectuosas en esta vida. Prefiere guardar una prudente distancia con el mundo.

Le han pedido a Donna que vaya a su apartamento para tener una charla sobre su supuesto nuevo amor, Tatiana. Joyce pensó que la palabra de una agente de policía tendría más impacto en Mervyn, aunque el día que comieron juntos Ibrahim percibió algo en su mirada que le dijo que ese hombre casi nunca se dejaba impactar por nada.

Mervyn esboza una sonrisa.

—Siento decirlo, pero tengo fotografías y correos electrónicos que indican lo contrario.

—¿Nos permitirías echar un vistazo a esas fotografías, Mervyn? —pregunta Elizabeth.

—¿Me permitirías tú echar un vistazo a tu correspondencia personal? —replica él.

—No te lo recomiendo —dice Elizabeth.

—Sé que esto es difícil —interviene Donna—. Y sé que puede resultar humillante…

—No lo es en absoluto —niega Mervyn—. No puede ir más desencaminada, agente. De hecho, andas perdidísima, guapa.

—¿Podría tratarse de un malentendido? —pregunta Joyce.

—¿Una confusión? Algo así de sencillo… —sugiere Ibrahim.

Mervyn niega risueño con la cabeza.

—Puede que esté pasado de moda, pero tengo una cosilla llamada fe que, me atrevería a decir, no cotiza al alza últimamente. Ni en la policía ni en ningún sitio.

Mervyn ha mirado a toda la banda cuando lo decía.

—Sé que vosotros cuatro sois los «chicos guais» de por aquí, ya me ha quedado claro…

Ibrahim ve que Joyce ha recibido entusiasmada el comentario.

—... pero no siempre lo sabéis todo.

—Eso mismo les digo yo, Merv —apunta Ron.

—Pues tú eres el peor de todos —dice Mervyn—. Y, si no fuera por Joyce, no os aguantaría. Renuncié a una comida el día veintiséis para haceros compañía, no lo olvidéis.

—Te lo agradecemos de todo corazón, Mervyn —indica Elizabeth—. Y sí, estoy de acuerdo, tenemos nuestros defectos como personas y como grupo, y en mi opinión es posible que lleves razón cuando señalas a Ron como el peor de todos. Pero creo que Donna desea enseñarte ciertas cosas que podrían persuadirte.

—No me dejaré persuadir —replica él.

Donna enciende un portátil y se pone a abrir ventanas.

—Es todo un detalle por tu parte que hayas venido a vernos en tu día libre —señala Joyce.

—No es nada —dice Donna.

—¿Sabes que Donna detuvo a alguien el día de Navidad? —le dice Joyce a Mervyn—. Ignoraba que eso pudiera hacerse.

—¿Cuál fue el motivo? —pregunta Ron—. ¿Robo de renos?

—Solicitar servicios a una prostituta —contesta Donna.

—En Navidad —dice Joyce negando con la cabeza—. Con lo que come la gente, me parece increíble.

Donna ha encontrado lo que buscaba y gira el portátil para que Mervyn pueda verlo.

—Bien, Mervyn. Joyce me reenvió la foto de Tatiana que usted le mandó.

—No me lo puedo creer.

—Así es —asiente Joyce—. No te hagas el indignado. Me la enviaste para fardar.

—Vanidad masculina —coincide Ibrahim, contento de poder aportar algo.

—Está estupenda —comenta Ron—. Sea quien sea.

—Es Tatiana —dice Mervyn—. Y nadie os ha pedido vuestra opinión.

—Bueno, de eso se trata —comenta Donna. Le enseña la foto en la pantalla junto a otra idéntica. La misma mujer, la misma imagen—. Internet te permite hacer una búsqueda inversa de cualquier fotografía, y eso hice con la de Tatiana. Verá que, lejos de ser la foto

de alguien que se llama Tatiana, en realidad es de una mujer que se llama Larissa Bleidelis, una cantante lituana.

—¿Así que Tatiana es cantante? —pregunta Mervyn.

—No. Tatiana no es una persona real —responde Donna.

Todos lo ven meridianamente claro, pero Mervyn se niega a aceptarlo.

Mientras sigue la conversación, Ibrahim piensa que esto es como hablar con Ron de fútbol. O de política. O de cualquier otro tema. Mervyn tilda esta nueva teoría de «absurda». Incluso dice que es una «majadería», lo que, a juicio de Ibrahim, es lo más parecido a una grosería que pueda salir de sus labios. Mervyn se rebela, dice que tiene muchas más fotos, mensajes privados, declaraciones de amor y toda la pesca. De hecho, lo tiene todo guardado en una carpeta, lo que hace que Ibrahim se encariñe un poco más con él.

Joyce toma ahora la batuta.

—¿Has oído hablar de las estafas románticas?

—No, aunque sí he oído hablar del amor —replica Mervyn.

—Hay un programa en el que hablan del tema —continúa Joyce—. Lo dan después de *Desayunos en la BBC*.

—No veo la televisión —dice Mervyn—. Yo la llamo *la caja tonta*.

—Sí, creo que hay mucha gente que la llama así —replica Elizabeth—. No te lo has inventado tú.

—Supongo que me voy por la tangente —tercia Ibrahim—, pero un número sorprendente de asesinos en serie no tenían televisor en casa.

Alan, que es el perro de Joyce, está lamiendo la mano de Ibrahim, uno de sus pasatiempos favoritos. Los demás lo ven como un lazo de afecto entre ambos, pero no saben que Ibrahim siempre lleva un caramelo de menta Polo en el bolsillo desde que descubrió que Alan siente debilidad por ellos.

Donna abre otra ventana en el portátil y aparecen más fotografías.

—Los estafadores reutilizan las mismas fotos una y otra vez. Ahí tiene a una piloto canadiense, a una abogada de Nueva York, a Larissa y a otras muchas como ella. Las bandas que se dedican a las estafas románticas se pasan las imágenes. Les gusta usar fotos de mujeres guapas, pero que parezcan inofensivas.

—Ese es el estilo que me gusta a mí —comenta Joyce.

Donna le muestra a Ibrahim la imagen de la piloto y este puede ver el atractivo. Es incuestionable.

Mervyn sigue sin inmutarse e insiste en que hace cinco o seis meses que habla con Tatiana. Muchas veces al día.

—¿Habláis?

—Bueno, nos escribimos, que es lo mismo.

Ibrahim imagina a este hombre solitario intentando llenar las horas del día. Sin que nadie lo llame, sin que nadie lo necesite.

Entonces, Joyce le recuerda a Mervyn que también le ha enviado cinco mil libras a Tatiana, y él estalla y dice que desde luego que lo ha hecho, y que si la persona a la que amas necesita un coche nuevo o un visado, qué menos que echar una mano. Que es cuestión de modales.

—Ya lo veréis —añade—. Vendrá el diecinueve de enero y, cuando llegue, más de uno se llevará una cura de humildad en Coopers Chase. Estaré esperando vuestras disculpas.

Todos consideran que es mejor no insistir más de momento y, después de recoger sus cosas, empiezan a caminar de vuelta a casa de Joyce, enfrentados a un dilema. Elizabeth se marcha enseguida a su casa para ver cómo está Stephen, y Joyce aprovecha la ocasión para preguntarle a Donna cómo ha pasado las fiestas con Bogdan.

—¿Y tiene tatuajes en todo el cuerpo?

—Más o menos, sí —confirma Donna.

—¿Incluso en...?

—No, ahí no —dice Donna—. Joyce, ¿alguna vez le han dicho que es usted una pervertida?

—No seas tan mojigata —replica ella.

Ibrahim se pregunta cómo deben abordar la situación con Mervyn. Es un hombre difícil, de eso no cabe duda, y ha entrado en la órbita del grupo solo porque Joyce no pudo resistirse a su voz grave y su actitud misteriosa. Pero vive en soledad y alguien está aprovechándose de él. Además, sería agradable que el Club del Crimen de los Jueves tuviera un proyecto que se desarrollara a un ritmo más tranquilo de lo habitual. Una ocupación que fuera un poquito menos *criminal* sería toda una novedad.

6

Samantha Barnes está tomándose un gin-tonic antes de acostarse mientras estampa la firma de Picasso y un número de serie a unos dibujos a lápiz de una paloma. Samantha ha firmado tantas veces con el nombre de Picasso a lo largo de los años que una vez, sin darse cuenta, puso la firma del pintor en la solicitud de la hipoteca de la casa en la que vive.

Está distraída. Esa es la parte divertida del trabajo. Eso y el dinero.

Falsificar Picassos es mucho más fácil de lo que parece. No los grandes cuadros, evidentemente, porque eso exigiría una pericia que Samantha no tiene, pero sí los esbozos, las litografías, las cosas que la gente compra online sin fijarse demasiado. Eso está chupado.

Con las antigüedades auténticas se gana dinero, por supuesto, pero se gana mucho más con las falsificadas. Con los muebles falsos, con las monedas falsas, con los bocetos falsos.

Digamos que Samantha compra un escritorio de Arne Vodder de mediados del siglo XX por 3.200 libras y lo vende por 7.000: obtendrá unas ganancias de 3.800 libras; estupendo, muchas gracias.

Sin embargo, si Samantha paga 500 libras a un tal Norman, que trabaja en una vieja lechería en Singleton, para que le haga una réplica exacta del susodicho escritorio y luego la vende por 7.000, las ganancias obtenidas serán de 6.500 libras. Echa tú las cuentas, como le gusta decir a su Garth.

Asimismo, si Samantha dedica la tarde a falsificar litografías de edición limitada de Picasso, como ha hecho hoy después de volver del club de bridge, el gasto en material quizá ascienda a 200 libras, pero, cuando las haya vendido por internet a gente de Londres a la que le gusta la idea de tener la firma de Picasso colgada de la pared y que no es muy quisquillosa con la procedencia de la obra, sus ganancias serán de unas 16.000 libras.

Todo lo cual explica por qué Samantha Barnes ya no paga

hipoteca.

Hace unas fotos a los Picassos para su tienda online. Los pondrá a 2.500 libras, pero aceptará encantada 1.800.

Antes Samantha era legal, vaya si lo era. Eso duró mientras estuvo con William. Su tiendecita en Petworth, los viajes por el país para reunir material, sus fieles clientes, el regateo, tantos ratos felices que se traducían en unas ganancias más o menos aceptables. Pero luego, cuando se hicieron mayores, la tienda se les quedó pequeña y empezaron a sentirse asfixiados entre esas paredes. Aquel ambiente, antes acogedor y seguro, se había vuelto opresivo, como vivir de niño con los padres. Los viajes por el campo se convirtieron en una obligación, las mismas caras que vendían los mismos gatos de porcelana.

Así que Samantha y William decidieron jugar un poco. Sam y Billy. Solo para pasar el rato, nada más. Hay que encontrar la forma de ocupar los días, ¿no? Y uno de sus juegos la llevó exactamente al punto en el que se encuentra en este instante. ¿Y dónde se encuentra en este instante? Fingiendo que es Picasso mientras escucha el parte meteorológico desde la casa más bonita de todo West Sussex.

Muchas veces rememora cómo empezó todo.

William se presentó en casa con un tintero, un chisme cutre y soso entre todo el material que había comprado en un viaje al condado de Merseyside. Estaban a punto de tirarlo cuando William le propuso una apuesta. Apostó a que podría vender ese tintero inútil por cincuenta libras antes que ella. No a ninguno de sus clientes habituales, por supuesto, y no a nadie que tuviera aspecto de no poder permitírselo. Se trataba, simplemente, de divertirse un poco. Se dieron un apretón de manos y siguieron desempaquetando las antigüedades de valor.

Al día siguiente, William puso el tintero en un expositor de cristal con una etiqueta en la que se leía: «Tintero de posible fabricación bohemia, siglo XVIII. Por favor, solicite información sobre el precio. Solo ofertas serias».

¿Era una diablura? Sí, un poco. ¿Tendrían que haberlo hecho? No, en modo alguno, pero estaban aburridos, y enamorados, y querían pasarlo bien juntos. No fue ni por asomo el peor delito que puede cometerse en el mundillo de las antigüedades. Y Samantha lo sabe muy bien porque los ha cometido todos.

Los clientes habituales llegaban a la tienda, echaban un vistazo al expositor y preguntaban qué tenía de especial ese tintero de aspecto tan ramplón. Samantha y William se encogían de hombros con discreción —«Seguramente nada. Solo es una corazonada»—, y pronto todos los implicados se olvidaron del asunto. Hasta que tres semanas más tarde un canadiense gigantesco que había aparcado en la plaza reservada para minusválidos que había frente a la tienda lo compró por 750 libras. «Le dije que se lo vendía por mil, pero regateó», le confesó William.

Samantha firma otro Picasso y se enciende un cigarro. Dos cosas que no hacía antes de conocer a Garth, fumar y falsificar a lo grande. Pero el humo del tabaco va muy bien para envejecer el papel.

Repitieron la jugada del tintero varias veces. Con un reloj estropeado, con una bandeja de estilo anticuado, con un osito de peluche al que le faltaba un brazo. Las «antigüedades» iban a hogares agradecidos, y el dinero, en gran medida por lo menos, a beneficencia. Revisaban entusiasmados los lotes en busca de nuevos retos: el siguiente ocupante de su expositor de cristal con cerradura. Un juego íntimo entre ellos.

Y entonces William murió.

Estaban de vacaciones en Creta. Fue a nadar después de comer y la corriente lo arrastró. Samantha volvió a Inglaterra con el ataúd en la bodega del avión y también sintió que una corriente la arrastraba.

En los años que siguieron, la tristeza le impidió vivir y el miedo le impidió quitarse la vida. Transitaba aturdida entre la pena y la locura, siempre atenta a sus clientes para ofrecerles una taza de té y una sonrisa, mientras aceptaba sus pésames y sus atenciones, jugaba al bridge o se ocupaba de la tienda, recitando de memoria cumplidos y banalidades, siempre con la esperanza de que ese día fuera el último de su vida.

Entonces, una mañana, unos tres años después de la muerte de William, el canadiense gigantesco que les había comprado el tintero se presentó de nuevo en la tienda, con un arma.

Y todo volvió a cambiar.

Oye ahora a Garth entrando por la puerta. Aunque sabe moverse con discreción, en este caso decide no hacerlo.

Es noche cerrada y se pregunta dónde habrá estado, aunque a veces es mejor no hacer este tipo de preguntas. A Garth hay que permitirle ser Garth. Además, nunca la ha dejado en la estacada.

Él verá que la luz del estudio está encendida y no tardará en entrar con un whisky y un beso para ella.

Un par de Picassos más y se irá a la cama.

7

JOYCE

Vale. Tengo un acertijo para vosotros.

¿Cómo puedes celebrar la Nochevieja con tus amigos y aun así acostarte temprano?

Porque eso es justamente lo que he hecho esta noche.

Hemos disfrutado de una fiesta maravillosa de fin de año. Hemos bebido, hemos gritado la cuenta atrás de la medianoche y hemos visto los fuegos artificiales de la tele. Hemos cantado *Auld Lang Syne*, Ron se ha caído sobre la mesa de centro y luego cada cual se ha marchado a su casa.

Así que muy feliz año nuevo a todos sin excepción. Y lo mejor de todo es que son las diez de la noche, así que podré acostarme a una hora razonable.

Ahora os explico el truco.

Conozco a un hombre maravilloso que se llama Bob Whittaker. Es de Wordsworth Court —ya os digo que no es mi tipo, que no quiero que penséis mal— y trabajó con ordenadores antes de que todo el mundo lo hiciera. Come en una mesa aparte en el restaurante, pero es muy accesible. El año pasado construyó un dron y lo hizo volar por encima de Coopers Chase. Luego, nos invitó a todos al salón a ver el vídeo que había grabado. Era precioso, incluso le puso banda sonora. Se veían las alpacas y los lagos, y también pudimos ver que las furgonetas de reparto del supermercado Ocado tenían pintado el nombre en el techo. La verdad es que no se les escapa ni un solo detalle. Creo que fue el verano anterior a nuestro primer crimen, pero al final una pierde la noción del tiempo, ¿no? Después de la película nos dio una charla sobre drones, a la que acudió mucho menos público, aunque Ibrahim me dijo que estuvo muy bien.

En fin, la idea fue de Bob. Reservó el salón y la pantalla grande, e invitó a todo el mundo. Al final creo que hemos sido unos cincuenta en total. A veces, cuando te ves en un grupo así, te das cuenta de lo vieja que eres. Es como meterte en un laberinto de espejos.

Todos hemos llevado comida y, sobre todo, bebida. Y hemos visto algunos episodios de *Only Fools and Horses* que Bob había descargado de una web pirata.

Entonces, a las nueve menos diez, Bob ha puesto un canal turco en el que daban la cuenta atrás del Año Nuevo tres horas antes que la nuestra. No sé cómo lo habrá encontrado; supongo que en internet. Imagino que tendrán teles turcas allí, ¿no?

El programa tenía música, números de baile y un presentador al que no entendíamos, pero era más o menos como los de aquí, así que podías hacerte una

idea de lo que decía. Luego ha aparecido un reloj en la pantalla que descontaba los segundos —los números turcos son como los nuestros—, mientras una fanfarria tocaba el himno nacional turco o algo parecido. Cuando el contador ha llegado al diez, todos nos hemos puesto a cantar la cuenta atrás. Y en el mismo instante en que nos daban las nueve aquí, en Turquía han llegado a la medianoche y han empezado los fuegos artificiales, y todos nos hemos abrazado y nos hemos deseado un feliz año nuevo gritando de alegría. Entonces, Bob ha apagado la tele porque había empezado a tocar un grupo de rock, y se ha puesto a cantar *Auld Lang Syne* y todos nos hemos cogido del brazo y hemos tenido un pensamiento por los ausentes y hemos dado gracias a nuestra buena estrella por habernos ofrecido la oportunidad de vivir un nuevo año. Al cabo de unos diez minutos, cada uno se ha marchado a su casa con el deber cumplido de celebrar la Nochevieja, listos para acostarnos temprano.

Si ves a Bob en el restaurante, o paseando por la urbanización, podrías pensar que es un hombre aburrido. Es discreto y tímido, y siempre lleva un jersey gris sobre una camisa banca almidonada. Pero este hombre ha demostrado ser muy capaz de hacernos pasar a todos una gran noche. Conseguir poner un canal turco en una tele inglesa, y también tener la gentileza de comprender lo mucho que lo íbamos a disfrutar todos... En fin, hay que ser un hombre de los pies a la cabeza para lograr algo así.

Y ya sé lo que estáis pensando, pero, insisto, no es mi tipo. Ojalá lo fuera.

He escrito «Feliz Año Nuevo» a Joanna y ella me ha respondido «F. A. N.», como si el esfuerzo de deletrear las palabras le pareciera excesivo. Le he enviado a Viktor el mismo mensaje y él me ha contestado con un texto que decía: «Te deseo salud, riqueza y sabiduría, y que veas reflejada tu belleza en las personas que te rodean». Eso sí que es una respuesta. Luego he brindado por Gerry, como siempre hago.

También brindé por Bernard, que nos acompañaba el año pasado, pero ahora ya no está con nosotros. El año que viene por estas fechas no estaremos todos. Así es la vida. Los que están al final de la cola serán los primeros en caer, aunque es imposible saber qué lugar ocupas en la cola. De todos modos, a mis años ya me hago una idea aproximada. Como dice Ibrahim, «los números no pintan bien».

Aun así, hay muchas cosas que me ilusionan, y eso es lo fundamental. ¿Qué sentido tiene vivir un año más si no tienes con qué llenarlo? Me ilusiona ver de qué manera planea Donna ayudar a Mervyn, aunque para mí este hombre es una causa perdida. ¿Por qué no podrá tener mi Bob de Wordsworth Court las mismas cejas y la misma voz profunda que Mervyn? ¿Y por qué no podrá tener Mervyn la bondad y la inteligencia de Bob? Soy una frívola. Ojalá no lo fuera.

Ahora que lo pienso, Gerry tenía bondad, inteligencia y también cejas. ¿Es posible que solo se te conceda un hombre así en la vida?

Oigo la cola de Alan golpear contra la pata de mi escritorio, aunque mi querido amigo está frito.

Os deseo a todos un muy feliz y próspero año nuevo. Ojalá viváis muchos más.

8

La víctima es un hombre que se llama Kuldesh Sharma y el cadáver lleva aquí varios días. Un marchante de antigüedades de Brighton. El coche lo ha encontrado en torno a las seis y media de esta mañana un vecino de la zona que había salido a pasear al perro. ¿Sacar a pasear al perro cuando aún no ha amanecido el día de Año Nuevo? Vale, colega, lo que tú digas. Aunque Chris piensa que no es su problema. Tiene un cadáver del que ocuparse.

Así que aquí están. Chris casi piensa que el paisaje es precioso, mientras exhala un vaho helado en el aire del amanecer.

Una pista angosta, llena de baches, cruza el bosque de Kent, cubierto de escarcha, y desemboca en una valla de madera que encierra un rebaño invernal de ovejas. Una imagen que tiene siglos de historia y se ha mantenido intacta durante generaciones. Unas ramas blancas y plateadas se extienden sobre su cabeza y trazan una celosía en el radiante cielo azul.

Podría ser una postal de Navidad, si no fuera por la violencia extrema de lo ocurrido.

Chris se tomó unos días de descanso después de Navidad. Patrice había bajado de Londres y Chris le preparó un pavo al horno. Era demasiado grande y tardó demasiado en estar listo, pero aun así le pareció que era recibido de muy buen grado. Por un instante, seguramente mientras veían *Sonrisas y lágrimas* y Patrice tenía los ojos arrasados, Chris tuvo la tentación de proponerle matrimonio, pero se acobardó en el último segundo. ¿Y si a Patrice le parecía ridículo? ¿O precipitado? El anillo sigue en el bolsillo de su chaqueta en casa. Listo para el día en que consiga armarse de valor.

Donna sí que había trabajado. De todos modos, las Navidades en la comisaría suelen ser divertidas. Tartaletas de frutas, alguna detención, paga extra. Se había reunido con ellos por la noche, en compañía de Bogdan. A Chris de pronto le dio pánico pensar que Bogdan le hubiera pedido casarse. ¿Quizá con un anillo mejor? Pero

eso sí que sería precipitado.

La escarcha se resquebraja bajo sus pies.

Si el disparo alteró a los pájaros, la conmoción quedó olvidada hace mucho, y su alegre algarabía se extiende ahora sobre su cabeza. Incluso las ovejas han retomado sus quehaceres. Hay paz y sosiego, y los uniformes inmaculadamente blancos de los forenses brillan bajo el sol invernal, que apenas se separa del horizonte. Chris y Donna pasan por debajo del cordón policial y se dirigen al pequeño utilitario, rechoncho y rojo grosella en esta estampa navideña.

La pista forestal sale de un camino estrecho que a su vez sale de una carretera flanqueada por altos setos que serpentea lenta y tranquila desde un pequeño pueblo del condado de Kent. El pueblo le ha parecido tan bonito que Chris ha consultado una página de anuncios inmobiliarios hasta que han llegado al lugar de los hechos. Una casa de campo por 1,8 millones de libras. La descripción decía que el pueblo era un «remanso de paz».

Hasta el mejor agente inmobiliario de Kent sudaría para describirla hoy en esos términos.

—Mamá me ha dicho que no te has comido ni un bombón Quality Street —dice Donna—. ¿En todas las Navidades?

—Ni un solo Quality Street, ni un solo gajo de naranja de chocolate, ni un Baileys —replica Chris. El fantasma de las Navidades pasadas. La comida de antaño no es más que un espectro de triste recuerdo. Aunque por el lado bueno ahora casi se podría decir que tiene abdominales.

—Me parece increíble que no se lo hayas propuesto —dice Donna.

—Todavía es pronto —responde Chris—. Y antes tengo que comprarle un anillo.

Lo primero que los sorprende es el olor. La hipótesis de trabajo es que el cuerpo lleva ahí desde el 27 de diciembre. Hace cinco días. Chris y Donna llegan al coche. Una forense, Amy Peach, los saluda.

—Feliz año nuevo —dice Amy mientras introduce con cuidado un reposacabezas ensangrentado en un recipiente de plástico.

—Año nuevo, muerte nueva —dice Chris—. ¿Este hombre es el señor Sharma?

—Sí, a juzgar por su tarjeta de visita muy repujada —responde Amy—. Y por el monograma de su pañuelo.

La bala atravesó el cristal de la ventanilla del conductor y luego el cráneo del desdichado Kuldesh Sharma. Las salpicaduras de sangre en la ventanilla del acompañante hace tiempo que se convirtieron en unos cristales de hielo rosado como consecuencia del frío riguroso.

Chris deduce por las roderas congeladas que en el lugar se dieron cita dos vehículos. Dos coches se habían adentrado por este camino discreto, en medio de la nada, unos días después de Navidad. ¿Por qué motivo? ¿Negocios? ¿Placer? Sea como fuere, el asunto había concluido con un muerto.

A tenor de las roderas, Chris llega a la conclusión de que uno de los coches había dado marcha atrás, una vez zanjado el asunto, para volver al mundo. El otro había llegado a su último destino.

Estudia el lugar de los hechos. Extraordinariamente apartado. Nadie en varios kilómetros a la redonda. Ni una sola cámara de tráfico en el trayecto. No se podía elegir mejor lugar para cometer un crimen. Mira la ventanilla del coche. El único disparo.

—Parece profesional —comenta. Donna está observando el cadáver. ¿Ha reparado en algún detalle que se le haya escapado a Amy Peach?

Hace tiempo, Chris y Amy Peach disfrutaron de una noche de borrachera juntos después de la fiesta de despedida de un compañero de trabajo, y ninguno de los dos había dado lo mejor de sí. Amy había vomitado en el sofá de Chris, pero solo porque este se había dormido en el suelo del cuarto de baño y había atrancado la puerta con su cuerpo. Desde esa noche, siempre que sus caminos se cruzan, se sienten incómodos, aunque han procurado que no se les notara. Nadie se enterará jamás de lo ocurrido, pero ese baile abochornado durará hasta que uno de los dos se jubile, o muera. Antes eso que mencionar el tema.

—Ese es tu trabajo, no el mío —dice Amy—. Pero tienes razón en que parece un trabajo muy limpio.

Amy está casada ahora con un abogado de Wadhurst. Al final, a Chris no le quedó más remedio que tirar el sofá.

En un punto anterior del camino, los forenses están tomando moldes de las roderas, conservadas en el hielo, para cotejarlas. Si efectivamente se trata de un trabajo profesional, esas marcas no les permitirán sacar ninguna conclusión. A su debido tiempo, aparecerá un coche robado en algún lado sin una sola huella. Abandonado en un

aparcamiento sin cámaras de seguridad. O convertido en un cubito de chatarra en un desguace amigo de la zona. Chris aprendió hace tiempo que nunca debe dar nada por sentado, pero todo apunta a que se trata de un ajuste de cuentas entre traficantes de drogas.

En realidad, no todo apunta en ese sentido. Un narco lo bastante importante para que lo maten normalmente conduciría un Range Rover negro, no un Nissan Almera rojo. Así que quizá aquí hay más de lo que parece a simple vista.

—Lo conocí —dice Donna.

—¿A Kuldesh Sharma?

—Cuando investigamos al vikingo —precisa Donna.

—Madre de Dios —suelta Chris—. ¿Hace tan poco?

Ella asiente.

—Lo vi con Stephen. El marido de Elizabeth.

—Cómo no —salta Chris—. ¿Te parece si esta vez no metemos a Elizabeth y al resto de la banda?

—Ay —exclama ella—. El sueño imposible. Sharma era un buen tipo. ¿De verdad le regalaste a mi madre unos guantes de jardinero por Navidad?

—Me los pidió ella —dice Chris.

Donna niega con la cabeza.

—Cada vez que creo que te tengo bien entrenado, me doy cuenta del largo trecho por recorrer que nos queda.

Vuelven juntos por el camino. Donna está sumida en sus pensamientos.

—¿Estás pensando en Kuldesh? —pregunta Chris—. Me sabe mal.

—No. Estaba preguntándome qué historia te traes con la forense.

—¿Qué historia? Ninguna —replica Chris—. Somos compañeros de trabajo.

Donna desestima la respuesta.

—Seguro. Ya lo hablaremos.

—Ni una palabra a Bogdan, por cierto —comenta Chris—. Se lo contará a Elizabeth.

—Lo prometo —dice Donna—. Si tú me prometes a mí que no has tenido una historia con la forense.

9

–Le dispararon a la cabeza —dice Bogdan, inclinado sobre el tablero de ajedrez—. Una sola bala. —Hoy es un buen día. Stephen se acuerda de él y se acuerda de jugar al ajedrez. Una bonita forma de empezar el año.

—Es terrible —lamenta Stephen—. Pobre Kuldesh.

—Terrible —coincide Elizabeth al entrar en el salón con dos tazas de té—. Bogdan, solo te he puesto cinco azucarillos. Tienes que reducir el consumo. Propósito de año nuevo. ¿Algún sospechoso?

—Donna dice que es un trabajo profesional —responde Bogdan—. Un asesino a sueldo.

—Mmm... —dice Elizabeth antes de volverse hacia su marido, feliz porque ve luz en su mirada, algo que cada vez ocurre con menos frecuencia—. No parece que Kuldesh fuese la clase de hombre que se mete en estos líos, ¿no?

Stephen cabecea.

—Por supuesto que no. ¿Kuldesh? Por supuesto que no. Nos vimos hace unos días, ¿lo sabías?

—Lo vimos juntos, Stephen —dice Bogdan—. Nos ayudó mucho. Un caballero muy agradable.

—Lo que tú digas, viejo —responde Stephen—. Aunque siempre estaba tramando algo.

—¿Y además entraron a robar en su tienda? —pregunta Elizabeth—. ¿Lo he entendido bien? ¿Fue antes o después de que lo asesinaran?

—Después del asesinato, según Donna.

—Entonces no encontraron lo que buscaban —dice Elizabeth—. Aun así, es raro que lo mataran. ¿Qué más te ha contado Donna?

—No me está permitido decírselo —se excusa Bogdan—. Secreto policial.

—Tonterías —dice ella—. No vendrá mal otro cerebro investigando el asunto. ¿Algún testigo en la tienda? ¿Cámaras de seguridad?

Bogdan levanta un dedo.

—Espere —dice, y saca el móvil, busca una nota de voz y la reproduce. La voz de Donna llena el salón.

«Hola, Elizabeth. Soy Donna. Sé que Kuldesh era amigo de Stephen. Por cierto, hola, Stephen...»

—Está como una cabra, esta chica —dice Stephen.

«Bogdan tiene órdenes estrictas de no compartir ningún detalle del caso con usted, así que absténgase de recurrir a sus triquiñuelas habituales...»

—Triquiñuelas... —repite Elizabeth ofendida.

«Está informado de las consecuencias que sufrirá si le confía detalles del caso. Es usted una mujer con mucho mundo, Elizabeth, y seguramente podrá deducir a qué consecuencias me refiero...»

Stephen levanta una ceja mirando a Bogdan y este asiente en gesto de conformidad.

«... así que le estaría sumamente agradecida si nos dejara continuar con nuestro trabajo. Besos a todos. ¡Hasta luego!»

Bogdan deja el móvil y se encoge de hombros mirando a Elizabeth en señal de disculpa.

—Bogdan, es un farol. Si me acostara contigo, renunciar al sexo sería como pegarme un tiro en el pie. Mírate. No me lo tomes a mal, Stephen.

—Oh, por supuesto que no —dice Stephen—. Es un chicarrón.

—Se lo prometí —declara Bogdan—. Mi palabra es sagrada.

—Dios, los hombres se las dan de nobles solo cuando les conviene —refunfuña Elizabeth—. Bogdan, ¿te quedarás aquí un par de horas todavía?

—Podría —dice él—. ¿Adónde va?

—Voy a recoger a Joyce y luego nos pasaremos por la tienda de Kuldesh. Parece que no tengo otra alternativa.

—¿No puede dejárselo por una vez a Donna y Chris?

—Sinceramente —replica ella poniéndose el abrigo—, qué manera de hacernos perder el tiempo a todos.

—Cariño, lo vas a pasar de maravilla —dice Stephen.

—Eso no viene a cuento —repone ella.

—Dale recuerdos a Kuldesh —añade él—. Y dile de mi parte que está hecho un vejestorio.

Elizabeth se acerca a su marido y le da un beso en la cabeza.

—Así lo haré, cariño.

10

La tienda de Kuldesh está irreconocible. Saqueada, destrozada. Alguien buscaba algo y no estaba de buen humor. Donna no quiere pensar demasiado en todo lo que se habrá perdido aquí. Le apetece recrearse en pensamientos más felices.

—¿Algún propósito? —le pregunta a Chris. El propósito de año nuevo que ella ha elegido es fingir que aprende polaco, invertir el mínimo esfuerzo necesario para que Bogdan se muestre comprensivo cuando finalmente abandone el proyecto.

—Voy al mar a nadar todos los días —contesta él—. Es una maravilla para el cuerpo. Es bueno para la circulación, para las articulaciones, para todo.

—No te imagino haciéndolo todos los días —replica Donna.

—Me subestimas —dice Chris—. Craso error.

—¿Vas a ir a nadar al mar todos los días?

—Bueno, no. Hoy no —reconoce Chris—. Estamos trabajando, ¿no?

—¿Y ayer fuiste?

—Estábamos investigando la escena de un crimen, Donna. Así que no. Pero iré todos los demás días.

Pasan al despacho de la trastienda, que también está patas arriba: encuentran cajones abiertos, papeles tirados por el suelo y una gran caja fuerte de color verde encastrada en el suelo. Alguien la ha forzado.

—Madre mía —dice Donna.

Todavía tiene la imagen grabada del cadáver de Kuldesh Sharma, con su traje y la camisa de seda desabrochada con alegre desenfado hasta el segundo o tercer botón. En realidad, lo había reconocido desde atrás, con la reluciente cabeza intacta desde ese punto de vista. La última vez que lo había visto —que también fue la primera— había sido en esta misma tienda, con Bogdan y Stephen, el día que le pidieron que los ayudara a identificar unos libros antiguos. ¿Cabía la

posibilidad de que Kuldesh no fuera trigo limpio? Por supuesto. ¿Estaba implicado en el tráfico de drogas? A Donna no se lo parece. Pero aquí están, en esta tienda destrozada, investigando su asesinato a manos de todo un profesional, según parece.

Hay detalles sutiles de que estaba implicado en *algo*.

—Parece que alguien estaba buscando alguna cosa, ¿eh? —dice Chris.

—Y también después de que lo asesinaran —añade Donna.

La policía local recibió el aviso en torno a las doce del mediodía del 28 de diciembre, unas horas después de que alguien le metiera una bala en la cabeza a Kuldesh. Donna se acuerda de la estatua que Bogdan le compró. La estatua que Kuldesh finalmente le entregó por una libra en nombre del amor. ¿Lo ocurrido convertirá la estatua en un objeto de mal agüero? Donna espera que no.

No podría haber soñado una Navidad mejor con Bogdan. Bueno, salvo por un detalle. Le había regalado unas clases de *quad*.

—Bien, parece que alguien había quedado con Kuldesh —dice Chris.

—Kuldesh tiene algo que darle a esa persona. Esa persona tiene algo para Kuldesh. Supongamos que dinero. —Donna está hojeando ahora un libro de recibos.

—Los coches avanzan por el camino. Aparcan. Nuestro asesino sale del coche, un balazo a través de la ventanilla y luego... ¿coge lo que Kuldesh tenía que darle?

—Pero Kuldesh no lo llevaba. No estaba en su coche. Lo dejó aquí. Como medida de seguridad.

A tenor de los recibos, la tienda estuvo muy tranquila durante el 27 de diciembre. Tres ventas. Un farol, setenta y cinco libras en efectivo; una «marina sin firma», noventa y cinco libras abonadas con tarjeta de crédito por un tal «Terence Brown»; un «surtido de cucharas» por cinco libras.

Donna advierte un móvil metido detrás de un radiador. Se pregunta por qué Kuldesh no se lo llevó, pero luego recuerda que tenía ochenta años. En cualquier caso, se tomó la molestia de esconderlo, así que cabe la posibilidad de que contenga material de interés. Lo extrae y lo introduce en una bolsa para pruebas.

Naturalmente, Kuldesh podría haber vendido varios artículos en negro. Las imágenes de la cámara de seguridad les servirán para

hacerse una idea más precisa. Aunque si esa cámara estaba conectada al disco duro de Kuldesh, no les ha sonreído la suerte, porque el disco está tirado en el suelo, roto en mil pedazos, junto a la caja fuerte desvalijada.

—En fin —dice Chris—, la pregunta es: ¿qué estaban buscando? ¿Qué tenía Kuldesh?

—Y —precisa Donna, echando otro vistazo a la caja fuerte vacía— ¿lo encontraron?

Cuando salen del despacho, ella mira las cámaras montadas en las paredes de la tienda. Parecen buenas y confía en que haya una copia de seguridad de las imágenes aparte de la que guardaba el ordenador destrozado en el despacho.

Oye unas voces conocidas en la calle. Chris también las ha oído.

—¿Vamos? —pregunta.

—No nos queda otra, supongo —responde él.

11

Elizabeth y Joyce no han conseguido que las dejaran entrar en la tienda de Kuldesh. Un cordón policial sigue protegiendo la entrada y las ventanas reventadas están tapadas con unos grandes tablones de madera claveteados. Como esto es Brighton, los tablones ya están llenos de grafitis con las palabras «Mira cómo arde el capitalismo» y varios adhesivos de las discotecas del paseo marítimo. Elizabeth trata de hacerse una composición de lugar mirando por debajo de uno de los maderos, pero no tiene fortuna.

—Tendrías que haber traído un hacha —dice Joyce—. Te imagino perfectamente con una.

—No te hagas la graciosa, Joyce —replica Elizabeth.

Joyce levanta la vista y se fija en las cámaras de seguridad.

—¡Cámaras!

—No te hagas ilusiones —le advierte Elizabeth—. Si se es lo bastante profesional para matar a un hombre de un solo disparo a través de la ventanilla de un coche, también se es lo bastante profesional para inutilizar una cámara de seguridad. Esto no es cosa de niños.

Donna y Chris aparecen por una callejuela lateral.

—¿En qué puedo ayudarlas, señoras? —pregunta Donna—. Somos policías, nos ganamos la vida investigando crímenes, es un placer conocerlas.

—Hemos salido a ver escaparates —explica Elizabeth.

—¡Feliz año nuevo! —exclama Joyce—. Gracias por el perrito de latón, Donna.

—No hay de qué —dice Donna, antes de volverse hacia Elizabeth —: Creo que le pedí con mucha educación que nos lo dejara a nosotros. Por lo menos, a mí me pareció que fui educada.

—Unos modales impecables —reconoce Elizabeth—. Me hiciste sentir muy orgullosa.

—Pero no sirvió de nada —dice Chris señalando a las dos

ancianas—. Porque aquí estamos todos.

—Recordé que nunca había estado en la tienda de Kuldesh —añade Elizabeth—. Y pensé que debía ponerle remedio. Donna, tú estuviste aquí hace poco, por supuesto, con Bogdan y Stephen. Como os corristeis una aventurilla que no autoricé, he pensado que yo podría hacer lo mismo.

—No creo que Stephen necesite que usted autorice sus aventuras —comenta Donna.

—Me refería a ti y a Bogdan, tesoro —dice Elizabeth.

—No creo que yo necesite...

—Y a mí me gustan mucho las antigüedades —tercia Joyce—. Gerry coleccionaba herraduras. Terminó teniendo siete u ocho.

—En fin, como siempre, parece que son ustedes un imán para los cadáveres —señala Chris.

—Siempre lo he sido —responde Elizabeth—. Parece que los atraigo. ¿Habéis tenido suerte con las cámaras de seguridad?

—Aún es pronto para saberlo —dice Chris—. Además, no es asunto suyo. Elija la respuesta que más le guste.

—En mi opinión —interviene Joyce—, si alguien es lo bastante profesional para asesinar a Kuldesh de un solo disparo en un camino de campo, también lo será para inutilizar las cámaras de seguridad.

—¿Esa es tu opinión, Joyce? —pregunta Elizabeth.

Joyce se ha puesto a mirar uno de los anuncios pegados a los tablones de madera. Es un *flyer* de vivos colores.

—Me pregunto qué querrá decir «Loco de la keta».

—Creo que hay una cafetería bajando por esta calle —dice Chris—. Le gustará.

—Oh, una cafetería —exclama Joyce.

—Estamos trabajando, Chris —dice Elizabeth—. El amigo de Stephen ha sido asesinado. ¿Crees que vas a librarte de nosotras con una cafetería?

—Nosotros también estamos trabajando —replica él—. De hecho, este es nuestro trabajo. Seguro que lo entienden.

—Lo entiendo perfectamente —dice Elizabeth—. No os molestaremos más. Seguid a lo vuestro. Si descubrís algo, ¿nos lo diréis?

—No trabajo para usted, Elizabeth —contesta Chris.

—Lo siento —dice Donna—. En su opinión, es usted castradora.

Aunque parezca mentira, a mí me provoca la misma sensación. En fin, deje que nosotros nos ocupemos de este caso.

—Como queráis —consiente Elizabeth—. No siempre se puede compartir todo.

Enlaza a Joyce del brazo y echan a andar hacia la cafetería.

—Te lo has tomado con mucha deportividad —dice Joyce—. Pensé que ibas a armar más jaleo.

—Me he fijado en la cafetería cuando veníamos. Tenían pasteles en el escaparate…

—Estupendo —dice Joyce—. No he probado bocado desde media mañana.

—… y una cámara de seguridad en la calle.

Joyce sonríe a su amiga.

—Entonces todas contentas, ¿no?

—Exacto —asiente Elizabeth—. Y acabamos de acordar que no siempre es necesario compartirlo todo.

12

Connie Johnson abre el regalo de Navidad que le ha traído Ibrahim. Es una libreta pequeña, encuadernada en piel negra.

—Es una imagen muy habitual en televisión, ¿no crees? —dice Ibrahim—. A los narcotraficantes les gusta llevar un cuaderno. Cifras, operaciones y toda la pesca. No pueden fiarse de los ordenadores por culpa de las fuerzas del orden. Así que cuando vi el cuaderno, pensé en ti.

—Gracias, Ibrahim —contesta Connie—. Te habría comprado un regalo, pero en la cárcel solo puedes conseguir éxtasis y tarjetas SIM.

—No te preocupes. Además, no se espera de los pacientes que hagan regalos a sus terapeutas.

—¿Y se espera de un terapeuta que le regale un cuaderno a una narcotraficante?

—Bueno, es Navidad —dice Ibrahim—. De todos modos, si querías hacerme un regalo, hay un par de cosas que me gustaría preguntarte...

—Me huelo que no serán sobre mi infancia...

—Preguntas sobre un asesinato. Elizabeth me ha pedido que las apunte. —La reunión del día anterior en el Club del Crimen de los Jueves había sido un auténtico espectáculo. En opinión de Ibrahim, había satisfecho las expectativas con creces—. Te prometo que volveremos a tu infancia a su debido tiempo.

—Adelante —accede Connie Johnson.

—Deja que te describa un supuesto —dice Ibrahim—. Nos encontramos al final de un camino rural muy apartado, perdido en medio del bosque. Es muy tarde. Hay dos coches.

—Sexo con mirones —salta Connie.

—Creo que no —dice Ibrahim—. El conductor del coche A, un marchante de antigüedades...

—Lo peor de lo peor.

—... permanece en su asiento mientras alguien se baja del coche

B, se acerca a su ventanilla y le dispara en la cabeza.

—¿Un solo disparo? —pregunta Connie—. ¿Dispararon a matar?

—Sí, a matar —confirma Ibrahim. Le ha gustado la expresión.

—Me interesa —dice ella—. Ya hablaremos de mi infancia otro día.

—El coche B desaparece. Desanda el camino.

—No conozco a nadie que diga «desandar».

—Entonces deberías ampliar tu círculo de amistades. Unas horas después, desvalijan la tienda del marchante de antigüedades.

—Vale, vale —dice Connie, asintiendo.

—No se encuentra ni una sola huella útil, ni en la escena del crimen ni en la tienda.

—No me sorprende —comenta Connie mientras apunta algo en el cuaderno.

—Oh, qué alegría ver que ya le has encontrado utilidad —dice Ibrahim.

—¿Alguna cámara de seguridad?

—Ninguna en la tienda, pero en una cafetería bajando por la misma calle, en la que según Joyce tienen unos *macaroons* excelentes, la cámara de seguridad graba a un hombre con un abrigo muy caro. Nosotros lo sabemos, pero la policía, no, de momento.

—Menuda sorpresa —señala Connie.

—El caballero del abrigo entra a tomar algo y mantiene una conversación con la encargada de la cafetería. Louise, si necesitas saber su nombre.

—No lo necesito —dice Connie—. Cuando necesite información, la pediré.

—La buena noticia es que Louise ha dicho que prefiere no hablar con la policía porque el covid fue un bulo. O algo por el estilo. Ahora bien, aunque no sabemos a ciencia cierta si ese hombre había estado en la tienda de antigüedades, en todo caso venía de esa dirección, y tenía unas cincuenta libras en efectivo en el bolsillo, que sacó en el momento de pagar, así que Louise supuso que venía de allí. Tengo entendido que la gente rara vez paga en efectivo hoy día.

—Es una pesadilla —se lamenta Connie—. Incluso yo tengo que aceptar pagos en Apple Pay. ¿Ese hombre tenía acento de algún sitio?

—Liverpuliano —responde Ibrahim—. Esto es, de Liverpool.

Ella vuelve a asentir.

—¿Sabes que a veces te pasas con las explicaciones?

—Gracias —dice Ibrahim—. La teoría imperante, que no siempre es preciso seguir, aunque en ocasiones impera por un buen motivo, consiste en que este crimen presenta todas las hechuras de una ejecución profesional, y me preguntaba si podrías tener alguna opinión a este respecto.

—Tengo opinión, sí —dice Connie—. Has acudido a la mujer indicada. Un camino rural, un disparo, un asesino a sueldo. Marchante de antigüedades... Es la tapadera perfecta para entregar mercancía robada si no hay otra alternativa disponible. ¿Me prometes que la policía todavía no tiene esta información?

—Están muy perdidos —responde Ibrahim.

—De acuerdo. Entonces el señorito bien vestido de Liverpool me hace pensar en un tipo llamado Dominic Holt, que cuela la heroína por Newhaven. Ahora vive cerca de aquí, en una casa junto al mar. Habrán usado la tienda para hacer la entrega, en plan: «Cuida de nuestra heroína veinticuatro horas». Normalmente, Dom Holt no haría la entrega en persona, pero tarde o temprano todos tenemos algún desliz.

—¿Y hay alguien por encima de él? —pregunta Ibrahim.

—Otro tipo de Liverpool, Mitch Maxwell.

—¿Y crees que son la clase de gente que mataría a alguien?

—Menuda pregunta. Claro que sí —afirma Connie—. O la clase de gente que contrataría a alguien para que se ventilara el asunto.

—Es lo mismo.

—Bueno, en realidad no. Asesinar y contratar a un matón para que se cargue a alguien son cosas por completo distintas.

—Bueno, de acuerdo. Trataremos este tema en nuestra sesión —dice Ibrahim—. Porque en realidad son casi la misma cosa.

—Pues en eso no estamos de acuerdo, pero no pasa nada.

—¿Sabes dónde podría encontrarlos? ¿A ese tal Dominic Holt y a Mitch Maxwell?

—Sí.

—¿Te importaría explicarte mejor?

—Sí. Creo que voy a dejar que te ocupes tú del resto —indica Connie—. Me has comentado que un marchante de antigüedades muere asesinado el mismo día que le da pasta a un figurín de Liverpool. Yo te hablo de heroína y te doy los nombres de Dominic

Holt y Mitch Maxwell. Ir más lejos sería convertirme en una soplona, Ibrahim. No eres el único que ha hecho un juramento.

—Diría que tú no has hecho ningún juramento de verdad —replica él—. ¿Y el tal Dom Holt no es un competidor tuyo?

—No, se dedica al tráfico de heroína. Yo trafico con coca.

—¿Y esos dos mundos no se cruzan de vez en cuando?

Connie lo mira como si estuviera chiflado.

—¿A santo de qué iban a cruzarse nuestros mundos? Para unas copas en Navidad, quizá. Pero no este año, desde luego.

Ibrahim asiente.

—En todo caso, si averiguo algo más, ¿quieres que te mantenga al corriente?

—Claro que sí —dice Connie—. ¿Podemos continuar con la sesión? He estado pensando en mi padre, como me pediste.

Ibrahim vuelve a asentir.

—¿Y estás enfadada?

—Mucho —asegura Connie.

—Estupendo —dice Ibrahim.

13

Joyce

En el boletín de noticias de Coopers Chase, *Directo al grano*, suelen publicarse los nombres de los residentes que se instalan en la comunidad. Piden permiso a la gente, por supuesto, y puede ser una manera agradable de presentarte a los vecinos antes de desembarcar con el camión de las mudanzas. También nos da la oportunidad de fisgonear un poco.

En fin, la semana que viene vendrá un hombre que se llama Edwin Mayhem.

¡Edwin Mayhem!

Seguro que es un nombre artístico, ¿no? ¿Quizá fue un mago o un doble para películas de acción? ¿Quizá una estrella del pop de los años sesenta? En cualquier caso, podría ser un buen tema para mi columna «Voy con Joyce». Esta semana entrevisté a una mujer que cruzó a nado el canal de la Mancha, pero, como se olvidaron de cronometrarla, tuvo que repetir la travesía al cabo de un mes. Todavía nada, aunque ahora lo hace en la piscina.

Sin duda voy a acercarme a llamar a la puerta de Edwin Mayhem. Le daré un par de días para que se instale, arregle los muebles a su gusto y me presentaré con un merengue de limón y un bloc de notas.

Se ha hecho tarde y miro por la ventana las luces que se van apagando sin orden ni concierto en las otras ventanas. Aún quedamos algunos despiertos. Coopers Chase parece un calendario de adviento.

El año pasado tuve un calendario de adviento Cadbury's y también le envié uno a Joanna, a finales de noviembre. Joanna dice que Cadbury's ha cambiado la receta de su chocolate y que ya no quiere probarlo, pero yo no he notado la diferencia. Antes le chiflaba la tableta de Dairy Milk, de verdad que sí, pero ahora podrías quedarte sentada esperando a que te lo dijera. A lo mejor el año que viene le regalo un calendario de adviento lleno de diamantes o de hummus.

Ahora estoy mirando mi termo. «Por un año nuevo sin crímenes.» Habría sido bonito. ¿O no? Ya casi no me acuerdo de lo que hacía antes de que empezaran todos estos asesinatos. Recuerdo que iba a aprender a jugar al bridge, pero eso ha quedado en la recámara. También tengo tantos episodios del *Inspector Morse* guardados en mi Sky Plus que ya ni sé cuándo voy a poder verlos todos. Aunque lo siento por el pobre Kuldesh, la verdad.

Hay tantas formas de morir cuando ya tienes casi ochenta años que parece una broma de mal gusto añadir el asesinato a la lista. Le dispararon, así que es evidente que tuvo que molestar a alguien. Le pregunté a Elizabeth si conocía todos los detalles y me contestó que estaba en un grupo de WhatsApp de gente que se entera

de cosas. Yo estoy en dos grupos: el de «Paseadores de perros» y el de «Vecinos famosos vistos en Kent». He tenido que silenciar el grupo de «Cosas que dicen mis nietos» porque creo que la gente lo usa sobre todo para presumir. ¿Una niña de ocho años que dice «Abuelita, pareces una princesa»? Lo siento, pero no cuela. Sé que no debería ser tan incrédula.

Nuestra primera línea de investigación en el crimen es un tal Dominic Holt. Es el director de una empresa llamada Servicios Logísticos Sussex situada en un polígono industrial que, como no podía ser de otro modo, está a tiro de piedra de los principales puertos, de modo que, el día después del funeral, Ibrahim nos llevará allí en su coche para comprobar si hay algo que valga la pena ver. Una operación de vigilancia, más o menos. Elizabeth será el cerebro, Ibrahim será el conductor y yo me ocuparé del picoteo. Ron se quejó de que no tendría nada que hacer, pero Elizabeth dijo que nos acompañaría para dar una nota de color, y eso pareció calmarlo.

Ron ha estado de un humor de perros, o más que de costumbre, durante la última semana. Tuvo una bronca con Pauline en Navidad. No ha querido explicarme el motivo, pero Ibrahim dice que tiene que ver con el momento en que supuestamente deben abrirse los regalos. Ron decía que era justo después del desayuno y Pauline insistió en que había que esperar a después de comer. Los ánimos se caldearon. Cuando Ibrahim fue a verlos por la noche ni siquiera quisieron jugar a las charadas con él. Y eso que Ron sabe que a Ibrahim le encanta jugar a las charadas, así que la bronca debió de ser de padre y muy señor mío. Recuerdo que una vez Ibrahim representó *Cincuenta sombras de Grey* para Elizabeth y os aseguro que fue un espectáculo digno de verse.

Ibrahim cenó solo en Navidad, que es como le gusta hacerlo, según dice. Lo había invitado a venir —había ganso de sobra para los dos—, pero me explicó que las fiestas navideñas no terminan de convencerlo. Demasiado sentimentales para su gusto. Aun así, cabe señalar que cuando vino a recoger a Alan para sacarlo a pasear llevaba un gorrito de Santa Claus.

Elizabeth se quedó con Stephen, naturalmente. Casi no he podido sonsacarle nada, a excepción de que le dio un poco de pavo al pequeño zorro que se ha aficionado a visitarlos. Lo llaman «Snowy», porque tiene las puntas de las orejas blancas. Cuando se tumba en el suelo, cree que se camufla, pero sus orejitas siempre lo delatan. Cada día se aventura más cerca de su jardín. Supongo que ahora mismo estará rondando por aquí, en la oscuridad.

Mañana los veré a todos en el funeral de Kuldesh. No lo conocíamos bien, pero ya no le quedaba familia y siempre está bien llenar un poco los bancos, ¿no? Por lo menos me gustaría que, llegado el día, lo hicieran por mí.

Qué poco ha durado el deseo de un año nuevo sin crímenes, Joanna, aunque mañana usaré el termo de todos modos. En los crematorios suele haber muchas corrientes de aire.

14

Son las ocho y media de la mañana de un 4 de enero y la tropa ha sido convocada al Centro de Coordinación de la comisaría de Fairhaven para poner en común los avances en la investigación del asesinato de Kuldesh Sharma.

Chris debería llevar las riendas de la reunión, repartiendo órdenes, analizando hipótesis, al mando de la pizarra blanca y los rotuladores, pero esta mañana le ha deparado una sorpresa.

Una sorpresa encarnada en la figura de Jill Regan, inspectora en jefe de la Agencia Nacional contra el Crimen, quien, como ha quedado claro, está al mando ahora de la investigación del homicidio, por motivos que ninguno de los presentes todavía ha acertado a adivinar.

Un marchante de antigüedades de Brighton ha sido asesinado en Kent. ¿Qué interés pueden tener en ello la Agencia Nacional contra el Crimen y la inspectora en jefe Jill Regan?

En este mismo instante, la inspectora está escribiendo en la pizarra de Chris, con los rotuladores de Chris. Donna ve cómo su compañero se crispa por momentos.

—En fin, ¿qué tenemos? —dice Jill Regan—. La raíz cuadrada de nada en absoluto. Ha transcurrido casi una semana desde el homicidio y no tenemos pistas, ni siquiera un triste indicio, y por supuesto —Jill mira lentamente los rostros de la brigada reunida en la sala—, ninguna información.

—Esta mujer es un encanto —le susurra Donna a Chris.

—No tenemos imágenes de las cámaras de seguridad de la tienda —prosigue Jill—. De nada sirve llorar ahora por ello. Las marcas de los neumáticos no nos han llevado a ningún lado, aunque era de esperar, ¿no? Ni una sola huella dactilar, ni un solo rastro genético útil, ni un solo testigo. Y estoy en una sala llena de polis que no dan un palo al agua, sentados a la bartola.

—Nos has pedido que nos sentáramos, ¿no? —dice Donna.

—Era una metáfora, si es que sabes de qué te hablo —replica Jill

—. Cuatro días y ni un solo avance. Pues hasta aquí hemos llegado. A las doce llegará un equipo de la Agencia Nacional contra el Crimen y se os relevará de la misión. A partir de ahora tenéis prohibido el acceso a esta sala. También tendréis prohibido el acceso a mi despacho. Va por ti, Chris, tengo la autoridad de quedarme con tu despacho. ¿Alguna pregunta?

Chris hace el intento de levantar la mano.

—Sí, solo que...

—Era broma —lo interrumpe Jill—. No se admiten preguntas. Gracias a todos por presentaros antes de que empiece el turno. Por favor, encontrad otro crimen que resolver, si es que tenéis alguno pendiente por aquí.

El equipo empieza a dispersarse. Algunos están contentos porque les espera un día tranquilo. Chris permanece un momento en la sala, así que Donna decide imitarlo.

—¿Qué está pasando aquí? —le pregunta Chris a Jill.

—Nada —dice la inspectora en jefe—. Precisamente ese es el problema.

Él niega con la cabeza.

—No. Aquí pasa algo. ¿Un homicidio en Kent y llaman a la Agencia Nacional contra el Crimen?

—No sé qué decirte, Chris —responde Jill.

—¿Necesitas que te traslade la información que tenemos? ¿Todo lo que hemos averiguado hasta ahora?

—No, gracias. Todo en orden. Solo necesitamos un poco de paz y tranquilidad. Deja que hagamos nuestro trabajo. ¿Habéis encontrado su teléfono?

—¿El teléfono de quién? ¿De Kuldesh?

—Alucinante —dice Jill—. Tienes una inteligencia formidable. Sí, el de Kuldesh.

—No lo llevaba encima —responde Chris.

—¿No lo encontrasteis en la tienda?

—Inspectora, si lo hubiéramos encontrado en la tienda, ahora estaría fichado con el resto de las pruebas —tercia Donna. Debería haberlo entregado el día anterior, pero no había nadie trabajando en el depósito de pruebas. Por una vez, Donna agradece la falta de financiación de la policía.

—El crimen organizado tiene algo que ver, ¿no? —aventura Chris

—. ¿Se cruza con un caso de narcotráfico internacional que estáis investigando?

—Si fuera así, no te lo diría, ¿no? —responde Jill—. En fin, estoy convencida de que tenéis asuntos pendientes de los que ocuparos.

—La verdad es que no —reconoce Donna—. Hay un tipo que vive cerca de Benenden al que le han robado un caballo.

—Pues entonces investigad eso —dice Jill—. No quiero veros cerca del Centro de Coordinación. Inspector jefe Hudson, te han montado un despacho provisional en el barracón del aparcamiento. Andando, que es gerundio.

—¿Y dejamos colgada por las buenas la investigación del homicidio de Kuldesh Sharma? —pregunta Chris.

—Eso se lo dejáis a los profesionales —dice Jill—. Vosotros ocupaos de localizar a ese pobre caballo.

Intuyendo que tal vez les conviene dejar esa batalla para otro día, Donna se lleva a Chris fuera de la sala y luego baja detrás de él por la escalera principal de la comisaría.

—¿Cómo lo ves? —pregunta él.

—La gente no es así de odiosa en la vida real, ¿no? —dice Donna.

—Justo lo que estaba pensando —replica Chris—. Esa mujer tiene la imperiosa necesidad de que no metamos las narices. Pero ¿por qué?

—¿Es posible que sepa algo sobre el homicidio que no quiera compartir con nosotros?

Chris asiente.

—Es una de esas cosas que deberíamos investigar, ¿no crees?

—Lo primero es lo primero —dice Donna—. Bajaré a mi taquilla a por el móvil de Kuldesh.

Él asiente de nuevo.

—Podemos hacer un rastreo rápido de sus llamadas. Y luego nos ponemos a trabajar en lo del caballo robado.

15

Solo hay dos filas de asientos ocupadas en el funeral. Kuldesh no era hindú practicante, de hecho no practicaba nada, y las únicas instrucciones que dejó fueron que quería una incineración sencilla, presidida por el vicario del barrio, a cuya esposa había tratado una sola vez y le había caído muy simpática, en un curso para conductores multados por exceso de velocidad («John no sé cuántos, de Hove. Seguro que podréis localizarlo»).

En primera fila se sientan Joyce, Elizabeth, Ron e Ibrahim. Detrás de ellos están Chris, Donna, Bogdan y un hombre con sombrero que, por toda presentación, les ha dicho que se llama Big Dave. El vicario, sorprendido de que lo hayan convocado a esa ceremonia, intenta dar el do de pecho.

—Kuldesh era un comerciante, un hombre que amaba las antigüedades. Era de Brighton, así que debía de amar el mar...

Elizabeth ve que probablemente puede saltarse esa parte y se vuelve hacia la fila de atrás para hablar con Chris.

—Compartamos información —le susurra.

—Estamos en un funeral —responde él, también susurrando.

—Vivía en un bungalow en Ovingdean —continúa el vicario—. A todas luces, Kuldesh no era un hombre amante de las escaleras...

—De acuerdo —dice Chris, asintiendo con la cabeza—. Usted primero.

—Creo que nuestra información es mejor que la vuestra —comenta Elizabeth—. Así que, con el debido respeto, tú primero.

—Gracias por el respeto que nos tiene —interviene Donna.

—En eso lleva razón —dice Ibrahim, volviéndose para participar de la conversación—. Tenemos una pieza muy importante del rompecabezas que vosotros no tenéis.

—¿De verdad? —replica Chris—. Voy a correr el riesgo. Hemos hecho buenos progresos en la investigación.

—Si tienen la bondad de rezar conmigo —indica el vicario—. Si

Kuldesh era un hombre de fe, lo llevaba discretamente, aunque nunca se sabe. Padre nuestro...

Mientras el vicario desgrana la oración, Elizabeth y Chris prosiguen con su charla entre susurros, agachando la cabeza.

—¿Ha habido suerte con las cámaras de seguridad? —pregunta ella—. ¿Sabéis quién visitó a Kuldesh el día de su muerte?

—Todavía no —responde Chris.

—Interesante, porque nosotros sí lo sabemos.

—No, no lo saben —interviene Donna, con los ojos todavía cerrados y las manos entrelazadas para rezar—. Es un farol, Chris.

—Amén —dicen todos los presentes cuando termina la oración.

—Y ahora —continúa el vicario—, tengan la bondad de acompañarme en un minuto de silencio mientras recordamos a nuestro amigo Kuldesh Sharma. O sigan con sus cuchicheos. Lo conocían mejor que yo, aunque es verdad que su esposa me cayó bien cuando nos presentaron.

Chris espera un par de segundos y luego vuelve a ponerse manos a la obra.

—Para ser sincero —comenta—, lo tenemos bajo control. Solo han pasado cinco días. Tenemos un equipo trabajando, un buen equipo, todos con buena información, y tenemos a los forenses revisándolo todo. Sea lo que sea, lo resolveremos. No con magia, sino echándole horas.

—¿Entiendo, entonces, que habéis hablado con Louise, la encargada de la cafetería? —pregunta Joyce, sumándose al fin a la conversación—. Eso está muy bien.

—¿Con... quién? —dice Chris, momentáneamente con la guardia baja.

—Louise —repite Elizabeth—. La encargada de la cafetería que hay bajando la calle... Esa cafetería a la que nos enviasteis para deshaceros de nosotras. ¿Habéis hablado con ella?

—Sí —responde Donna—. Sí que hablé con ella. A eso nos dedicamos en la policía.

—Pero justo ese es el problema, ¿no? —dice Elizabeth—. La gente no siempre confía en vosotros, a saber por qué. Estoy convencida de que hacéis una labor fantástica, desde luego con alguna manzana podrida, pero no todo el mundo es de la misma opinión. ¿No es posible que Louise fuera un poco más comunicativa con una pareja

de ancianas que tomaban una taza de té y un poco de tarta?

—Era un *macaroon*, de hecho —tercia Joyce—. Los detalles son importantes, Elizabeth.

—Y ahora —continúa el vicario—, creo que un amigo de Kuldesh desea pronunciar unas palabras. Bogdan Jankowski.

Joyce da una palmada de alegría cuando ve que Bogdan se dirige al estrado. Ahora no susurra nadie. Bogdan prueba el micrófono con el dedo índice. Queda satisfecho con la acústica de la sala.

—Kuldesh era un buen hombre —empieza—, y no todo el mundo lo es.

—Así se habla —dice Ron.

—Fue generoso conmigo, y también lo fue con Donna, y fue un buen amigo de Stephen —explica Bogdan—. Le he pedido a Stephen que me hable de él. Me ha dicho que era generoso y leal. Que cuando recibía insultos por la calle seguía caminando. Stephen dice que era todo un personaje, pero en el mejor sentido de la expresión. Siempre riéndose, siempre echando una mano. Así pues, ante Dios, quiero decir que...

Bogdan mira a la pequeña congregación antes de continuar.

—Kuldesh, eras amigo de Stephen, y eso significa que también eras amigo nuestro. Y te prometo que encontraremos a la persona que te asesinó. No descansaremos hasta dar con esa persona y acabar con ella...

—¿O quizá detenerla, cariño? —sugiere Donna.

Bogdan se encoge de hombros.

—Acabaremos con ella o la detendremos. Gracias, Kuldesh. Descansa en paz. —Bogdan se santigua.

Cuando vuelve a su asiento, Big Dave suelta un grito de ánimo que desencadena un aplauso general entre los presentes.

La ceremonia continúa con un poco más de respeto e incluso algunas lágrimas de Joyce, Bogdan y Ron.

Al término, el vicario pronuncia unas últimas palabras.

—Creo que mi presencia tal vez estaba de más aquí hoy. Pero les deseo buena suerte a todos. De verdad que me habría gustado conocerlo. Adiós, Kuldesh.

Los deudos empiezan a desfilar.

—¿Qué les dijo Louise? —pregunta Chris a Elizabeth.

—¿Perdona? —responde ella—. Pensaba que habíamos quedado

en que no compartiríamos información... En fin, aquí están los hechos. Gracias a esta testigo, tenemos la descripción del hombre que visitó a Kuldesh Sharma el día de su muerte. ¿Vosotros también?

Chris y Donna se miran y luego niegan con la cabeza.

—Además, nos han facilitado un nombre que encaja a la perfección con esa descripción. El nombre se lo dio a Ibrahim uno de los mayores importadores de droga de toda la costa sur.

—A quien no puedo identificar —añade Ibrahim.

—¿Tenéis el nombre de un sospechoso? —inquiere Elizabeth.

Chris y Donna vuelven a mirarse y, una vez más, dicen que no con la cabeza.

—Y, por último, me han comunicado que la Agencia Nacional contra el Crimen os ha relevado en la investigación, así que toda esta bravuconería tuya no es más que teatro. Lo cual es perfectamente comprensible, aunque solo consigáis que todo vaya más lento.

—¿Cómo se ha...? —empieza a decir Chris, pero Elizabeth no permite que termine la frase.

—El caso en el que estáis trabajando ahora, sea el que sea —dice —, no es el asesinato de Kuldesh Sharma.

—Alguien robó un caballo en Benenden —interviene Donna.

—Oh —exclama Joyce.

—Así que disponemos de mucha información —continúa Elizabeth—. ¿Tenéis algo que ofrecer a cambio?

Donna se saca un móvil del bolso.

—Tenemos su móvil, Elizabeth. No deberíamos, pero lo tenemos.

—Estupendo —dice Ron.

Elizabeth da una palmada.

—Maravilloso, Donna. Maravilloso. Bogdan es un hombre muy afortunado por tenerte. Lo siento si me he puesto autoritaria. Intentaré mejorar. Nuestra hipótesis es que un tal Dominic Holt entregó un alijo de droga en la tienda de Kuldesh y que Kuldesh, por motivos que solo podemos intuir, decidió robarlo y que, además, alguien lo asesinó luego. ¿Te dice algo todo esto, Chris?

—Confirma muchas de mis sospechas...

—Bobadas —replica Elizabeth—. Ahora, en agradecimiento, ¿qué nos dice el teléfono?

—Hizo dos llamadas —informa Chris—. Alrededor de las cuatro de la tarde del día en que murió.

—La primera, a una mujer llamada Nina Mishra —añade Donna—. Es profesora de Arqueología, en Canterbury.

—Una profesora, ¡Dios mío! —exclama Joyce.

—Profesores —rezonga Ron con un discreto gesto de fastidio.

—¿Habéis ido a verla? —pregunta Ibrahim.

—No hemos recibido los datos hasta esta misma mañana —explica Donna—. Así que no.

—Parece una misión hecha a propósito para nosotros, ¿no? —dice Elizabeth.

—Sí, señora —responde Chris.

—Espléndido —dice Joyce—. Porque de verdad me apetecía ir a Canterbury.

—¿Y la segunda llamada? —inquiere Ibrahim.

—Unos diez minutos después de la llamada a Nina Mishra —informa Donna—. De momento no han podido rastrearla.

—Tonterías —replica Elizabeth—. No hay nada que no se pueda rastrear.

—El número que nos da es «Código 777» —dice Donna—. Nos pasa de vez en cuando.

—Ah —dice Elizabeth.

—Código 777 —repite Joyce—. ¿Qué significa?

—Es lo que pasa con los delincuentes de altos vuelos —dice Chris—. Utilizan programas de bloqueo. Son absolutamente ilegales, y carísimos, pero así se ahorran tener que ir comprando móviles de prepago.

—Seguramente en la Dark Web —interviene Ibrahim, asintiendo con gesto de entendido en la materia.

—En resumen —dice Joyce—. ¿Kuldesh llama a una profesora e inmediatamente después a un delincuente de altos vuelos?

—Seguro que hay otra explicación —repone Elizabeth.

—Pues estoy esperando a oírla —dice Chris.

—Hay dos preguntas clave —continúa ella—. ¿Kuldesh intentó vender la heroína? Y, si es así, ¿a quién?

—No me cuadra para nada —interviene Ron—. Lo siento. ¿Kuldesh recibe una caja de heroína y decide venderla? Imposible. Estaría muerto de miedo. Seguro que entró alguien y se la robó. Os lo garantizo. Es imposible que Kuldesh hiciera algo así.

—Lo siento —dice una voz—. No he podido evitar oírles.

Se vuelven todos hacia Big Dave, el asistente desconocido al funeral.

—Me parece que fui la última persona que lo vio con vida —informa él.

—¿Cuándo fue eso? —pregunta Elizabeth.

—La tarde del veintisiete —responde Big Dave—. A eso de las cinco. Estaba cerrando la tienda. No vendí mucho ese día.

—¿Y dijo algo? —quiere saber Chris—. ¿Le comentó adónde iba?

—No… Solo me deseó una feliz Navidad —dice Big Dave abrochándose el abrigo—. Y luego me compró una pala.

16

Tras el funeral, el trayecto de regreso a casa fue un constante intercambio de teorías. Bandas de narcotraficantes rivales, chantajes. Ron, como siempre, se preguntó si la mafia estaba en el ajo. Aun así, quedaban varias incógnitas interesantes por despejar. ¿Por qué no había hecho Kuldesh lo que le habían pedido? ¿Por qué había llamado a Nina Mishra? ¿Y quién fue el destinatario de la segunda llamada? ¿La del código 777? Elizabeth había desestimado los comentarios de Chris sobre delincuentes de altos vuelos, pero el inspector llevaba razón. Tener un número que no deja rastro es una tarea muy complicada. Y se trata además de una técnica empleada por un tipo muy particular de persona.

Por supuesto, quedaba la incógnita fundamental: ¿adónde había ido a parar la heroína?

Elizabeth bosteza, una vez concluida esa larga jornada, y abre la puerta de la entrada.

Percibe de inmediato que algo va mal. Intuye que ha ocurrido algo terrible. Y a lo largo de la vida ha aprendido a confiar en sus corazonadas.

La tele está apagada. No es habitual. Últimamente, Stephen se queda sentado todo el día frente al televisor. Ve el Canal Historia. Antes le hablaba de los programas que había visto, aunque ahora ya no tanto. A veces los ven juntos después de cenar. O nazis o Antiguo Egipto, es casi siempre lo mismo. Tampoco está mal.

Se quita el abrigo y lo deja en uno de los colgadores del recibidor, junto a la chaqueta Barbour de Stephen, bien encerada. Qué maravillosos paseos solían dar juntos. Horas de caminatas por terrenos agrestes para terminar en un pub con la chimenea encendida y un perro cariñoso al lado. Stephen se ponía a hacer un crucigrama y ella lo ayudaba. Ahora intentan andar una hora al día, por el bosque. Se acabaron las chimeneas en medio del campo. Otra cosa que han perdido, y es tan poco lo que les queda ya. Roza la manga de la

chaqueta.

No se oye nada, pero Stephen tiene que estar en casa. Le llega un olor que le resulta familiar. ¿Dónde lo habrá olido antes?

¿Se habrá caído Stephen? ¿Habrá tenido un infarto? ¿Está a punto de encontrarlo tendido en el suelo? Con el rostro gris y los labios azules. ¿Es así como termina todo, esa bella historia? ¿Con su hombre fuerte desplomado en la moqueta? Y ella sola en adelante. ¿Sin un adiós?

—¿Elizabeth?

La voz de Stephen surge de detrás de la puerta de su despacho. Elizabeth casi se derrumba de alivio. Empuja la puerta y ahí está él. Perfectamente vestido, afeitado, bien peinado, sentado a su escritorio, en el que ha trabajado tantos años. Rodeado de sus libros: arte islámico, antigüedades de Oriente Medio, un estante reservado a Bill Bryson. Podía oírlo encerrado en el despacho durante horas, aporreando el teclado del ordenador mientras trabajaba con un procesador de textos obsoleto que se negaba a actualizar. Siempre se burlaba de él, diciéndole que tecleaba como un elefante, pero le llegaba nítida la alegría que había detrás de esos golpes. El amor que Stephen sentía por su trabajo, por escribir, dar conferencias, impartir cursos, cartearse con colegas... Lo daría todo por volver a oír ese mastodóntico aporrear de teclas.

—Hola, cariño —dice Elizabeth—. No solemos verte mucho por aquí...

Stephen le indica que se siente. Ella ve que tiene una carta en el escritorio.

—Quiero... —empieza a decir él—. Si me lo permites, por supuesto, me gustaría leerte una carta que he recibido hoy.

Mira el sobre en el escritorio. El cartero llegó después de que Elizabeth se marchara.

—Adelante —dice.

Stephen coge la carta, pero antes de empezar a leerla mira a Elizabeth a los ojos.

—Y te pido que seas sincera, si tienes la bondad. Necesito que me quieras y que seas franca conmigo.

Elizabeth asiente. ¿Qué otra opción tiene? ¿Quién le ha enviado una carta a Stephen? ¿Y a propósito de qué? ¿Kuldesh, quizá? ¿Una pista sobre su asesinato? ¿Una petición de auxilio a un viejo amigo?

Stephen empieza a leer. Antes le leía en la cama. Dickens, Trollope. Jackie Collins, si estaba de humor.

Querido Stephen:

No es fácil escribirte estas líneas, pero sé que leerlas será mucho más difícil. Voy a ir directo al grano. Creo que estás en la primera fase de una demencia, seguramente alzhéimer.

Elizabeth se oye el corazón latiendo a través del pecho. ¿Quién diablos habrá tenido la desfachatez de destruir su intimidad de esa forma? ¿Quién ha podido enterarse? ¿Sus amigos? ¿Ha sido uno de los amigos de Elizabeth quien le ha escrito? Es imposible que haya sido Ibrahim, ¿no? Es el único que se atrevería.

No soy un experto en la materia, aunque sí he investigado un poco. Te olvidas de las cosas, se te ve distraído. Sé perfectamente lo que vas a decir: «Siempre he sido olvidadizo. ¡Siempre he sido un despistado!». Y llevas razón, desde luego, pero esto, Stephen, tiene otra magnitud. Algo no va bien en ti y todo lo que he leído apunta en una misma dirección.

—Stephen —dice Elizabeth, pero él la hace callar con un gesto dulce.

También sabrás que la demencia apunta en una sola dirección. Una vez que empieza la cuesta abajo, y, por favor, créeme cuando te digo que ya ha empezado, no hay vuelta atrás. Habrá, quizá, algún asidero al que agarrarse en el camino, cornisas en las que descansar un momento, y a lo mejor las vistas aún serán bonitas de vez en cuando, pero nunca podrás volver a subir por la cuesta.

—Stephen, ¿quién te ha escrito esta carta? —pregunta Elizabeth.

Él levanta un dedo para pedirle que tenga paciencia unos segundos más. Elizabeth nota que su furia se apaga. Esta carta tendría que habérsela escrito ella. No es un asunto que debiera haber quedado en manos de un desconocido. Stephen retoma la lectura.

Quizá ya lo sepas, quizá, mientras lees estas líneas sentado a tu

escritorio, te preguntes: «¿Por qué me está contando este condenado idiota algo que ya sé?». Pero tengo que escribírtelo, porque ¿y si no lo sabes? ¿Y si ya has descendido tanto en esta cuesta abajo que ya no eres capaz de ver que estás cayendo? Si estas palabras te resultan ajenas, espero, por lo menos, que despierten una chispa en tu fuero interno, que reconozcas la verdad de lo que te digo. Y sabes que puedes confiar en mí.

—¿Confiar en quién? —dice Elizabeth.

—¿Acaso importa? —replica él cariñosamente—. Veo en tu mirada que es verdad. A ver, ya sabía que era verdad, pero me alegro, supongo, de verlo confirmado. Deja que continúe. No es una carta larga.

Debo escribirte esta carta ahora, Stephen, porque, si esa chispa se enciende en ti, necesito pedirte dos cosas. Quiero que le leas esta carta a Elizabeth en voz alta y quiero que te prometa que te permitirá leerla todos los días, en caso de que la olvides. Algo que, según entiendo, ocurrirá tarde o temprano.

Elizabeth sabe ahora quién ha escrito la carta, desde luego que sí.

—¿Te escribiste esta carta a ti mismo? —pregunta.

—Eso parece, sí —responde Stephen—. Hoy se cumple un año.

Era lo mínimo que podía esperarse de alguien como él.

—¿Cómo lo hiciste? —inquiere ella—. ¿Enviaste el sobre a tus abogados y les pediste que te lo mandaran al cabo de un año?

—Supongo que sí —dice él—. Supongo que sí. Pero, volviendo al tema que nos ocupa, he de entender que todo es verdad, ¿no?

—Todo es verdad —contesta ella.

—¿Y va de mal en peor?

—Mucho peor, Stephen. Hoy es un día bueno y cada vez son menos. Estamos aguantando.

Stephen asiente.

—¿Y qué habrá que hacer?

—Eso está en tus manos —dice Elizabeth—. Siempre lo estará.

Stephen sonríe.

—Menuda tontería. En mis manos. Está en nuestras manos y, por lo que parece, la puerta está cerrándose muy deprisa. ¿Crees que debo

seguir viviendo aquí? ¿Es imposible?

—Es difícil —dice ella—, pero no imposible.

—Pronto será imposible.

—Me da igual el día de mañana. Lo único que me importa es hoy.

—Es muy bonito oírte decir eso, pero me da la impresión de que yo no puedo permitirme ese lujo. Hay sitios, estoy seguro, donde podrán cuidar de mí para que tú puedas tener algo de descanso... Todavía me queda un poco de dinero, espero... No lo habré perdido apostando, ¿no?

—Sí, tienes dinero —afirma Elizabeth.

—Vendí algunos libros hace poco. De los caros.

Stephen debe de haber visto que se le enturbiaba la mirada.

—¿No vendí esos libros?

—No —responde ella—. Pero ayudaste a resolver un crimen localizando unos libros.

—¿De verdad? Soy una caja de sorpresas.

—¿Quieres terminar de leer la carta?

—Sí —dice él—. Quiero terminarla. —Vuelve a coger la cuartilla.

Stephen, menuda vida has tenido. Has aprovechado hasta el último minuto de tu tiempo y has encontrado una mujer extraordinaria en Elizabeth. Has disfrutado de lo que se dice una vida afortunada. Qué suerte has tenido, qué oportunidades te ha brindado la vida, qué maravillas has visto. Has sido un cabrón con suerte y seguramente te tocaba pasar por una mala racha. Y ahora ha llegado. Tendrás que encararla como consideres oportuno, y esta carta es el regalo que te hago para que sepas a qué te enfrentas, si todo lo demás ha fallado. Ahora no hay día que no lea algo sobre la demencia, e intento empollar mientras pueda, y dicen que al final terminas olvidando incluso a las personas que te son más cercanas. He leído infinidad de casos de familias en las que el marido olvida a la esposa, en las que la madre olvida a sus hijos. Sin embargo, cuando todos los nombres y las caras desaparecen de tu memoria, lo que parece resistir más tiempo es el amor. De modo que, sea cual sea la situación en la que te encuentres, espero que sepas que eres amado. Elizabeth no te enviará lejos de casa, ambos lo sabéis. No te encerrará en una residencia, por más mal que estés y por fea que se haya puesto la situación. Pero debes convencerla de que ese es el camino indicado. Por su bien o por

el tuyo, no puedes permitir que siga cuidando de ti. Elizabeth no es tu cuidadora. Es tu amante. Lee esta carta, por favor, y luego desoye sus objeciones. He dejado una hoja con recomendaciones dentro de la Guía del Museo Arqueológico de Bagdad*, en el tercer estante a tu derecha. Espero que encuentres alguna propuesta que te encaje.*

Stephen, estoy perdiendo el juicio. Noto que se me escurre entre los dedos a diario. Te envío todo mi afecto, querido, a un año vista. Espero que puedas sacar algo de esta carta. Te quiero, y suponiendo que me hayas hecho caso y le hayas leído esta carta a Elizabeth, entonces, Elizabeth, también te quiero a ti. Recibe un cordial saludo.

Stephen

Deja la carta sobre el escritorio.

—Así estamos.

—Así estamos —coincide ella.

—Deberíamos estar llorando, ¿no?

—Creo que ambos debemos mantener la cabeza fría un momento —opina Elizabeth—. Habrá tiempo para llorar si queremos.

—¿Y hemos tenido esta conversación antes? —pregunta Stephen —. ¿Hemos hablado de la demencia?

—De vez en cuando. Sospechas que algo va mal, como es evidente.

—¿Y cuánto tiempo nos queda? Sé que es una pregunta imposible, pero ¿cuánto tiempo nos queda hasta que no sea capaz de tener esta conversación? ¿Cuánto falta antes de que la puerta se cierre del todo?

Elizabeth no puede engañarse más, no puede aferrarse toda la eternidad a Stephen. Ha llegado el día temido. Lo ha ido perdiendo párrafo a párrafo, pero ahora ya no queda nada del capítulo. Y el libro está a punto de concluir.

Stephen, afeitado y vestido impecablemente, aguarda entre sus libros. Las urnas y las esculturas de sus viajes, objetos que le parecieron interesantes y hermosos, reunidos a lo largo de toda una vida. Los galardones, las fotografías, viejos amigos sonrientes en barcos, niños en la escuela vestidos como hombres adultos, Stephen en

las montañas, en excavaciones en el desierto, haciendo un brindis en un bar perdido en medio de ninguna parte, besando a su esposa el día que se casaron. Ese despacho, ese manto protector, cada centímetro de ese espacio es su cerebro, su sonrisa, su bondad, sus amistades, sus amantes, sus bromas. Su mente, en todo su esplendor.

Y ahora Stephen sabe que no queda nada.

—No mucho —le responde Elizabeth—. Los días buenos cada vez están más espaciados y los días malos cada vez son peores.

Stephen hincha las mejillas y entiende que sus opciones se reducen.

—Tienes que sacarme de casa, Elizabeth. Enviarme a un sitio en el que puedan cuidar de mí como es debido, las veinticuatro horas del día. Voy a mirar la lista de propuestas.

—Yo puedo cuidar de ti como mereces —dice ella.

—No —replica él—. No lo permitiré.

—Esperaba tener algo que decir al respecto yo también.

Stephen se inclina sobre el escritorio y coge la mano de su esposa.

—Quiero que me prometas que no destruirás esta carta.

—No voy a prometerte algo que no pueda cumplir —dice ella. «Dios mío, su mano, la mía», piensa, «cómo encajan, las dos».

—Quiero que me enseñes esta carta todos los días —pide Stephen —. ¿Lo has entendido?

Elizabeth mira a su marido. Luego, a la carta que ese hombre inteligente se escribió a sí mismo hace un año. ¿Cómo habrá podido soportarlo? Uno de esos días de mastodóntico teclear estaba escribiendo esa carta. Seguramente volvió al salón sonriendo de oreja a oreja. «¿Una tacita de té, vieja?»

Darle la carta todos los días sería tanto como perderlo. Pero no dársela sería traicionarlo. Y no hay dilema posible.

—Te lo prometo —dice ella.

Ahora las lágrimas sí que empañan los ojos de Stephen. Se ponen de pie y se abrazan. Stephen tiembla y solloza. Él dice «perdón», ella dice «perdón», pero a quién se lo piden y por qué es algo que se les escapa a ambos.

Elizabeth identifica el olor que le llegó al entrar en el apartamento, hace quince minutos, hace toda una vida. Sabía que lo había reconocido.

Era el miedo. Un miedo que hiela la sangre y baña el cuerpo de sudor.

Segunda parte

¡Busques lo que busques, seguro que lo encontrarás aquí!

17

En teoría, Ron estaba entusiasmado con la idea de vigilar un importante centro de importación de heroína y dar caza a un asesino.

En la práctica, sin embargo, la misión ha consistido sobre todo en quedarse en el asiento trasero de su Daihatsu, mirando con unos prismáticos que compró en el Lidl una nave industrial en la que no ha entrado ni salido un alma en una hora, mientras escucha a Ibrahim leerle a Joyce un artículo de *The Economist* sobre Ecuador.

—¿Ser espía es siempre así de aburrido? —le pregunta a Elizabeth. Hoy, extraño en ella, ha estado muy callada.

—En un noventa por ciento es esto. Un cinco por ciento es papeleo y el cinco restante es matar a gente —le responde ella—. Ibrahim, ¿le falta mucho a ese artículo para terminar?

—Me está gustando —dice Joyce.

—A Joyce le gusta —señala Ibrahim, y prosigue con un párrafo sobre las presiones que sufre el sector tecnológico en Quito.

Un Range Rover negro aparca frente a ellos, cerrándoles la salida del área de descanso.

—Así me gusta —dice Ron bajando los prismáticos.

Elizabeth se lleva la mano instintivamente al bolso. Frente a ellos, un hombre se apea del asiento del conductor y se acerca al Daihatsu. Llama a la ventanilla de Ibrahim y este baja el cristal.

El hombre asoma la cabeza por el hueco y observa detenidamente, de uno en uno, a los cuatro rostros que lo miran.

—Una escapadita, ¿no? —Acento de Liverpool.

—Hemos salido a observar aves —explica Ron, mostrándole los prismáticos.

—Precioso abrigo —comenta Joyce—. ¿Le apetece un cerdito?

Le alarga la bolsa de gominolas. El hombre coge un cerdito y vuelve a hablar sin dejar de masticar.

—Llevan una hora mirando mi almacén —dice—. ¿Han visto algo?

—Nada, señor Holt —responde Elizabeth.

Dominic Holt se interrumpe un momento al oír su nombre.

—Puede llamarme Dom —dice.

—Absolutamente nada, Dom. Ni rastro de heroína —reitera Elizabeth—. Admirable por su parte. Aunque supongo que deben de tramitar pocos envíos y bastante espaciados en el tiempo, ¿no?

—Imagino que casi siempre serán tareas administrativas, ¿no? —pregunta Joyce.

—Administro una empresa de logística legal —dice Dom.

—Y yo soy una pensionista inofensiva —replica Elizabeth.

—Lo mismo que yo —dice Joyce—. ¿Otro cerdito? Yo nunca tengo bastante con uno.

Dom levanta la mano para declinar el ofrecimiento.

—¿Le importaría decirme por qué sabe cómo me llamo?

—No hace falta escarbar demasiado en el mundo del tráfico de heroína en la costa sur para que su nombre aparezca —responde Elizabeth.

—De acuerdo —dice Dom, barajando sus opciones. Ron ya ha visto antes el efecto que el Club del Crimen de los Jueves puede tener sobre la gente.

—No sabes cómo calarnos, ¿eh, chico? —comenta Ron.

—Te diré lo que pienso de ti —dice Dom, señalándolo—. Eres el viejo de Jason Ritchie. ¿Roy?

—Ron —lo corrige él.

—Te he visto con él alguna vez. Es un mal bicho. Así que supongo que tú también debes de serlo. —Dom señala a Ibrahim—. No sé cómo te llamas, pero eres el tipo que visita a Connie Johnson en la cárcel de Darwell. Se dice que eres un importador marroquí de cocaína. ¿Es verdad?

—Sin comentarios —responde Ibrahim. Ron cree que nunca ha visto lucir tan orgulloso a su amigo.

—Tú —dice Dom, señalando con la cabeza a Elizabeth—. No tengo ni idea de quién eres, pero llevas un arma en el bolso. Muy mal escondida.

—No pretendía esconderla —afirma Elizabeth.

—Ahora me toca a mí —salta Joyce.

Dom mira a Joyce.

—Lo que opino de ti es que te has mezclado con unos malos

elementos.

Joyce asiente. De inmediato, Dom les ordena con la mano que se bajen del coche.

—Vamos. Todos fuera.

La banda sale del coche. Ron piensa que es agradable poder estirar las piernas. Dom intenta hacerse una idea del grupo.

—Así que tengo a un tío chungo de Londres, un traficante de cocaína, una vieja con una pipa y... —Vuelve a mirar a Joyce.

—Joyce —se presenta ella.

—Y Joyce —repite Dom—. Y estáis vigilando mi almacén una mañana de enero. Entenderéis que un hombre en sus cabales pueda hacerse algunas preguntas.

—Perfectamente —contesta Elizabeth—. De hecho, nosotros también tenemos algunas. Así que, ¿por qué no nos invitas a pasar? Podemos pelar la pava un ratito y aclararlo todo.

—¿Has usado alguna vez esa arma? —pregunta Dom, señalando el bolso de Elizabeth.

—Esta en concreto, no. Está limpia —responde ella—. No soy una aficionada.

—Trabajas para Connie Johnson, ¿verdad? —inquiere Dom—. ¿Eres su abuelita o algo así? ¿Qué quiere Connie?

—Connie solo es una amiga —dice Ibrahim.

—Mía no —aclara Ron—, para ser sinceros.

—Quiere cargarse a Ron —explica Joyce.

Dom mira a Ron y asiente.

—Sí, me lo figuro. Entonces ¿qué tenemos aquí? ¿Qué buscáis? ¿Debo preocuparme o puedo seguir con mi día?

—Te alegrará saber que la cosa es muy simple —declara Elizabeth—. Estamos buscando al hombre que asesinó a nuestro amigo.

—Vale —dice Dom—. ¿Quién era ese amigo?

—Kuldesh Sharma.

Dom niega con la cabeza.

—Primera vez que oigo ese nombre.

—Pero estuviste en su tienda poco después de Navidad —dice Joyce—. ¿Quizá se te ha olvidado? Una tienda de antigüedades... En Brighton... ¿Te suena?

—No —niega Dom.

—Lo asesinaron el veintisiete a última hora —dice Elizabeth—. Supongo que entenderás por qué hemos pensado que podías estar implicado.

Dom vuelve a negar con la cabeza.

—Nunca he oído ese nombre, nunca he estado en su tienda, no lo asesiné yo. Eso sí, os acompaño en el sentimiento.

—¿Y encontraste la heroína? —pregunta Ibrahim—. ¿Cuando desvalijaste su tienda? ¿Quizá la tienes en tu almacén ahora mismo?

—Tienes una imaginación muy despierta —comenta Dom—. Eso no te lo discuto.

—Bueno, seguro que has oído hablar de Kuldesh —dice Elizabeth—. Hasta un idiota lo habría notado viendo la cara que has puesto al oír su nombre. Y tenemos pruebas bastante sólidas de que estuviste en su tienda.

—¿Pruebas?

—Nada que pudiera sostenerse en un tribunal —dice Elizabeth—. No te asustes.

—Así que la única pregunta que tenemos pendiente es si lo asesinaste tú —tercia Ron.

—Y por eso estamos aquí —dice Joyce.

—Para ver qué podemos averiguar —añade Ibrahim—. Y también para salir de excursión.

—Esperadme aquí —dice Dom, y vuelve al Range Rover.

Joyce observa cómo Dom Holt revuelve el maletero de su coche.

—Parece muy majo, para ser un traficante de heroína.

—Ay, ay —exclama Ron, mirando por encima de Joyce. Dom Holt ha vuelto con un palo de golf y ahora está sacando un gran cuchillo de su impecable abrigo cortado a medida. Señala al grupo con la cabeza.

—¿Os importaría decirme si tenéis asistencia en carretera?

—Nunca me he molestado —dice Ron—. Son todos unos ladrones.

—Ron, no sé cómo puedes vivir tan tranquilo en la cuerda floja —indica Ibrahim, y Ron se encoge de hombros—. ¿Cómo consigues conciliar el sueño de noche?

—A ver —dice Dom—. Voy a rajaros las ruedas y a reventaros el parabrisas. Así que vais a necesitar ayuda.

—A lo mejor podrías replantearte… —empieza a decir Ibrahim,

pero Dom se agacha y raja el neumático delantero derecho del coche.

—No puedo permitir que me persigáis todo el día. Tenéis un taller a un par de kilómetros en esta misma carretera —dice Dom, incorporándose—. Os daré el número de teléfono y el dueño vendrá a rescataros.

—Gracias —responde Joyce—. ¿Qué habría sido de nosotros de no ser por ti?

—Si os vuelvo a ver el pelo, os espera algo peor —advierte Dom.

—¿Sabes? Todo esto me está haciendo pensar que fuiste tú quien mató a Kuldesh Sharma —afirma Elizabeth.

Dom se encoge de hombros.

—Me trae sin cuidado lo que pienses. Este es mi lugar de trabajo y no me gusta que me molesten. Sobre todo si me incordian un hincha del West Ham que es demasiado tacaño para pagar un seguro de asistencia en carretera, un traficante de coca que es colega de Connie Johnson, una vieja que está demasiado asustada para sacar el arma... y Joyce. No maté a vuestro amigo, pero, si seguís apareciendo donde nadie os ha llamado, os mataré. —Dicho esto, Dom vuelve a agacharse.

—¿Una vieja demasiado asustada para sacar su arma? —replica Elizabeth, cuando el coche se hunde un poco más—. Eso ya lo veremos.

—Imagino que no sabéis dónde está la heroína, ¿no? —pregunta Dom con los brazos en jarra, resoplando por el esfuerzo—. Si la tenéis vosotros, mejor que me lo digáis, ¿vale?

La pandilla guarda silencio.

—Te equivocas con lo del seguro de asistencia en carretera —dice Ron—. Te ahorras un buen dinero si...

Pero el resto del alegato de Ron queda silenciado por el ruido del parabrisas al recibir los reiterados golpes de un liverpuliano armado con un palo de golf y una buena dosis de rencor.

Un poco más arriba, en el área de descanso, un repartidor en moto observa la escena mientras compra una hamburguesa en un puesto de comida aparcado en el arcén.

18

A ver si se entiende. Es mucho más fácil ser entrevistado por un policía que por otro delincuente. A Mitch Maxwell lo ha entrevistado la policía en numerosas ocasiones, aunque los recursos y las oportunidades de que disponen las fuerzas del orden son limitados. Todo queda grabado, tu carísima abogada se sienta a tu lado y mueve la cabeza cuando no le gustan las preguntas, y tienen la obligación legal de servirte una taza de té.

Da igual lo que hayas hecho —incendiar una fábrica, secuestrar a un socio comercial, pilotar un dron cargado de cánnabis para meterlo en una prisión— y da igual qué pruebas pesen contra ti —«Convendrá conmigo que aparece usted en las imágenes de las cámaras de seguridad, señor Maxwell, huyendo del lugar de los hechos con una lata de gasolina»—, porque puedes quedarte sentado tan tranquilo, decir «Sin comentarios» cada vez que percibes un silencio y esperar las veinticuatro horas de rigor para que te suelten.

Un interrogatorio policial puede ser molesto, qué duda cabe. Quizá habías planeado jugar al golf con los chicos, quizá te esperan para recoger una maleta llena de billetes en los lavabos de una estación de servicio en la autopista. Pero, si no eres imbécil, y Mitch Maxwell no lo es en absoluto, nadie podrá acusarte de nada.

Así pues, aunque Mitch preferiría que no lo interrogasen en absoluto, si no le quedara más remedio, elegiría que lo hiciera la policía en lugar de, pongamos, un inspector de hacienda, un periodista o, ahora que el taco de billar se precipita de nuevo contra su cabeza, su buen amigo y socio comercial Luca Buttaci.

—Si me mientes —grita Luca cuando el taco conecta con el cráneo de Mitch—, te mato. —Mitch ha recibido muchos golpes a lo largo de la vida. No pasa nada. Le dolerá, pero saldrá con vida. Si de verdad Luca fuera en serio, habría elegido un bate de béisbol.

—Luca, colega —dice Mitch.

—Cien mil pavos de heroína desaparecidos en combate y resulta

que ahora somos colegas, ¿eh? —grita Luca, antes de arrojar el taco contra una pared de cemento. Mitch se pregunta una vez más dónde están. Luca tiene montado un buen tinglado. Es una sala espaciosa, con la mesa de billar americano en un rincón, montones de tacos rotos, insonorizada a la perfección, según parece. Estrictamente hablando, Luca está tomándose ciertas libertades. Mitch es un hombre demasiado importante como para recibir ese tipo de trato. Y en realidad ambos están al mismo nivel. Quizá Luca lleva en el negocio un poco más de tiempo, Mitch no tiene inconveniente en reconocerlo, pero ambos tienen piscina, pista de tenis y establo en sus casas. ¿Vale? Al mismo nivel.

Además, Luca está tan enterado como Mitch de los problemas que han tenido últimamente. Ambos los han sufrido.

Suelen repartirse bien el trabajo. Mitch se ocupa de la delicada tarea de traer la droga al país. Luca se ocupa de la delicada tarea de distribuirla una vez importada. Ninguno de los dos tiene por qué saber cómo se encarga el otro de hacer su trabajo.

Pero entre ambos tienen un método muy sencillo pero importantísimo. Los detalles concretos pueden variar, pero en general suele traducirse en esto: alguien de la estricta confianza de Mitch lleva una caja de terracota llena hasta arriba de heroína a una tienda de antigüedades y, al día siguiente, alguien de la estricta confianza de Luca se presenta en la misma tienda y compra la caja. En ese instante concluye el trabajo de Mitch y empieza el de Luca.

Sin embargo, en este caso, se produjo un desliz, por llamarlo de algún modo. La heroína llegó al anticuario. Vale. Pero, a la mañana siguiente, la tienda no abrió y la caja había desaparecido. En algún momento de la noche, habían desaparecido cien mil libras en heroína, lo que, como era de esperar, ha puesto de uñas a Luca. Sobre todo después de todos los demás problemas que han tenido en los últimos tiempos: envíos incautados, ganancias que se hunden.

—¿Entiendes por qué no me queda otra que hacer esto? —dice Luca, serenándose un poco.

—Claro —dice Mitch—. Yo habría hecho lo mismo. No nos gusta dejar cabos sueltos.

Luca asiente.

—La caja tiene que estar en algún lado, ¿no? Alguien la tendrá.

Mitch sabe qué está pensando su socio. O la robó el mensajero de

Mitch, Dom, o fue el tipo de la tienda de antigüedades, o fue el mensajero de Luca. Debería ser un enigma muy fácil de resolver, pero la caja sigue sin aparecer.

Así pues, Luca debe barajar por lo menos la posibilidad de que el responsable del robo haya sido el propio Mitch. De ahí que Mitch esté ahora mismo atado a una silla, con un corte en la sien, mientras el televisor en la pared opuesta da a todo volumen un programa sobre antigüedades en el que participan famosos. Mitch no tiene queja.

—Alguien ha de tenerla —conviene Mitch. En el programa, una cantante pop de los ochenta está comprando una jarra de peltre que no tiene buena pinta.

Luca asiente de nuevo.

—No son las cien mil libras, ya lo sabes. Es el futuro de todo el negocio. Nos estamos desangrando.

—Lo entiendo —afirma Mitch. Este pequeño pacto entre Mitch y Luca ha sido extremadamente jugoso para ambos. Han encontrado algún que otro bache en el camino, pero nunca nada como esto. Y, como bien dice Luca, el dinero no es lo más importante. Toda la relación, todo el negocio, se apoya en unos cimientos de confianza mutua. Si Luca no puede confiar en Mitch, toda la empresa se viene abajo.

—Aprovechando que te tengo aquí —dice Luca—. He visto a un tipo en moto varias veces husmeando por la zona. ¿Es uno de tus hombres?

—Qué va —responde Mitch—. ¿Policía?

—Qué va. No es de la policía.

Cuando Luca empieza a desatarlo, Mitch aprovecha para hacerse una mejor composición de lugar.

—Bonito sitio, Luca. ¿Dónde estamos?

—Debajo de un Ikea. ¿A que es increíble?

Bueno, eso explica por qué todas las armas están en unas estanterías de madera.

Mitch sabe que, a pesar de que son amigos, muy viejos amigos, todo se irá al garete si Luca deja de confiar en él.

Ahora lo ayuda a ponerse de pie y le da un apretón de manos. Sin embargo, cuando Mitch mira a su viejo colega a los ojos —se llamaba John-Luke Butterworth, un nombre como cualquier otro, cuando se conocieron en un centro para delincuentes juveniles; adoptó el

nombre de Luca Buttaci cuando le pareció que necesitaba algo que inspirase más miedo—, sabe que toda esa situación bien puede terminar con la muerte de uno a manos del otro. Hay mucha tensión en ese mundillo. Ya se sabe.

Lo mejor que puede hacer, en resumen, es encontrar la heroína. Eso calmaría las aguas. Con Dom había puesto patas arriba toda la tienda, pero no encontraron nada. Tiene que estar en algún lado. Siendo más precisos, alguien ha de tenerla.

Son en torno a las cuatro de la mañana y, a las siete, debe llevar a su hija a patinaje sobre hielo. Es la hora a la que abre la pista para la gente que entrena en serio.

—¿Hemos terminado? —pregunta Mitch.

—Por ahora —responde Luca—. Uno de mis chicos te llevará a casa en coche.

Mitch hace unos estiramientos de hombros. Tendrá que tomarse un ibuprofeno, ver un poco de patinaje sobre hielo y encontrar una caja llena de heroína.

Por pura casualidad, resulta que ya tiene una pista, aunque es bastante incierta. Dom dice que un grupito de pensionistas ha estado merodeando cerca del almacén, haciendo preguntas. Uno de ellos trabaja para Connie Johnson. Mitch averiguará dónde viven y les hará una pequeña visita.

No hay descanso para el malvado.

19

–Ojalá hubiera ido a la universidad —dice Joyce mientras esperan frente al despacho de Nina Mishra.

Elizabeth sabía el efecto que iba a producir Canterbury en su amiga. Muros medievales, adoquines, salones de té a la vieja usanza. Aquello era pura ambrosía para Joyce. Ha estado en trance desde que se apearon del tren.

—¿Qué habrías estudiado? —pregunta Elizabeth.

—Oh, no creo que hubiera estudiado —contesta Joyce—. Me habría gustado darme garbeos en bici, con un pañuelo. ¿A ti te gustó ir a la universidad?

—Me gustó lo mismo que me ha gustado todo siempre.

—¿Y tuviste alguna aventura con señores mayores?

—No todo se reduce al sexo, Joyce —comenta Elizabeth. Había conocido a hombres mayores, desde luego, y a un par que eran más jóvenes. No habían sido «aventuras» propiamente dichas, sino más bien «gajes del oficio». Eran doce mujeres por unos doscientos hombres en su universidad. Lo que la había preparado de maravilla para el mundo del espionaje. Elizabeth siempre ha tenido claro que prefiere la compañía de los hombres, aunque en tiempos recientes ha entendido que, en ese ámbito, no tuvo demasiadas opciones. Hace unos minutos, se ha alegrado al ver, mientras daban un paseo por el campus de la Universidad de Kent, que había tantas chicas como chicos.

—Es que te imagino perfectamente en la biblioteca —dice Joyce —. Delante de un chico tímido con gafas.

—Para de proyectar, Joyce —replica su amiga mientras echa un vistazo por la ventana de la salita de espera y ve los edificios de piedra bajo un cielo de plata. Alumnos juntitos, encorvados, para protegerse del frío, mientras caminan a toda prisa en busca de la calidez de las aulas. Pero Joyce sigue a lo suyo.

—Buscas su mirada y él se ruboriza, pero enseguida vuelve a

concentrarse en su libro. El flequillo le cae sobre los ojos, como a Hugh Grant. Le preguntas qué lee y...

Por la ventana, Elizabeth ve a una chica a la que se le caen los libros al suelo. En el mundo de Joyce, un compañero de estudios se acercaría y los recogería, y sus miradas se encontrarían.

—Y él te dice, no sé, «Un libro de historia», o algo así. Y tú le dices: «Olvídate de la historia. Mejor hablamos de nuestro futuro».

—Por el amor de Dios, Joyce —bufa Elizabeth. Luego ve con desagrado que un joven apuesto está ayudando a la estudiante a recoger sus libros. La chica se pasa un mechón por detrás de la oreja.

—Entonces, pones la mano sobre la mesa y él pone la suya encima. Luego se quita las gafas y resulta que es muy guapo, como Colin Firth, y te propone salir a cenar. —Joyce continúa su historia mientras la chica torpe y el joven apuesto se marchan cada uno por su lado. En el mundo de Joyce, volverían la cabeza sobre la espalda para mirarse, pero no a la vez. Y eso es exactamente lo que hacen. Típico —. Y tú le dices que no. Pero entonces le dices: «Mañana volveré aquí, y pasado también, y un día te diré que sí». Y él te dice: «Ni siquiera sé cómo te llamas». Y tú le dices: «Un día lo sabrás».

Elizabeth mira a su amiga.

—¿Has vuelto a leer novelas?

—Sí —confiesa Joyce.

La puerta se abre y aparece Nina Mishra. Elizabeth la observa. Es alta, elegante, con una innecesaria mecha violeta en el pelo. Elizabeth tiene la impresión de que se divertirán con ella.

Nina sonríe.

—¿Elizabeth y Joyce? Siento mucho haberlas hecho esperar.

—Descuide —dice Elizabeth poniéndose en pie. La reunión ha empezado con siete minutos de retraso, lo cual entra a la perfección en los dominios de lo aceptable. Doce minutos de retraso es el límite donde empieza la desconsideración.

Nina las hace pasar al despacho y se sienta a su escritorio, mientras Elizabeth y Joyce se acomodan en dos sillas que hay delante.

—Me encanta su mecha violeta —comenta Joyce.

—Gracias —dice Nina—. A mí me encantan sus pendientes.

Elizabeth no se había fijado en que Joyce llevaba pendientes. No están mal.

—¿Quieren hablarme de Kuldesh? —pregunta Nina—. Qué

espanto. ¿Era amigo suyo?

—Era amigo de mi marido —dice Elizabeth—. ¿También lo era suyo?

—Era amigo de mis padres, en realidad —contesta Nina—. Pero de vez en cuando me pedía algún favor. Y, a Kuldesh, siempre le decía que sí. Provocaba ese efecto en los demás.

—¿Favores?

—Cosas que había encontrado —dice Nina—. Me preguntaba qué opinión me merecían.

—¿Como historiadora? —pregunta Elizabeth.

—Como una amiga juiciosa —responde Nina—. Kuldesh no siempre me pedía opinión sobre antigüedades. A veces me la pedía sobre cuestiones... *éticas*.

—¿Así que no le interesaban tanto las tasaciones como...?

—Las preguntas tenían más que ver... —Nina elige las palabras con tacto— con la procedencia.

—Se habla mucho de la procedencia de las antigüedades en ese programa que dan en la tele —interviene Joyce.

—O sea, le preguntaba si eran piezas robadas... —aventura Elizabeth.

—Si eran robadas —dice Nina—, si un trato era demasiado bueno para ser verdad, cómo había llegado algo a Inglaterra... Cada vez que algo le olía mal, sabía que podía contar conmigo. ¿Qué dicen las leyes? Esa es una de mis especialidades. Y él confía en mí. Confía en que nunca se lo diré a nadie.

—¿Y ocurría con frecuencia que algo le oliera mal?

Nina sonríe.

—Mis padres eran marchantes, Elizabeth. Pero no se les dio bien el negocio. Eran demasiado honrados. El mundo de las antigüedades, sean del siglo pasado o de hace milenios, no siempre es intachable. Mis padres lo sabían, yo lo sé, y Kuldesh lo sabe también.

—Lo *sabía* —la corrige Elizabeth.

—Ay, Dios, sí —exclama Nina—. Pobre Kuldesh. Lo siento.

—¿De qué hablaron el día que murió?

—¿Cómo sabe que hablamos?

—Nuestros métodos tampoco son intachables —dice Joyce.

—Pero le prometo que venimos en son de paz —matiza Elizabeth—. Y le prometo que no somos de la policía.

—Entonces ¿quiénes son?

—Somos el Club del Crimen de los Jueves —aclara Joyce—. Pero ahora no hay tiempo para entrar en detalles, porque nuestro tren sale a las cuatro y cuarto.

Nina hincha los carrillos.

—Kuldesh me preguntó cómo estaba, hablamos de cosas sin importancia, yo tenía prisa, ojalá no la hubiera tenido, así que fue al grano y me dijo que tenía un problema y que a lo mejor podría ayudarlo.

—¿Un problema? —inquiere Elizabeth—. ¿Palabras textuales?

Nina reflexiona un momento.

—Un dilema. Eso fue lo que dijo. Un dilema. Quería que le aconsejara.

—¿Y tiene idea de cuál podía ser ese dilema?

Nina niega con la cabeza.

—¿Y si tuviera que adivinarlo?

—Voy a contarles el tipo de dilema que solía tener. Alguien le traía una pieza y Kuldesh sabía que era robada. Se preguntaba si debía comprarla de todos modos.

—Por supuesto que no —dice Joyce.

—O alguien le traía una pieza valiosa, pero no tenía ni idea de su valor. Kuldesh se preguntaba si debía decirle al vendedor lo que tenía.

—Por supuesto que sí —opina Joyce.

—O alguien le pedía que vendiera algo, o que se lo guardara, sin que quedara constancia en los libros de contabilidad.

—Blanqueo de capitales —comenta Joyce—. Nos conocemos el percal.

—¿De verdad? —pregunta Nina.

—¿Y qué le dijo su intuición en este caso? —inquiere Elizabeth.

—Nunca le había oído el tono que empleó —responde Nina—. Así que, fuera lo que fuese, tenía que ser grave.

—O valioso —matiza Elizabeth.

—O valioso —coincide Nina—. Pero, si me preguntan qué me dice la intuición, me inclinaría a pensar que estaba asustado y nervioso.

—Como Alan cuando ve una vaca —dice Joyce.

—Supongo —dice Nina—. Su tono sonaba más a «¿En qué lío me he metido?» que a «No te imaginas lo que acabo de comprar».

—Eso nos ayuda mucho, Nina —señala Elizabeth—. ¿Me permite preguntarle si alguna vez ha consumido heroína?

—¿Perdón?

—¿Heroína? ¿La ha consumido? Veo que tiene una mecha violeta, ¿es posible que le gusten los estilos de vida alternativos?

—Su amiga es un encanto —dice Nina dirigiéndose a Joyce.

—No entiende de moda —repone esta.

—¿Cree que hubo heroína de por medio? —pregunta a continuación Nina.

—Creemos que un tal Dominic Holt dejó una caja llena de heroína en la tienda de Kuldesh la mañana del día en que murió —explica Elizabeth.

—Ay, Kuldesh —dice Nina, y se hunde un poco en su silla.

—Creemos que lo obligaron —precisa Elizabeth—. Pero, de todos modos, eso fue lo que ocurrió.

—A la mañana siguiente —prosigue Joyce—, otro hombre llega a recoger la caja, pero Kuldesh ha desaparecido sin dejar rastro.

—¿Kuldesh robó la heroína? —inquiere Nina—. Nunca haría algo tan estúpido. Es imposible. Lo siento, pero es imposible.

—Y aun así lo mataron de un disparo —dice Elizabeth—. Después de hablar con usted y, quién sabe, ¿quizá concertar una cita? Y la heroína sigue desaparecida sin que nadie la encuentre.

—De ahí que nos parezca un poco sospechoso —dice Joyce.

—¿No le propuso que se vieran? —pregunta Elizabeth.

—No —dice Nina—. Quizá me dijo «Nos vemos un día de estos», pero nada más.

—¿Y no le habló de la heroína?

—¿De la heroína? Desde luego que no. Habría sabido cuál sería mi respuesta.

—¿Y a usted no le habría tentado ganar un poco de dinero? —interviene Joyce.

—Nadie se lo reprocharía —comenta Elizabeth—. Fue la primera persona a la que llamó, así que nadie más se habría enterado del asunto...

—Tenía entendido que no eran de la policía... —dice Nina.

Alguien llama discretamente a la puerta y Nina le dice al visitante que pase. Un hombre algo encorvado, con una calvicie incipiente y de una edad indefinida que podría situarse entre los

cuarenta y cinco y los setenta años accede al despacho. Su entrada, como su forma de llamar a la puerta, transmite un sentimiento de culpa por importunar.

—Lo siento —dice—. ¿Me ha convocado, señora mía?

—Les presento al profesor Mellor —dice Nina Mishra—. Es mi… ¿Cómo lo describirías, Jonjo?

—¿Algo así como tu jefe? —propone Jonjo.

—Encantada de conocerle, profesor Mellor —dice Joyce poniéndose de pie—. Yo me llamo Joyce. Permita que le presente a Elizabeth, que también es algo así como mi jefa.

El profesor Mellor saluda con la cabeza a Elizabeth, quien le devuelve el saludo de la misma guisa, y toma asiento.

—Celebramos un «semanal» —explica Nina—. En el departamento. Nos contamos nuestras preocupaciones. Y espero que no les importe, pero le conté mis preocupaciones a Jonjo. Asesora a algunas de las casas de subastas de la zona.

—Artículos militares, sobre todo —precisa Jonjo.

—Así que alguien más estaba al corriente… —señala Elizabeth.

—Solo he pensado que podría ayudarnos —dice Nina.

—Es fascinante —comenta Jonjo—. Asesinato al margen, es absolutamente *fascinante*. ¿Es la palabra adecuada para describirlo? ¿Son ustedes amigas del caballero que perdió la vida?

—Estamos investigando su muerte —responde Elizabeth, al tiempo que se pregunta si el aire de ingenuidad del profesor es una pantomima. De ser así, es un actor como la copa de un pino.

—Nina fue la última persona que habló con Kuldesh —dice Joyce.

—Que sepamos —la corrige Elizabeth.

—Que *sepan* ustedes —rectifica Jonjo, sacando una naranja del bolsillo que acto seguido empieza pelar—. Y ahí está el problema. Podemos ver un millón de cisnes blancos, pero ello no nos permite afirmar que todos los cisnes son blancos. Sin embargo, si vemos un solo cisne negro, entonces podemos afirmar con toda seguridad que no todos los cisnes son blancos.

—Un cisne persiguió a Alan el otro día —señala Joyce.

—¿Un gajo? —ofrece Jonjo a cualquier interesada.

Joyce acepta uno.

—La vitamina C es la más importante después de la D —dice.

—¿Está informada sobre el tráfico de drogas, Nina? —pregunta Elizabeth—. ¿O usted, profesor Mellor? ¿Se encuentran en su mundillo con cosas así? ¿Cajas llenas de heroína o de lo que sea?

—¿Una caja llena de heroína? —inquiere Jonjo—. La cosa se pone más interesante si cabe.

—Se habla de que hay empresas que utilizan a los anticuarios como tapaderas —señala Nina.

—Para importar cosas que no pueden importarse —añade Jonjo.

—Pero eso le habría venido muy grande a alguien como Kuldesh —dice Nina—. Tenía alquilado un pequeño almacén municipal en Fairhaven. Lo utilizaba para guardar cosas que no quería que constaran en los libros de contabilidad, pero nada que se pareciera a eso. Estoy convencida.

—¿Y sabe dónde se encuentra ese almacén? —pregunta Elizabeth.

Nina niega con la cabeza.

—No, solo sé que lo tenía.

—Si me permite una última pregunta —dice Elizabeth—, sabemos que Kuldesh la llamó a eso de las cuatro de la tarde, ¿verdad? ¿Y no le propuso que se vieran?

—No, no me lo propuso —confirma Nina.

—Es su palabra —dice Elizabeth—. Usted es la única testigo de lo que se dijo durante esa llamada.

—Es usted tremenda —tercia Jonjo—. Me gusta.

—Unos minutos después, Kuldesh hizo otra llamada —continúa Elizabeth.

—Pero no hemos podido rastrear el destinatario —señala Joyce.

—Así pues, la pregunta que quiero hacerle es la siguiente —dice Elizabeth—: Si se diera el caso de que ese alijo de heroína terminase en sus manos, como le ocurrió a Kuldesh, y decidiera, por el motivo que fuese, venderla, ¿a quién llamaría?

—A Samantha Barnes —responde Nina.

—Samantha Barnes —coincide Jonjo sin asomo de duda.

—Me temo que me he perdido —dice Elizabeth.

—Una anticuaria —aclara Jonjo—. Vive en una mansión señorial a las afueras de Petworth.

—¿Y es habitual que un anticuario viva en una mansión señorial? —plantea Joyce.

—No lo es —responde Jonjo.

—A menos que… —empieza a decir Elizabeth.

—Eso es —coincide Nina—. Samantha tiene muy buenos contactos. Esa mujer me da miedo, aunque supongo que a ustedes no se lo dará.

—Soy del mismo parecer —dice Elizabeth—. ¿Cree que esa mujer es la clase de persona que puede tener una opinión sobre el tráfico de heroína?

—Es la clase de persona que tiene una opinión sobre cualquier tema —afirma Nina.

—Otra igual no, por favor —dice Joyce.

—¿Y es posible que Kuldesh la conociera?

—Seguro que la conocía de oídas, por lo menos —dice Nina.

—Entonces, me pregunto si no deberíamos hacerle una visita a Samantha Barnes —comenta Elizabeth.

—Canterbury, Petworth…, menudo meneíto social —dice Joyce.

—¿Tienen su número de teléfono? —pregunta Elizabeth.

—Yo puedo conseguírselo —responde Jonjo, dando cuenta del último gajo de la naranja—. Pero, por favor, no le digan que las hemos enviado nosotros.

20

Samantha Barnes siempre espera con ganas las sesiones de su club de lectura. El primer martes de cada mes, salvo aquella vez en que Eileen estuvo ingresada en el hospital por sus pies, y aquella otra vez en que la Policía Metropolitana estuvo interrogando a la propia Samantha por estafar al Museo Victoria y Alberto. A ambas, les permitieron salir enseguida.

Garth siempre las deja tranquilas. La literatura no es lo suyo: «Todo son patochadas, cariño. Nada ha ocurrido de verdad». Es un personaje curioso para sus amigas, por lo que suelen presentarse un poco antes de la hora prevista para poder verlo, aunque solo sea un momento. Le dicen: «Hola, Garth», a lo que él suele responder: «No recuerdo quién eres», o sencillamente las deja con la palabra en la boca. Las amigas de Samantha parecen disfrutar con la sincera indiferencia de su hombre.

Y ella lo entiende perfectamente. El día que volvió a aparecer en la tienda —barba generosa, camisa de cuadros, gorro de lana— y la encañonó con su pistola, Samantha, que todavía estaba sumida en la pena por la muerte de William, se echó a llorar sin más. No tenía miedo ni ganas de suplicar. «Vamos, dispara.» Garth esperó, con suma paciencia, a que parase de llorar. Solo entonces empezó a hablar.

—¿Por qué me vendisteis ese tintero?

—Por diversión.

—A mí no me pareció divertido.

—Lo siento. Aunque también es verdad que aparcaste en la plaza de minusválidos.

—Acababa de llegar a Inglaterra. No tenía ni idea de que hubiera plazas reservadas para minusválidos.

—¿Vas a dispararme?

—Qué va. Solo quería hacerte unas preguntas. ¿Dónde está tu marido?

—Murió.

—Mi más sentido pésame. ¿Te gusta divertirte?

—Me gustaba.

—¿Quieres comprar un cuadro robado?

Y Samantha, con enorme sorpresa, descubrió que sí quería.

Hoy, como de costumbre, Garth no le ha dicho adónde iba, pero, como llevaba un bate de críquet, espera de todo corazón que haya ido a jugar al críquet. Aunque, siendo Garth, nunca se sabe.

Su panda de amigas está pimplándose una botella de vino, y las reseñas de *Wolf Hall* son cada vez más elogiosas. Gill, que trabaja en el centro veterinario de la plaza, explica que le habría cantado las cuarenta a Thomas Cromwell si hubiera vivido en el siglo XVI. ¿Saben sus amigas cómo se gana la vida? Seguramente tienen una idea aproximada. Sin ir más lejos, Bronagh, que trabaja en la charcutería, una vez se perdió yendo al cuarto de baño y entró en una habitación en la que estaba secándose un Pollock recién pintado. Además, en Petworth nadie más tiene un Ferrari Testarossa. Así que las pistas están ahí para quien las quiera ver.

Samantha se retira a la cocina para preparar el café. Ha recibido una llamada justo antes de que llegaran sus amigas y está preocupada. ¿Preocupada? Tal vez sea exagerar. Digamos, más bien, que le da vueltas al asunto.

Una tal Elizabeth. Muy segura de sí misma. «Siento molestarla, pero me preguntaba si ha oído hablar de un hombre llamado Kuldesh Sharma.» Samantha ha decidido no facilitarle la información. Nunca facilites información a menos que sea estrictamente necesario. Samantha lo ha aprendido con los años. «Ah —Elizabeth ha suspirado—, de verdad que es una pena, estaba convencida de que lo conocía.» Había algo en la actitud de esa mujer que ha hecho que se pusiera a la defensiva. Como si la estuviera interrogando la formidable cabecilla de una red de espías. A continuación, la mujer ha querido averiguar qué sabía ella del tráfico de heroína. En fin, menuda preguntita. Podría haberle dado la respuesta larga, pero en cambio ha preferido atenerse a la breve y le ha dicho «nada». La tal Elizabeth ha guardado silencio un instante, como si estuviera apuntando la respuesta. Luego le ha preguntado si era difícil encontrar aparcamiento en Petworth, y ella, feliz por fin de que le haya planteado una cuestión a la que podía dar una respuesta directa, le ha dicho que era un infierno. La mujer le ha dicho que a ellos no les gustaría saberlo, pero que tendrían que

arriesgarse. A lo que Samantha ha respondido, como es natural, con la pregunta «¿Quién tendrá que arriesgarse a qué?». La susodicha la ha informado de que «ellos» eran Joyce e Ibrahim, que irían a verla enseguida, y que ambos podían ser muy habladores, aunque lo fueran de maneras distintas. Eso sí, siempre con la mejor de las intenciones. Samantha le ha dicho que estaría fuera de casa unos cuantos días, ya que tenía que asistir a una feria en Arundel, y que era una verdadera pena. A lo que Elizabeth le ha contestado con un «Nunca mientas a un mentiroso».

Acto seguido, le ha dado las buenas tardes y ha colgado.

¿Qué hay que pensar? Samantha vuelve con los cafés y recibe unas agradecidas exclamaciones como respuesta. ¿Quizá debería esfumarse unos días? ¿Alejarse del peligro?

Samantha tiene buen olfato para los problemas, pero también tiene buen olfato para las oportunidades. Y es el mismo olfato, la verdad sea dicha.

Al teléfono, no le ha parecido que Elizabeth fuera de la policía. Demasiado mayor, y muy lejos de mostrar la cortesía habitual en los agentes del orden. A lo mejor no es tan mala idea hablar con la tal Joyce y el tal Ibrahim... ¿Qué podría perder? Seguro que no saben nada... Aunque también cabe la posibilidad de que sepan algo, ¿no?

Las señoras han aparcado el libro como tema de conversación y se han puesto a hablar sobre las relaciones sexuales después de la menopausia. Samantha levanta su taza y dice que no tiene ninguna queja. Lo cual es verdad: su gran oso canadiense nunca deja las cosas a medias.

Durante la llamada, Elizabeth la ha seducido con un fruto muy tentador. Kuldesh Sharma. Heroína. ¿Quizá podría averiguar algo que le resultara útil? Lo hablará con Garth, aunque ya sabe lo que le dirá. Lo mismo que siempre le dice: «Nena, ¿hay dinero?».

Y, en esta ocasión, tal vez lo haya.

21

Las luces están bajas, la música está baja y, si es sincero consigo mismo, Chris también está bajo de ánimos. Joyce está terminando de contar una anécdota sobre Dom Holt, el traficante de heroína.

—Con un palo de golf, aunque parezca mentira —dice Joyce—. Y un cuchillo enorme para los neumáticos. Fue como en un documental. Habría sacado una foto, pero no encontré la oportunidad de pedírselo y no quise ser grosera.

—Supongo que no les apetece poner denuncia, ¿no? —pregunta Chris, antes de tomar un sorbo de ginebra con lima y tónica baja en calorías.

—Bah, date un día libre por una vez —sugiere Elizabeth, y Patrice se ríe cuando ya tiene el vaso de whisky en la boca.

Chris está harto. Le encantaría detener a Dom Holt por vandalismo. Por lo menos serviría para alborotar un poco el gallinero en Fairhaven. El otro día pasó por delante del Centro de Coordinación, solo para echar un vistazo, pero tenían todas las venecianas bajadas. Patrice les ha propuesto a él y a Donna ir al pub para alegrarlos un poco. Elizabeth y Joyce acaban de llegar también.

¿Por qué los han retirado de la investigación? Todavía no tiene respuesta a esta pregunta.

—Las oficinas de Dominic Holt están cerca de Newhaven —comenta Joyce—. Elizabeth dice que deberíamos colarnos a echar un vistazo.

—Ni se les ocurra —avisa Chris—. Sinceramente, me muero de ganas de detener a alguien, y ustedes me valen.

—Bueno, alguien tendrá que tomar medidas, Chris —tercia Elizabeth—. ¿Alguna novedad de la inspectora Regan?

—El otro día le pidió a Chris que cambiara el coche de sitio para poder aparcar ella en su plaza —dice Donna—. ¿Le sirve como novedad?

—Una maestra que tuve en la escuela tenía su propio retrete en

los lavabos —explica Patrice—. Había pegado un letrero en la puerta con Blu-Tack que decía: PARA USO EXCLUSIVO DE DOROTHY THOMPSON.

—Imagino que entraste… —dice Donna.

—Pues claro —responde Patrice—. Todos entrábamos. Pero esto me recuerda a vuestra inspectora Regan. Estas actitudes, a la larga, nunca terminan de funcionar, ¿no? Resultó que mi maestra tenía una aventura con el director del Departamento de Religión, y los pillaron dándose el lote en uno de los laboratorios de ciencias. Con esta clase de gente, solo hay que esperar a que metan la pata.

—¿Cuántos whiskies te has tomado, mamá? —inquiere Donna.

—Los suficientes —responde Patrice.

—Pero todavía no han localizado la heroína, ¿no? —pregunta Elizabeth.

—No, que sepamos —dice Chris.

—Eso está bien —señala Joyce—. Me haría mucha ilusión que la encontráramos nosotros.

Un camarero les entrega la cuenta y Chris levanta la mano.

—Yo invito. Para eso todavía sirvo.

—¿Alguna novedad sobre el jefe de Dominic Holt, ese tal Mitch Maxwell? —pregunta Elizabeth—. ¿Lo tienen bajo vigilancia?

—Ni idea —dice Chris—. ¿Quiere que le haga un croquis a ver si lo entiende?

—Vamos a lo importante —añade Elizabeth—. ¿Sabéis si están barajando el nombre de Samantha Barnes? ¿Lo estáis barajando vosotros?

—Primera vez que lo oigo —dice Chris, mirando la cuenta con una punzada de remordimiento.

—Es como Connie Johnson —comenta Joyce—, pero en el mundo de las antigüedades.

—¿Deberíamos investigarla? —pregunta Chris.

—No, no —niega Elizabeth—. No tiene nada que ver con esto, seguro. En fin, ¿qué planes tenéis con Dominic Holt?

—No podemos hacer nada —dice Chris—. No trabajamos en el caso.

—Oh, siempre se puede hacer *algo* —replica Elizabeth—, si te estrujas las meninges.

—No somos como usted, Elizabeth —indica Chris, pasando su

tarjeta por el datáfono del camarero—. No nos está permitido incumplir la ley.

Ella asiente, se levanta y empieza a ponerse el abrigo.

—Tampoco os vendría mal hacer la vista gorda de vez en cuando, querido. Creo que a Joyce y a mí nos convendrá mantenernos alejadas de Dom Holt durante una temporada, así que quizá haya llegado el momento de que vosotros toméis el relevo. Gracias por las copas, por cierto.

—Ha sido un placer —dice Chris—. Hasta cierto punto.

—¿Os importa si me llevo estos chicharrones para Alan? —inquiere Joyce.

—Yo me preguntaba si podría pediros un favor —dice Elizabeth al tiempo que saca su móvil—. Donna, ¿crees que podrías consultar mi registro de llamadas? ¿Para ver a quién he llamado?

—¿No sabe usted a quién ha llamado? —repone ella.

—Pregunta comprensible —dice Elizabeth—. Pero, de todos modos, me preguntaba si podrías darme el gusto.

Donna coge el móvil.

—¿Hay algo aquí dentro que no deba ver?

—Muchísimas cosas —contesta Elizabeth.

—¿Y qué espera encontrar? —dice Donna.

—Con algo de suerte, a nuestro principal sospechoso —dice Elizabeth—. Gracias, cariño.

22

Ron detesta los ordenadores. Acaba de resumirle los motivos a Bob Whittaker, llegado de Wordsworth Court.

El discurso ha sido, en su opinión, apasionado pero justo. En cierto momento, se ha oído a sí mismo pronunciar la frase «Karl Marx debe de estar revolviéndose en su tumba», pero, en términos generales, ha sido conciso y razonable, sin andarse por las ramas. Ron acaba de arrellanarse de nuevo en su butaca después de su andanada final: «Y eso que todavía no he hablado de Facebook».

Trata de descifrar la mirada de Bob. ¿Impresionado? No, no es eso. ¿Reflexivo? Tampoco es eso exactamente. Además, ¿dónde se habrá metido Ibrahim?

Como si hubiera intuido sus pensamientos, Ibrahim vuelve en ese instante al salón.

—He estado de pie en el pasillo ocho minutos y cuarenta segundos, Ron —dice—. Esperando a que terminaras.

—Estaba charlando con Bob —aclara él—. Sobre informática.

—Sí, menuda charla —replica Ibrahim—. En esos ocho minutos y cuarenta segundos, el pobre Bob ha dicho cuatro cosas, y las he apuntado para que lo sepas. Ha dicho, y son palabras textuales, «Entiendo»; eso ha sido después de un minuto y medio más o menos. En el tercer minuto con diecisiete segundos, ha dicho: «Sí, entiendo por qué piensas eso». Al rebasar la frontera de los cinco minutos, has tomado aire el tiempo suficiente para que Bob interpolara: «Bueno, no es la primera vez que oigo esa idea». Por último, hace unos noventa segundos, el aporte final de Bob a la conversación ha sido: «¿Sabemos dónde se ha metido Ibrahim?».

—Sí, vale, Bob estaba escuchándome —dice Ron—. A la gente le gusta conocer mis opiniones. Siempre ha sido así.

—Y, sin embargo, aquí está, sentado, con una cara de aburrimiento y susto a la vez.

Ah, sí, por fin lo entiende, esa es la cara. Aburrido y asustado.

Ron debe reconocer, y no es la primera vez, que en ocasiones se entusiasma demasiado.

—Lo siento, Bob —dice—. A veces hablo con el corazón en la mano.

—No pasa nada —repone Bob—. Me has dado mucho que pensar. Y no te quepa duda de que voy a trasladarle tus comentarios a alguien de IBM si se presenta la ocasión.

—Aprenderás muy rápido, Bob, que no es necesario que seas educado con Ron —dice Ibrahim—. Yo tardé una semana en darme cuenta.

Bob asiente.

—Además, se distrae con facilidad. Si algún día tienes la impresión de que se va por la tangente, que es algo que le ocurre de vez en cuando, has de saber que, para reiniciarlo, solo tienes que preguntarle si vio el partido o el combate de boxeo de la noche anterior.

—Nunca entenderé cómo ganó ese partido el Chelsea —señala Ron, moviendo la cabeza—. Fue un atraco a mano armada.

—En fin, a trabajar, caballeros —dice Ibrahim.

El portátil de Bob está abierto sobre el escritorio de Ibrahim y los tres hombres se asoman a la pantalla. Ron e Ibrahim visitaron de nuevo a Mervyn el día anterior y le explicaron lo que, a su juicio, estaba pasando, de hombre a hombre. Mejor que se enterase por ellos, había considerado Ron, ya que Mervyn era uno de esos tipos a los que les costaba asimilar la información si procedía de una mujer.

Mervyn accedió a desconectarse durante una semana y a entregar su correspondencia con Tatiana a Ron e Ibrahim. La gran idea era tender una trampa, averiguar quién se escondía tras la estafa y ver si podían ponerlo en evidencia. Si lo conseguían, pensaba Ron, deberían darle «una buena paliza» al estafador. Ibrahim, por su parte, prefería «entregarlo a las autoridades competentes».

Y, de más está decirlo, Mervyn todavía conserva la esperanza de que Tatiana sea Tatiana, y de que su soledad esté a punto de quedar atrás. Ron lo entiende. Pasó el día de Navidad con Pauline, y no fue un camino de rosas. Es una tipa estupenda, desde luego que sí, y Ron sabe que está lidiando con una mujer que está muy por encima de sus posibilidades, pero quería abrir los regalos después de desayunar, que es como se hacen estas cosas, y Pauline había preferido hacerlo

después de comer. Al final, los habían abierto después de comer, evidentemente, pero no fue lo mismo. Ron siempre ha sabido encontrar soluciones de compromiso, por supuesto, pero eso había sido pasarse. Han decidido darse unos días para que las cosas vuelvan a su cauce. Ron la echa de menos, pero no piensa disculparse cuando tiene tan claro que llevaba razón.

Habían enrolado a Bob Whittaker como experto informático después de su estupenda labor en Nochevieja. Habían visto juntos el Año Nuevo turco y luego cada uno se había marchado tambaleándose a su cama. Ron e Ibrahim se habían quedado despiertos, tomándose unos whiskies, y habían vuelto a ver la celebración de Año Nuevo, tres horas después, brindando por Joyce y Elizabeth en su ausencia.

Joyce les había advertido de que Bob podía ser un poco tímido y de que quizá les diría que no. Pero Ibrahim le había explicado el plan y Bob, que había visto el mismo reportaje sobre «estafas amorosas» que Joyce, se prestó a ayudarlos encantado. De hecho, casi había saltado de alegría.

Acaba de abrir el último mensaje de Tatiana a Mervyn. Tras una breve negociación, acuerdan que Ron puede leerlo en voz alta, cosa que le alegra, porque intuye que ni Ibrahim ni Bob lo harían imitando el acento, y el acento es la mejor parte. Ron empieza a leer:

—«Mi amor, mi príncipe, mi fuerza... (Bravo por el amor, lo que hay que ver.) Solo falta una semana para que te vea, para que me derrita en tus brazos, para que nos besemos como amantes... (De hecho, voy a dejar de imitar el acento ahora mismo.) Espero que estés tan emocionado como yo. Tengo un problema, mi chico dulce y bueno... (Ya estamos.) Mi hermano ingresó en el hospital hace poco por un accidente en el trabajo, se cayó de una escalera y necesitaremos quizá dos mil libras para pagar las facturas... (Menuda sorpresa.) Si no puedo pagar, me temo que no podré ir a verte, porque me desvelará la preocupación por mi hermano. Amor mío, ¿qué voy a hacer? Yo tengo un par de ideas. No puedo pedirte más dinero, porque ya has sido muy generoso. Pero sin el dinero me temo que deberé quedarme aquí y cuidar de mi hermano. Siempre has sido muy bueno con las ideas, mi Mervyn. Quizá sabrás qué hacer. Pensar que tal vez no te veré dentro de una semana me parte el corazón. Tu siempre amorosa, Tatiana».

—Pobre Mervyn —comenta Ibrahim.

—¿Y ahora qué? —pregunta Bob.

—Ahora respondemos —dice Ibrahim, y empieza a teclear—: «Mi querida Tatiana, cómo anhelo tocarnos...».

Por más que le guste la poesía amorosa, Ron decide que es hora de retirarse y deja que Bob e Ibrahim se ocupen del asunto. Ibrahim parece bastante contento. Ron todavía se siente culpable por no haber jugado con él a las charadas en Navidad. Pero Ibrahim entendió a la perfección la situación.

Mientras camina por Coopers Chase, un zorro se cruza sigiloso en su camino. Puntas blancas en las dos orejas. Ron lo ve a menudo, entrando y saliendo como una flecha de los arbustos. Con los zorros sabes a qué atenerte. No intentan engañarte diciéndote que son algo que no son.

—Buena suerte, viejo —le dice Ron.

De todos modos, quizá no tendrá que preocuparse por Pauline durante mucho más tiempo... Los regalos después de comer, ¡habrase visto! Y alguna bronca más, también, siendo sinceros. A ella le gusta escuchar Radio 2 en lugar de talkSPORT, lo obligó a ver una película francesa, ese tipo de cosas. Aunque, una vez que te acostumbras a Radio 2, tampoco está tan mal. Y la película estaba bien, en realidad, una buena peli de asesinatos, incluso con los subtítulos. Y, de hecho, abrir los regalos después de comer estuvo bien, solo que estaba demasiado indignado para saber disfrutarlo. ¿Quizá Pauline es buena para él? Aunque, si lo es, y Ron todavía no ha dictado sentencia al respecto, entonces ¿lo es él para ella? ¿Qué obtiene Pauline de él, aparte de su tozudez? Aunque solo es tozudo cuando lleva razón, de modo que eso no va a cambiar, de ninguna manera. Ni hablar.

Pero Ron se da cuenta de que le gustaría que estuviera ahí con él.

Mira el móvil. Ningún mensaje nuevo. Bueno, eso es muy significativo. Pauline se ha acostado sin mandarle un beso de buenas noches. ¿Debería hacerlo él? Se queda mirando la pantalla unos segundos, como si esta pudiera darle la respuesta.

De hecho, como comprenderá después, ese fue con toda seguridad el motivo de que le pasara por alto la señal de que algo iba mal. No vio que la luz de su apartamento estaba apagada, cuando siempre la deja encendida.

Ese fue el motivo de que cayera directamente en la trampa que le habían tendido.

23

Stephen se pasea por el salón.

Se ha hecho tarde y está solo, lo que no le parece del todo normal. Es raro. Aunque no sabe muy bien por qué.

Reconoce el sofá, y encuentra cierta seguridad en ello. Es su sofá, no cabe duda. Marrón, con una tapicería de terciopelo o algo parecido, con la marca de su trasero en un marrón descolorido, con tonos dorados. Si conoce el sofá, el mundo no puede estar tan fuera de órbita. A malas, siéntate, espera a ver qué ocurre, confía en que al final todo se aclare.

No encuentra su paquete de tabaco, por más que se empeñe. Ni siquiera encuentra el cenicero. Ni el mechero, ni nada. Ha abierto todos los cajones de la cocina. Stephen alcanza a ver el sofá desde la cocina, así que cabe suponer que esa es su cocina. Ahí está pasando algo muy turbio. Le están ocultando algo. Pero ¿qué? Y ¿por qué?

Es vital no dejarse arrastrar por el pánico. Tiene la impresión de que eso ya lo ha vivido antes. Esa confusión, esos procesos mentales. Muy adentro, tiene ganas de gritar, de pedir auxilio, de llamar a su padre para que venga a recogerlo. Aun así, se aferra a lo positivo. Al sofá. Su sofá.

Ve una foto en la encimera de la cocina. Es una foto suya, mucho más viejo de lo que recuerda, en compañía de una señora mayor. La conoce, incluso sabe cómo se llama. Ahora mismo no es capaz de acceder al recuerdo, pero sabe que está ahí. Fumar lo ayudaría a calmarse. ¿Dónde ha dejado el paquete de tabaco? ¿Está olvidándose de las cosas? Hay algo que da vueltas, pero no es la cocina, no son sus ojos. Es su memoria. Su memoria da vueltas. Por más que intente sujetarla, se niega a parar quieta.

Decide coger el coche e ir a la gasolinera de la esquina a comprar un paquete de tabaco. Hay una chaqueta en el gancho del recibidor, así que se la pone y busca las llaves del coche. Ni rastro de las llaves. Alguien habrá hecho limpieza. Es exasperante... ¿Por qué tocan las

cosas? ¿Por qué no dejarlas en su sitio? ¿Por qué tiene que moverse todo? Las vueltas, otra vez. Tendrá que volver al sofá.

Se deja caer en el sofá. Se siente mucho más viejo de lo que correspondería. Quizá debería ir al médico. Pero algo le dice que no. Algo le dice que tiene un secreto que nadie más debe saber. Quédate quietecito en el sofá, no des ninguna señal de alarma. Todo se aclarará más pronto que tarde. Esa niebla se disipará sin duda.

La luz de seguridad de la entrada se enciende. Stephen mira por la ventana. En un descampado que no termina de reconocer, que lleva a un huerto que no termina de situar, aunque está convencido de que hoy ha pasado por ahí, hay alguien a quien sí conoce bien: un zorro.

Cada noche se acerca más. Eso sí lo recuerda Stephen con toda claridad. Un caminar curvado, lanzando miradas a ambos lados, un hombre que sabe lo que es el miedo, que sabe que la gente quiere hacerle daño. Y entonces el zorro se echa en el suelo, con la cabeza apoyada en las patas delanteras, y mira por la ventana, como hace todas las noches. Stephen le devuelve la mirada, como hace todas las noches. Se saludan con un movimiento de cabeza. Stephen sabe que en realidad no mueven la cabeza —no está chiflado—, pero no hay duda de que se dan por enterados de sus respectivas existencias. Stephen lo llama «Snowy», por las puntas blancas de sus orejas. Snowy se echa en el suelo y cree que se camufla, pero las puntas de las orejas siempre lo delatan. Él también tiene el pelo blanco; lo descubrió esa mañana y se quedó asombrado. Su padre también tiene el pelo blanco, así que es posible que esté mezclando las cosas.

Snowy se revuelca en el suelo, a unos cinco metros del jardín, y Stephen lo recuerda. Elizabeth. La mujer de la foto. La mujer mayor. Stephen se ríe: pues claro que es una mujer mayor, porque él también es un hombre mayor. No consigue distinguirse en el reflejo de la ventana. Elizabeth le ha dicho que no anime a Snowy, le ha dicho que Snowy es un golfo. Lo ahuyenta cada vez que aparece. Pero alguien le ha dejado un bol de comida para perros en la terraza. Y no ha sido él.

Elizabeth no tardará en volver. Le encontrará las llaves del coche y así podrá salir a comprar tabaco. Quizá le hará una visita a su padre; tiene que decirle algo, aunque ni a tiros es capaz de recordar de qué se trata. Lo habrá dejado apuntado en algún sitio.

Snowy, el sofá, Elizabeth. Stephen se siente querido y a salvo. Algo está pasando, no sabe qué, pero Stephen se siente querido y se

siente a salvo. Es un buen punto de partida. Un suelo firme en el que esperar.

Fuera, un perro ladra y Snowy decide hacer mutis. Stephen le da su aprobación; conviene ser cauto. Está muy bien revolcarse en el césped, pero uno nunca debe ignorar el ladrido de un perro. «Hasta mañana, amigo mío.»

Elizabeth vive ahí. Stephen lo deduce por las fotos en las paredes y las gafas en la mesa del salón. Cuida de él. Están casados; quizá tienen hijos. Eso debería saberlo. ¿Por qué no lo recuerda? Esa duda tiene que desvelarla cueste lo que cueste.

Cuando llegue, Stephen irá a darle un beso y así podrá saber a ciencia cierta si están casados. Está convencido de que lo están, pero hombre prevenido vale por dos. Conviene ser cauto. Con los perros que ladran y con todo lo demás. Le hará un té. Entra en la cocina, en su cocina, tampoco pasa nada si no está seguro de que lo sea, y se da cuenta de que no sabe dónde están las cosas. Eso tiene truco, lo sabe. Piensa que quizá lo esperan en el trabajo y se preocupa. Se ha olvidado de hacer una cosa. ¿Era urgente? ¿O quizá ya lo ha terminado?

¿Cómo se llamaba el chaval? ¿Su amigo? Kuldesh, exacto. El nombre que corre de boca en boca. Casado con Prisha. Stephen le dio recuerdos para ella.

Abre el grifo. Es el primer paso, está convencido. Tampoco puede ser tan difícil saber cuál es el segundo. Busca pistas. Está en una cocina, pero no es la suya. Empieza a sentirse pequeño y débil, pero se dice a sí mismo que debe conservar la calma y respirar hondo. Tiene que haber una explicación. Empieza a llorar. Solo es miedo, lo sabe. «Por el amor de Dios, tranquilízate, viejo. Sea lo que sea, se arreglará.» La imagen se aclarará y llegará una voz que lo consuele, ¿no?

Volver al sofá es seguramente la opción más segura. Volver al sofá y esperar a Elizabeth. Pensar un ratito, intentar averiguar qué es lo que no encaja. Quizá comprobar si Snowy se pasa a verlo hoy. Snowy es un zorro que tiene las orejas blancas, todo un personaje; va a verlo todas las noches. Elizabeth le deja comida a escondidas y cree que Stephen no se ha enterado.

Se sienta. Oye una llave en la cerradura. Podría ser cualquiera. Stephen está asustado. Asustado, pero también preparado. El agua rebosa del fregadero y cae sobre el suelo de la cocina.

Es Elizabeth, la mujer de la foto. Ella le sonríe y luego ve que el agua chorrea sobre el suelo de la cocina. Camina sobre el charco para cerrar el grifo. Es muy guapa.

—Estaba preparándote un té —dice Stephen. Seguro que se ha dejado abierto el grifo.

—Pues ya estoy aquí —repone Elizabeth—. ¿Por qué no me ocupo yo de hacer los honores?

Se acerca al sofá y le da un beso. Y qué beso. ¡Caramba, chico! ¡Vaya si están casados!

—Lo sabía —dice él. Pero ¿por qué no podía recordarlo? ¿Por qué no estaba seguro? Una chispa se enciende en su interior. Una luz cegadora, desagradable.

Elizabeth le acaricia la cara y él vuelve a llorar. Ella besa sus lágrimas, pero llegan más.

—Yo te cuido —dice—. No llores.

Pero las lágrimas siguen corriendo por sus mejillas. Porque su memoria, su recuerdo, ha emitido un destello. Ha sido un destello borroso y torcido, como un rayo de sol a través de un vitral roto. Pero es suficiente. Entiende, en ese preciso instante, qué está ocurriendo. Ve el charco en el suelo de la cocina, se mira los pantalones deshilachados del pijama y reúne las piezas inconexas de su mente el tiempo suficiente para comprender su significado en este instante. Y su significado en el futuro. Oh, Stephen, qué mala pata. Mira a su mujer y ve en sus ojos que ella también lo sabe.

—Te quiero —dice él. Porque ¿qué otra cosa puede decir?

—Y yo a ti —contesta ella—. ¿Tienes frío?

—No si te tengo al lado.

El teléfono fijo de Elizabeth empieza a sonar. A medianoche.

24

Ron es derribado en el mismo instante en que abre la puerta de la entrada. Una mano sobre la boca, una rodilla hincada en la espalda. Un susurro acuciante en el oído.

—El mínimo ruido que hagas y te mato. ¿Entendido? —Acento de Liverpool. Aunque no es Dom Holt. Ron asiente en gesto de conformidad. Así lo trataba la policía cuando participaba en piquetes en los ochenta, pero ahora carga cuarenta años más a sus espaldas. Mejor encender las luces y analizar la situación.

La mano se aparta de su boca y unos brazos fuertes lo ayudan a levantarse del suelo.

—Aúpa, pequeñín. Ni un movimiento rápido, ni un ruido.

—¿Movimientos rápidos? —replica Ron—. Pero si tengo casi ochenta años, colega. ¿Estás orgulloso de ti mismo?

—Para de lloriquear —dice el hombre—. He visto boxear a tu hijo. No he querido correr riesgos.

Se enciende una luz y Ron echa un vistazo al hombre. Cuarenta y muchos años, jersey de cuello alto, traje oscuro, cadena de oro, fornido, pelo negro y ojos azules. Guapo, el muy cerdo. ¿Un sicario de Dom Holt? Demasiada pasta encima para serlo. El hombre le indica que se siente en una silla y luego toma asiento delante de él.

—¿Ron Ritchie?

Él asiente.

—¿Usted?

—Mitch Maxwell. ¿Sabe por qué estoy aquí, Ron?

—¿Porque es un psicópata? —dice Ron después de encogerse de hombros.

—Mucho peor, me temo. Alguien me ha robado algo.

—Pues lo entiendo perfectamente —responde Ron. Empieza a dolerle la cadera. La clase de dolor que no habrá desaparecido por la mañana—. Trabaja para Dom Holt, ¿verdad?

Mitch se ríe.

—¿Tengo aspecto de trabajar para alguien?

—Todo el mundo trabaja para alguien. Solo los débiles fingen que no es así.

—Qué bocazas, el muy cabroncete, ¿no? —comenta Mitch—. Típico de los hinchas del West Ham. Dom Holt trabaja para mí.

—¿Ah, sí? Pues dígale que me debe tres mil libras por el Daihatsu.

—Señor Ritchie —dice Mitch—, el veintisiete de diciembre, una caja pequeña, llena hasta arriba de heroína, fue entregada a su amiguete Kuldesh Sharma. Al día siguiente, la caja, la heroína y su amigo se habían esfumado. Ahora, su amigo ha aparecido con una bala en el cráneo, una verdadera pena, pero mi heroína sigue sin dar señales de vida. Reventamos la tienda y nada. Me preguntaba, pues, si sabía usted dónde puede estar. Kuldesh la tuvo todo el día. ¿Quizá la trajo aquí? ¿Quizá pidió a sus amigos que la vigilaran mientras intentaba jugármela?

—No era amigo mío —indica Ron—. Había oído hablar de él, pero nunca lo conocí en persona.

—Pero sí ha oído que está muerto, ¿no? ¿O no acusó a Dom de haberlo asesinado?

—Pues sí —conviene Ron—. Tendría sentido, ¿no? Un mierda de traficante de heroína ve cómo se la juegan. Luego mata a la persona que se la jugó. Sin ánimo de ofender a su colega, pero creo que también podría haber sido usted. Da el pego para algo así.

Se nota el latido del corazón en la cadera, pero no tiene la intención de confesar que le duele.

—No es tan raro que alguien muera asesinado —dice Mitch—. Pero mi heroína sigue sin aparecer. Y la necesito ya.

—¿Por eso ha asaltado mi apartamento?

—Póngase en mi lugar, Ron —replica Mitch—. Una remesa perfectamente normal de heroína entra en el país en una cajita escondida en el remolque de un camión. Desaparece. Un par de días después, usted viene a visitar mi empresa. El padre de Jason Ritchie, nada menos, así que es inevitable que me interese por el asunto. Entonces me entero de que uno de los amiguitos de Connie Johnson está implicado, y que también hay una mujer mayor con un arma. ¿Qué pensaría usted?

Ron sonríe.

—¿Cree que Kuldesh nos dio la heroína antes de morir?

—Es solo una hipótesis —afirma Mitch—. Válida hasta que me demuestre lo contrario.

Ron se inclina hacia delante, procurando que no se le escape un gesto de dolor. Apoya el mentón en las manos.

—¿Tiene un par de horas?

Mitch se mira el reloj.

—Mi hijo tiene clase de danzas urbanas antes de la escuela. Hasta entonces, todo suyo.

—Voy a hacer un par de llamadas —dice Ron—. Les diré a mis amigos que vengan. A ver si podemos resolver esto.

—¿Puedo fiarme de ellos? —pregunta Mitch.

—No —responde Ron; mientras, coge su móvil y marca el primer número—. ¿Podemos fiarnos de usted?

—No —contesta Mitch.

—Entonces tendremos que conformarnos con lo que tenemos —dice Ron, esperando a que le cojan el teléfono.

Ha decidido que llamaría a Elizabeth para empezar. Debe hacerlo. Si hubiera elegido a Ibrahim, ella se habría enterado y luego le habría echado la bronca.

—Liz, soy Ron, ponte los zapatos y vente a mi casa. ¿Estás bien? ¿Seguro? Vale, te concedo el beneficio de la duda, pero que sepas que nadie te creería. Llama a Joyce y yo llamaré a Ib. Sí... Yo que tú cogería la pistola.

Cuelga y marca el número de Ibrahim.

—¿Un whisky? —propone Ron a Mitch—. ¿Mientras esperamos?

Él asiente y se pone de pie.

—Iré yo por él. ¿Necesita algo para la cadera?

Ron niega con la cabeza. Salta a la vista que no ha disimulado el dolor todo lo bien que creía. Aun así, no va a darle al tal Mitch la satisfacción de saber que le ha hecho daño.

—Nada que no se arregle con un paseo.

Ibrahim descuelga.

—Ib, soy yo. Yo. Ron. ¿Quién creías que iba a llamarte a estas horas? ¿Meghan Markle?

—Normalmente puedo conseguir heroína —dice Mitch—. Se lo digo por si la necesita algún día.

25

Mitch habría preferido estar hablando con Luca. Habría preferido esquivar los golpes de un taco de billar roto en el sótano de una nave industrial. En esas circunstancias sabes a qué atenerte. Conoces las reglas del juego. Pero está ahí, a altas horas de la noche, sentado en una cómoda butaca, tomándose un whisky con cuatro pensionistas.

No hay duda: Mitch está fuera de su zona de confort.

El plan previsto era muy sencillo. Dar un susto de muerte al tal Ron Ritchie, luego torturarlo hasta que le confesara el paradero de la heroína. Pero las cosas no marchan según lo previsto. Todo apunta a que la mujer del arma es la líder de la banda. Elizabeth, se llama. El arma no asusta a Mitch, pero la tipa sí. Ha visto esa mirada en varias personas a lo largo de su vida. Casi todas están muertas, en la cárcel o en grandes mansiones con altas vallas en España.

—¿Está orgulloso de cómo se gana la vida? —pregunta Elizabeth.

—No estamos aquí para hablar de mí —responde Mitch.

—Si asalta una casa a medianoche, supongo que es de recibo contestar algunas preguntas. Cuestión de pura cortesía. —Ha hablado el tipo que se ha presentado como Ibrahim. Este es el que trabaja con Connie Johnson. Está tomando notas.

—Es un poco sórdido, ¿no? ¿El tráfico de heroína? —Vuelve a ser Elizabeth. Tiene el arma sobre el regazo. ¿De qué va esta tipa? Mitch conoce todas las caras del mundillo, pero a ella no.

Una mujer más bajita, con una chaqueta verde de punto, se inclina hacia delante.

—Señor Maxwell, no le hemos pedido que venga. Ha venido por decisión propia.

—Exactamente, Joyce —conviene Elizabeth—. Le ha dado una paliza a nuestro amigo...

—No me ha dado una paliza —dice Ron.

—Bueno, ya veremos si mañana tu médico de cabecera es de la misma opinión —replica Elizabeth—. En fin, señor Maxwell, habrá

visto que nos importa un rábano lo duro que se crea. Hemos lidiado con gente muchísimo peor.

—Digamos que entra por los pelos en el *top ten* —comenta Ibrahim—. Y créame si le digo que tengo esa lista.

—Si se me permite el comentario, parece que tenemos un objetivo en común, señor Maxwell —indica Elizabeth—. Queremos averiguar quién mató a Kuldesh y usted quiere encontrar su heroína. ¿Me equivoco?

—Quiero recuperar mi mercancía —dice Mitch—. *Necesito* recuperar mi mercancía.

—Ay, Dios —protesta Elizabeth—. Puede ahorrarse los eufemismos. No somos niños ni agentes de policía. Llame *heroína* a la heroína.

—Necesito recuperar mi heroína —confirma Mitch—. Está en una pequeña caja de terracota, vale una pasta y es mía.

—Desde un punto de vista moral, seguro que negociar con heroína debe de parecerle inquietante, ¿no es así? —pregunta Ibrahim.

—Dice el tipo que trabaja para Connie Johnson —replica Mitch —. Escuchen, tengo una pregunta sencilla antes de que continuemos. ¿Quiénes son ustedes?

—Soy Joyce —se presenta Joyce.

—Y todos somos amigos de Joyce —añade Ibrahim—. Así pues, una vez disipada la duda, permítanos hacerle unas preguntas más, solo para que podamos conocerle un poco mejor. Así podremos confiar en usted.

Mitch levanta las manos en señal de rendición.

—Adelante.

—¿Está orgulloso de traficar con heroína? —insiste Elizabeth.

—Estoy orgulloso de mis éxitos —dice Mitch, dándose cuenta de que nunca se había parado a pensarlo—. Pero, respondiendo a su pregunta, supongo que no. Me vi en este mundo sin buscarlo y se me dio bien.

—¿Podría dedicarse a otras cosas? —sugiere Joyce—. ¿Quizá a la informática?

—Estoy a punto de cumplir los cincuenta —dice Mitch.

Cuánto le gustaría abandonar el negocio. Es decir, cuando encuentre la heroína. Lo deja. Decidido.

—¿Ha estado en la cárcel? —quiere saber Ibrahim.

—No —contesta Mitch.

—¿Le han detenido alguna vez? —pregunta Joyce.

—Muchas —responde Mitch.

—¿Ha matado a alguien? —inquiere Ron.

—Si me dedicara a ir por el mundo confesando que he matado a gente, habría terminado en la cárcel, ¿no? —razona Mitch.

—¿Cómo estás de la cadera, Ron? —pregunta Elizabeth.

—Mi cadera está perfectamente —dice él.

—Y la cuestión más importante de todas —añade ella—: ¿Quién asesinó a Kuldesh Sharma? ¿Fue usted?

Mitch sonríe.

—Tendrá que esforzarse mucho más.

—¿Más whisky? —le ofrece Ibrahim.

Mitch declina la invitación. Tiene que volver a Hertfordshire dentro de un ratito y lleva una semiautomática en el maletero, así que no le apetece que lo paren por conducir ebrio.

—Entonces, una pregunta más fácil —dice Elizabeth—. ¿Quién más sabía de la caja de heroína?

—Unos cuantos afganos —responde Mitch—. Pero nadie que tuviera la necesidad de robármela. También un intermediario que se ocupó de introducir la droga en Moldavia, pero es uno de mis hombres.

—¿Se llama? —lo interroga Ibrahim sin dejar de tomar apuntes.

—Lenny —dice Mitch.

—Uno de nuestros vecinos acaba de ser bisabuelo de un bebé que se llama Lenny —comenta Joyce—. Los nombres siempre vuelven a ponerse de moda, ¿no?

—¿Dónde podríamos encontrarlo? —quiere saber Ibrahim.

—Dom debe de tener su número —contesta Mitch.

—Ah, nuestro amigo Dom —dice Elizabeth—. Él seguro que también está al corriente de todo, ¿no? Seguro que se ha preguntado si no fue él quien le robó la heroína... Si lo planeó todo para cargarle el muerto a Kuldesh...

Mitch niega con la cabeza.

—Está al tanto de todo, pero pondría la mano en el fuego por él.

—Pero Dom sabía qué contenía la caja. Y fue él quien la entregó. ¿Vio a Kuldesh?

—Además, es mucho dinero —dice Joyce.

—No tanto en realidad —dice Mitch.

—Pero usted gana más dinero que él —dice Ron—. Cien mil libras, para Dom, siguen siendo mucho dinero.

—¿Libres de impuestos? —pregunta Ibrahim—. Sí, seguro que sí. Respondo yo mismo a mi pregunta. ¿Sabía que, cuando se gana dinero en los concursos de la tele, tampoco hay que tributar? Mire, un punto en común entre los concursos y el tráfico de heroína.

Todos esperan hasta que están convencidos de que Ibrahim ha terminado de hablar.

—La gente es leal hasta que deja de serlo —agrega Ron.

—No, no lo veo —replica Mitch—. Lo siento.

—¿Alguien más a quien pueda encaminarnos? —pregunta Elizabeth—. Usted vende la heroína, pero ¿quién se la compra?

—Ni hablar —niega Mitch—. No van a sacar nada más de mí.

—De momento —matiza Ibrahim.

—¿Puedo hacerles yo un par de preguntas? —dice Mitch—. ¿Antes de marcharme?

Todos parecen conformes con la idea. Así pues, Mitch se dirige primero a Ibrahim.

—¿De verdad trabaja para Connie Johnson?

—Así es —confirma Ibrahim.

—¿Qué hace para ella?

—No puedo decírselo.

—Inconfesable, ¿no? —dice Mitch, antes de volverse hacia Elizabeth—: ¿Y usted? ¿Por qué va armada?

Ella le obsequia con una sonrisa de incredulidad.

—¿Que por qué voy armada? Para disparar a la gente.

«Madre mía.» Se dirige entonces a Ron.

—¿De verdad le he hecho daño en la cadera?

Ron asiente.

—Claro que sí. Soy un viejo, idiota.

—Lo siento —se disculpa Mitch—. Pensaba que me habían robado la mercancía.

—No hemos sido nosotros —dice Joyce.

—Y esta es para todos —dice Mitch—. ¿De verdad creen que Dom puede haberme robado? Aunque sean cien mil libras del ala, no tiene pies ni cabeza. ¿Cómo iba a pensar que se saldría con la suya?

—Bueno —señala Joyce, que ha estado bastante callada hasta ahora. Mitch casi se ha olvidado de su presencia—. Dijo que pondría la mano en el fuego por Dom. Y él seguro que lo sabe, ¿no? Así que ¿qué mejor que robarle a usted?

Lo dice con tanta dulzura que Mitch entiende instantáneamente que tal vez haya dado en el clavo.

26

Es muy temprano y hace frío en el barracón. Por eso Donna no se ha quitado el plumas. Chris sujeta con las dos manos una taza de té de la máquina expendedora.

—Cuanto más averiguo sobre Dom Holt y Mitch Maxwell, peor pinta tiene la cosa —dice él—. Kuldesh no tenía la menor idea de con quién estaba tratando.

—Pero no tendría sentido que Dom Holt hubiera robado su propia heroína, ¿no? —replica Donna.

—¿Quizá tuvo un desencuentro con su jefe? —aventura Chris.

Hace una pelota con un papel y la lanza en una alta parábola a la papelera que hay en un rincón de la sala. Golpea en el borde y cae fuera.

—Sí, los jefes son lo peor —se lamenta Donna—. De todos modos, ¿qué te parece si le echamos un vistazo sin que se enteren la inspectora Regan y sus alegres bandidos? ¿Sabes de alguien con quien podamos hablar?

—¿Jason Ritchie?

—¿El hijo de Ron? —dice Donna—. Se mueve en unos círculos interesantes.

Chris se sopla las manos para entrar en calor.

—Podríamos averiguar qué sabe él. Hablaré con Ron.

Una ráfaga gélida de aire de enero irrumpe en el barracón cuando la inspectora Jill Regan abre la puerta.

—Te has olvidado de llamar —dice Chris.

—¿Así te vistes cuando estás de servicio? —pregunta Jill a Donna.

—Algún idiota nos ha metido en este barracón —replica ella, subiéndose todavía más la cremallera—. A sus órdenes.

Jill toma asiento.

—¿Tienes por costumbre llamar «idiotas» a tus superiores, agente?

—Eso parece —dice Chris—. Yo ya me he acostumbrado. ¿En qué podemos ayudarte?

—Hay algo que no me cuadra —dice Jill.

—Trabajas para la Agencia Nacional contra el Crimen —replica Chris—. Debe de ocurrirte a menudo, ¿no?

—¿Dónde está su teléfono? —inquiere Jill—. Eso es lo que me tiene inquieta.

—¿El teléfono de quién? —pregunta Donna.

—De Kuldesh Sharma. Dónde está su móvil, eso me pregunto.

—No trabajamos en ese caso —contesta Chris.

—Ya —dice Jill—. Eso he pensado yo también. Estabais persiguiendo caballos, ¿no?

—Eso intentamos —responde él—. Son muy rápidos.

—El caso es que... —dice Jill—. En fin, Donna solicitó ayer un registro de llamadas. —Se frota las manos—. Qué frío hace aquí, ¿no?

—Una investigación rutinaria —explica Donna.

—Así que eché un vistazo al archivo —prosigue Jill Regan—. Y vi que habías solicitado otros registros telefónicos con anterioridad, ¿no? ¿Es posible que todavía no haya visto los resultados de esa solicitud?

—Somos agentes de policía —dice Chris—. Solicitamos infinidad de registros telefónicos. Supongo que no tendréis una estufa de sobra en el Centro de Coordinación...

—Si tenéis ese teléfono —dice Jill— os echaré del cuerpo, ¿lo sabéis?

—Entonces es una suerte que no lo tengamos —responde Donna.

Ella, Chris y Jill se miran entre sí unos segundos. Chris intenta girarse con suavidad en la silla y una de las ruedas se suelta. Donna considera que su compañero salva la papeleta con bastante estilo.

—No metáis las narices en este caso —ordena Jill.

—Oído —dice Chris—. Está en las muy seguras manos de la Agencia Nacional contra el Crimen. Si nos necesitáis, estaremos apoyados en una valla, masticando un poco de paja.

Jill se pone de pie.

—Si por casualidad dais con ese móvil...

—Sabremos dónde encontrarte —afirma Chris.

—Entre compañeros —añade Jill—, no metáis las narices en esto.

—Tomo nota —dice Chris—. Asegúrate de cerrar la puerta cuando salgas.

Jill sale del barracón, dejándola abierta de par en par.

Cuando se levanta para cerrarla, Chris se asegura antes de que la inspectora se haya marchado.

—¿Alguna novedad con el móvil de Elizabeth?

Donna se mira el reloj.

—El informe tiene que estar al caer.

27

Como es jueves, la pandilla está reunida en la sala de los puzles. Hay un bizcocho relleno medio desmoronado sobre la mesa de juegos.

De vez en cuando les gusta invitar a expertos para informarse, y hoy Nina Mishra y su jefe, Jonjo, han ido a darles una charla sobre el funcionamiento del mundo de las antigüedades. Todo puede ayudar. Ibrahim, como siempre ocurre en estas situaciones, ha leído algo sobre el tema para prepararse y sospecha que no aprenderá gran cosa.

—Comencemos por lo más básico —dice Jonjo—. Una antigüedad es un objeto con más de cien años de historia. Las cosas más recientes son trastos viejos o piezas de colección.

—Eso coincide con lo que he leído —conviene Ibrahim—. Tiene razón.

—Pues yo no lo sabía —repone Joyce—. Ahora resulta que somos piezas de colección, Elizabeth.

—Y cualquier artículo con más de cien años de antigüedad tiene una historia que contarnos —comenta Jonjo—. Quién lo fabricó y dónde.

—Quién lo compró, cuánto pagó y cuándo —añade Nina.

—¿Se ha conservado en buen estado, se ha jugado con él, ha caído al suelo, ha sido reparado, repintado o expuesto a la luz del sol? —dice Jonjo.

—Una vez, Gerry compró una salsera en un mercadillo —cuenta Joyce—. Estaba convencidísimo de que tenía cien años, pero luego vimos el mismo modelo en unos grandes almacenes. Creo que fue en British Home Stores.

—Pues las cosas que vendía esa cadena en los años setenta están muy cotizadas ahora —dice Nina.

—Oh, le habría encantado saberlo —asiente Joyce—. Ese día lo puse a caer de un burro.

—De todos modos —continúa Jonjo—, aunque un objeto tenga más de cien años de antigüedad, casi nunca tiene valor. Son productos

fabricados en serie, o de baja calidad, o sencillamente la gente no los quiere.

—Mis padres a veces traían cosas preciosas a casa —dice Nina—. Sacacorchos en forma de pavo real, una lata de galletas con la silueta del Big Ben, y lo ponían a la venta en la tienda por diez libras.

—Nina tiene razón —prosigue Jonjo—. Casi nada tiene valor. La manera más fácil de hacer una pequeña fortuna en el mundo de las antigüedades es empezar con una gran fortuna y perderla. Lo que significa que los pocos objetos que tienen algún valor son los que hacen que todo el negocio funcione. Ahora mismo podría tratarse de una vajilla diseñada por Clarice Cliff o de unos jarrones de Bernard Leach. El año que viene será otra cosa.

—Así que si quieres ganarte la vida en este mundo —interviene Nina—, la ecuación es bastante sencilla. Si vendes artículos por diez libras, asegúrate de que solo te cuesten cinco y comprueba que sabes de verdad qué cosas están de moda.

—Qué se vende —añade Jonjo.

—Si sabes hacerlo, de año en año, puedes ganar bastante para una vida desahogada —dice Nina—. Mis padres nunca fueron capaces de resolver la ecuación del todo. Siempre se encaprichaban de las cosas.

—La primera norma del juego de las antigüedades —afirma Jonjo —: Nunca te enamores de nada.

—Suena a buen consejo para la vida —comenta Ibrahim.

—¿Y creen que Kuldesh pudo ganarse bien la vida? —pregunta Joyce.

—Diría que sí —responde Jonjo—. Llevaba cincuenta años en el negocio, sabía qué cosas buscar, tenía clientes que confiaban en él y un alquiler que podía pagar. Seguro que tenía algunas semanas de poco movimiento, pero no son malos fundamentos para un negocio solvente.

—Y además tienes la alegría de trabajar con cosas preciosas, extraordinarias o escasas —señala Nina—. Jamás te harás millonario, pero tampoco te aburrirás casi nunca.

—¿Y si quieres hacerte millonario? —pregunta Ron—. ¿Cómo te lo planteas?

Jonjo levanta un dedo.

—Bueno..., la pregunta del millón, ¿no?

—¿Ya han ido a ver a Samantha Barnes? —quiere saber Nina.

—Es la siguiente en nuestra lista de objetivos —contesta Joyce.

—Dejen que les muestre algo —dice Jonjo.

Jonjo rebusca dentro de una cartera de cuero y saca una bolsita de terciopelo. Acto seguido, se enfunda unos guantes blancos, afloja el cordón de la bolsa y la vuelca sobre su mano. Ven una medalla de plata.

—Oh —exclama Joyce.

Jonjo la coloca en el centro de la palma y la muestra a todos, de uno en uno.

—Bien, esta condecoración que están viendo, les pido por favor que no la toquen, es una medalla por Servicio Distinguido, concedida durante la Segunda Guerra Mundial. Ha permanecido en la misma familia desde entonces, pero hay que pagar la universidad de los biznietos, así que han decidido traérmela para que les haga una tasación.

—Quedaría de maravilla en Instagram —dice Joyce—. Normalmente solo pongo fotos de Alan. ¿Le importaría?

—Un momento —replica Jonjo—. Pregunté a la familia qué valor creían que podía tener. Me dijeron que habían leído que estas medallas podían alcanzar las diez mil libras.

—Nooo —suelta Ron.

—Tuve que decirles que la información que habían leído era inexacta —prosigue Jonjo—. Y que, habida cuenta del estado de la medalla, su procedencia y el hecho de que hubiera permanecido en la familia desde que fue concedida, su valor se situaría mucho más cerca de las treinta mil libras.

—No me jorobes —exclama Ron.

—Ron —lo regaña Joyce.

—Es bonita, ¿no? —dice Jonjo.

—Mucho —asiente Joyce.

Jonjo vuelve a guardar la medalla en la bolsa y se quita los guantes.

—¿Qué es lo que le parece bonito de la medalla, Joyce? ¿Puede decírnoslo?

—Bueno, es muy… ¿brillante?

—Yo le diré por qué es bonita —continúa Jonjo—. Y eso le dirá cómo convertirse en una millonaria en el mundo de las antigüedades.

Lo que era bonito era la bolsa de terciopelo, los guantes blancos y el modo en que he bajado el tono de voz en señal de respeto.

—Yo lo hago a veces —dice Ibrahim.

—Lo bonito es la historia —añade Jonjo—. Los biznietos, la familia que decide venderla después de tantos años.

—Bueno, sí —reconoce Joyce—. Eso también ha sido bonito.

—Pero todo es mentira —manifiesta Jonjo, dejando caer la medalla sobre la mesa sin miramientos—. Es basura, una falsificación fabricada en un taller a unos treinta kilómetros de aquí. Hay un señor que se gana la vida haciéndolas y hay que tener muy buen ojo para detectarlas. Esta terminó entrando en el mercado a través de una pequeña casa de subastas y, por fortuna, estaba disponible para demostrarles lo equivocados que estaban. La he guardado desde entonces para enseñar la misma lección que les he enseñado a ustedes, la lección de que, si tienes una historia que contar, podrás vender un trozo de metal de cinco libras por treinta mil. Y así es como se hace uno millonario.

—Y a eso se dedica Samantha Barnes —agrega Nina—. Las falsificaciones. Las copias. Sobre todo de arte. Casi cada ejemplar de las series litográficas de Picasso que se venden en internet es obra suya. La mayoría de los Banksy y Damien Hirst, también. También hace cosas de Lowry, de todo tipo.

—Y sospecho que ahora se ha metido en un asunto mucho más feo —añade Jonjo—. Y es muy probable que Kuldesh la conociera.

—Y que conociera su reputación —conviene Nina.

—He leído en algún lado que el hombre que sale en ese programa de bricolaje, *DIY SOS*, en realidad es Banksy —indica Joyce—. ¿Se llama Nick Knowles? No sé si lo recuerdo bien.

Ibrahim aprovecha el comentario de Joyce para abordar el asunto del día.

—Aquí tenéis la cronología —dice mientras reparte unas hojas plastificadas—. Estoy empezando a pensar que quizá debería distribuir este tipo de información digitalmente. Las copias físicas son un desperdicio de recursos. Me gustaría, de ser posible, que el Club del Crimen de los Jueves tuviera un saldo neutro de emisiones de carbono antes de 2030.

—También podrías dejar de plastificarlo todo —le sugiere Ron.

—Cada cosa a su tiempo, Ron —responde Ibrahim—. Cada cosa a

su tiempo.

Sabe en el fondo que Ron lleva razón, pero no se ve capaz de renunciar a su máquina de plastificar. Supone que en Estados Unidos tienen el mismo dilema con sus centrales eléctricas de carbón.

—Tengo que marcharme a las doce menos cuarto —dice Elizabeth—. Lo digo por si acaso.

—Pero la reunión es hasta las doce —repone Ibrahim—. Como siempre.

—Tengo planes —dice Elizabeth.

—¿Qué planes? —pregunta Joyce.

—Un paseo en coche con Stephen —explica Elizabeth—. Para airearnos un poco. Ibrahim, vamos a ver esa cronología.

—¿Y quién conduce? —quiere saber Joyce.

—Bogdan —dice Elizabeth—. Ibrahim, perdona, te estoy interrumpiendo.

—Pues quizá me habría apetecido dar un paseo en coche —comenta Joyce sin dirigirse a nadie en concreto, pero deseando que todos la oigan.

Ibrahim vuelve a la carga. Ojalá hubiera sabido que solo dispondrían de cuarenta y cinco minutos para la reunión. Mide su vida en horas. «Da igual, déjate llevar por los acontecimientos, Ibrahim.» Ha preparado una introducción de ocho minutos relativa a la naturaleza del mal, pero deberá guardarla para mejor ocasión y zambullirse directamente en el tema. Muy frustrante.

—Para llegar al quid del asesinato —empieza—, parece que deberemos hallar antes la respuesta a dos preguntas. Primero: ¿dónde está la heroína?, y segundo: ¿a quién llamó Kuldesh después de hablar con Nina? ¿Omito algo importante?

—¿Por qué compró una pala? —plantea Ron.

—Ese detalle queda incluido en el epígrafe «Datos diversos» de tu hoja, Ron —responde Ibrahim.

—Mis más sinceras disculpas. En fin, ¿dónde está la heroína?

—Nina dice que Kuldesh tiene alquilado un almacén en Fairhaven… —interviene Joyce.

—Así es —confirma Nina—. Ni idea de dónde.

—Quizá la heroína esté allí —sugiere Joyce—. Apuesto a que podemos localizar ese almacén.

—Quizá —continúa Ibrahim—. O quizá ya se ha vendido. Tengo

entendido que hay mucha demanda. Naturalmente, no parece que Mitch esté en posesión de la droga. Así pues, ¿quién la tiene?

—Me pregunto —continúa Elizabeth— si Connie Johnson tiene más información que pueda servirnos, Ibrahim. Todavía no sabemos a quién se supone que Mitch iba a venderle la droga.

—La veré el lunes que viene —dice él.

—¿Quién es Connie Johnson? —pregunta Jonjo.

—Es como Samantha Barnes, pero para las drogas —explica Joyce—. Quizá podría prepararle unos *scones*, Ibrahim. No creo que tengan en la cárcel.

—Estupendo —exclama Ron—. Esa mujer quiere liquidarme y tú quieres hacerle unos bollitos.

—¿Y qué es eso que te reclama? —pregunta Joyce dirigiéndose a Elizabeth—. ¿Por qué tienes que salir?

—Tengo recados que hacer, gente a la que ver —dice Elizabeth.

Suena el teléfono de Joyce. Mira la pantalla y luego contesta.

—Hola, Donna. Qué sorpresa más agradable, justo ayer pensaba en ti. Dieron un episodio de *Cagney y Lacey* en ITV3 y Cagney, o quizá fue Lacey, la rubia en todo caso, estaba en un bar y dijo... Oh... Sí, claro, sí... —Joyce, un poco alicaída, le pasa el móvil a Elizabeth—. Es para ti.

Elizabeth se lo lleva al oído.

—¿Sí? Mmm, ah... Mmm, ah... Mmm, ah... Sí... Sí... No es asunto tuyo... Sí... Gracias, Donna. Te estoy sumamente agradecida.

Elizabeth le devuelve el móvil a Joyce.

—Pues una de las dos, Cagney o Lacey, estaba en un bar y...

—Ibrahim —dice Elizabeth—, ¿estás libre esta tarde?

—Había pensado ir a la sesión de zumba —contesta él—. Tienen un monitor nuevo que...

—Te vas a Petworth con Joyce —anuncia Elizabeth—. Necesito que habléis con Samantha Barnes de inmediato.

—Bueno, la verdad es que me gusta mucho visitar anticuarios —dice Ibrahim—. Y también me interesa mucho el tráfico de heroína. Hay algo transgresor en...

Elizabeth levanta una mano para interrumpirlo.

—Donna ha comprobado mi registro de llamadas.

—Bien, bien —dice Ron.

—A las 16.41 del martes hice una llamada a Samantha Barnes.

Ibrahim levanta la vista de sus notas.

—¿Y?

—Y —prosigue Elizabeth— el número de Samantha Barnes apareció en el registro de llamadas como «código 777».

28

Avanzan a paso de tortuga por la A23, al norte de Coulsdon. Hay un atasco en la autopista, pero Stephen, en el asiento del acompañante, parece disfrutar del paseo mientras Bogdan conduce. No ha parado de hacerle preguntas desde que salieron de Coopers Chase.

—Hay un museo —dice Stephen—. En Bagdad. ¿Has estado?

Es la segunda vez que se lo pregunta.

—¿Si he estado en Bagdad? —repite Bogdan—. No.

—Oh, pues deberías —replica Stephen.

—Vale, iré un día —dice Bogdan.

«Mal momento para marcharse», piensa Elizabeth. Ojalá no hubiera tenido que interrumpir la reunión por las bravas. Pero Viktor tiene una agenda muy apretada y Elizabeth necesita verlo. Y Viktor debe ver a Stephen.

Joyce vio cómo se metían los tres en el coche y ni siquiera les dijo adiós con la mano, así que tal vez intuye que algo va mal. Elizabeth espera que la misión de ver a Samantha Barnes distraiga a su amiga. Fue una apuesta afortunada por su parte, una corazonada, pedirle a Donna que comprobara el número de Samantha para ver si aparecía en el registro como «código 777». ¿De verdad había llamado Kuldesh a Samantha? ¿Para pedirle consejo? ¿Para venderle la heroína?

Elizabeth trata de apartar estas cuestiones de su mente. Debe concentrarse en asuntos mucho más importantes.

—Ni te lo imaginas —dice Stephen—. Miles de años de antigüedad. Ayuda a poner las cosas en su sitio. ¿Has tenido la oportunidad de tocar algo que tenga seis mil años?

—No —dice Bogdan—. ¿El coche de Ron, quizá?

—Tenemos que ir a Bagdad, Elizabeth. Los tres. Hay que llamar a nuestra agencia de viajes.

—Ya no hay agencias de viajes —explica Bogdan, accediendo a un carril bus para evitar una cola de coches parados.

—Ya no hay agencias de viajes —repite Stephen—. Primera noticia.

—Yo me ocupo —interviene Elizabeth—. Bagdad. —Qué daría por hacer ese viaje. Stephen pasándole el brazo por la cintura. Un vodka frío bajo un sol de Oriente Medio.

Bogdan se mete ahora por el arcén para adelantar a otro coche.

—Conduces fatal —dice Elizabeth—. Y no paras de cometer infracciones.

—Lo sé —contesta él—. Pero prometí que llegarían ustedes a las 13.23.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —opina Stephen—. El tiempo se arremolina en torno a nuestras vidas, riéndose de nosotros.

—Dígaselo a Google Maps —replica Bogdan.

—¿Adónde vamos? —quiere saber Stephen.

También lo ha preguntado antes.

—A Londres —responde Elizabeth—. Vamos a ver a un viejo amigo.

—¿Kuldesh? —pregunta Stephen.

—No, no es Kuldesh —dice ella. Se siente culpable. No ha parado de preguntarle a Stephen por Kuldesh. Por los conocidos de ambos, cosas así. Incluso le ha mencionado a Samantha Barnes y Petworth. Pero nada, ni una chispa de luz.

—¿Viejo amigo mío o tuyo? —inquiere Stephen—. ¿Podemos pasarnos un rato por el Reform Club a la vuelta? Tienen un libro que necesito en la biblioteca.

—Un amigo mío, pero lo conoces —contesta Elizabeth—. Es alguien que puede ayudarnos.

Stephen se vuelve en el asiento para mirarla.

—¿Quién necesita ayuda?

—Todos —dice Bogdan—. Si es que queremos llegar a las 13.23.

El tráfico no mejora hasta Battersea. Londres está embotellado.

Elizabeth casi ya no echa de menos la ciudad. Con Stephen, siempre iban correteando de un lado para otro: exposiciones, teatro, almuerzos en el club. Una vez asistieron a una conferencia del profesor Brian Cox en el Albert Hall. La majestuosidad del cosmos. Todos procedemos de las estrellas y todos volveremos a las estrellas. Había disfrutado de la conferencia, aunque hubo unas proyecciones de láser que podrían haberse ahorrado.

¿Había sido consciente realmente de que estaban viviendo su mejor momento? ¿De que estaba en la gloria? Cree que sí lo era, sí. Que había sido consciente de que le había sido entregado un magnífico regalo. Hacer el crucigrama en el tren, Stephen con una lata de cerveza en la mano («Solo bebo cerveza cuando voy en tren, en ningún otro sitio, no me preguntes por qué»), con las gafas a medio puente, leyendo las definiciones. El secreto era que, cuando se miraban el uno al otro, ambos pensaban que les había tocado la mejor parte del trato.

Sin embargo, por más que la vida te enseñe que nada dura para siempre, es traumático ver cómo se apaga. Ver que el hombre al que amas con cada fibra de tu ser empieza a volver a las estrellas, de átomo en átomo.

¿Y Londres? Londres es un atasco lento y gris. Habrá que vadearlo ahora. ¿Será eso la vida sin Stephen? ¿Un interminable calvario de tubos de escape y luces de freno?

Bogdan echa mano de todos sus recursos al volante, mientras Stephen va señalando los monumentos de la ciudad.

—¡El Óvalo! ¡El Óvalo, Elizabeth!

—Es un estadio de críquet, ¿no?

—Lo sabes perfectamente —dice Stephen.

Bogdan enfila en contra dirección por una callejuela adoquinada y estrecha.

Llegan a las 13.22.

29

Ibrahim empieza a desesperarse. Se han metido en el centro de Petworth y todavía no han visto un solo sitio donde aparcar. El pueblo es precioso —calles adoquinadas, flores en los alféizares, anticuarios a cada paso—, pero no puede disfrutarlo. ¿Y si, simplemente, no encuentran donde estacionar? ¿Qué hará entonces? ¿Aparcar ilegalmente? No, gracias. Una multa en el parabrisas o, peor, el coche desaparecido por obra y gracia de una grúa. Y entonces ¿cómo volverían a casa? Estarían atrapados. En Petworth. Y eso, por más encantador que sea el pueblo según las guías de viaje, queda descartado para Ibrahim. Esté donde esté, y haga lo que haga, su primer pensamiento es siempre: «¿Cómo volveré a casa?». ¿Con el coche en el depósito municipal? Imposible.

Trata de acompasar la respiración. Está a punto de decir: «En fin, no hay ningún sitio para aparcar, Joyce. Regresemos a casa. Ya vendremos otro día», cuando un Volvo da marcha atrás en una plaza que hay justo a su derecha. Bingo.

—Es nuestro día de suerte —comenta Joyce—. ¡Vamos a comprar un número de lotería!

Ibrahim suspira, pero se alegra de tener la oportunidad de enseñarle a Joyce una valiosa lección.

—Joyce, eso es justo lo contrario de lo que debemos hacer. Los «días de suerte» no existen; solo tramos aislados de «suerte».

—Oh —exclama Joyce.

El hueco es amplio, franco, acogedor. Incluso los retrovisores pueden relajarse.

—Hemos tenido un trocito de buena suerte: que quedara libre este sitio para aparcar. Esperar un segundo trocito de buena suerte justo después sería un disparate. Trocitos de buena suerte, como el que acabamos de recibir, son, si se piensa en términos generales, síntoma de mala suerte.

—¿Nos bajamos del coche? —pregunta Joyce.

—Pues bien, el *motivo* de que sean una manifestación de mala suerte —continúa Ibrahim— estriba en que cabría suponer, en buena lógica, que se nos asigna el mismo número de momentos aleatorios de suerte al principio de nuestras vidas. Olvida por un instante la «suerte» que atraemos a través del esfuerzo. Estoy hablándote simplemente de la suerte que nos regala de modo imprevisible la vida. Azarosamente, como dirían los poetas.

—Creo que Alan necesita ir al baño —dice Joyce, y Alan, removiéndose en el asiento trasero, suelta un ladrido de conformidad.

—Y si se nos asigna el mismo número de momentos aleatorios de suerte —continúa Ibrahim, enderezando el coche por última vez, o eso espera—, conviene no desperdiciarlos en cosas sin importancia. Quizá puedas pillar el autobús en el último segundo, o encontrar un sitio perfecto para aparcar, pero esos trocitos de buena suerte tal vez supongan que no te quedará ninguno para las cosas importantes; por ejemplo, ganar la lotería o conocer al hombre de tus sueños. Lo mejor que podrías hacer es elegir un día en el que *no* hubiéramos encontrado sitio para aparcar y luego decir: «Vamos a comprar un billete de lotería». ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo —dice Joyce, desabrochándose el cinturón—. Gracias, como siempre.

Ibrahim no está convencido de que su amiga lo haya entendido. Joyce a veces actúa así para contentarlo. Es algo que le ocurre a menudo con la gente. Pero está convencido de que lleva razón. Resérvate la buena suerte para las cosas importantes y la mala para las que lo son menos. Joyce ya se ha bajado del coche y le está poniendo la correa a Alan. Ibrahim sale y echa un vistazo a su alrededor. Ahora que ya ha aparcado, puede apreciar lo bonito que es Petworth. Y, si ha memorizado bien el mapa, y lo ha hecho, entonces, para llegar a la tienda de antigüedades de Samantha Barnes, deben subir por la misma calle en la que se encuentran, doblar a la derecha en el segundo cruce y de inmediato a la izquierda. Y la cafetería en la que Joyce quiere almorzar se encuentra volviendo en la misma dirección, luego a la izquierda y luego la primera a la derecha. Se ha descargado la carta para enseñársela, pero no la ha imprimido, porque por algo hay que empezar. Ibrahim ha pegado sendos post-it en su impresora y en su máquina de plastificar en los que ha escrito: «¿Qué haría Greta Thunberg?».

Joyce abre el camino, con Alan a la zaga, deteniéndose a olfatear los nuevos y asombrosos olores que se le ofrecen a cada paso. Ladra a un cartero, un denominador común para cualquier sitio en el que se encuentre, y trata de arrastrar a Joyce al otro lado de la calzada cuando ve a otro perro. Doblan a la derecha en el segundo cruce, luego toman la primera calle a la izquierda y se ven frente al escaparate de ANTIGÜEDADES G&S: ANTERIORMENTE ANTIGÜEDADES S&W.

El timbre de la entrada emite una reconfortante melodía de pueblo cuando franquean el umbral. Samantha Barnes está esperándolos, avisada con antelación por Elizabeth, con la tetera preparada y una tarta Battenberg en el mostrador de la tienda. Elizabeth querrá una descripción del aspecto de Samantha Barnes. A Ibrahim se le da muy mal fijarse en estas cosas, pero lo intentará. Va de negro y parece muy elegante. Ibrahim no se siente capacitado para entrar en más detalles. Aunque, si se concentra mucho, puede reparar en el pelo oscuro y el pintalabios rojo. Joyce sabrá completar el cuadro.

—Imagino que son Joyce e Ibrahim —dice Samantha.

Joyce estrecha la mano de la dueña.

—Y Alan, sí. Le estamos muy agradecidos por recibirnos así. Debe de estar muy ocupada.

Samantha señala con la mano la tienda vacía.

—Tenía curiosidad por saber qué querían preguntarme. Tengo un bol con agua detrás del mostrador por si Alan tiene sed.

Ahora es Ibrahim quien le tiende la mano.

—Soy Ibrahim. Ni se imagina dónde hemos aparcado. Ni se lo imagina.

—Estoy segura de que no me lo imagino —conviene Samantha, estrechándole la mano. Les indica que se sienten y sirve el té—. ¿De dónde sale esa historia de la heroína? Eso es lo que me pregunto. No parece muy propio de un sitio como Petworth.

—La heroína termina asomando por todas partes —dice Joyce—. Solo hay que fijarse. Cortaré la tarta Battenberg mientras usted sirve el té.

—¿Lo mismo que los crímenes?

—Es preocupante la frecuencia con la que se producen —señala Ibrahim—. Nos han dicho, señora Barnes, que tiene usted una casa

preciosa.

—Llámeme Samantha —dice ella—. ¿Quién puede haberles dicho eso?

—Nos gusta adquirir información —expone Joyce. Ibrahim observa que, en ausencia de Elizabeth, Joyce ha decidido encarnar su espíritu y está disfrutando de la experiencia.

—Bueno, la norma aquí es que, si se adquiere algo, hay que pagarlo —replica Samantha—. ¿Leche y azúcar?

—¿Es leche normal? —pregunta Joyce.

—Por supuesto —afirma Samantha.

Joyce asiente satisfecha.

—Solo leche, para ambos. ¿Está al corriente de que nuestro amigo Kuldesh Sharma fue asesinado?

—Lo leí en el *Evening Argus*, sí —responde Samantha—. ¿Y qué les parece? ¿Que lo maté yo? ¿Que sé quién lo asesinó? ¿Que podría ser la siguiente víctima? Emocionante, me atrevo a decir, sea cual sea la opción que barajen.

—Solo esperábamos que pudiera darnos algo de información —indica Ibrahim—. Creemos que alguien se sirvió de la tienda de Kuldesh para vender una remesa de heroína. ¿Le parece una idea descabellada?

Samantha toma un sorbo de té.

—¿Descabellada? En absoluto. No diría que es una práctica habitual en el mundo de las antigüedades, pero se cuentan historias parecidas.

—¿Y le han pedido hacer lo mismo en alguna ocasión? —pregunta Joyce.

—No, nunca —asegura Samantha—. Tampoco se atreverían.

—Entonces, parece que Kuldesh decidió coger las riendas de la situación y vender la heroína por su cuenta —apunta Ibrahim—. ¿Mencionaron esa posibilidad en el *Evening Argus*?

—No —contesta Samantha—. ¿Saben a quién se la vendió?

—Por eso estamos aquí —dice Joyce—. Esta Battenberg está riquísima, por cierto. ¿La ha comprado en Marks & Spencer?

—La ha hecho mi marido, Garth —responde Samantha.

—Es un artista —comenta Joyce—. No hemos venido a husmear en sus asuntos, ni a acusarla de nada, sea lo que sea. Sencillamente, nos ha parecido que siendo usted la dueña de un pequeño anticuario…

—Y, sin embargo, gana usted muchísimo dinero —interrumpe Ibrahim.

—Por eso, se nos ha ocurrido —prosigue Joyce—, aunque he de reconocer que fue Elizabeth quien nos puso sobre la pista, que sería usted la persona perfecta para informarnos sobre los puntos de contacto entre el mundo de las antigüedades y el mundo del crimen. ¿Le parece una hipótesis razonable?

—Les aseguro que no sé adónde quieren ir a parar —dice Samantha—. Pero puedo ofrecerles mi perspectiva no experta, si creen que puede serles de utilidad...

—Con eso nos basta —asiente Ibrahim—. Nunca está de más contar con otra mirada.

—Si se viera en posesión de una gran cantidad de heroína... —empieza a preguntar Joyce.

—¿Cómo de grande? —la interrumpe Samantha.

—Por valor de cien mil libras, más o menos. ¿A quién se plantearía venderla? ¿Hay personajes oscuros a los que pueda llamar?

—Así, a bote pronto, no se me ocurre nadie —responde Samantha.

—Existe la sospecha —dice Ibrahim—, y solo es una sospecha, de que si Kuldesh hubiera deseado vender la heroína, podría haberla llamado a usted.

—¿De verdad? —replica Samantha, y toma un sorbo de té—. ¿Y de dónde ha salido esa sospecha?

—Kuldesh hizo una llamada a un número no rastreable —explica Ibrahim—. Poco antes de fallecer. Y por motivos que son de su solo conocimiento, y perfectamente inocentes, estoy seguro, usted misma tiene un número no rastreable. Así las cosas, nos hemos planteado si podría ser usted el personaje oscuro que buscamos...

—Mmm... Veo que les gusta lanzarse a la piscina —dice Samantha—. Pero eso es una difamación.

—¿Cómo se gana la vida? —pregunta Joyce, soplando en el té para enfriarlo—. Si no le importa que sea entrometida.

—Con las antigüedades —responde Samantha.

—Hemos visto su casa en Google —dice Joyce—. No sabía que los percheros pudieran valer una fortuna.

—Yo también haré mis pesquisas en Google en cuanto se marchen —dice Samantha.

—¿No tiene ningún negocio secundario? —pregunta Ibrahim.

—Doy clases de danza en el club de jubilados —dice Samantha—. Aunque no me pagan.

—En fin —dice Joyce, una vez que su té se ha enfriado lo suficiente para tomar un sorbo—. La heroína.

La puerta de la tienda se abre y un hombre fornido con un abrigo de plumas y una gorra de lana colma el umbral y luego se encorva para entrar.

—Garth, cariño —lo llama Samantha—. Te presento a Joyce y a Ibrahim.

—Y a Alan —añade Joyce.

Garth mira a Joyce y a Ibrahim sin inmutarse. Luego vuelve a mirar a Samantha y se encoge de hombros. Alan corre a buscar a ese emocionante desconocido. Sin embargo, Garth no parece darse cuenta de que el perro le salta a las piernas, y, si en efecto se da cuenta, no lo demuestra.

—Nos hemos enterado de que esta Battenberg es suya —comenta Joyce con el tenedor en la mano—. Está deliciosa.

—Harina molida a la piedra —dice Garth.

—Garth, querido —dice Samantha—. Joyce estaba preguntándose quién podría comprar heroína por valor de cien mil libras.

El hombre mira a Joyce a los ojos.

—¿Usted vende heroína?

—No —responde ella con una risita—. Un amigo nuestro. Aunque denos un par de años y no descartaría vernos en ese negocio.

—Alguien tuvo la mala pata de que lo asesinaran —aclara Samantha—. El trato debió de torcerse. La heroína ha desaparecido y nos están sondeando porque creen que somos expertos en el tema.

—No tengo la más remota idea —dice Garth—. Curiosa pregunta para un jueves.

—¿A que sí? —conviene Samantha.

Alan está furioso porque el hombre no le hace ni caso. Está sacando todo el repertorio de trucos, pero Garth ni se digna mirarlo. Garth está pensando, como una poderosísima supercomputadora que acaba de despertar con un destello. Mira fijamente a Joyce.

—¿Sabe dónde está la heroína, señora?

—Llámeme Joyce —dice ella—. Pero no. A saber dónde puede estar. Supongo que alguien debe de tenerla. Porque no puede haberse

perdido... ¿No cree, Garth?

—En algún sitio tiene que estar —repone él—. ¿Se le ocurre alguna idea? ¿Algún pálpito?

—¿A quién llamaría usted, Garth? —pregunta Joyce—. Si de pronto tuviera una caja llena de heroína en el armario...

—Llamaría a la policía —contesta Garth, antes de volverse hacia Samantha—: ¿A que eso es lo que haría, cariño?

—Nada ilegal —confirma Samantha—. Directos a la policía. Confiamos a ciegas en las fuerzas del orden.

Joyce toma un sorbo de té.

—¿Creen que están cerca de encontrar la heroína? —prosigue Samantha—. ¿Otra taza de té, Joyce?

—Mi vejiga ya no me da para dos tazas —responde ella—. Antes aguantaba como un camello.

—La encontraremos —asegura Ibrahim—. Sigo confiando en ello. Le he dado muchas vueltas y si quieren conocer mi opinión...

Garth, que sigue recibiendo los saltos de Alan en las piernas, da la espalda a Ibrahim y se dirige a Joyce.

—Este perro es una maravilla, por cierto.

—Puede acariciarlo, si le apetece —dice ella—. Se llama Alan.

Garth le pasa la mano por la cabeza.

—A los perros hay que ponérselo difícil. Tienen que ganárselo.

—Desde luego —conviene Ibrahim, y vuelve a guardar discretamente el caramelo de menta Polo que se había sacado del bolsillo.

—Ibrahim, tengo una pregunta —interviene Samantha—. El hombre que llevó la heroína a la tienda, ¿es posible que sepan quién es?

—Lo sabemos —dice él—. De hecho, lo hemos conocido. Parecía bastante agradable, aunque algo dado a los cambios de humor bruscos. Supongo que es inevitable en ese negocio. Vender drogas no es como vender zapatos, ¿no creen? Debe atraer a cierto tipo de...

Garth levanta la mano para interrumpir a Ibrahim.

—Voy a pedirle que corte el rollo. Mi umbral de aburrimiento es muy bajo. Es algo congénito. Los médicos no pueden ayudarme.

—Entendido —acepta Ibrahim—. Un bajo umbral de aburrimiento a menudo apunta a...

Garth vuelve a levantar la mano. Ibrahim, con cierta dificultad,

logra reprimirse. Es molesto, porque tenía una idea interesante que compartir. La gente tiene la desagradable costumbre de cortarlo cuando apenas ha llegado a los prolegómenos de una buena observación. Es exasperante. Lo que se pierde el mundo por no darle el tiempo suficiente para calentar motores de verdad. La sociedad de hoy día padece un indiscutible déficit de atención; los abrumadores estímulos del mundo moderno han destruido casi toda... Ibrahim se percata de que alguien acaba de hacerle una pregunta.

—¿Perdón? —dice.

—Le preguntaba cómo se llama ese caballero. —Samantha está cortando otra porción de la tarta Battenberg que ha preparado Garth.

—Señor Dominic Holt —contesta Ibrahim—. Vecino de Liverpool.

—¿Han oído hablar de él, quizá? —pregunta Joyce.

—¿Dominic Holt? —Samantha mira a Garth. Este niega con la cabeza—. No, nunca. Lo siento —dice ella.

Aunque, al tiempo que acepta gustosamente esa segunda porción de Battenberg, Ibrahim apostaría su plaza de aparcamiento en Petworth a que ambos mienten.

30

–Elizabeth me ha pedido que hable contigo, Stephen —dice Viktor—. ¿Un whisky?

—No debería beber. Me toca conducir y ya sabes cómo están las cosas últimamente —dice Stephen.

Están sentados en un amplio sofá semicircular en el enorme ático de Viktor. Londres se extiende ante ellos en las ventanas panorámicas. Elizabeth y Bogdan han salido a la terraza. Se han sentado con varias mantas encima para protegerse del frío.

—Stephen, tienes demencia senil —informa Viktor—. Juraría que lo sabes.

—Yo, eh... Algo se ha hablado sobre el tema, ¿no? Todavía no estoy fuera de combate. Me queda un poco de energía en la batería.

—¿Elizabeth te da esta carta todas las mañanas? —Viktor le tiende la carta que escribió. Stephen la coge y le echa un vistazo.

—Sí, conozco esta carta.

—¿Crees lo que dice?

—Sí, pienso que sí. Supongo que no me queda más remedio.

—Es una carta muy valiente —opina Viktor—. Muy sabia. Muy triste. Elizabeth dice que no estáis seguros de cómo abordar la situación. ¿Es verdad?

—¿Podrías recordarme quién eres?

—Viktor.

—Sí, sé que te llamas Viktor. En todo el camino no he parado de oír que si Viktor esto, que si Viktor lo otro. Lo que pregunto es quién eres en realidad. ¿Qué hacemos aquí?

—Fui un agente de alto rango del KGB —explica Viktor—. Ahora soy, supongo, una especie de árbitro entre delincuentes internacionales. Resuelvo disputas.

—¿Y de qué conoces a mi mujer?

—Conocí a Elizabeth cuando ella era agente del MI6, Stephen.

Stephen mira hacia el balcón. Ve a su mujer.

—Es una caja de sorpresas.

Viktor asiente.

—Toda la razón.

—¿Sabes? —dice Stephen—. Cuando era niño, había un autobús, un trolebús, en realidad. ¿Sabes lo que son?

—¿Es como un autobús?

—Como un autobús, eso es. No exactamente un autobús, pero parecido. Con tendido eléctrico. Los había por todo Birmingham, que es donde me crie. ¿A que no te imaginabas que era de Birmingham?

—No —responde Viktor—. No me lo imaginaba.

—Me lo arrancaron a palos en el internado. Había un trolebús que venía del centro de la ciudad y pasaba por el final de nuestra calle. Vivíamos en una colina muy empinada. Así te ahorrabas las caminatas. Podías pillarlo en el centro mismo de la ciudad. Pero, para ir al centro, no lo pillábamos, porque... ¿Sabes?

—Porque era cuesta abajo.

—Cuesta abajo —confirma Stephen—. Pero deja que te cuente algo, jefe. ¿Sabes cuál era el número de ese bus?

—No —responde Viktor—. Pero tú sí.

—El cuarenta y dos —dice Stephen—. Y los sábados era el cuarenta y dos a. Y los domingos no circulaba.

Viktor asiente de nuevo.

—Y lo recuerdo como si pudiera verlo. Reluce en mi cabeza. Aunque no sabía que mi mujer hubiera trabajado para el MI6. ¿He de suponer que me lo contó?

—Así es —asiente Viktor.

—¿Cómo es para Elizabeth? —pregunta Stephen—. Vivir conmigo...

—Muy difícil —dice Viktor.

—No sabía a lo que se apuntaba, ¿eh? —dice Stephen.

—No, pero sí se apuntó al amor —señala Viktor—. Y te ama con locura. En eso has tenido suerte.

—¿Suerte? Veo que a ti también te hace tilín, ¿no?

—Eso nos pasa a todos con ella.

—No creo, jefe —replica Stephen—. Que yo sepa, solo a ti y a mí.

Ambos sonríen.

—Ella confía en ti —dice Stephen.

—Así es —conviene Viktor—. Por eso voy a pedirte que me

cuentes cómo te sientes.

Stephen respira hondo.

—Viktor, dentro de mi cabeza, aunque todavía pueda explicar... Las cosas no avanzan. El mundo, eso sí sigue avanzando, lo entiendo, lo noto. No *para* de avanzar. Pero mi cerebro ha dado media vuelta. Incluso en estos momentos camino hacia atrás. Es como una bañera cuando le quitas el tapón. Círculos, círculos, círculos... Y en cada vuelta, algo nuevo, algo que no entiendo, mientras intento trepar por los costados, salir de la bañera. Y eso en los días que estoy mejor, en los días en los que todavía capto algo.

—Lo entiendo —dice Viktor—. Lo cuentas muy bien.

—El bus cuarenta y dos, Viktor, ahí es donde me he quedado. Todo lo demás son ruidos que llegan de arriba, palabras que no consigo entender.

—Stephen, estoy aquí para ayudarte, espero. Para escucharte, para ver todo el dolor que sientes. Eso es lo que Elizabeth quiere saber. Y sabe que no le dirás la verdad si te lo pregunta. Así que me ha pedido que te lo pregunte yo.

Stephen lo comprende.

—Creo que ya tengo la respuesta a la pregunta —dice Viktor—. Creo que tu cara me la dice. ¿Estás sufriendo mucho, Stephen?

Él sonríe y mira al suelo. Luego, levanta la vista y mira a Elizabeth y a Bogdan, que siguen en la terraza, antes de volverse nuevamente hacia Viktor. Se le acerca y coloca la mano sobre su rodilla en un gesto que trata de transmitir tranquilidad.

—Eso es, jefe. Sufro lo que no está escrito.

31

Joyce

Acabo de hacer una Battenberg con harina molida a la piedra. Garth tenía toda la razón. Aun así, no me ha quedado tan rica como la suya, por lo que supongo que se guarda algún truco. Si volvemos a vernos, le preguntaré cuál es.

Y lo cierto es que tengo la sensación de que volveremos a vernos, ¿no os parece?

Creo que tanto Ibrahim como yo nos dimos cuenta de que Samantha Barnes y Garth nos mentían. ¿Acerca de qué? Esa es la pregunta. Lo que es evidente es que saben más de lo que nos dicen.

En cualquier caso, ese hombre sabe hacer pasteles.

Ayer fuimos a Petworth y fue una delicia. Después de ver a Samantha y a Garth, fuimos a varias tiendas. Compré una herradura, porque pensé que a Gerry le habría parecido bien, e Ibrahim, por motivos que se me escapan, compró una placa vieja de una calle de Londres: Earls Court Road. Dijo que la compraba porque sonaba muy regia, pero a mí no me convenció del todo. Tendrá sus motivos, Ibrahim siempre los tiene. Le pregunté qué había ocurrido entre Ron y Pauline, pero me dijo que él iba a hacerme la misma pregunta, así que es posible que hayan terminado. Sería una pena. Siempre es tentador intervenir cuando ves que alguien se equivoca, ¿no?

En cuanto llegamos a casa, me pasé por el apartamento de Elizabeth para cantarle el informe completo, pero aún no había vuelto. Así pues, ese compromiso que tenía con Stephen y Bogdan no era una visita de médico, como es evidente.

¿Ver una residencia, quizá? ¿Para Stephen? La verdad es que no me apetece hablar del tema de momento. Ya se verá a su debido tiempo. La Battenberg es para ella, de todos modos, si la quiere.

Al final, decidí que no le haría los *scones* a Connie Johnson. En eso, Ron tenía toda la razón. Y, además, Ibrahim me ha dicho que Connie recibe un pedido regular de Gail's Bakery en la cárcel, así que seguramente sería superfluo. La cadena ha abierto un local en Fairhaven y, aunque prefiero la cafetería vegana que hay cerca del paseo marítimo, Donna me dijo que probara los hojaldres de salchicha de Gail's, y la verdad es que ahora soy adicta. Lo que suelo hacer es tomarme un té y una magdalena en Anything With A Pulse y, de camino a la parada del minibús, me compro un hojaldre para llevar. Luego me lo caliento en casa para comérmelo mientras veo un episodio de *Bergerac*.

Una vez, al llegar a casa, me olvidé de que lo llevaba en el bolso. Cuando volví al salón, me encontré todos los pintalabios y el monedero en el suelo, y a Alan con

cara de no haber roto un plato, pero con el hocico perdido de migas.

Todavía no he encontrado nada en internet sobre ese hombre que se instalará en la comunidad, Edwin Mayhem. Eso me lo hace todavía más misterioso y emocionante. Si no llega montado en una moto, me llevaré un buen chasco.

Mañana es sábado, que es el día de la semana en el que parece que nunca ocurre nada, ¿no? A menos que te gusten los deportes, porque en ese caso todo ocurre los sábados. Espero poder informar a Elizabeth, pero parece que tiene otras cosas en mente.

Lo cual es perfectamente comprensible, pero seguimos sin habernos acercado a descubrir al asesino o el paradero de la heroína, así que quizá ya va siendo hora de que sea yo quien tome las riendas un poquito, ¿no?

Joyce al mando de las operaciones. No sé. La verdad es que no me gusta tomar el mando. Prefiero obedecer órdenes. Aunque sí me gusta que me escuchen, así que quizá debería atreverme.

Porque si Elizabeth está ausente, ¿quién tomará el mando?

¿Ibrahim?

¿Ron?

Ahora me he hecho reír a mí misma. En fin, con tal de que no ocurra nada relevante antes de que Elizabeth vuelva a aparecer, todo irá bien. Y, como os digo, los sábados nunca ocurre nada.

Dulces sueños a todos.

32

A veces, Donna desearía estar en el Club del Crimen de los Jueves en vez de en la policía. En el club no tienen que llevar uniforme, ni cuadrarse ante bufones, ni preocuparse por la Ley de Policía y Pruebas Criminales, ¿no? Obtienen resultados, y Donna considera que, si se le permitiera incriminar con drogas a los delincuentes, apuntar con armas de fuego, fingir muertes y envenenar a sospechosos, también ella los obtendría.

Hoy es el primer día en que intenta averiguar si es así.

Estrictamente hablando, no debería hacerlo, desde luego que no. Pero la inspectora en jefe Regan le ha buscado las cosquillas. Chris está hecho de una pasta más dura, pero Donna les tiene ganas a la inspectora y a la Agencia Nacional contra el Crimen. Y quizá quiere demostrarle a Elizabeth que ella también puede saltarse algunas reglas. Así que hoy mismo se dispone a averiguar un par de cositas sobre Dominic Holt. ¿Qué mal puede haber?

Además, nunca ha ido a un partido de fútbol. Y podrá pasar un par de horas con Bogdan y decir que ha estado trabajando.

Es sábado y el palco para empresas está empezando a llenarse para el partido del mediodía. Hay un bufé y una barra en una zona climatizada y, fuera, de momento tras unas puertas correderas, veinte asientos, todos mirando al centro del campo. El césped se ve precioso, como un anfiteatro esmeralda. Una pena estropearlo con un partido de fútbol, pero eso es lo que hay.

Donna nunca ha trabajado como agente infiltrada. Aunque tampoco puede decirse que esta misión sea oficial. Chris la mataría si supiera lo que está haciendo, porque Donna ha decidido ir por libre. Él está ahora mismo en el *garden* con la madre de Donna, porque a ella le preocupa que en el apartamento de él falte oxígeno.

Donna había pensado que desentonaría en ese ambiente. Sin embargo, la gente que va llegando al palco parece tan entrañablemente peleada con las normas de protocolo —corbata,

americana, nada de vaqueros, nada de zapatillas de deporte— que todos parecen polis infiltrados. Bogdan le lleva una copa de espumoso inglés. Es de un viñedo local; hacen visitas guiadas. Bogdan toma un agua mineral sin gas porque el agua con gas echa a perder el esmalte dental.

—¿No ha llegado? —pregunta Bogdan echando un vistazo a su alrededor.

Donna niega con la cabeza. El palco es propiedad del concesionario de coches Musgrave, una empresa que, según consta por lo menos en el sistema informático del ministerio, tiene actividad real y cumple con las leyes. Por pura estadística, deben de quedar todavía algunas empresas legales repartidas por Inglaterra.

Donna se sirve un hojaldre de salchicha vegana. Dave Musgrave invita a sus amigos y a sus clientes a todos los partidos que el equipo juega de local. Toma unas copas con ellos y quizá, con suerte, cierra algún trato. A saber cuánto le cuesta todo ese tinglado, pero Donna sospecha que ha de valer la pena. No hay que vender muchos Range Rover y Aston Martin para pagar la factura de unos cuantos hojaldres de salchicha.

Ve que Dave Musgrave se acerca a ellos.

—¿Sabes darle al pico? —le pregunta a toda prisa a Bogdan.

—¿Darle al pico? Pues claro —dice él.

—¿Estás seguro? Nunca te he visto hacerlo...

—Es fácil —contesta Bogdan—. Hace mucho que vivo aquí. Basta con decir algo sobre golf.

Dave Musgrave ya está con ellos y le tiende una mano a Bogdan. Ni mira a Donna ni se da por enterado de su presencia. No pasa nada. Puestos a elegir entre hombres que no prestan atención a las mujeres y hombres que les prestan demasiada atención, Donna siempre se inclinará por lo primero. Además, ya le parece bien mantener un perfil lo más bajo posible. Le preocupa que alguien a quien haya detenido aparezca por la puerta y la reconozca. A fin de cuentas, están en un partido de fútbol.

—¿Eres Barry? —le pregunta Dave Musgrave a Bogdan.

—Soy Barry —acepta él.

—Nicko dice que eres una puta leyenda.

«Nicko» es un amigo de Bogdan. Nicholas Lethbridge-Constance. Inventó un aerogenerador portátil y se retiró a los cincuenta años para

vivir de rentas. Bogdan ha hecho algún trabajillo para él. Solo tareas de construcción, espera Donna. Nunca le ha gustado fisgonear demasiado. Nicko los puso en contacto encantado y ni siquiera se inmutó al oír el nombre inventado que Bogdan le pidió que utilizara. La verdad es que Bogdan es un muy buen albañil.

—Nicko me dijo: «Dave es un buen tipo» —responde Bogdan—. Me dijo: «Buenos coches, buenos precios, pero malo al golf».

Dave suelta una carcajada y le da una palmada en la espalda.

—¡Oh, qué bien me caes, Barry! ¡Qué bien me caes!

—Te caigo bien. ¡Y a mí me cae bien la cerveza! —dice Bogdan, devolviéndole la palmada en la espalda. Dave vuelve a soltar una carcajada.

—¡Cerveza, dice! ¡Nos ha llegado un excéntrico!

Así que Bogdan sí sabe darle al pico. ¿Por qué lo había dudado? Donna vuelve a estudiar la mesa del bufé y deja a los chicos a lo suyo. Hay una bandeja de gambas, pero Donna nunca está segura de qué partes hay que comer y qué partes hay que dejar en el plato, así que se decanta finalmente por un palito de pollo.

—¿Cómo crees que van a quedar, Bazza? —pregunta Dave a Bogdan. Ay, no. Bogdan es experto en muchas cosas, pero el fútbol no es una de ellas.

—Creo que tres a uno —responde—. La defensa del Everton es muy floja, conceden demasiados goles, están viejos. Welbeck y Mitoma son demasiado para ellos. Y si Estupiñán sale de inicio, entonces no habrá color.

Así que era *eso* lo que había estado haciendo con el móvil anoche mientras veían *La jungla de cristal*.

—Espero que aciertes, Bazza —dice Dave—. La verdad es que les tengo ganas a estos de Liverpool. Ah, hablando del rey de Roma...

Dave Musgrave se ha vuelto hacia la puerta. Donna mira en la misma dirección que él. Entra en escena Dom Holt, vestido como un figurín. Finalmente, alguien que no parece un poli infiltrado. Dave deja a Bogdan para acechar a esa presa recién llegada y más suculenta.

¿Descubrirán algo que no sepan ya? ¿Un descuido fatal de un hombre que disfruta de un partido de fútbol y se va de la lengua después de unas copas de más? ¿Alguna perla que pueda llevarle a Chris? Ojalá. De un modo u otro, Dom Holt está metido hasta el

cuello, que lleva envuelto en una bufanda de cachemira, en el asesinato de Kuldesh Sharma. Y si tiene que tragarse noventa minutos de fútbol para demostrarlo, bien habrá valido la pena. Por si acaso, lleva un libro y se pregunta si le permitirán leerlo.

Piensa en Chris, su jefe, empujando un carrito entre los arbustos del *garden*, del brazo de su madre. «Perdóname, Chris, pero a veces alguien tiene que salirse del guion, y ese alguien nunca serás tú.»

33

Chris se termina la segunda copa de espumoso inglés. Las dos copas están incluidas en el precio de la visita guiada. Si quieres más, tienes que pagarlas.

Estrictamente hablando, Chris no debería estar ahí, pero le tiene ganas a la inspectora Regan. En realidad no debería ser tan rencoroso. No debería haberse rebajado a eso, debería haber sido más fuerte, como Donna, pero el paso que ha dado le permite rencontrarse consigo mismo. Un par de copas de burbujitas, una tarde con Patrice y, en un momento dado, durante un oportuno compás de espera, podrá desaparecer unos minutos y curiosear un poco en torno a la nave de Servicios Logísticos Sussex, que se encuentra justo al otro lado del aparcamiento. Donna lo mataría si supiera que está ahí. Se supone que debería estar en el *garden*. Donna y Bogdan han ido a ver una exposición de arte en Hastings. Chris no se lo desearía a nadie.

Aunque la encargada de la cafetería de Brighton identificó a Dom Holt —al igual que el Club del Crimen de los Jueves—, su testimonio, por increíble que parezca, no tendría validez en un juicio. Y no habrá forma de conseguir una orden de registro de Servicios Logísticos Sussex ni en un millón de años, así que Chris ha pensado que tal vez debía tomar cartas en el asunto.

No es propio de él, en realidad, pero empieza a estar harto de ver cómo Elizabeth y su alegre banda de amigos toman atajos que a él le están vetados. No es justo. Chris está decidido a resolver ese caso antes que la inspectora Regan y, si es totalmente sincero consigo mismo, tampoco quiere que el Club del Crimen de los Jueves se le adelante. Le encantaría ver la cara que pone Elizabeth si es él quien encuentra la heroína y descubre al asesino de Kuldesh. Y, dondequiera que esté hoy el cuarteto de jubilados —quizá batiéndose a tiros en una galería excavada en un volcán—, Chris sabe que no los encontrará allanando la nave de Servicios Logísticos Sussex.

Dom Holt tampoco estará ahí hoy, de eso está casi seguro. El

Brighton juega contra el Everton un poco más abajo en la costa. Seguro que un hombre como Dom Holt asistirá al partido en un palco para empresas. Chris siempre ha querido ver el fútbol desde esos palcos. Alguna vez los ha observado de lejos, en el campo del Crystal Palace: bebida y comida, asientos cómodos, calefacción y hombres dándose apretones de manos. Quizá algún día. Hacer de policía debía de ser mucho más fácil en los años setenta, cuando podías aceptar sobornos sin esconderte. Cuando entró en el cuerpo, recuerda a un superior suyo que consiguió hacerse con unos asientos en el palco real de Wimbledon por el módico precio de traspapelar una prueba fundamental en un caso.

¿Quizá no haya nadie en Servicios Logísticos Sussex? ¿Quizá nadie trabaje durante el fin de semana? Chris ha oído todo tipo de historias sobre el jefe de Dom Holt, Mitch Maxwell, quien visitó al Club del Crimen de los Jueves hace unos días, pero vive en Hertfordshire y rara vez se ensucia las manos con detalles desagradables.

¿Quizá encuentre una ventana abierta? ¿Una puerta de incendios entornada? Habrá alarmas, seguro, pero Chris ha desactivado más que suficientes a lo largo de su carrera. Y si la policía recibe un aviso, Chris será el primero en personarse para investigar el allanamiento, porque lleva la radio de la emisora.

La cata de vinos ha concluido y se indica a los visitantes que, si desean ir al cuarto de baño, pueden hacerlo antes de que empiece la visita guiada por la bodega. Chris creía que iban a ver un viñedo, pero resulta que una bodega no es lo mismo que un viñedo. Cuántas cosas está aprendiendo hoy.

Mira a Patrice y señala la puerta con la cabeza. Ella le contesta con el mismo gesto. Se ha entusiasmado cuando él le ha esbozado el plan («¿Voy a hacer *tareas de vigilancia*? Por fin, una cita como es debido»).

Tras escabullirse sin que nadie los vea, saliendo a la fría intemperie, Chris le coge la mano y le da un beso.

—¿Lista para saltarse algunas leyes, señora mía?

—Por usted, caballero, siempre —dice Patrice—. Donna nos cortaría la cabeza, ¿no?

—Está en una exposición de arte en Hastings —replica Chris—. Antes se la cortará a sí misma.

34

Bogdan ha conseguido sentarse al lado de Dom Holt. Ha tenido que propinar un ligerísimo empujoncito a un crío para hacerse con la butaca, todo con tal de no decepcionar a Donna. Encaja su cuerpo fornido en un asiento que a duras penas vale para recibirlo. Se saluda con Dom Holt con una inclinación de cabeza, como unos desconocidos en un tren. Bogdan se saca una bufanda del Everton de la chaqueta y la extiende sobre sus hombros gigantescos. Consigue llamar así la atención de Dom.

—¿Del Everton? —pregunta.

—Sí, del Everton —dice Bogdan—. Creo que soy el único.

—Eso he pensado —repone Dom, tendiéndole la mano—. Ahora ya somos dos. Me llamo Dom.

Bogdan le estrecha la mano. Tiene un apretón fuerte, aunque tampoco es que eso importe. Algunas de las peores personas que ha conocido a lo largo de su vida tenían un apretón de manos irreprochablemente firme.

—Me llamo Barry. No es mi nombre auténtico. Mi nombre auténtico es polaco.

—Me parece muy bien —dice Dom—. ¿Cómo termina un polaco siendo hincha del Everton? Porque cochina suerte.

—Mi abuelo compartía celda en la cárcel con un asesino inglés. El tipo era hincha del Everton. Un día se cargó a un guardia y lo mataron a tiros, así que mi padre no volvió a verlo, pero en la familia somos todos del Everton desde entonces.

Dom asiente.

—Muy bien, Bazza. No creo que tengamos muchas opciones contra esos chicos. ¿Tú?

—No sé por qué hago esto todas las semanas —dice Bogdan—. Este deporte terminará matándome.

Bogdan intuye la presencia de Donna en la butaca que hay justo detrás de Dom Holt. Atenta a la conversación. Bogdan le ha dicho que

no hacía falta y que lo recordaría todo, pero Donna es una mujer independiente.

—¿De qué conoces a Davey Musgrave? —pregunta Dom.

—Conozco a un conocido suyo —dice Bogdan—. Le hice un favor.

—¿En qué trabajas?

—Un poco de todo.

—Otra cosa que tenemos en común —señala Dom—. Yo también hago de todo.

Empieza el partido y Bogdan se limita a hablar de lo que ocurre sobre el terreno de juego.

—Iwobi no para de tirar desmarques. ¿Por qué no lo ven?

—Toda la razón, colega. Toda la razón.

Quiere que Donna se sienta orgullosa. Las fiestas de Navidad han sido un sueño: dormir hasta tarde, ver *realities* australianos, perder partidas de juegos de mesa. Bogdan no había querido que nadie se sintiera orgulloso de él desde que su madre murió. Le gusta.

El Everton encaja un gol en el minuto diez y ambos se enfurruñan. A los veinticinco minutos de juego, llega el segundo gol del Brighton y empiezan a perder interés en el partido.

—¿Vives por aquí? —pregunta Dom.

—En Fairhaven —responde Bogdan—. Pero viajo bastante. Por todas partes. Donde hay un trabajo, ahí está Barry.

—Te he visto con muchas ganas de sentarte a mi lado. ¿Es posible? —dice Dominic Holt. Está buscando algo en su móvil y no mira a Bogdan.

—¿Cómo? —inquiere este.

—Pues que has venido a tiro hecho —responde Dom.

—Es un buen asiento —señala Bogdan—. Y llevas un abrigo estupendo.

Dom sigue mirando el móvil.

—Creo que te llamas Bogdan Jankowski.

—No voy a mentirte —dice—. Ojalá pudiera. Pronuncias muy bien el polaco.

—Y la agente Donna de Freitas está sentada justo detrás de mí. —Dominic se da la vuelta sin levantarse y tiende la mano a Donna—. Dom Holt —se presenta cuando ella se la estrecha—. Aunque ya lo sabes.

Bogdan la ha cagado.

—Bonita encerrona —señala Dom—. ¿Tú y tu novio? ¿Es el *modus operandi* habitual de la policía de Kent? ¿O vais por libre?

—Estoy viendo el partido —dice Donna—. Solo eso. No hay ninguna ley que lo prohíba.

—¿Podrías darme el nombre de algún jugador del Everton?

—Claro que no —dice Donna. Bogdan estuvo entrenándola la noche anterior, por si acaso. Aunque ¿quién tiene tiempo para algo así?—. ¿Te sabes tú el nombre de alguna de las Sugababes?

—Creo que me largo —dice Dom Holt, poniéndose de pie—. Esta os la dejo pasar. Ya veo por dónde van los tiros. Pero si vuelvo a ver que me seguís cualquiera de los dos, presentaré denuncia. ¿Qué os parece?

—¿Dónde está la heroína, Dom? —inquiere Donna en voz baja—. ¿La estás buscando? ¿O la robaste tú?

Dom también baja la voz para responder.

—No me extraña que os apartaran del caso y se lo dieran a la Agencia. Sois unos aficionados.

El Brighton marca un tercer tanto y Dom se desinfla al mismo tiempo que la hinchada estalla de alegría. Bogdan acerca la mano a la oreja de Dom.

—Donna ha sido educada. Yo conocía a Kuldesh Sharma. Si lo has matado, te mataré. ¿Entendido?

Dom Holt da un paso atrás para calar a Bogdan. El público vuelve a tomar asiento en las gradas. Mira entre Bogdan y Donna.

—Disfrutad del partido.

35

Por norma general, Anthony no hace visitas a domicilio. Pero algunas normas se han escrito para romperlas.

Elizabeth le ha servido una taza de té y se ha sentado en el sofá, desde donde observa cómo le corta el pelo a Stephen. La verdad es que tendría que haberlo hecho antes de ir a ver a Viktor, aunque el ruso no es de los que se preocupan por estas cosas.

—¿Cómo consiguió pescarte Elizabeth? —le pregunta Anthony a Stephen—. Es alucinante. Tienes a un auténtico Clooney en tus manos, Elizabeth.

—¿Clooney? —repite Stephen.

—¿Cómo es vivir con ella, Stephen?

Stephen mira a Anthony en el espejo.

—Lo siento, me tienes en una posición de inferioridad, esto...

—Me llamo Anthony —le recuerda, recortándole el pelo alrededor de las orejas—. ¿Cómo es vivir con Elizabeth?

—¿Con Elizabeth?

—A ver, a quién no le gusta una mujer fuerte, ¿no? —dice Anthony—. Pero al final siempre hay un límite para todo, ¿o no? Quiero decir, a quién no le gusta Cher, ¿no? Pero ¿te gustaría vivir con ella? Un par de semanas, a lo mejor, bailando en la cocina, pero al final necesitarías tomarte una noche libre.

Stephen sonríe y asiente.

—Sí, eso parece.

—Anthony siempre te corta el pelo, Stephen —comenta Elizabeth. El jueves, el trayecto de vuelta a casa después de la visita a Viktor fue tranquilo. Stephen durmió, y Elizabeth y Bogdan entendieron que ya no había más que hablar.

—¿De verdad? —dice Stephen—. Me suena de algo. No termino de situarte, aunque seguramente es culpa mía. A veces no estoy lúcido.

—Es por mi cara, ¿no? —responde Anthony, mientras peina el

flequillo de Stephen, buscando el ángulo de ataque perfecto—. Me fundo con la multitud. Es muy práctico si quieres que la policía no te encuentre, pero en Grindr es una pesadilla.

—Me veo muy canoso —opina Stephen mirándose en el espejo.

—Tonterías —replica Anthony—. Elizabeth está canosa. Tu color es platino brillante.

—Trabajas de maravilla, Anthony —señala ella—. ¿A que está guapísimo?

—El chico está hecho un monumento —conviene Anthony—. Mira qué pómulos. No durarías ni un segundo en el Orgullo de Brighton con esos pómulos, Stevie. Alguien te raptaría a su Airbnb y se pondría las botas contigo.

—¿Eres de Brighton?

—De Portslade —dice Anthony—. Aunque es lo mismo, ¿no?

—Entonces quizá conoces a mi amigo Kuldesh.

—Lo buscaré —asegura Anthony.

—Calvo como una bola de billar —dice Stephen, y suelta una carcajada. Anthony busca su mirada en el espejo y empieza a reírse por lo bajo.

—Entonces no me conviene, ¿no?

Stephen asiente.

—¿A qué te dedicas, Anthony?

—¿Yo? Estilista —dice él, con los dedos en las sienes de Stephen, inclinando su cabeza a un lado y a otro—. ¿Y tú?

—Bueno —contesta Stephen—. Me entretengo con cosillas. Un poco de jardinería. En el huerto.

—Mataría por tener un huerto —exclama Anthony—. Cultivo cánnabis debajo de mi cama de bronceado, pero no paso de eso. ¿El corte es para una ocasión especial? ¿Vais a bailar?

—Me ha parecido que le convenía. Nada más —contesta Elizabeth.

—Si ves a Kuldesh, dale recuerdos de mi parte —dice Stephen—. Dile que es un bandido.

—Me gustan los bandidos —comenta Anthony.

—Y a mí —asiente Stephen.

Recuerda a muy pocos de sus amigos. Sobre todo a compañeros de escuela. Elizabeth escucha las mismas anécdotas, se ríe en los mismos momentos, porque Stephen es una de esas personas que

pueden contarte la misma historia cien veces y conseguir que te rías igualmente. Las frases siempre le salen cargadas de gracia y de alegría. Ahora, casi siempre le cuesta encontrar las palabras, pero esas viejas anécdotas siguen afinadísimas, y la sonrisa en sus labios, cuando las cuenta, sigue siendo auténtica. Se acuerda de Kuldesh porque esa fue su última aventura. De picos pardos con Bogdan y Donna. Seguro que le hizo sentirse vivo.

—Antes me cortaba el pelo en Edgbaston —dice Stephen—. ¿Lo conoces?

—Nunca sé de qué sitios me hablan —contesta Anthony—. Antes pensaba que Dubái estaba en España. Cuando me enteré de lo que duraba el vuelo, no podía creérmelo.

—El barbero se llamaba Freddie. Freddie *la Rana*, lo llamaban. No sé por qué.

—¿Porque tenía la lengua larga? —aventura Anthony.

—Es muy posible —responde Stephen riéndose—. Era un buen hombre. Seguramente ya estará muerto, ¿no crees?

—¿Cuándo fue? —pregunta Anthony.

—Dios... ¿Quizá 1955? Algo así.

—Entonces seguramente ya estará muerto —dice Anthony—. ¿Quizá se ahogó en una charca?

Stephen se ríe y sus hombros se agitan debajo de la bata. Elizabeth vive por estos momentos. ¿Cuántos más le reserva el futuro? Es bonito estar sentada aquí con él. No pensar en el caso y dejar que sean los demás los que se ocupen por una vez. La droga puede esperar, dondequiera que esté. Es posible que Joyce se haya olido algo. Joyce tiene muy buen olfato para estas cosas. Tendrá que hablar con ella tarde o temprano.

Anthony está terminando y Elizabeth abre el bolso para buscar el monedero. Pesa un poco más que antes de la visita a Viktor.

—Ni se te ocurra —dice Anthony—. Los guapos no pagan.

Elizabeth sonríe a Stephen en el espejo y él le devuelve la sonrisa. El amor puede ser tan fácil a veces. Decide desconectar el móvil. Podrán aguantar sin ella por un día. Le gustaría saber cómo les ha ido a Joyce e Ibrahim con Samantha Barnes, pero prefiere dedicar toda su atención a Stephen. El trabajo no lo es todo en la vida.

Anthony echa un vistazo final a Stephen en el espejo.

—Ya está. Creo que el corte te aguantará un tiempecito.

Stephen se mira embelesado.

—¿Conoces a un tipo que se llama Freddie *la Rana*?

—¿Freddie de Edgbaston? —pregunta Anthony.

—El mismo. ¿Sigue dando la tabarra?

—Sigue en plena forma.

—Freddie *la Rana*, fresco como una rosa.

Anthony pone las manos en los hombros de Stephen y le planta un beso en la cabeza.

36

Asaltar edificios con una orden de registro puede ser muy divertido. Y hacerlo al amanecer ni te cuento. Te dan un sándwich de beicon, te lo comes en el asiento trasero de la furgona y luego detienes a un narco en calzoncillos antes de que el mundo se haya quitado las legañas. A veces, el delincuente intenta huir por la parte trasera de su casa y el premio es ver cómo un agente sofocado le hace un placaje de rugby.

Otras veces, el tipo se esconde en un loft y tienes que esperar jugando a las cartas en el rellano hasta que tiene que ir al lavabo.

Entrar en un edificio sin orden es harina de otro costal. Patrice se ha sentado en un bolardo, con una panorámica perfecta de la bodega, de Servicios Logísticos Sussex y de la entrada del polígono. Chris espera un momento, hasta que una señora mayor con un abrigo rojo desaparece de su vista. Sorprendido, descubre entonces que la ventana ya ha sido forzada. Quién sabe cuándo la habrán abierto, pero hay que ser muy valiente, o estúpido, para entrar por la fuerza en esa nave en concreto. Chris prefiere no pensar cuál de las dos opciones es la acertada. La ventana le permite acceder a un pequeño trastero lleno de productos de limpieza. Ninguna alarma, de momento.

Tras abrir muy despacio la puerta del trastero, Chris se encuentra en un almacén diáfano de grandes dimensiones repleto de cajas arrimadas a la pared opuesta. ¿Qué contendrán esas cajas? Hay tres sofás destrozados dispuestos en herradura en torno a un televisor tan viejo que ni siquiera tiene la pantalla plana. Quienquiera que use esos sofás no está ahí. Los pasos de Chris suenan en el suelo de hormigón y su aliento forma nubes de vaho en el aire frío.

En un extremo de la nave, una escalera metálica lleva a un despacho modular de madera que constituye una suerte de entrepiso. Chris ve un candado en la puerta. Por fin, un poco de seguridad.

Decide dejar las cajas para más adelante y subir al despacho. ¿Qué espera encontrar? ¿Números de teléfono? Cualquier cosa, en realidad. Cualquier cosa que Elizabeth no tenga, piensa ahora. ¿De

verdad se ha visto reducido a eso? ¿A ganarle la partida a una pensionista porque se ha sentido herido en su orgullo profesional?

¿Y si la heroína está ahí? Se convertiría en el héroe de esa historia, ¿no?

No hay nadie en la nave, pero aun así pisa con suavidad los escalones de rejilla metálica. En un rellano a media escalera ve unas colillas de tabaco y, ya en la puerta, advierte una manchita que parece de sangre seca. Piensa que es vieja; con un poco de suerte no habrá un cadáver fresco esperándolo detrás de la puerta birriosa.

Quizá tenga que forzar el candado. ¿Será el instante en que finalmente se active una alarma? De momento, no ha ocurrido nada, y le parece extraño. Palpa el candado y, al hacerlo, se abre en su mano. No han cerrado con llave.

Chris permanece quieto, al acecho, unos largos segundos. No se oye nada dentro del despacho. Desde la nave, tan solo el azotar errático, metálico, del viento invernal contra las persianas bajadas de los muelles de carga. Baja la manija de la puerta y la abre, muy suavemente, con el exterior del pie derecho.

Tampoco se activa ninguna alarma.

Tal y como deseaba, ve unos archivadores metálicos y la punta de un escritorio de madera.

Al entrar en el despacho, puede ver todo el escritorio. Y detrás, en una confortable silla de oficina dotada de un alto respaldo ergonómico, se encuentra Dom Holt.

Con un orificio de bala en la frente.

37

–Así que no puedo llamar para dar parte —dice Chris—, porque no debería estar aquí.

—Entendido —asiente Ron mientras examina junto a Joyce el cadáver de Dominic Holt. Ambos mantienen una actitud distanciada, como si quisieran parecer profesionales—. ¿Y somos los primeros a los que has llamado?

—Desde luego.

—¿Los primerísimos?

—Elizabeth no me ha cogido el teléfono —reconoce Chris.

—Me parece increíble que Patrice te hiciera las labores de vigilancia —dice Joyce, volviendo al pequeño sofá para sentarse al lado de ella.

—Me lo vendió como una cita. Y yo he accedido entusiasmada —explica Patrice.

—Supongo que habrá sido como ir a un *escape room* —comenta Joyce—. Joanna fue una vez con los compañeros de trabajo, pero le dio un ataque de pánico y tuvieron que dejarla salir. Una vez se quedó atrapada en un ascensor en Torremolinos y no lo ha superado.

—Solo iba a quedarme cinco minutos —dice Chris—. Echar un vistazo a la documentación, ver si encontraba algún número de teléfono, algún contacto.

—Eso es ilegal, Chris —replica Joyce—. ¿Has encontrado algo?

—¿Sabes? —dice él—. Después de encontrar un cadáver, no me ha parecido bien buscar nada.

—Eres un aficionado —comenta Ron—. En fin, ¿puedes explicarnos qué hacemos aquí?

—Necesito pediros un favor —declara Chris—. Necesito a alguien que diga que ha oído un disparo y me ha llamado. Así podré explicar qué hago aquí. ¿Podríais decir que estabais haciendo la visita guiada de la bodega y que salisteis un momento a tomar el aire?

—Mentir a la policía —dice Ron—. Sí, a Elizabeth se le habría

dado de maravilla.

—Y a nosotros también se nos dará bien —afirma Joyce—. Podemos valernos sin ella por una vez.

—¿Dónde se ha metido, por cierto? —inquiere Patrice.

—Normalmente es mejor no preguntarlo —dice Ron.

—¿Así que ya viene alguien? —pregunta Joyce.

—Ahora que estáis a salvo aquí, voy a llamar a la inspectora en jefe de la Agencia Nacional contra el Crimen —dice Chris—. Jill Regan. Le diré que he recibido una llamada de un vecino muy preocupado y que he encontrado el cadáver después de entrar en la nave.

—¿Cuánto crees que tardarán? —quiere saber Joyce—. ¿Más o menos?

—Están todos en Fairhaven —indica Chris—. ¿Veinticinco minutos?

Joyce se mira el reloj y luego se vuelve hacia los archivadores.

—Más que suficiente. Vamos a echar un vistazo a los documentos.

—Ahora no podemos tocarlos —replica Chris.

Joyce pone cara de fastidio y se enfunda los guantes.

—¿Qué haría Elizabeth?

—Si os permito mirar los documentos, ¿seguiréis mi plan? —pregunta Chris.

—No vas a *permitirnos* nada, Chris —afirma Joyce—. De hecho, no estás en condiciones de conceder permisos.

—Incluso hablas como Elizabeth —dice Patrice.

—Menuda tontería, cariño —replica Joyce, y ambas sueltan una risita.

—Nos encantan los planes —apunta Ron—. Hace media hora, estaba repanchigado viendo el *curling* por la tele y ahora, mírame. Nave industrial, cadáver, toda la pesca.

—Intenta parecer sofocado cuando llames a la inspectora, Chris —le aconseja Joyce—. Recuerda: acabas de encontrar un cadáver.

—No lo has encontrado después de allanar la nave y llamar a dos pensionistas para que te saquen las castañas del fuego —añade Ron.

Chris sale del despacho y, en la escalera metálica, llama a Jill Regan. Joyce prueba con el cajón superior del archivador que tiene más cerca. No cede.

—Ron, ponte unos guantes y mira si localizas unas llaves.

—¿Dónde quieres que las busque? —pregunta Ron.

—En sus bolsillos —dice Joyce, señalando el cadáver de Dom Holt—. De verdad, Ron. Utiliza la cabeza.

Él se saca a regañadientes unos guantes del bolsillo de la chaqueta.

Joyce pasa por todos los archivadores, intentando abrir los cajones. Se vuelve un momento para ver cómo Ron introduce las manos con mucho cuidado en los bolsillos de Dominic Holt.

—Puedo hacerlo yo —ofrece Patrice—. Si te da repelús...

—Qué tontería —dice Joyce—. Le encanta hacerlo. En cuanto lleguemos a casa, se pondrá a fardar delante de Ibrahim.

Ron suelta un victorioso «¡Las he encontrado a las muy cabronas!» y le tiende un gran manojo de llaves a Joyce. Luego dirige en voz baja un «Lo siento, colega» a Dominic Holt por molestarlo.

Joyce empieza a probar con una serie de llavecitas finas en el mismo instante en que Chris vuelve a entrar en el despacho.

—La unidad está en camino —informa él.

Los cajones van abriéndose de uno en uno. Joyce saca varias carpetas de los archivadores. Las deja sobre la mesa, procurando que no toquen las manchas de sangre, y empieza a repartir órdenes.

—Patrice, ¿tienes un teléfono?

—Por increíble que parezca, tengo teléfono —dice ella.

—No quiero meterte prisa, pero ¿podrías fotografiar todas las páginas que puedas? Chris, llévate a Ron a la calle. Ron, tienes que parecer más pálido, más impresionado, como un viejo indefenso.

—No estoy seguro de que me guste tu nueva personalidad —replica Ron—. ¿Puedes devolvernos a la antigua Joyce?

Ella se mueve rápido. Es como volver a ser enfermera, en una de esas noches en las que no hay un instante de tregua, pero todo tiene que salir perfecto. Cuando Patrice termina de fotografiar el contenido de cada carpeta, Joyce las devuelve a su sitio, en el mismo orden, tal y como las ha encontrado. Trabajan en equipo, bajo la mirada exánime de Dominic Holt.

Una vez vaciado y rellenado el último archivador, Joyce introduce las llaves en el bolsillo de Dom Holt, le susurra un «Gracias» y le indica a Patrice que la siga al exterior de la nave.

Antes de bajar por la escalera metálica, Joyce se da un momento

para pensar qué haría Elizabeth ahora. ¿Se le ha pasado algo por alto? ¿Algo que pueda motivar una mirada de fastidio en Elizabeth cuando regresen? Tiene un golpe de inspiración, tira de Patrice para volver a entrar en el despacho y le pide que haga fotos del cadáver desde todos los ángulos. Buena idea.

38

Garth está paseándose por el apartamento de Joyce, seguido solícitamente por Alan. Es fácil averiguar dónde vive la gente si sabes dónde mirar. Y Garth sabe dónde mirar.

De vez en cuando, Alan ladra a su nuevo amigo, y Garth le dice: «Lo has pillado», o: «Pensamos lo mismo, colega».

Esperaba que Joyce estuviera en casa, pero, dado que no está, tampoco le irá mal echar un vistazo. Huele a pastel recién hecho. Se parece mucho al olor de su Battenberg, pero sin canela.

Tiene bonita la casa, lo cual no le sorprende en lo más mínimo. Joyce es una señora aseada. A Garth le gusta cómo se viste, cómo habla y, tras curiosear un poco, también cómo vive. La abuela de Garth, la favorita de las dos, dirigía una banda de ladrones de arte en Toronto. Ese fue el origen de su interés por el negocio. Ella robaba obras de arte y amaba las obras de arte, y transmitió ambas virtudes a su nieto. Su otra abuela daba el parte del tiempo en una televisión local de Manitoba.

Todavía no ha guardado los adornos navideños. «Eso da mala suerte, Joyce.» Garth le pregunta a Alan si Joyce sabe que da mala suerte. Alan ladra. Joyce lo sabe, pero es que le gustan tanto...

Garth tiene la tentación de recoger los adornos, para proteger a Joyce de sí misma, pero no quiere que se entere de que ha estado en su casa. No quiere asustarla ni vulnerar su intimidad. Joyce tiene muchos *christmas*, muchas amistades. No le sorprende. A Garth le gustaría tener más amigos, pero nunca le ha cogido el tranquillo. Siempre estuvo yendo de un lado para otro, hasta que encontró a Samantha.

Garth abre la nevera. Leche de almendras. Joyce es una mujer que está al día.

Hace un rato ha visitado con Samantha a una mujer que se llama Connie Johnson. Vende cocaína y la conocían por su fama. Tenían una propuesta que hacerle. Al parecer, se había planteado cierta

oportunidad en el negocio de la heroína y querían preguntarle si le apetecería formar equipo con ellos. Ella pondría los contactos, ellos el dinero. Podían salir todos ganando.

Connie les ha dicho que se lo pensaría, pero Garth no se lo ha tragado. Imagina que tendrán que hacerlo solos... No puede ser muy difícil, ¿no?

Garth ha probado un montón de cosas distintas a lo largo de su vida. Estudió Bellas Artes en la universidad, una vez robó un rebaño de bisontes, tocó un poco el bajo. También cometió el atraco bancario más importante de la historia de Canadá. Aunque no en solitario; su primo Paul le echó una mano. Y su abuela blanqueó gran parte del dinero.

También se dedicó un tiempo al espionaje industrial y se coló en todo tipo de sitios sin que nadie se enterase. Como era tan alto, había aprendido desde niño a ser cuidadoso. Es grande como un oso, pero discreto como un ratón. Si Garth mueve algo, Garth lo devuelve a su sitio.

¿Qué está buscando en el apartamento de Joyce? Ni idea. ¿Qué le habría preguntado a Joyce si la hubiera encontrado ahí? Ni idea. Pero si algo lo ha mantenido con vida a lo largo de los años es la cautela, y ahora debe cerciorarse de que Joyce no pretende jugársela. Nadie ha perdido la vida por exceso de investigación.

También se ha acercado al apartamento de Elizabeth a echar un vistazo, pero ha comprobado que tenía a un peluquero en casa y que, además, tenía instalado un sistema de alarmas de seguridad como no lo ha visto en su vida, aparte de en las prisiones de máxima seguridad.

No hay nada aquí, Garth lo tiene claro. Está a punto de marcharse cuando oye al amigo de Joyce, Ibrahim, llamando a la puerta. Acto seguido empieza a conversar con Alan a través de la ranura del buzón. Garth se prepara un té sin hacer ruido mientras espera a que la conversación termine. Tarda bastante.

Cuando Ibrahim se vaya, Garth fregará y secará el servicio de té, y luego se dará un paseo por Coopers Chase. A ver qué ve.

Ese sitio tiene potencial; Garth lo huele. También encierra secretos, pero ¿sobre qué?

Además, tiene que meditar sobre Connie Johnson.

39

Tras bajar la escalera y salir al patio del polígono, Joyce y Patrice se reúnen con Chris y Ron. Chris está nervioso, aunque no haya necesidad: todo está bajo control.

Joyce se pone muy contenta cuando ve que Ron parece un anciano indefenso y aterrorizado. Piensa que a veces a Ron lo subestiman. Con todo lo que ha logrado ese hombre en su vida. Le gusta dárselas de tonto, pero dista mucho de serlo.

El primer coche patrulla pasa a toda velocidad por la entrada. «¿A qué vienen tantas prisas?», se pregunta Joyce. Al fin y al cabo, es un cadáver.

Dos agentes de paisano salen corriendo del coche. «Y dale, ¿a qué viene tanto correr?»

Chris coge a uno de los agentes del brazo.

—Es aquí dentro. Os llevo.

El otro agente se queda con Ron, Joyce y Patrice. Tiene preguntas que hacerles.

—Bien. Señoras, señor, les voy a pedir que guarden la calma. ¿Podrán?

Ron se echa a llorar y Joyce acude a consolarlo, ya que el joven agente parece incómodo.

—Tómese su tiempo y dígame qué ha ocurrido.

—Estábamos, mi amigo y yo... Se llama Ron. Yo me llamo Joyce. Estábamos haciendo la visita guiada de la bodega de Espumosos Bramber. Está justo ahí enfrente.

—Fue un regalo de mi hijo —exclama Ron—. Era un vale de descuento.

«Vale, Ron, no te pases con la actuación.» En ese instante, Joyce se da cuenta de que, como se ha convertido en Elizabeth, a Ron no le ha quedado más remedio que convertirse en ella. Seguro que habría comentado algo sobre vales de descuento. Hoy todos están dando un paso al frente. «Sigue así, Ron.»

—Nos hacía tanta ilusión —dice Joyce—. Pero llegamos tarde y nos perdimos.

Otro coche patrulla acaba de aparcar y el agente indica a sus compañeros que deben entrar en la nave.

—Acabábamos de bajarnos del coche —continúa Joyce—. Habrán pasado solo unos segundos cuando hemos oído un disparo.

—¿Está segura de que era un disparo? —pregunta el agente.

—Sí.

—Es que hay tantas cosas que pueden sonar como un disparo si no se tiene experiencia...

—Tengo algo de experiencia —replica Joyce—. Nos ha parecido que procedía del edificio que quedaba a nuestra izquierda. Era esta nave industrial, Servicios Logísticos Sussex.

—Entiendo —dice el agente—. Entonces han decidido...

—Bueno, Ron tenía el número de un agente con el que habíamos tratado antes.

—¿El inspector jefe Hudson?

—Es un buen muchacho —comenta Ron, recuperando la compostura. Está disfrutando de lo lindo.

—Y muy guapo, además —dice Joyce.

—Así que he llamado a Chris —dice Ron.

—Al inspector jefe Hudson —lo corrige Joyce.

—Y empiezo a decirle: «Colega, hemos oído un disparo». Y él: «¿Está seguro?». Y yo: «Que sí, que estoy seguro, ponte las pilas, puede que sea un loco que anda suelto»... Yo qué sé lo que le he dicho, y como es un valiente ha venido enseguida, porque quería protegernos. Los polis no son todos malos, ¿no?

El agente se dirige ahora a Patrice.

—¿Y usted, señora?

—Soy la compañera de Chris —explica ella—. Íbamos de camino al *garden* cuando nos han llamado.

—De acuerdo —dice el agente—. La inspectora tendrá que hacerles algunas preguntas más tarde.

Como si la hubiesen llamado, la inspectora en jefe Jill Regan llega en un gran Lexus con una discreta luz azul.

—Bonito carro —comenta Ron dirigiéndose a Joyce.

—Lo estás haciendo de maravilla, Ron —lo felicita ella, y se estrechan la mano.

—El cadáver está en la nave, inspectora —informa el joven agente—. Esta pareja ha oído un disparo y han llamado al inspector jefe Hudson.

Jill escruta primero a Joyce y luego a Ron.

—¿Y cómo es que tenían el número personal del inspector jefe Hudson?

Mientras Joyce busca una buena respuesta, Ron vuelve a echarse a llorar y esconde la cara en el hombro de su amiga. Joyce mira a Jill y esboza un «lo siento» con los labios. La inspectora en jefe niega con la cabeza y entra en la nave sin decir una palabra más.

—¿Cree que deberemos quedarnos mucho? —pregunta Joyce al agente.

—No, no —contesta él—. Nos pondremos en contacto con ustedes. Entiendo que tengan ganas de volver a su casa.

«Más ganas de las que crees», piensa Joyce. Tienen un montón de fotos que estudiar.

40

Ibrahim quería contarle a Elizabeth cómo había ido el encuentro con Samantha Barnes, pero ella tenía el móvil desconectado. Así que pensó que quizá estaría bien sacar a pasear a Alan, pero vio que Joyce no estaba en casa. Oyó ladrar a Alan, y charlaron un rato por la ranura del buzón. Sin embargo, como no tenía llave para abrir la puerta, ahí quedó la diversión de Ibrahim. Por lo menos Ron estaría en casa y podrían ver una película juntos. Pero no, Ron tampoco estaba. ¿Dónde diablos se habría metido? ¿Quizá había hecho las paces con Pauline?

Volviendo cabizbajo a casa, mientras pensaba en Samantha Barnes, en Garth, en cómo se les iluminaron los ojos cuando les hablaron de la heroína, Ibrahim ha recordado de pronto que tenía un nuevo amigo, y un nuevo proyecto. ¡No siempre va a necesitar al Club del Crimen de los Jueves!

Así pues, se encuentra ahora en compañía de Bob Whittaker. Están tomando un menta poleo y se divierten. Lo que están haciendo tiene un lado serio, pero tampoco está mal aprovechar para disfrutar un poco. Ibrahim está leyendo su último intercambio con Tatiana —en el que se han hecho pasar por Mervyn—, mientras Bob toma sorbitos de poleo y parece contento por pasar un rato fuera de casa.

MERVYN: Mi amor se ha abierto como los pétalos de una flor largo tiempo cerrada bajo la escarcha de la primavera, asustada de la luz del sol que le da la vida. Mi amor se ha abierto como una herida, delicada y vulnerable, que confía en la mano que la restaña. Mi amor se ha abierto como una puerta en una casa de campo, en un bosque, esperando oír tus pasos.

TATIANA: El dinero no ha llegado todavía. ¿Puedes volver a intentarlo, cariño?

MERVYN: ¿Qué es el dinero cuando nos tenemos el uno al otro? Una prímula en un prado. Una lágrima en un salto de agua.

TATIANA: El banco no ha recibido la transferencia. Tengo que comprar billetes de avión.

MERVYN: Ven volando hasta mí, Tatiana. Deja que el aliento del amor te lleve en volandas a mis brazos. Te recibiré en Gatwick. Hay un muy buen aparcamiento en la terminal norte, aunque la estructura tarifaria deja un tanto que desear.

—En eso estoy de acuerdo —dice Bob—. Quince libras y media, y solo estuve una hora.

TATIANA: Te amo, Mervyn. Necesito el dinero dentro de seis horas o se me partirá el corazón.

MERVYN: Volveré a hablar con el banco. Pero es sábado y no paran de preguntarme para qué es el dinero. Les digo que es para el amor y ellos me dicen que tienen que hacer más comprobaciones.

TATIANA: Diles que es para un coche. No les hables del amor.

MERVYN: ¿Cómo esperas que no les hable del amor, amada mía? ¿Cuando cada latido de mi corazón canta tu nombre?

TATIANA: Diles que es para un coche. Y date prisa, por favor. Necesito estar contigo.

MERVYN: ¿Puedo conseguirte el dinero en efectivo?

—¿Y esto es poner el anzuelo? —pregunta Bob.

—Desde luego que sí —dice Ibrahim—. Es idea de Donna.

TATIANA: Entonces ¿me lo envías en efectivo?

MERVYN: ¿Enviarlo? No con las huelgas de correos que tenemos últimamente. El Royal Mail lleva sufriendo años de estrecheces presupuestarias. ¿Acaso puede sorprender que sus leales trabajadores hayan decidido declararse en huelga? ¿Qué otra opción les quedaba? Es el malestar en el capitalismo tardío.

TATIANA: ¿Puedo pedirle a un amigo que recoja el dinero? ¿Un amigo de Londres?

MERVYN: ¿Un amigo? Qué idea más maravillosa. Conocer a un amigo tuyo sería un sueño. Conversaremos sobre ti hasta bien entrada la noche.

TATIANA: No podrá hablar mucho. Tiene un trabajo importante en Londres. No se lo puede molestar.

MERVYN: Como tú gustes, amor mío. Sacaré el dinero del banco en los próximos días y esperaré instrucciones. Y entonces el sueño empezará.

TATIANA: Son 2.800 libras.

MERVYN: Me sigue pareciendo muy caro para un billete de avión.

TATIANA: Hay que pagar impuestos.

MERVYN: Ah, creo que fue Franklin quien dijo que en la vida todo es incierto salvo la muerte y los impuestos. La gente suele atribuirlo erróneamente a Oscar Wilde, ¿no?

TATIANA: No hables de la muerte, mi precioso Mervyn.

MERVYN: Es un sabio consejo, Tatiana.

TATIANA: Tengo que volver al trabajo. Mi amigo se pondrá en contacto y entonces estaremos juntos para siempre. Ese es mi sueño.

MERVYN: Desde luego, algo que sí dijo Oscar Wilde fue que solo hay dos tragedias en la vida. Una es no conseguir lo que se quiere. La otra es conseguirlo.

TATIANA: Tu amigo parece muy sabio. Te mando muchos besos.

MERVYN: Y yo a ti, dulce Tatiana.

—Ahora solo queda esperar —dice Bob.

—Eso es, esperar —coincide Ibrahim.

Bob lo mira.

—Escribes maravillosamente bien —opina.

Ibrahim se encoge de hombros.

—En mi mundo, al final, terminas escuchando bastantes cosas sobre el amor. Es fácil de imitar. Se trata, en gran medida, de una renuncia voluntaria a la lógica.

Bob asiente.

—¿Y no le ves ninguna verdad?

—¿Al amor? —Ibrahim reflexiona un momento—. Bob, tú y yo estamos cortados por el mismo patrón.

—¿Y qué patrón es ese? —pregunta Bob.

—El mundo de sistemas, series, ceros y unos. Las instrucciones binarias que dan sentido a la vida. Es posible que sepamos ver las ventajas y los inconvenientes del amor, pero contemplarlo como un ente objetivo, eso es cosa de poetas.

—¿Y tú no lo eres? —pregunta Bob.

Llaman con insistencia a la puerta.

Ibrahim va a abrir y regresa en compañía de Joyce y Ron. Joyce parece eufórica.

—Nunca adivinaréis lo que nos ha pasado —dice.

Ron mira a Bob y a Ibrahim.

—Chicos, ¿os estáis trabajando a Tatiana sin mí?

—No estabas, Ron —dice Ibrahim—. He ido a buscarte.

Joyce se fija en Bob, a quien no había visto todavía.

—¡Hola, Bob *el Informático*!

—Me llamo Bob a secas —dice Bob *el Informático*.

—Pero pensaba que lo íbamos a hacer juntos... —tercia Ron.

—Bob y yo también somos amigos —dice Ibrahim—. En fin, ¿cuáles son las novedades?

—Dominic Holt está muerto —informa Ron. Ibrahim suelta un suspiro contenido.

—¡Y además en sábado! —exclama Joyce, asombrada.

—¿Dominic Holt? —repite Bob.

—Un traficante de droga —responde Joyce—. Las fotos que tengo en el teléfono móvil, ¿puedo enseñarlas en un televisor? Estoy segura de que Joanna hizo algo parecido cuando volvió de Chile.

—Claro que sí —dice Bob—. Es facilísimo. Compartes la pantalla desde el móvil. ¿Es un iPhone o un Android?

—No lo sé —contesta Joyce—. La funda es amarilla…

—Da lo mismo. Desde un iPhone, entra en «Ajustes» y luego en «Centro de control». Verás una opción que pone «Duplicar pantalla». Doy por supuesto que tienes un Apple TV. Si es así, elígelo en la lista, que debería…

—¿Podrías venir y hacerlo tú? —pide Joyce—. ¿Estás muy ocupado?

—No, seguro que puedo ayudaros, siempre que no os importe que un desconocido se os pegue.

—No eres un desconocido —replica Joyce—. Eres Bob *el Informático*.

—Vamos, Bobby —dice Ron—. Encajarás perfectamente.

—Os sigo entonces —accede Bob.

—Eso sí —advierte Joyce—, la mayoría de las fotos son solo documentos, pero ¿cómo te sentaría ver imágenes de un cadáver?

—Eh… —contesta Bob—. Para ser sincero, no lo sé. Nunca me ha pasado.

—Te acostumbrarás —dice Ibrahim, poniéndose el abrigo.

41

Empieza a nevar y Coopers Chase queda sumido en un resplandor eléctrico, plateado. Las tropas se han reunido, incluso Elizabeth ha sido convocada; ha sido preciso llamar con insistencia a su puerta y prometerle que habría fotos de la escena de un crimen. «¿No puedo tomarme ni un día libre?», ha dicho con un suspiro.

La sala de televisión casi siempre está vacía los sábados por la noche, pero en esta ocasión una mujer llamada Audrey, cuyo marido era un tendero amigo de lo ajeno, está sentada en el mismo centro de la primera fila e insiste en que quiere ver *El cantante enmascarado* en el televisor de gran pantalla. Se produce una breve e infructuosa negociación. Se pone dinero sobre la mesa. Aunque, mirando atrás, tal vez no el suficiente, teniendo en cuenta las grandes sumas que su marido desfalcó a Tesco antes de que le pidieran que cogiera la jubilación anticipada. Ibrahim trata de apelar a sus buenos sentimientos, pero no logra localizarlos. En un momento dado, Audrey amenaza con llamar a la policía, a lo que Chris responde «Yo soy la policía», lo que le vale una mirada fulminante de Audrey y el comentario: «¿En camiseta? No me lo parece».

En una mano, Audrey aferra el mando como si estuviera cogida de la mano de su madre frente a un semáforo. En la otra tiene un vodka con tónica. No está por la labor de moverse.

Se produce un nuevo retraso cuando Joyce trata de explicar el funcionamiento de *El cantante enmascarado* a una horripilada Elizabeth. Luego pierden más tiempo cuando Ibrahim quiere ver si el cantante disfrazado de cubo de basura es Elaine Paige. «Es que lo noto», dice antes de que se lo lleven a rastras.

Y así, aunque el apartamento de Joyce es muy pequeño para tantas personas, aquí es donde terminan todos reunidos. Joyce, Elizabeth, Ron, Ibrahim —que sigue murmurando cosas sobre Elaine Paige—, Chris y Patrice, Donna y Bogdan, y, todavía pasmado ante la novedad de la situación, Bob *el Informático*. Bogdan se ha pasado por

el apartamento de Ron a buscar sillas.

Alan hace la ronda, asegurándose de que recibe toda la atención que merece. Bob *el Informático* es una novedad y Alan le dedica un poco más de tiempo. Tan solo quiere comprobar que es trigo limpio.

En el televisor de Joyce aparece una fotografía de Dom Holt, mirando a la cámara, hundido en su silla con un orificio de bala en la frente.

—Me dijiste que ibais al *garden* —se queja Donna a su madre—. Y ahora esto.

—Solo hacía labores de vigilancia —dice Patrice—. Ahora no te subas por las paredes.

—Como podéis observar —tercia Joyce—, otro muerto, otro asesinato profesional. Una sola bala en el cráneo.

Bob levanta una mano dubitativa.

—Sí, Bob —dice Joyce.

—¿*Otro* muerto?

—Nuestro amigo Kuldesh fue asesinado de un disparo por unos traficantes de drogas —explica Ibrahim—. Alan, ¿haces el favor de dejar a Bob en paz? Lo mataron en un camino rural porque les robó cierta cantidad de heroína.

—¿Deseas saber algo más, Bob? —pregunta Elizabeth—. ¿O podemos seguir?

Bob mueve las manos como si quisiera decir: «Por favor, no os preocupéis por mí».

—Así pues —sigue Joyce—, ¿quién lo mató y por qué?

—Tiene que haber sido Mitch Maxwell —opina Ron—. Dom pierde la heroína, da igual cómo, y Mitch no lo tolera y le mete una bala entre ceja y ceja.

—Y me figuro que Mitch sabría dónde encontrar a Dom —dice Joyce.

—Hay un problema —interviene Chris—. Cuando me colé en...

Donna pone cara de no dar crédito.

—... la ventana de la planta baja ya había sido forzada. Mitch Maxwell podría haber entrado por la puerta.

—Quizá no quería que lo viera nadie —dice Donna—. Por cierto, si no llegas a bajar de peso, nunca podrías haber pasado por esa ventana. Ya ves lo mal que te ha ido adelgazar.

—Si se me permite aventurar una opinión —dice Joyce—.

Cuando Ibrahim y yo fuimos a Petworth a ver a Samantha Barnes... Bob, ¿has estado alguna vez en Petworth?

—Eh... No.

—Pues deberías ir. Es muy bonito, y no muy concurrido entre semana. Si vas algún día, hay una cafetería preciosa justo al lado de...

—¿Ibas a aventurar una opinión, Joyce? —le recuerda Elizabeth.

—Ah, sí —asiente ella—. Por el amor de Dios, Alan, no son los primeros zapatos que ves. Lo siento, Bob. Sí, cuando mencionamos el nombre de Dom Holt a Samantha Barnes y a su marido...

—Garth —dice Ibrahim—. Canadiense, casi seguro.

—... ambos juraron que nunca lo habían oído, pero mentían, ¿verdad, Ibrahim?

—Mentían —coincide él.

—¿Cómo está tan segura? —pregunta Donna.

—Lo estoy, no sé por qué —dice Joyce—. De la misma manera que sé que tú y Bogdan no habéis vuelto de una exposición de arte. Pero ya hablaremos de eso luego.

—¿De dónde venís? —pregunta Chris.

—Fuimos al fútbol —dice Bogdan.

—¿Al partido del Everton?

—No presté atención a los equipos —dice Donna—. Es posible.

—¿Habéis conocido a alguien interesante allí?

—Así que Mitch Maxwell por un lado y Samantha Barnes y el canadiense por el otro pueden ser los asesinos —interrumpe Elizabeth —. ¿Alguien más?

—La persona a la que Mitch Maxwell tuviera previsto venderle la droga —dice Donna—. Sería un móvil todavía más importante, ¿no os parece?

Joyce asiente.

—Por eso hicimos fotos de los documentos. ¿Crees que he hecho bien, Elizabeth?

—Has hecho bien, Joyce —responde la interpelada.

Joyce crece un par de centímetros.

—En fin... Bob, ¿podrías buscar las fotos que tomamos de los documentos? Me sabe mal, pero tendrás que pasar por bastantes primeros planos de la herida de bala.

Bob pasa las fotos a toda prisa hasta que aparece el primer documento.

—Y me apuesto a que en algún lugar de estos papeles podremos encontrar a la persona a la que iba a vendérsela —dice Elizabeth—. Gracias a Joyce.

—Yo también he ayudado —salta Ron.

—Es verdad —admite Joyce—. Lloró.

—Bravo, Ron —lo felicita Elizabeth, y Ron también crece un par de centímetros.

—¿Qué os parece si preparo un té? —sugiere Joyce—. Nos espera una noche larga.

—Deja que yo lo haga —se ofrece Ibrahim—. Aquí todo el mundo parece tener trabajo menos yo.

—Creo que estos documentos están en clave, Ibrahim —dice Elizabeth—. Nos resultarás imprescindible para descifrarlos. Yo haré el té.

Ron y Joyce intercambian una mirada. Esto sí que es una novedad.

—Aunque no sé si tendré nueve tazas —dice ella.

—No tengo por qué quedarme —propone Bob, pero el comentario es recibido con gritos de «¡Quédate! ¡Quédate!», y Alan, enroscado a sus pies, zanja la cuestión.

—Voy a buscar las tazas de Elizabeth —dice Bogdan—. Y así aprovecho para saludar a Stephen.

Elizabeth le estrecha la mano antes de ir a la cocina.

42

Bogdan no es muy amante de la nieve. Son ya muchos años de experiencia y ha llegado a la conclusión de que la nieve solo gusta a dos tipos de personas. La gente que no la sufre a menudo, como los ingleses, o la que vive cerca de las montañas. En Polonia vio muchísima nieve, pero nadie esquiaba. ¿Qué utilidad iba a encontrarle entonces?

Abre la puerta del apartamento de Elizabeth y Stephen. La luz del salón está encendida, así que entra. Stephen, de pie junto a la ventana, mira la nieve que cae en la oscuridad.

—Stephen —lo saluda Bogdan—. Soy yo.

—¿Cómo andamos, viejo? —contesta él—. Aquí pasa algo raro.

—Vale —dice Bogdan—. ¿Le apetece una taza de té? ¿Un whisky? ¿Ver la tele?

—Yo te conozco. Hemos hablado.

—Soy su amigo. Usted es mi amigo. El otro día fuimos a dar un paseo en un coche.

—Eso creía —asiente Stephen—. Si te cuento algo, ¿pensarás que me falta un tornillo?

—¿Le falta un tornillo? —Esa expresión es nueva para Bogdan.

—Faltar un tornillo... —repite Stephen repentinamente enfadado. Es la primera vez que le ocurre con Bogdan—. Estar como una cabra, chalado, por el amor de Dios.

—No le falta ningún tornillo —afirma Bogdan, pero teme haber empleado mal la expresión.

—El caso es que hay un zorro que viene a verme —cuenta Stephen.

—¿Snowy?

—Sí, Snowy. ¿Lo conoces? ¿El de las orejas raras?

—Lo conozco. Es un zorro precioso.

—Esta noche no ha venido.

—Es por la nieve. Estará abrigadito en algún lado.

—Tonterías —dice Stephen—. A los zorros no les molesta un poco de nieve. A los zorros no les molesta nada. No tienes ni idea de zorros, ¿no?

—La verdad es que no —responde Bogdan.

—Pues entonces fíate de un hombre que sí sabe. ¿Dónde está?

—Quizá no lo haya visto.

—Siempre lo veo. Pregúntale a mi mujer cuando la veas. Creo que ha salido. Siempre lo veo. Siempre nos vemos el uno al otro.

—¿Quiere que salga a buscarlo?

—Creo que deberíamos ir los dos —dice Stephen—. La verdad es que estoy preocupado. ¿Tienes una linterna?

—Sí —responde Bogdan.

—¿Y somos amigos? ¿Buenos amigos?

Bogdan asiente.

—¿He sido brusco contigo? —pregunta Stephen—. Creo que lo he sido mucho y no quería. Es que no te esperaba y no tenemos nada en casa.

Bogdan niega con la cabeza.

—No, no ha sido brusco conmigo. Vamos a vestirlo. Hace frío fuera.

—También había un tipo grandullón, con barba y sombrero, rondando por aquí —informa Stephen—. Aquí están pasando cosas muy raras.

43

Mientras revisan los documentos y dejan que Ibrahim se dedique a lo suyo, Elizabeth escucha cómo trabajan desde la cocina. Ha pensado en llamar a Kasia, una mujer con la que colaboró hace tiempo. Kasia fue posiblemente la mejor criptógrafa de la historia del MI6 y ahora trabaja para Elon Musk. Pero en cuanto ha oído que Ibrahim le explicaba a Joyce «A ver: A = 1, B = 2, y así sucesivamente», se ha dado cuenta de que tal vez no sería necesario contar con la plena dedicación de Kasia para descifrar esa clave.

«Que Dios te bendiga, Joyce.» Ha hecho un trabajo extraordinario. Elizabeth necesitará disponer de más tiempo libre en breve, así que la cosa pinta bien.

Mira las tazas de té que ha servido. Joyce tenía razón: solo había ocho tazas. Aun así, ha tenido que poner la tetera tres veces. Y luego se ha olvidado de sacar las primeras bolsas, de modo que algunos tés le han quedado más fuertes. Y después, sin querer, ha utilizado leche de almendras, porque no se le ha ocurrido pensar que esa sería la leche que Joyce tendría en la nevera. Y, por último, ha puesto el azucarero bocabajo y ha dejado el suelo perdido de azúcar. Lo ha limpiado de inmediato porque recordaba que Joyce le dijo una vez que el azúcar atraía a las hormigas. De hecho, Joyce le ha preguntado dos veces desde el salón si necesitaba ayuda y, por dos veces, Elizabeth le ha respondido, también alzando la voz, que era «perfectamente capaz de preparar una taza de té, gracias, Joyce».

Las cosas que Elizabeth sabía hacer y las que no.

Sale de la cocina con las tazas en una bandeja, esperando que nadie tuerza el gesto. Seguro que le dedicarán expresiones musitadas de ánimo, lo sabe, pero se concentrará en los ojos de Joyce, porque su mirada nunca miente.

Ibrahim les ha proporcionado un nombre, extraído de esos documentos codificados chapuceramente.

—Luca Buttaci, Elizabeth —dice Joyce—. Si es así como se

pronuncia.

—Yo lo pronuncio Buttaci —afirma Ron.

—Eso no ayuda, Ron —replica Joyce.

—Lo estoy buscando en Google —dice Bob—. Para sentirme útil. Pero no sale nada. O nada relacionado con drogas. Varios alcaldes italianos y empresas de jardinería, y un niño que va a la escuela en el suroeste de Londres, pero no veo antecedentes penales ni detenciones, nada que tenga que ver con la delincuencia.

—Será un alias, entonces —sugiere Joyce.

—Será un alias —conviene Elizabeth. Ay, Dios, ¿ahora es ella la que repite lo que dice Joyce? ¡Basta! Es hora de volver a tomar el mando. Da una palmada—. Vale, ese Luca Buttaci pasa a ser un nuevo sospechoso del asesinato de Kuldesh, y del asesinato de Dominic Holt.

—¿Y ahora qué? —pregunta Donna, mirando a los demás—. Me descubrieron en el fútbol, y Chris ha encontrado un cadáver. Me parece que saltarnos las leyes no se nos da tan bien como a ustedes.

—Muy poca gente puede jactarse de eso —responde Elizabeth—. Lo que necesitamos es celebrar una cumbre.

—¡Oh, una cumbre, Alan! —exclama Joyce.

Elizabeth ve que Joyce todavía no ha probado el té.

—Tenemos que reunirlos a todos en una habitación y conseguir que descubran sus cartas —explica—. De momento, la sensación es que todo el mundo nos miente. Mitch Maxwell nos miente, Samantha Barnes y su marido nos mienten. Chris y Donna, la Agencia Nacional contra el Crimen os está mintiendo. Dom Holt nos mentía y, a tenor de la bala en la cabeza, ¿quizá estaba mintiendo a alguien más?

—Eso es lo que te pasa si me destrozas el Daihatsu —dice Ron.

—Un té delicioso, Elizabeth —comenta Joyce.

—No mientas tú también, Joyce, por el amor de Dios —replica Elizabeth—. En fin, encontremos a Luca Buttaci. Ibrahim, supongo que tu contacto podría ayudarnos, ¿no?

—¿Te refieres a Bob? —pregunta Ibrahim.

—Connie Johnson —dice Elizabeth—, pero ha sido una respuesta conmovedora. Pregúntale dónde podemos encontrar a Buttaci y, entonces, lo invitaremos con Mitch, Samantha y Garth a venir a comer el domingo que viene. Así veremos a qué atenernos.

—El mejor té que he tomado en siglos —dice Ron mirándola con la taza alzada, lo que le provoca una sorprendente emoción.

—Me gusta mucho cuando nos reunimos todos —dice Joyce.

—Y Joyce —añade Elizabeth—, me gustaría localizar el almacén de Kuldesh antes de la cumbre. ¿Es posible? ¿Para el lunes, quizá?

—Por fin has vuelto, ¿no? —replica ella—. Es un bonito cambio.

Joyce no ha querido ser desagradable, Elizabeth lo sabe. Sencillamente, ha detectado que algo va mal y está preocupada. Nunca ha sabido cómo reaccionar cuando la gente se preocupa por ella.

La cumbre es una buena idea. Les dará a todos algo en lo que trabajar. Y, cuando todo haya terminado, Elizabeth podrá concentrarse en el asunto que tiene entre manos.

Y ahora que lo piensa, Elizabeth empieza a preguntarse dónde está Bogdan. Si hubiera algún problema, la habría llamado, lo sabe. ¿Quizá está echando una partida de ajedrez con Stephen? Pensarlo la consuela un poco. Pero no le parece probable. ¿Quizá están conversando en el salón? Desde hace unas semanas, Stephen no siempre recuerda quién es Bogdan, pero le gusta la tranquilidad que transmite. El otro día se durmió apoyando la cabeza en su hombro y Bogdan se perdió una sesión de pesas porque se negó a molestarlo.

44

Ambos caminan pesadamente sobre el manto de nieve recién caída, siluetas en un mundo en blanco y negro, bajo una brumosa luz de sodio. Nieve bajo los pies, nieve sobre las cabezas. Stephen lleva un largo abrigo que Bogdan ha encontrado al fondo de su armario, un gorro de lana, dos bufandas y unas botas de montaña. Bogdan, por su parte, en una muestra de debilidad impropia en él, lleva una camiseta de manga larga.

Los caminos están resbaladizos, así que Bogdan lleva a Stephen de la mano. La luz de su linterna salta sobre el césped blanco, buscando a Snowy. Buscando el rumor de una cola, el brillo de unos ojos, las puntas de sus orejas.

Stephen se detiene y mira a la derecha. Deben de encontrarse a unos cuarenta metros del apartamento. Frente al parterre hay un pequeño montículo, un bulto en realidad, nada importante. Pero Stephen se suelta de la mano de Bogdan y trepa por la cuesta a echar un vistazo. Bogdan enfoca la linterna para iluminar el suelo que pisa Stephen. Este se arrodilla y pone la mano sobre el bulto. Bogdan lo alcanza y ve lo que está viendo. El zorro yace en la nieve, silencioso y sin vida. Las puntas blancas de sus orejas cubiertas por el blanco manto de nieve.

Stephen mira a Bogdan y asiente.

—Muerto. Supongo que el corazón le dijo basta. Parece tranquilo.

—Pobre Snowy —dice Bogdan, y se arrodilla junto a Stephen, que está pasando la mano sobre el pelaje del zorro para quitarle los copos recién caídos.

Stephen se vuelve y mira la ventana de su apartamento.

—Supongo que venía a verme. A despedirse de mí, pero no consiguió llegar.

—No siempre tenemos la posibilidad de despedirnos —señala Bogdan.

—No —conviene Stephen—. Poder hacerlo es cuestión de suerte.

Lo siento, Snowy, viejo amigo.

Bogdan asiente mientras acaricia el pelo del zorro.

—¿Está triste?

Stephen está jugando con la oreja de Snowy.

—Nos mirábamos cada uno desde su lado de la ventana y ambos sabíamos que no nos quedaba mucho en este mundo. Eso fue lo que nos unió. No estoy bien, ¿lo sabías?

—Está usted bien —dice Bogdan—. ¿Elizabeth se pondrá triste?

—¿Puedes recordarme quién es?

—Su esposa, si se pondrá triste.

—Imagino que sí —afirma Stephen—. ¿La conoces? ¿Es de las que se ponen tristes?

—La verdad es que no —responde Bogdan—. Pero esto sí que la entristecerá, creo.

Stephen se incorpora y se sacude la nieve de las rodillas de los pantalones.

—¿Qué te parece? ¿Un funeral con todos los honores militares?

Bogdan asiente de nuevo.

Stephen comprueba la dureza del suelo con la punta de la bota.

—¿Se te da bien cavar? Viéndote, diría que sí.

—He cavado unos cuantos agujeros, sí —contesta Bogdan.

—Este suelo se pone imposible en invierno —dice Stephen—. Es como intentar romper el asfalto.

—¿Dónde lo dejamos hasta mañana?

—Aquí estará bien. Los depredadores no salen con este tiempo. Pero gíralo para que mire hacia mi ventana. Así sabré que puede verme.

Bogdan mueve con dulzura el cuerpo de Snowy. Deja su cabeza apoyada en las patas delanteras, mirando hacia el apartamento.

Stephen se agacha y le da unas palmadas en la cabeza.

—Ya estás a salvo, colega. Pronto olvidarás el frío. Ya no tendrás que dormir con un ojo abierto. Me ha encantado conocerte.

Bogdan apoya la mano en el hombro de Stephen y se lo aprieta suavemente.

45

Chris y Donna habían preguntado si podían charlar con Jason. Lo habían pedido con mucha educación, porque era de rigor hacerlo, y a Ron no le había parecido que la idea fuera pésima. Ron se lo pidió a Jason y, como este no vio inconveniente, ahí están ahora, reunidos a primera hora de un lunes.

A Ron le encanta ir a la casa de su hijo. El sótano entero es una sala de estar. Tiene una mesa de billar, una gramola, una barra, sus cosas para entrenar. Ron se siente orgulloso.

Jason ganó un buen dinero con el boxeo, y no fue estúpido. No lo despilfarró como algunos de sus compañeros. Aun así, durante unos años Ron vio que su hijo empezaba a pasar estrecheces. No tenía trabajo, ya no entraba un sueldo en casa. Pero no se rindió y se labró una maravillosa carrera en los *realities* de la tele, consiguió algunos trabajos de comentarista, y el dinero comenzó a llegar de nuevo. Jason era un currante y nada hacía sentir más orgulloso a su padre que eso. Además, parece que ahora está sentando la cabeza.

Ron está en un sofá negro azabache con Chris y Donna. Justo en este instante, están viendo cómo Jason boxea contra un rival imaginario sobre una alfombra situada en medio de la sala. Les ha pedido que guarden silencio un par de minutos, así que eso es lo que están haciendo. Ron no soporta estar callado. Jason va comentando los movimientos mientras boxea.

—Jason Ritchie con el *jab*, tratando de poner nervioso a Tony Weir, pero no consigue conectar. Tony Weir, el hombre resiliente, cuarenta y cinco años, ha aparecido de la nada para disputar el Campeonato del Mundo de los Pesos Medios. Y menuda guerra está dando. Weir lanza un derechazo tremendo. Jason Ritchie lo esquiva. Qué gran combate entre estos dos púgiles extraordinarios. Y suena la campana...

Jason para de boxear, se echa una toalla a los hombros y se inclina sobre un portátil que tiene en la barra. Mira directamente a la

cámara.

—Hola, Tony. Soy Jason Ritchie, colega. Feliz cumpleaños, grandullón. Un gran combate. Tu esposa, Gabby, me ha dicho que cumples hoy cuarenta y cinco primaveras y que te quiere con locura. Así que sigue esquivando golpes, hermano, y cuando te noqueen vuelve a levantarte. Gabby y los niños, Noah y Saskia, querían que te felicitara, así que te deseo un día maravilloso, no te pases con la tarta y mañana vuelve al gimnasio. Te deseo un día tan formidable como tu gancho de derecha. Paz y amor de Jason.

Jason le regala su característico guiño insolente y, tras hacer clic en el ordenador para detener la grabación, se vuelve hacia sus invitados.

—¿Quién es Tony Weir? —pregunta Ron.

—Un pobre diablo —responde Jason—. Yo qué sé.

—Es bonito que le felicites el cumpleaños —dice Ron—. Bonito detalle. Buen muchacho.

Este último comentario va dirigido a Chris y a Donna. Ron sabe que Jason tiene contactos que no siempre son de fiar, pero, aun así, quiere recordarles a Chris y a Donna que es un buen chico. Un buen chico con cincuenta tacos a sus espaldas.

—Me pagan, papá —explica Jason—. La empresa se llama Cameo. Pagas porque un famoso te envíe un mensaje personalizado. «Feliz cumpleaños, como te llames, feliz boda...» Hace poco hice uno para alguien que se había divorciado.

—¿Te pagan? —pregunta Chris.

—Cuarenta y nueve libras por mensaje —confirma Jason—. Todos los famosos lo hacen. Y, si quiero, puedo hacerlo en calzoncillos.

—Pues por mí no te cortes —tercia Donna.

Ron mueve la cabeza en un gesto de perplejidad.

—¿Y cuántos te piden?

—Unos diez al día —dice Jason—. Por ahí andará la cosa. El boxeo tiene muchos seguidores.

—¿Te sacas quinientas libras al día por decir «Sigue esquivando los golpes» y guiñar el ojo? —pregunta Donna.

—Antes me pagaban por recibir puñetazos en la cabeza. Creo que me lo he ganado.

—¿David Attenborough también hace vídeos de esos? —pregunta

Ron.

—No creo, papá. No. Seguramente tiene más dinero que yo.

—Parece que te va bien —dice Chris, mirando la barra y la mesa de billar en el sótano de la casa—. Por cierto, hay un par de cosas en las que tal vez puedas echarnos una mano.

—Estos dos no paran de decirme que no eres trigo limpio, Jase —comenta Ron—, sin pruebas que lo respalden.

—No decimos que no sea trigo limpio —repone Donna—. Solo decimos que casi todos sus conocidos no lo son.

—Las cosas se ponen emocionantes de vez en cuando —reconoce Jason—. ¿Qué buscáis?

—¿Has oído que se comente algo sobre heroína? —pregunta Ron —. ¿Últimamente?

—¿Por qué?

—Se ha perdido un alijo importante. Y podría llevarnos a la persona que asesinó a un amigo nuestro. ¿Conoces a un tipo que se llama Dom Holt?

—¿De Liverpool? —dice Jason—. ¿Ese al que le volaron la cabeza después del partido del Everton?

—El mismo —confirma Donna.

—Algo habré oído —admite Jason.

Karen, la compañera de Jason, saca la cabeza por detrás de la puerta.

—Voy a comprar remolacha y papaya. Hola, Ron. Hola a todos. ¿Necesitamos algo más?

—Hola, cariño —responde Ron. Chris y Donna levantan la mano para saludarla.

—Me terminé la quinoa —dice Jason.

—No pasa nada, precioso. Vuelvo dentro de veinte minutos. Te quiero.

—Yo a ti, nena —replica Jason cuando Karen se marcha.

—¿Se ha mudado a vivir contigo? —pregunta Ron.

—Eso parece —dice Jason.

—Me alegro —asiente Ron. Luego, volviéndose de nuevo hacia Chris y Donna, añade—: Buen chico. Es un buen chico.

—Estábamos hablando de la heroína, si no me equivoco —interviene Chris—. ¿Qué sabes?

—Hay una banda que domina el cotarro —cuenta Jason—. La

principal ruta de entrada. El tipo se llama Maxwell. Corrió la voz de que tenía problemas y eso hizo que los tiburones olieran sangre.

—¿Qué tiburones? —quiere saber Chris.

—Tu amiga, para empezar, papá —dice Jason—. Connie Johnson. Ha estado husmeando.

—¿Cómo se enteró Connie Johnson de que Maxwell tenía problemas? —pregunta Donna.

—Hay un viejo que va a verla a la cárcel —continúa Jason—. Estuvo con ella hace unas semanas y, después de que se marchara, la tipa ordenó zafarrancho de combate. La costa sur al completo ha enloquecido. Nadie sabe quién es el tipo, así que no me preguntéis.

—Sabemos quién es —replica Chris.

—Ibrahim —aclara Ron.

—Dios, papá —exclama Jason, soltando una carcajada—. Quién iba a ser si no. Ahora resulta que tú y tus compis os dedicáis a provocar guerras entre narcos. La verdad es que me gustabas más cuando te dedicabas a enviar quejas al ayuntamiento por los contenedores.

—Tendrían que recoger una vez a la semana, Jase. Pago mis impuestos municipales.

—Cuando dices «zafarrancho de combate» —insiste Chris—, ¿a qué te refieres concretamente?

—Pues que empezó a moverse —responde Jason—. Habló con la gente de Maxwell, les preguntó si querían abandonar el barco e irse con ella.

—¿Controlar la distribución de heroína además de la de cocaína?

—Bueno, Amazon no solo vende libros, ¿no?

—¿Y habló con Dom Holt? —quiere saber Donna.

—Ni idea. Todo esto son habladurías de pub.

—¿Luca Buttaci? —pregunta Chris—. ¿Ha hablado con él?

—No sé quién es. Creo que ya he aportado mi granito de arena. Siempre me olvido de que sois policías.

—Yo también lo olvido —dice Chris—. Y la culpa es de tu padre.

—Si Connie quisiera liquidar a alguien —añade Donna—, ¿crees que podría ordenarlo desde su celda?

—Chupado —asegura Jason—. La cosa más fácil del mundo.

Esta última respuesta los deja a todos pensativos. Ibrahim se encuentra reunido con Connie en ese mismo instante. Pero Ron tiene

otra cosa en mente.

—¿Puedo hacerte una pregunta yo también?

—Claro, papá —dice Jason.

Ron se inclina hacia delante.

—¿Cuándo abriste los regalos de Navidad con Karen?

—Justo después de desayunar —contesta Jason—. ¿Cuándo vas a abrirlos si no?

—Joder, es que lo sabía —exclama Ron.

Mira a Chris y luego a Donna. Se siente reivindicado. Chris espera un momento antes de retomar el tema anterior.

—¿Y a quién recurriría Connie, Jason? —inquiere—. Si quisiera cargarse a alguien...

—Buena pregunta —dice él, que ha vuelto a ponerse de pie y se prepara para grabar otro vídeo—. Ibrahim no ha sido su única visita misteriosa en estas dos últimas semanas. Una mujer de unos cuarenta y tantos años. O quizá treinta y muchos. Nadie sabe quién es, pero parece peligrosa. Y lo dicen los presos...

—¿No tiene nombre? —pregunta Chris.

—Nada —dice Jason—. Empezó a aparecer hace un par de semanas, así, de pronto. Poco después del asesinato que investigáis, ¿no?

46

Ibrahim creía que los lunes en la cárcel serían un poco distintos, pero parecen idénticos al resto de los días de la semana. Supone que esa es la idea en la que se basa una cárcel.

Aunque es psiquiatra, y tiene un deber profesional, hoy Ibrahim necesita algo de Connie. Elizabeth le ha encargado una misión y se esforzará en cumplirla.

Connie está repantigada en la silla. Lleva un reloj nuevo, lujoso.

—Me preguntaba si has oído hablar de un tal Luca Buttaci —plantea Ibrahim.

Ella medita la pregunta mientras rompe una barrita de KitKat y la moja en su café expreso con una capa de espuma de leche.

—Ibrahim, ¿piensas a veces que no eres muy buen psiquiatra?

—Creo, objetivamente, que tengo tablas —dice él—. ¿Si dudo a veces de mí mismo? Sí. ¿Creo que he ayudado a mucha gente? También. ¿Te he ayudado a ti?

Connie está concentrada ahora en la segunda barrita del KitKat. Cuando la arranca, la utiliza para señalar a Ibrahim.

—Deja que te cuente una historia —dice.

—¿Puedo tomar notas?

—¿La policía las verá algún día?

—No.

—Entonces, puedes tomar notas —responde Connie, y ataca el relato—. Hoy, una chica me ha empujado para colarse en la cantina...

—Ay, Dios —murmura Ibrahim.

—Mmm... Ay, Dios, en efecto. Supongo que no sabía quién era yo. A veces, las más jóvenes no lo saben. En cualquier caso, se ha colado a codazos, así que le doy un toque en el hombro y le digo: «Lo siento en el alma, pero me parece que me has quitado el sitio».

—¿Palabras textuales?

—No —replica Connie—. Así que la tipa se vuelve y me dice: «Lo siento, pero yo no hago la cola. Si tienes algún problema con eso,

entonces lo tienes también conmigo». No son palabras textuales. Y entonces me ha empujado.

—Ay, Dios —vuelve a soltar Ibrahim—. ¿Y tiene nombre esa joven?

Connie piensa un momento.

—Stacey, creo que la han llamado los enfermeros. Así que se ha hecho el silencio, claro que sí. Todo el mundo nos miraba. Y entonces se le nota a la chica que se da cuenta de que quizá se ha equivocado al empujarme…

—¿Por qué crees que se ha dado cuenta?

—Uno de los guardias ha venido a poner paz y, cuando lo he echado, el tipo ha bajado la cabeza y le ha dicho con los labios que lo sentía. Creo que ha sido entonces cuando la tipa se ha coscado del asunto. Así que le suelto un puñetazo y cae como un saco de patatas.

—Vale —dice Ibrahim—. ¿Tiene alguna moraleja esta historia? Porque no me gusta.

—La moraleja es lo que ha pasado justo después —explica Connie—. La veo tumbada en el linóleo, empiezo a arremangarme para demostrarle por qué se ha equivocado y, entonces, oigo tu voz en mi cabeza.

—Madre mía —exclama Ibrahim—. ¿Qué te decía?

—Me pedías que hiciera una cuenta atrás desde cinco. Me preguntabas si sentía que controlaba la situación. Si me sentía en paz conmigo misma. Me preguntabas quién manda aquí, tú o tu rabia. ¿Cuál sería la manera racional de abordar la situación creada?

—Entiendo —asiente Ibrahim—. ¿Y qué respuesta encontraste?

—No le veía el sentido a hincarle las rodillas en el pecho y seguir machacándola. Como si con un puñetazo hubiera tenido bastante y ya le hubiera dicho lo que tenía que decirle. Cualquier otro golpe solo habría servido para alimentar mi ego.

—Y tú no eres tu ego —comenta Ibrahim—. O no solo tu ego, por lo menos.

—Y esa chica… —añade Connie—. Tengo que reconocérselo: hay que tenerlos bien puestos para saltarte la cola en la cárcel, así que algo debe de tener. Lo he visto claro después de enseñarle la lección. Así que he pasado por encima de ella, he recogido mi comida y he continuado a lo mío. Y me he sentido orgullosa de mí misma y he pensado: «Estoy segura de que Ibrahim también estará orgulloso».

—¿Y la chica? —pregunta él—. ¿Cómo se encuentra ahora?

Connie se encoge de hombros.

—Eso da igual. Bueno, ¿estás orgulloso de mí?

—Hasta cierto punto, sí —asiente Ibrahim—. En cierta medida vas mejorando, ¿no crees?

—Sabía que lo estarías —dice Connie, radiante de alegría.

—Me pregunto si un día podrías llegar a replantearte el primer puñetazo.

—Se coló, Ibrahim.

—Lo sé —dice él—. Y, sin pensarlo, sin dudar, tu reacción ha sido una demostración de violencia fulminante.

—Gracias. He sido bastante rápida. Ahora deja que te baje los humos, porque creo que querías preguntarme por Luca Buttaci, ¿verdad?

—Bueno...

—Aquí estoy. El pájaro con el ala rota, pagándote para que me cures, para que me apartes de la senda de la violencia y del ego, para encontrar cierto sentido a una vida vivida en el caos... Son todo palabras tuyas, por cierto.

—Lo sé —acepta Ibrahim, afectado.

—Pero en cada sesión vuelves a arrastrarme a ese mundo. «¿Cómo matarías a alguien, Connie?» «¿Podrías hacerme el favor de robar algo de una celda, Connie?» Y ahora: «¿Conoces a uno de los distribuidores de heroína más importantes de la costa sur?».

—Sé que no es muy ortodoxo, lo reconozco —dice Ibrahim—. Y lo siento.

Connie ignora el comentario.

—No me preocupa. Si no, no aguantaría tus aires de superioridad. Solo quiero que te mires en el espejo de vez en cuando. Vienes aquí y le preguntas a una paciente vulnerable por un delincuente de la peor calaña, y no pasa nada. Yo te cuento cómo le di un solo golpe a una tipa, en vez de machacarla con trece o catorce puñetazos, y, si te soy franca, Ibrahim, no me ha parecido que estuvieras *muy* contento.

—Asumo mis defectos —repone él—. Y si no me ha contentado en grado suficiente que le dieras un puñetazo tan fuerte a una mujer que terminó necesitando atención médica, entonces te pido disculpas.

—Gracias —dice Connie—. Sí, conozco a Luca Buttaci. Sé quién

es.

—¿Y tendrías manera de ponerte en contacto con él?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Queremos invitarlo a comer.

—Creo que solo come lo que caza.

—Será una parrillada, un domingo —explica Ibrahim—. La hacen muy bien. Tendrías que venir, si algún día te sueltan. Y si prometes no matar a Ron. ¿Crees que podrías conseguirme el número de Luca Buttaci?

—¿Me recuerdas por qué esto es terapia? ¿Te acuerdas de que soy yo la que te paga?

—La terapia siempre es un baile. Debemos movernos al ritmo de la música.

—No paras de decir chorradas —replica ella—. Es una suerte que me caigas bien. No puedo darte su número, pero puedo pasar el recado. Su cuñado trabaja aquí.

—¿Es funcionario de prisiones?

—Ya... Tan limpitos que parecen todos por aquí, ¿no?

Ibrahim echa un vistazo a sus notas. Es hora de cambiar de tema.

—Elizabeth se preguntaba si tal vez tenías una opinión sobre el asesinato del sábado.

Connie rompe la tercera barrita del KitKat. Es impropio de ella. Suele comerse dos por sesión y las dos restantes se las lleva a la celda. El trabajo de Ibrahim consiste en percatarse de ese tipo de detalles.

—¿Quién ha sido asesinado? —inquiere Connie.

—Dominic Holt. Uno de los hombres de los que nos hablaste. ¿Te está gustando ese KitKat?

—¿Eh? Supongo que a todo cerdo le llega su San Martín.

El móvil de Ibrahim suelta un pitido. Lo habitual es que confisquen los teléfonos a todos los visitantes de la prisión de Darwell, pero si mencionas a Connie te dejan conservarlo. Consulta el mensaje. Es Donna.

—¿Tienes otra visitante habitual? —pregunta Ibrahim.

—Tengo varias —responde Connie—. Una masajista deportiva, una señora que me lee el tarot, una profesora de español.

—Una mujer de unos cuarenta y pocos años —comenta Ibrahim —. Empezó a aparecer hace unas semanas...

Connie se encoge de hombros.

—Hay una florista que viene de vez en cuando. Las celdas pueden ser muy monótonas.

—No creo que sea florista.

—Entonces es un misterio. En fin, ¿necesitas algo más de mí o podemos seguir con un poco de terapia de verdad?

—¿Me lo estás contando todo, Connie? —pregunta Ibrahim—. ¿Todo lo que sabes?

—Tú eres el experto —responde ella—. Dímelo tú.

47

JOYCE

Al final encontramos el almacén de Kuldesh sin tener que esforzarnos demasiado. Eso sí, no os hagáis ilusiones.

Elizabeth quería encontrarlo antes de la «cumbre». También quiere hacerle una visita a la inspectora en jefe Regan. No sé por qué se le ha metido entre ceja y ceja, pero tengo ganas de averiguarlo.

Digo que lo encontramos porque lo hicimos entre las dos. Elizabeth tuvo la brillante idea de presentarse en el ayuntamiento de Fairhaven haciéndose pasar por la viuda de Kuldesh.

Les hizo sudar la gota gorda. Una viuda inconsolable que había perdido el número del almacén. Lleno de fotos y recuerdos familiares. Tardó unos cinco minutos, y se metió de lleno en el papel. A cada rato, la funcionaria municipal —se llamaba Lesley— asentía con gesto compasivo. Elizabeth cerró la actuación con un broche de oro, invocando la caridad de Lesley, del ayuntamiento de Fairhaven y de los mismos dioses.

En ese instante, Lesley asintió con gesto compasivo por última vez y le dijo que la ley de protección de datos no les permitía comunicarle dónde se encontraba el almacén.

Yo le había dicho a Elizabeth que eso sería lo que iba a pasar. Cuando íbamos de camino en el minibús, le dije: «Estás perdiendo el tiempo, no sacarás nada del ayuntamiento». Ella me respondió: «Bueno, conseguí sonsacarle secretos nucleares al KGB, así que supongo que podré arreglármelas con el ayuntamiento de Fairhaven». Yo sabía que no llevaba razón y fue agradable ver que no me equivocaba. Incluso le dediqué mi clásica mirada de «Ya te lo dije», que siempre la saca de quicio.

Fue entonces cuando Elizabeth echó mano de uno de mis trucos habituales y se deshizo en un mar de lágrimas. Más convincente que de costumbre, lo reconozco, aunque podría haberle dicho que tampoco serviría de nada. La funcionaria municipal Lesley se mantuvo en sus trece. En cierto momento, le dijo a Elizabeth que tal vez le iría bien tomarse un vaso de agua, pero esa fue la única flaqueza que demostró.

De ahí que no me quedara más remedio que intervenir.

Mientras Elizabeth sollozaba hundida en su silla de plástico, le comenté a Lesley que, como Kuldesh había muerto y sus cuentas estaban bloqueadas, seguramente no había pagado el alquiler del mes corriente. Eso sí que despertó su interés. Si hay algo que guste más a los funcionarios municipales que la Ley de Protección de Datos, es el dinero.

Le dije que pagaría gustosamente lo que se debía. Que creía, de hecho, que era mi obligación hacerlo. Unos minutos después tenía una factura impresa en la mano: 37,60 libras por el alquiler del almacén municipal número 1772, Pevensey Road, Fairhaven.

Le dije a Lesley que abonaría el alquiler enseguida, le di las gracias por ser tan diligente y me llevé a Elizabeth a través de una puerta doble, de vuelta a la libertad.

Elizabeth se mostró elogiosa y quedamos en que, en lo sucesivo, ella se ocuparía del KGB y yo de los ayuntamientos. Cada cual tiene sus especialidades. Por ejemplo, le pregunté cómo íbamos a abrir el almacén sin tener la llave y ella se rio.

Le propuse que llamásemos a Nina Mishra si finalmente nos decidíamos a husmear en el almacén. Si no encontrábamos la heroína, tal vez daríamos con alguna pista que nos condujera hasta ella, y Nina quizá tendría más claro qué debíamos buscar. Elizabeth me acusó de «estar coladita» por Nina, lo cual seguramente es verdad. Me gustan las mujeres fuertes. No las que hacen culturismo, desde luego, ya sabéis a qué me refiero. En cualquier caso, Nina accedió a venir a vernos después de sus clases matinales.

Bajamos a Pevensey Road, que está justo detrás del paseo marítimo. Le pregunté a Elizabeth si creía que Donna y Bogdan nos invitarían a su boda si finalmente se casaban, y ella me respondió: «¿Puedes concentrarte en la heroína, aunque sea un par de segundos?».

Había dos filas de almacenes, enfrentadas. Puertas de color verde brillante, con avisos de seguridad pegados. Vimos dos o tres almacenes abiertos, de los que procedían ruidos de martillazos y de sierras. Enfilamos entre las puertas, apartándonos de vez en cuando para ceder el paso a las gaviotas, hasta que encontramos el número 1772.

Elizabeth sacó algo de su bolso, no vi exactamente qué, pero era una fina pieza de metal. La metió en la cerradura y le dio un golpe fuerte con la palma de la mano. Acto seguido, tiró de la puerta hacia arriba y el almacén quedó abierto.

No sé muy bien qué esperaba encontrar dentro. ¿Quizá un tesoro escondido? Como en los dibujos animados de Disney: oro, joyas y doblones. Pero el caso es que solo había cajas de cartón arrimadas a las paredes, cada una con un número escrito a mano. Estábamos abriendo las primeras cuando Nina llegó en un taxi y se reunió con nosotras.

Llevaba un pasador muy bonito en el pelo.

Por supuesto, no encontramos la heroína. Si la hubiéramos encontrado, ya os lo habría dicho, lo prometo. Si tuviera cien mil libras en heroína sobre la mesa del comedor, no os hablaría de pasadores de pelo y culturistas.

Había todo tipo de cosas en las cajas. Relojes viejos, joyas, incluso un par de litografías de Picasso. Elizabeth le preguntó a Nina si conocía a alguien a quien pudiéramos donar alguno de esos objetos, pero nos dijo que creía que casi todo era robado y que el primer paso era ir a la comisaría más cercana. Yo le contesté que iríamos al día siguiente. A continuación, Elizabeth preguntó si las dos litografías de Picasso eran valiosas, pero Nina examinó una y dijo que eran unas falsificaciones bastante obvias, y que podíamos quedarnos con ellas, cosa que hicimos. La mía es un dibujo de una paloma y la tengo sobre la repisa de la chimenea. Hay un señor en

Haywards Heath que pone marcos muy bonitos, así que se la llevaré la próxima vez que vaya. Diré que es auténtica, por supuesto. ¿Quizá es así como la gente consigue falsificar cosas sin que les pase nada? A todo el mundo le conviene fingir que la obra es auténtica.

Por cierto, antes tal vez he dado la impresión de que, pese a que me gustan las mujeres fuertes, no me gustan las culturistas. No quería decir eso en absoluto. El culturismo no es lo mío, pero entiendo que la gente le vea la gracia. Es una diversión sana, que a fin de cuentas es la segunda mejor diversión que existe.

En fin, tal vez penséis que la tarde fue un fracaso, pero nada más lejos de la verdad. Elizabeth dice que el almacén es nuestro as en la manga. Solo tendremos que insinuar que existe durante la comida del domingo y tenerlo vigilado en adelante. Seguro que podrán localizarlo y querrán echarle un vistazo.

Y, desde luego, si uno de ellos no se acerca a husmear, podremos concluir que ya tiene la heroína.

Eso es lo que piensa Elizabeth, y le ha pedido a Nina que asista a la comida para que la ayude a dejar caer la pista. Nina parecía aterrorizada y entusiasmada a partes iguales. Lo cual, supongo, es como me he sentido yo sin cesar desde que conocí a Elizabeth.

Así que mañana iremos a ver a la inspectora en jefe Regan. Cuanta más información recabemos antes de la comida del domingo, más contenta estará Elizabeth. Porque hoy por hoy no parece muy contenta, la verdad. Hoy tuvimos un funeral y fue muy especial. Me extenderé sobre ello cuando haya terminado de entender lo que pienso al respecto.

Le pregunté a Elizabeth si mañana teníamos una cita concertada con la inspectora en jefe Regan, y ella me dijo que por supuesto que no, y que no me preocupara por ello. También le recordé que el minibús no pasa los martes, pero dice que Ron nos llevará en su coche, porque tiene la impresión de que lo hemos marginado y su Daihatsu ya ha vuelto del taller mecánico.

Intuyo que esta es la gran semana en la que descubriremos quién asesinó a Kuldesh y que quizá incluso encontraremos la heroína. Me parece que Elizabeth está empezando a encajar todas las piezas del rompecabezas. ¿Quizá ya sabe algo?

Alan está de mal humor porque he estado todo el día fuera. A un perro no le puedes hablar de alijos de heroína y de asesinatos. Bueno, quizá a un perro policía sí. Está de morros en el cuarto de invitados, suspirando cada dos por tres para que sepa que está ahí. De todos modos, sé que no aguantará mucho rato así. Voy a llamarlo.

Y aquí viene, moviendo la cola. Todo perdonado.

48

–¿La inspectora en jefe Regan, por favor? —dice Elizabeth a la sargento encargada de la recepción de la comisaría de Fairhaven.

—¿Quién digo que la reclama? —pregunta la agente, una mujer de unos cincuenta y pocos años.

—Dígale que somos Elizabeth y Joyce —responde Elizabeth—. Se trata del asesinato de Dominic Holt.

—¿Van a confesar? —pregunta la sargento mientras marca el número del despacho en la planta de arriba—. Elizabeth y Joyce quieren hablar con la inspectora en jefe Regan. Información sobre Dominic Holt.

Tras una breve espera, la sargento asiente y dice:

—Gracias, Jim.

»Siento decirles que ha salido —informa a continuación volviéndose hacia ellas—. ¿Serían tan amables de facilitarnos un número de teléfono?

—¿Ha salido? —pregunta Elizabeth.

—Me temo que sí —dice la sargento—. Esa confesión tendrá que esperar.

—Es muy raro, ¿no crees, Joyce? —Elizabeth señala a su amiga —. Le presento a Joyce.

—Sí que es raro —dice esta última—. La vimos llegar a las… —Joyce abre un cuaderno—. A las 10.23, y hemos estado vigilando la entrada desde entonces y no ha salido.

—Tenemos coches —replica la sargento—. Y no deberían espiar comisarías.

—Descuide, estábamos en un espacio público —dice Elizabeth—. En un banquito del parque.

—He traído un termo —dice Joyce.

—Y desde entonces solo han salido dos coches de la comisaría, y la inspectora en jefe no estaba en ninguno de los dos —añade Elizabeth—. Son las… ¿Tienes hora, Joyce?

—Las 11.04.

—Son las 11.04 y...

—Ahora son las 11.05 —se corrige Joyce.

—Y hemos pensado que le habríamos dado tiempo de sobra a la inspectora para aclimatarse y distribuir las órdenes de la mañana. Ahora estará tomándose un café mientras lee sus e-mails.

—Así que hemos pensado: ¿qué mejor momento que este? —agrega Joyce.

—¿Qué mejor momento que este? —repite Elizabeth—. Así pues, ¿podría hacernos el favor de volver a llamar y cerciorarse de que no ha habido ningún malentendido? Nos gustaría mucho hablar con ella. El minibús vuelve a Coopers Chase a las tres de la tarde y tenemos otras cosas que hacer hoy.

La sargento se pone de pie y apoya las manos sobre el mostrador.

—Señoras, les agradezco el buen rato, pero la inspectora en jefe Regan no se encuentra en la comisaría. Este edificio tiene más de una salida...

—Sí, Ron estaba junto a la puerta trasera —dice Elizabeth—. La directora no ha salido.

—Y yo les digo que sí ha salido —insiste la sargento—. Si tienen la bondad de darme un número de teléfono, me aseguraré de que le pasen el recado. Además, les ruego encarecidamente que en adelante no pongan bajo vigilancia una comisaría, a menos que deseen que las detengan.

Elizabeth saca su móvil y hace una foto a la sargento.

—La fotografía se ha tomado a las 11.07 —dice Joyce.

—Si me hace otra foto —advierte la sargento mirando a Elizabeth a los ojos—, queda detenida.

Elizabeth mira a su amiga levantando una ceja. Joyce consulta el reloj, piensa un instante y luego, casi de forma imperceptible, asiente con la cabeza.

Elizabeth hace otra foto.

49

Sayed mira las montañas que se extienden abajo. Todo lo que crece en el valle es suyo, todo lo que crece en las laderas del norte también lo es. Las laderas del sur están en Pakistán. Sayed ignora quién las controla, pero nunca le han dado problemas. No se puede pedir más. Ya tiene bastantes problemas últimamente.

No ha recibido noticias de Hanif desde el miércoles. Estaba en Moldavia, haciendo preguntas, y le dijo que iría a Inglaterra, así que seguro que ha averiguado algo. Sayed no estará satisfecho hasta que el tema quede aclarado. Desde luego que no. De hecho, ni siquiera tendría que estar montado en ese helicóptero. Podría estar llamando a la mala suerte, y bastaría una bala perdida para derribarlo. Pero la alternativa era un viaje de seis horas en jeep y a caballo.

Nunca se ha encontrado en una situación semejante y necesita zanjarlo cuanto antes. Le dará una semana más de margen a Hanif. Sabe que ya estará sobre la pista del envío. Tampoco es que Hanif pueda coger el teléfono por las buenas y charlar un rato.

Hanif hablará con Mitch Maxwell, y este lo hará con Luca Buttaci. De entrada, con cortesía; luego, con menos cortesía si no obtiene lo que quiere. A Sayed no le gustan las mentiras ni las estafas. Ese camino lleva a la muerte.

Hanif también recibirá su castigo, desde luego, si entre los tres no consiguen encontrarla. Por lo menos así estará motivado.

Desde la puerta abierta del helicóptero, Sayed ve los campos donde la adormidera pronto florecerá y eso le alegra un poco. Porque todo el mundo sabe que unos campos de rojas adormideras en plena floración solo pueden significar una cosa.

Ganancias.

50

La inspectora en jefe Regan las ha recibido con olímpica frialdad.

—Y usted —dice señalando a Joyce—. Usted estuvo en la nave donde asesinaron a Dominic Holt.

—Así es —responde ella—. Qué alegría me ha dado. La gente suele olvidarse de mi cara. O no recuerda de qué me conoce. A veces, cuando trabajaba en Sainsbury, volvía algún paciente al cabo de los años y me decía...

—Por favor —la interrumpe Jill—. Ahórrese eso. Se supone que estoy dirigiendo una investigación por homicidio.

—Y no muy bien —replica Elizabeth—, si me permite decírselo...

—No se lo permito —dice Jill—. ¿Alguna de ustedes ha atrapado a un asesino?

—Sí —dice Elizabeth.

—A más de uno —remacha Joyce.

—Tienen cinco minutos —dice Jill—. ¿Qué información pueden ofrecerme? No me hagan perder el tiempo.

—¿Podría preguntarle antes qué están haciendo ustedes aquí? —inquiere Elizabeth.

—¿Tener una reunión con las Chicas de Oro? —contesta Jill—. Ni idea.

—No. Sabe perfectamente a qué me refiero. ¿Por qué han llamado a la Agencia Nacional contra el Crimen para investigar el asesinato de Kuldesh Sharma?

—¿A santo de qué iba a ser eso asunto suyo?

—Somos contribuyentes —dice Elizabeth—, pero también personas interesadas.

—¿Conoce al inspector jefe Hudson? —pregunta Jill dirigiéndose a Joyce.

—Sí —responde la interpelada—. Y también a su novia, Patrice, ¿la conoce?

—Ha sido él quien les ha pedido que vengan a verme, ¿no?

Elizabeth se ríe.

—Madre del amor hermoso, no. Imagino que se quedaría horrorizado si se entera de que hemos venido.

—Pues ya somos dos —dice Jill.

—Permita que le explique mi hipótesis, por lo menos —pide Elizabeth—. Creo que Kuldesh Sharma no les interesa particularmente, ni a usted ni a la Agencia Nacional contra el Crimen. Creo que su interés es profesional y se centra en la heroína.

—No todo son novelitas de intriga y de misterio —repone Jill—. Esto no es Netflix.

—Oh, he tenido una vida que haría sonrojar de vergüenza a Netflix —comenta Elizabeth—. Creo que la heroína formaba parte de una importante operación de la Agencia. Planeaban rastrearla y permitir su entrada en el país para luego lanzarse sobre los implicados y detenerlos a todos. ¿Me equivoco?

—Si no tienen nada más que decirme, voy a volver a mi escritorio.

—Pero la heroína ha desaparecido —continúa Elizabeth—. Una heroína que ustedes dejaron entrar en el país. A la que abrieron las puertas en Newhaven. Así que su operación ha sido un fracaso y el prestigio de la Agencia está en tela de juicio. Y, siendo sinceros, no es la primera vez. Es más, un inocente ha sido asesinado. Bueno, lo de inocente lo digo entre comillas, pero en cualquier caso era amigo nuestro. Estoy dispuesta a aceptar que nunca habían oído hablar de Kuldesh Sharma y que ignoraban que se vería implicado en el asunto. Así pues, aunque esté convencida de que desean resolver su asesinato, creo que, ante todo, su objetivo es encontrar la heroína.

—De acuerdo —dice Jill—. Se ha agotado el tiempo, creo...

—Y luego Dom Holt también es asesinado —continúa Elizabeth—. Me pregunto si quizá era su infiltrado. ¿Es posible que alguien lo descubriera?

—¿Quién es usted? —inquiere Jill.

—Por fin una pregunta inteligente —indica Elizabeth—. Soy alguien que puede ayudarla.

—¿Cómo?

—Podríamos ayudarla a encontrar la heroína. ¿No te parece, Joyce?

—Lo hemos hecho antes con unos diamantes —confirma ella.

—Si conocen el paradero de la heroína y no me...

Elizabeth hace callar a Jill.

—No la tenemos, inspectora Regan. Claro que no. Pero apostaría a que estamos mucho más cerca que ustedes. Y, porque quiero averiguar quién asesinó a nuestro amigo, lo que de verdad me gustaría saber a través de usted es lo siguiente: ¿quién es el infiltrado? ¿A quién protegen dentro de la operación? ¿Era Dom Holt?

—No protejo a nadie —dice Jill.

—Mmm. ¿Así que planearon la operación sin contar con nadie que les ayudara desde dentro? Es posible. Lo hicimos en Budapest en 1968, pero no me lo trago, lo siento.

—¿Qué pasó en Buda...?

—En fin, Joyce va a darle cuatro nombres —la interrumpe Elizabeth—. Uno de ellos trabaja, o trabajaba, para ustedes, y su reacción nos permitirá deducir cuál de ellos es. Lo único que necesitamos es un mínimo temblor facial.

—Basta —concluye Jill—. Esto es un circo.

—Mitch Maxwell —dice Joyce.

Jill se pone de pie para marcharse.

—Lo siento, señoras.

—Luca Buttaci —dice Joyce.

—¿Es así como se pronuncia, Jill? —pregunta Elizabeth.

—Samantha Barnes —dice Joyce.

—Voy a llamar a uno de los agentes para que las eche de aquí —las amenaza Jill.

—Dominic Holt —dice Joyce.

Jill se detiene junto a la puerta.

—Si vuelvo a verlas, a cualquiera de las dos, más les vale que hayan encontrado mi heroína.

—*La* heroína —replica Elizabeth en el instante en que Jill se marcha dando un portazo—. Es buena —comenta a continuación volviéndose hacia Joyce.

—Ni se ha inmutado —dice esta.

—De lo que se deducen dos posibilidades: o bien es una psicópata...

—Oh...

—Cosa que no creo —añade Elizabeth—. Se ha vuelto a pintar los labios antes de bajar a vernos. Quería causar una buena impresión.

—Me parece que las psicópatas también se ponen pintalabios.

—La otra posibilidad, Joyce, es que no se haya inmutado porque nadie de la banda trabaja para la Agencia.

—¿Y entonces por qué han venido a investigar?

—¿Quizá porque alguien de la Agencia trabaja para la banda?

51

El restaurante de Coopers Chase ha sido escenario de numerosos acontecimientos en los últimos años. Ha visto morir a un exjuez del Tribunal Supremo mientras esperaba una tarta *banoffee*. Ha visto una bronca tan tremenda que una mujer de ochenta y nueve años terminó divorciándose de su marido tras sesenta y ocho de matrimonio. E incluso ha visto una pedida de mano pública, que fue recibida con todo boato en su momento, y luego quedó discretamente olvidada cuando se descubrió que el protagonista ya estaba casado. Ha visto celebraciones, velatorios, nuevos amores, exhibición de hijos, nietos y biznietos, e incluso el cumpleaños de una centenaria, que terminó con una llamada a la policía como consecuencia de un incidente en el que estuvo implicado un *stripper*.

Pero nunca había visto una reunión como la que en esos momentos congrega a las personas reunidas en torno a una mesa privada en el salón acristalado. Dos de los traficantes de drogas más prolíficos del país, una anticuaria multimillonaria y su gigantesco marido canadiense, una profesora de Arqueología de la Universidad de Kent, un culturista polaco con todo el cuerpo tatuado y, a la cabecera de la mesa, los orgullosos anfitriones de la velada, una enfermera jubilada, una espía jubilada, un sindicalista jubilado y un psiquiatra que todavía ejerce esporádicamente.

El tema de conversación es dónde podrían encontrar entre todos un alijo de heroína desaparecido. Ya se han hecho las presentaciones. La conversación se interrumpe a veces, cuando llegan los camareros con la comida, y se acuerda que en esos momentos todos fingirán que son un comité organizador que prepara una fiesta de beneficencia para el verano.

—Cada cual tiene sus motivos para estar aquí —comenta Elizabeth—. Mitch, a ti te han robado la heroína y tu número dos ha sido asesinado. Aunque, por supuesto, cabe la posibilidad de que lo liquidaras tú mismo...

—No lo hice —dice Mitch Maxwell.

—Alguien tuvo que ser —replica Luca Buttaci.

—Bueno, por eso estamos aquí —dice Ibrahim—. Para hablar con franqueza de estas cuestiones.

—Luca —prosigue Elizabeth—, también has sufrido pérdidas económicas, aunque, una vez más, podríamos considerarte sospechoso tanto de la desaparición de la heroína como de la muerte por arma de fuego de...

—Y un castillo hinchable para los niños —dice Joyce cuando tres jóvenes camareras llegan con los entrantes—. Sería una muy buena decisión contratarlo. Podríamos cobrar cincuenta céntimos por entrada.

—Dos libras la entrada —propone Samantha Barnes.

—Una y media —replica Mitch Maxwell—. En serio, *¿dos libras?*

—No le hables así a mi mujer —dice Garth, dando las gracias a la camarera con una inclinación de cabeza.

—Es fundamental no permitir que los niños entren con zapatos en el castillo —agrega Ibrahim—. Aun contando con un seguro, debemos...

—Y la muerte por arma de fuego de Dom Holt —continúa Elizabeth en cuanto la última de las camareras se marcha.

—Yo no he disparado a nadie nunca —dice Luca.

—Eso es una triple negación —señala Ibrahim—. Tal vez sería mejor...

Ron pone una mano sobre el brazo de este.

—Ahora no, colega. Es un traficante de heroína.

Ibrahim asiente y ataca su mozzarella de búfala.

—Samantha y Garth —dice Elizabeth—. Os hemos convocado por distintos motivos. En primer lugar, por vuestra experiencia en la materia. Luego, porque mentisteis a Joyce e Ibrahim cuando dijisteis que el nombre de Dominic Holt os era desconocido.

—Conque mentimos, ¿eh? —replica Samantha—. ¿Quién lo dice?

—Lo dicen Joyce e Ibrahim, y con eso tengo más que suficiente.

—Lo siento, pero era evidente que mentíais —insiste Joyce—. Ojalá hubiera pedido las gambas. Las tuyas tienen muy buena pinta.

—Y lo más importante, Samantha. Tienes un código 777 para ocultar tu número, lo cual es del todo infrecuente, así que sospechamos que Kuldesh te llamó la tarde antes de que fuera

asesinado.

—Apostaría a que Mitch y Luca también tienen uno —responde Samantha.

Los dos hombres niegan con la cabeza.

—Nosotros simplemente tiramos los teléfonos —dice Mitch.

—Por eso hemos querido que vinieras, Samantha —explica Elizabeth—. Aunque me pregunto por qué has aceptado la invitación. ¿Qué esperas sacar de esta pequeña reunión?

—Muy buena pregunta. ¿Estamos siendo todos sinceros?

—Todo lo que cabría esperar en una mesa de mentirosos y estafadores —responde Elizabeth.

—Hay cien mil libras en heroína perdidas por ahí y apuesto... —dice Samantha—. Creo que podríamos poner unos tenderetes para vender confituras y *chutneys*.

—E incluso organizar un concurso para ver quién los hace más ricos —propone Joyce—. Y que un famoso del condado fuera el juez. Conocemos a Mike Waghorn, el presentador de las noticias.

La camarera se marcha después de dejar una nueva jarra de agua en la mesa.

—Y estoy segura de que alguno de los presentes va a encontrar la heroína —dice Samantha—. Garth y yo queríamos sentarnos a esta mesa y escucharlos para ver si podíamos pescar cualquier pista que nos lleve a ella.

—Y luego quedárnosla —aclara Garth—. Solo para divertirnos un poco. Tampoco es que sea un dineral para nosotros. Pero supongo que somos las personas más inteligentes de esta mesa, así que creo que tenemos las de ganar.

—Una vez me hicieron un test de inteligencia —interviene Ibrahim—, cuando iba a la escuela, y saqué...

Ron vuelve a ponerle la mano en el brazo.

—Dejemos que crea que es el más inteligente, Ib. Nos beneficia.

—Pero es que lo soy —asegura Garth.

Ibrahim quiere replicar, pero Ron le dirige una mirada fulminante.

—Nina ha venido porque, que sepamos, es la última persona que habló con Kuldesh y, en consecuencia, figura en la lista de sospechosos. Podemos demostrarlo. Lo siento mucho, querida.

—Al contrario —repone Nina—. No me gusta que no me dejen

sentarme a la mesa de los mayores.

—Y Bogdan está aquí por si acaso alguno de vosotros intenta matarnos —dice Elizabeth—. Es verdad que tengo un arma, pero sois muchos, así que más vale prevenir.

—Además, tenía hambre —señala Bogdan—. Y conocía a Kuldesh.

—¿Y ustedes cuatro? —pregunta Samantha Barnes—. ¿Por qué están aquí? ¿Qué les motiva?

—Lo que nos motiva —contesta Elizabeth— es que alguien asesinó al amigo de mi marido, y apostaría un buen dinero a que se trata de uno de los presentes en esta mesa.

—Así que, básicamente, hemos venido a escucharos —añade Joyce—. A disfrutar de una buena comida y ver si alguien se delata.

—Algo que podría ocurrirle hasta a la persona más brillante —comenta Ibrahim, sin mirar a nadie en particular.

—Si encontráis la heroína —dice Elizabeth—, es toda vuestra. A nosotros nos trae sin cuidado. Así pues, ¿empezamos por el principio? ¿Ibrahim?

El interpelado saca una carpeta.

—Señor Maxwell, empezaremos por usted. ¿La heroína de dónde procede? ¿De Afganistán?

—Y una carpa para vender cervezas —dice Ron—. Cerveza de proximidad, si nos hacen un descuento.

Los segundos han llegado a la mesa.

52

Hanif se hospeda en un hotel llamado Claridge's, situado en pleno centro de Londres. Tiene una habitación en el ático, la única de toda la planta. Tiene un mayordomo privado, una piscina y un piano de cola. Hanif no sabe nadar ni tocar el piano, pero son cosas que quedan fenomenal en Instagram.

Es su hotel favorito por muchísimos motivos. La ubicación es inmejorable, cerca de las tiendas de Bond Street y Savile Row, y las galerías de arte de Cork Street. El bar y el restaurante son Londres en estado puro, ambiente relajado pero elegante, con unos precios exorbitantemente caros. Con todo, lo mejor es la discreción absoluta del personal. Hanif, que es una persona olvidadiza en el mejor de los casos, se dejó un revólver y ochenta mil libras en efectivo sobre la cama cuando bajó a desayunar, y al volver a la habitación descubrió que la camarera lo había guardado todo en un cajón de la mesilla de noche. En los establecimientos de las grandes cadenas hoteleras no puedes esperar ese tipo de trato.

Ha contactado con Mitch Maxwell y le ha dado un ultimátum. Debe encontrar el envío antes de final de mes o, de lo contrario, será ejecutado. Y se ha cerciorado de que se le traslade el mismo mensaje a Luca Buttaci. Habría tenido que imponer un plazo más breve, pero le apetece disfrutar de un par de semanas en Londres; no ha vuelto a la ciudad desde sus estudios universitarios y, además, tiene muchas ganas de ir al concierto de Coldplay en Wembley. Si liquida a Mitch y a Luca, tendrá que largarse de inmediato, y a esos dos tampoco les vendrá mal disponer de un poco más de tiempo. Hanif nunca ha coincidido con Luca Buttaci, pero a Mitch sí que lo vio una vez en el palco de la FIFA en la Copa del Mundo de Qatar y se llevaron estupendamente. Mitch le ha asegurado que todo está bajo control, así que Hanif es optimista y confía en que no tendrá que cargárselo.

Toda esta historia del envío fue idea de Hanif, y Sayed está muy descontento con cómo están saliendo las cosas. Si no localizan el

envío, a Hanif no le quedará más remedio que matar a Mitch y a Luca, por supuesto, pero eso no le garantiza que a su regreso a Afganistán Sayed no le dispense el mismo trato. Aunque esas son las normas del juego y por eso le pagan. Esa tarde bajará a que le den un masaje e intentará olvidarse de todo durante una horita.

Esa noche se celebra una fiesta en Mayfair. Una velada dominical. El anfitrión es uno de sus amigos de Eton. Se alegró mucho cuando vio en Instagram que Hanif estaba en Londres, aunque, eso sí, le sorprendió un poco verlo tocando el piano.

Será agradable rencontrarse con algunos de sus viejos amigos, saber de sus andanzas, mentir sobre las suyas, ver si a alguien le apetece darse un chapuzón.

Rota los hombros. Tiene una contractura de la que no consigue librarse. Espera que la masajista sepa hacer milagros.

De verdad quiere que el plan salga bien. No le apetece en absoluto matar a nadie. Y desde luego no quiere que lo maten a él. Tiene hasta final de mes.

En resumidas cuentas, sería una noticia muy bienvenida que alguien pudiera dar de una vez con esa caja.

Sería muy agradable poder disfrutar del concierto de Coldplay sin tener que enterrar antes ningún cadáver.

53

Han analizado y desmenuzado el caso durante los segundos y los postres. Mientras les servían los cafés, hubo debate sobre si debían encargar una carpa o confiar en el tiempo que hace en agosto en Inglaterra.

—No supe quién era Kuldesh hasta que apareció muerto —explica Mitch Maxwell.

—Lo mismo digo —afirma Luca Buttaci—. Era un don nadie con una tienda.

—Pero tenéis rivales, ¿no? —responde Ron—. Es imposible que seáis los únicos que venden heroína en la costa sur...

—¿La verdad? —dice Mitch—. Si alguien se pusiera de pronto a vender heroína por aquí, nos enteraríamos. Pregunte a su amiga Connie Johnson a ver qué le dice.

—No es mi amiga —replica Ron.

—¿Y sigues negando que Kuldesh se puso en contacto contigo, Samantha? —pregunta Joyce—. ¿O con Garth?

—Ojalá lo hubiera hecho —contesta ella—. Habría sido dinerito fácil. Y no lo habría matado.

—¿Garth?

—Yo creo que sí que me lo habría cargado. Para no dejar cabos sueltos. Pero no lo hice.

—Se me ocurre algo —dice Samantha—. Quizá les sirva...

—Adelante —pide Elizabeth.

—¿Cómo era la caja en la que escondieron la heroína? —pregunta Samantha—. No creo que la droga durase mucho ahí dentro, así que seguramente estará en algún lado. Quizá la caja termine apareciendo en la tienda de alguien... Y ese alguien sería el asesino que buscan, ¿no?

—Eso es mucho suponer —comenta Nina.

Mitch se ríe.

—Y que lo digas. Os la enseñaré. Un momento. No creo que a

nadie se le ocurra venderla en una tienda de antigüedades.

Ibrahim toma las riendas.

—Todavía no hemos abordado el asesinato de Dominic Holt. El quién y el porqué.

Mitch ha revisado la galería de imágenes de su móvil hasta encontrar la foto que buscaba. Desliza el teléfono sobre la mesa para pasárselo a Samantha. Ella se quita las gafas y acerca la cara a la pantalla.

—¿De verdad metiste cien mil libras en heroína en ese adefesio? Qué falta de clase.

Se lo pasa a Garth, que tuerce el morro.

—Quizá para una tienda de trastos de segunda mano. Pero es buena idea, nena. Estaremos atentos por si aparece. —Le devuelve el móvil a Mitch.

—Lo que está claro es que no estaba en su almacén —afirma Nina. La frase se la ha dictado previamente Elizabeth.

—¿En su qué? —dice Mitch.

—Así llamaba a la trastienda del local —se apresura a decir Elizabeth—. Lo hemos puesto patas arriba.

—La gente no llama «almacén» a eso —replica Luca—. ¿Nos estás diciendo que Kuldesh tenía un almacén?

—Lo siento —dice Nina a Elizabeth. Una vez más, a la perfección.

—De acuerdo —acepta Elizabeth—. Es verdad, Kuldesh tenía un almacén municipal. Y no, no voy a deciros dónde está.

Garth levanta la mano.

—No, Garth. Ni que me amenaces de muerte.

Nadie parece satisfecho con la situación. Lo cual es perfecto.

—Aun así —prosigue Elizabeth—, me gustaría encontrar esa heroína antes de que lo haga la inspectora Ronson.

—Regan —la corrige Luca.

—Lo siento —repone Elizabeth—. Huelga decir que, si todos decimos la verdad, no habrá problemas. Porque compartimos el mismo objetivo. Podemos sumar fuerzas para encontrar la heroína y la persona, o personas, responsables de los asesinatos.

—Pero si hay alguien que no es sincero… —empieza a decir Ibrahim.

—Entonces, tarde o temprano, habrá un baño de sangre… —sigue diciendo Ron—. Y quizá paseos en burro. ¿Todavía se puede montar

en burro o ya lo han prohibido?

Las camareras han llegado para recoger las tazas de café y la comida toca a su fin.

Y se marchan todos, cada uno maquinando sus planes y estrategias. Elizabeth apostaría un montón de dinero a que eso es lo que están haciendo. Cuando Nina Mishra se pone de pie para salir, pregunta:

—¿Y ahora qué?

—Ahora se trata de ver quién sobrevive a esta semana —dice Elizabeth.

54

JOYCE

Ayer tuvimos una comida con unos personajes muy poco recomendables y resultó muy divertido. Reservamos un salón privado, y a más de uno le dio un ataque de tortícolis por querer enterarse de lo que hacíamos. Oí que alguien susurraba «¿Quién se habrá creído esta que es?» cuando fui al cuarto de baño.

Vinieron Mitch Maxwell, el traficante de heroína, y Luca Buttaci, también traficante de heroína, que suena a italiano pero no lo es. También estaban Samantha y Garth, a quienes conocimos en Petworth. Samantha me dio un besito en la mejilla, pero Garth se limitó a preguntarme dónde estaba Alan y a decirme «No era eso lo que esperaba» cuando le contesté que estaba echándose la siesta junto a uno de mis radiadores. Nina Mishra también asistió y se quedó embobada al ver Coopers Chase. Tuvimos un día soleado de invierno, y he de reconocer que todo estaba precioso. Nina ya está planeando instalarse aquí dentro de treinta y cinco años.

No averiguamos nada, pero no averiguar nada era precisamente lo que nos proponíamos con la comida. Elizabeth solo quería reunirlos a todos y sacudir el árbol.

«Deja que se ahorque solo» era la expresión que solíamos usar para esos casos, pero Elizabeth lo expresó con un «Vamos a ver quién mata a quién».

Me pareció que todos conocían una parte de la historia pero que nadie la conocía entera. Supongo que eso es lo que Elizabeth esperaba.

Así que ahora toca esperar. Dejar que se despedacen los unos a los otros y ver qué secretos se les caen de los bolsillos mientras lo hacen.

Luego, Elizabeth me explicó que estaría fuera de circulación un par de días. Ilocalizable. Dice que tiene unos asuntos que atender, y quizá sea verdad.

Sus asuntos son asunto suyo y, por supuesto, todos necesitamos ciertos momentos de intimidad de vez en cuando. Especialmente aquí. A veces nos metemos un poco en la vida de los demás, y sé que no es plato del gusto de todos. A mí sí me gusta. Me encanta relacionarme con la gente, charlar, y me da un poco igual sobre qué.

Pero Elizabeth no es así, y he aprendido a respetarlo. A darle un poco de espacio y a dominar la tentación de espiar. Dicho esto, vi por la ventana que Anthony, el peluquero, iba de camino a su bloque hace unos días y, como siempre se encarga de recordarnos, no hace visitas a domicilio, así que algo debe de estar pasando. A lo mejor voy a ir por el camino panorámico cuando salga a comprar más tarde, solo para ver si tiene las cortinas corridas. Eso será indicio suficiente.

¿Por qué iría Anthony a casa de Elizabeth? Conociéndola, seguramente habrá

ido a palacio. Una recepción con el rey, recibir una medalla. Siempre organizan cosas así para los espías. No tanto para las enfermeras. Aunque juro que, si conoce al rey Carlos sin antes decírmelo, me va a oír. A un amigo de Gerry lo invitaron una vez a una fiesta en los jardines del palacio de Buckingham. Era el director del Rotary Club o algo así y había recaudado algo de dinero para un hospital de cuidados paliativos. En cualquier caso, el señor no fue porque tenía partido de golf. Es increíble, ¿no?

Creo que la reina y yo habríamos congeniado. Me recordaba mucho a Elizabeth. Un poco más accesible, quizá.

Pero ahora que Elizabeth está ilocalizable, es como si no tuviera nada que hacer, y la verdad es que no tolero demasiado bien quedarme mano sobre mano. Puedo matar el tiempo en casa, ver *Cazadores de gangas* en la tele con Alan. Pero tarde o temprano necesito encontrar algo que hacer y alguien con quien hacerlo. Con Gerry era fácil: podía ayudarlo con el crucigrama o decirle qué pensaba sobre algún tema. A menudo le digo a Alan lo que pienso sobre algún tema, y la cosa funciona de maravilla hasta que te das cuenta de lo que estás haciendo.

¿Quizá podría trabajar un par de días con los chicos en la estafa amorosa que están investigando? Podría ofrecerles mi punto de vista como mujer. Aunque, según Ron, Ibrahim es muy capaz de escribir mensajes que harían «sonrojar a un estibador».

Ellos también deben de saber que Elizabeth está fuera del mapa, así que no les sorprenderá verme. Voy a prepararles una tarta.

¿Quizá también debería ir a ver a Mervyn? Me pregunto cómo estará. Nos hemos evitado un poco últimamente y hemos escalonado los paseos con los perros. A veces, Alan ve a Rosie por la ventana y pierde la cabeza. Se echa en el suelo y rueda, enseñando la barriga. De verdad me recuerda a mí a veces.

Ahora mismo estoy mirando por la ventana, hacia el sitio donde Anthony aparcó su coche. Una de las plazas para invitados. Y ya sé lo que estáis pensando. Os lo prometo, no soy tonta. Sé muy bien por qué vino.

El otro día enterramos a Snowy. No os lo había comentado, con todas las emociones que hemos tenido. Era el zorro que tenía las puntas de las orejas blancas y que hacía guardia cuando todos nos íbamos a dormir. Bogdan le cavó una tumba «bien profunda para que nadie pueda molestarlo». No es la primera tumba que ha tenido que cavar en los últimos tiempos, así que sabe de lo que habla. Ver a Bogdan cavar una tumba es una de las pocas cosas que podrían hacer que me replantease la incineración cuando me muera.

Él y Stephen encontraron a Snowy el fin de semana pasado. Ahora está en una cesta de mimbre biodegradable sobre la que todos pusimos flores blancas.

El número de asistentes fue sorprendentemente alto. Creo que todos pensábamos que Snowy era un secreto nuestro, pero, una vez que anunciamos el acto en el tablón de anuncios, media comunidad asistió para rendirle homenaje. Tenía muchos nombres entre los vecinos: Lucky, Tippy, Moonlight, cosas así. El nombre «Snowy» se lo había puesto Stephen. Yo siempre lo llamaba Míster Fox, así que quizá tenga poca imaginación. Joanna siempre me lo dice.

Una mujer de Ruskin Court que enviudó hace poco lo llamaba Harold, y fue

una de las muchas personas que lloró cuando le cantamos un himno y le dimos sepultura.

En fin, a lo que íbamos, entre los deudos, por primera vez en público desde hace muchísimo tiempo, estaba Stephen.

Él y Elizabeth subieron al huerto caminando del brazo y Stephen saludó a la congregación. Todo el mundo lo llamaba «camarada», «viejo amigo», «jefe» y cosas así. Ibrahim le dio un abrazo y Stephen sonrió de alegría y lo llamó Kuldesh.

Ron le estrechó la mano con una actitud muy formal; los abrazos le cuestan. Stephen echó una ojeada a los tatuajes de Ron y dijo: «Del West Ham, ¿eh? Mejor, ándate con cuidado». Al oírlo, Ron también le dio un abrazo. En cuanto a mí, cuando me vio, dijo: «Es Joyce. Mírala».

En cualquier caso, me pareció que Elizabeth nos estaba dando la oportunidad de despedirnos de él. Por supuesto, cuando lo abracé, me costó horrores soltarme.

Y, por supuesto, Stephen tenía el pelo perfecto.

Pues no, no soy una tonta del bote. En el fondo sé que Anthony fue a ver a Stephen. Y que Elizabeth estará «fuera de circulación» los próximos días porque se ha llevado a Stephen a una residencia donde puedan cuidar de él como es debido. Finalmente va a dejar que se vaya. Tendría que haberlo hecho hace meses, y lo sabe, pero, mientras te quede algo a lo que agarrarte, te agarras. ¿Me pregunto qué habrá ocurrido para que haya tomado la decisión? ¿Habrán podido hablarlo entre ellos?

Anthony le había dejado un pelo precioso. Elizabeth quería que Stephen luciera sus mejores galas. Dondequiera que vaya, Elizabeth querrá que cause una buena impresión, que la gente entienda lo especial que es y cuánto se lo quiere.

No sé cómo saldrán adelante por separado. Stephen entrará en un mundo nuevo, por supuesto, pero los muros del suyo se cerraron sobre él hace mucho. Elizabeth lo ama con locura, y él la ama a ella con locura. Eso es lo que le han arrebatado a Elizabeth.

Espero que le encuentre un sitio cercano, donde pueda visitarlo a menudo. Lo habrán hablado los dos, en la medida de lo posible. El amor siempre encuentra una forma de comunicarse. Elizabeth no ha venido a pedirme ayuda o consejo, y lo entiendo perfectamente. Sé por experiencia que ese dolor hay que vivirlo sola.

No puedo ni imaginarme por qué estará pasando ahora Elizabeth. Quizá siente que Stephen ya se ha marchado. Quizá han llegado a ese punto. Es algo que les concierne solo a ellos dos, y todo lo que puedo decir es que siempre podrá contar conmigo. Eso es lo que puedo darle.

Dicen que el tiempo suaviza el dolor, pero eso es una pamema. ¿Quién podría volver a amar si fuésemos sinceros de verdad? Hay días en los que todavía podría arrancarme el corazón de cuajo y llorar hasta quedarme vacía por Gerry. ¿Días? No. Todos los días. Ese es el viaje que mi mejor amiga acaba de empezar.

Así que perdonadme si prefiero imaginar, todavía un ratito, que Elizabeth ha ido a palacio a ver al rey.

55

Ron no se sorprende cuando suena el timbre de la puerta. Podría haber previsto casi el segundo exacto en el que iba a ocurrir.

Elizabeth se ha marchado un par de días, así que Ron sabe que será Joyce. Sin nada mejor que hacer, por supuesto, y, ojalá, con una tarta. Deja trabajando a Ibrahim y Bob *el Informático* y va a abrirle el portal.

—Será Joyce y traerá un pastel, Bob —dice Ibrahim—. Estoy seguro.

—De todos modos, ¿en qué andará metida Elizabeth? —les pregunta Ron, con la puerta abierta, mientras espera la llegada de Joyce.

Ibrahim se encoge de hombros.

—¿Disparando a alguien?

Joyce aparece en lo alto de la escalera con una fiambrera de plástico. Alan trota detrás de ella, olfateando aventuras.

—Coco y frambuesa —dice ella, levantando el recipiente como una ofrenda—. Hola, chicos.

Bob se pone de pie cuando ella entra en el apartamento.

—Siéntate, Bob. Como si no estuviera —dice Joyce.

—¿Una taza de té? —ofrece Ron.

—¿Tienes leche?

—No —confiesa Ron.

—¿Tienes té?

Ron piensa un momento.

—No. También se me ha acabado el té. Tengo cerveza...

—Me serviré un vaso de agua —dice Joyce. Entra con cautela en la cocina de Ron y grita por encima del hombro—: Contadme, ¿cómo va la cosa con Tatiana?

—Hemos seguido el consejo de Donna al pie de la letra —dice Ibrahim.

—Donna no te dijo que le escribieras un poema de quince versos

—replica Ron.

—He añadido alguna pincelada personal —reconoce Ibrahim—. Pero ya hemos cebado el anzuelo, y la trampa, esperamos, está a punto de saltar.

Joyce vuelve al salón, coge una silla de la mesa del comedor, la arrima al escritorio de Ron y se sienta al lado de Bob e Ibrahim.

—¿Estás pasándolo bien, Bob?

Él se lo piensa un momento.

—Supongo que sí. En realidad solo estoy aquí para dar apoyo técnico. Ibrahim hace el trabajo duro, la poesía y todo eso. Pero de vez en cuando nos falla el wifi y puedo echar una mano. Y eso me divierte.

—Y hablamos sobre el mundo —añade Ron.

—Y sí, hablamos sobre el mundo —coincide Bob.

—Dime una de las cosas que Bob piensa sobre el mundo, Ron —le pide Joyce—. De todas las conversaciones que habéis tenido...

Ron reflexiona.

—Le gustan los ordenadores.

Joyce se vuelve hacia la pantalla. Ibrahim ha empezado a teclear.

—Bueno, ¿en qué punto estamos?

—Hemos accedido a pagar dos mil ochocientas libras más —dice Ibrahim—. Pero le hemos dicho a Tatiana que nuestro banco no nos permite hacer la transferencia. Que la han marcado como un pago sospechoso.

—Me pasó lo mismo con una transferencia cuando compré mi sofá —cuenta Joyce—. El banco me hizo sudar tinta.

—Así que le hemos preguntado si conoce a alguien en Inglaterra que pueda venir a recoger el dinero y llevárselo a Tatiana.

—¿Un cómplice? —pregunta Joyce.

—Fijamos el encuentro —dice Ron—. Se presenta una persona real, le entregamos el dinero y Donna y sus amigos se lanzan a detenerla.

—Así que un amigo de Tatiana en vez de Tatiana —dice Joyce.

—Tatiana no existe —le recuerda Ibrahim.

—Ay, sí —dice Joyce.

—Estoy comunicándome con ese amigo de Tatiana —informa Ibrahim—. Se llama Jeremmy. Con dos emes.

Joyce lee el texto en la pantalla mientras se desarrolla la

conversación.

JEREMMY: ¿Tienes el dinero?

MERVYN: Háblame más de Tatiana. ¿Cuánto hace que la conoces? ¿Son sus ojos tan claros y azules como parece? ¿Te atrapan sin remedio?

JEREMMY: Estoy libre miércoles.

MERVYN: Nadie es plenamente libre, Jeremmy. Todos arrastramos nuestras cadenas. Tienes un nombre muy peculiar. ¿Hay una historia que lo explique?

JEREMMY: ¿Estás libre miércoles también?

MERVYN: ¿Le entregarás el dinero en persona a Tatiana? Si es así, te envidio. Yo habré de esperar más de una semana para ver su cara, para inspirar su aliento.

JEREMMY: Londres mejor. Londres y miércoles.

MERVYN: No puedo, me temo, Jeremmy. Tengo problemas de movilidad y Londres se me hace muy dura. También es una ciudad muy ruidosa, ¿no crees? ¿Cómo lo toleras, Jeremmy? Supongo que eres más joven y que la emoción de una gran ciudad impulsa tu corazón... Tendrás que venir aquí.

De momento no hay respuesta.

—Será divertido si viene a Coopers Chase y lo detienen —comenta Joyce—. Un buen artículo para el boletín.

—Me gustaría que Mervyn estuviera —comenta Ibrahim—. Podría ayudarlo a superar el trauma. ¿Cómo está?

—No lo he visto —contesta Joyce.

—Alan debe de echar muchísimo de menos a Rosie...

Alan, al oír su nombre y el de Rosie en una misma frase, se echa al suelo y enseña la barriga. Ron hace los honores.

—¿Qué conclusiones has sacado de ayer? —le pregunta Ron a Joyce.

—No me fío de Mitch, no me fío de Luca, no me fío de Samantha y no me fío de Garth —declara Joyce—. Aunque es muy masculino.

—Vi que reservasteis el salón privado —dice Bob—. No se hablaba de otra cosa en el restaurante.

—Pero también pienso lo siguiente —continúa Joyce—. Si cualquiera de ellos tuviera la heroína, o supiera dónde está, entonces no habría venido a la comida. Creo que todos intentaban pescar alguna pista.

—¿Y Kuldesh?

—Creo que alguno de los presentes en la mesa lo asesinó. Uno de ellos por lo menos.

—¿Y ese otro hombre al que vi? —dice Bob—. Dominic, con el balazo en la cabeza...

—Podría haber sido cualquiera de ellos —responde Ron—. Un ajuste de cuentas entre criminales. Qué más da quién haya sido.

—Gracias, Ron —dice Ibrahim—. De verdad que ayudas mucho ahora que Elizabeth no está con nosotros.

—Por cierto, Joyce, ¿dónde crees que está?

—Sabes tan bien como yo dónde está —replica ella—. Vi cómo abrazabas a Stephen.

—Sí —dice Ron, y mira la etiqueta de la botella de cerveza en vez de a Joyce—. ¿Deberíamos ayudarla?

—No se puede hacer nada —dice Ibrahim—. Sabe que puede contar con nosotros.

Un nuevo mensaje aparece en la pantalla.

JEREMMY: Vale. Iré a verte. ¿Seguro tienes dinero?

MERVYN: Oh, es todo un detalle por tu parte, Jeremmy. Gracias por tomarte tantas molestias. La gente no suele hacer concesiones para con los mayores. Percibo tu bondad y tu sensibilidad. ¿Te quedarás a comer? Me encantaría conocerte un poco mejor. ¡A lo mejor seremos amigos íntimos cuando venga Tatiana!

—¿No se ha dado cuenta de que ya no suenas como Mervyn? —pregunta Joyce.

—Se ve tan cerca del dinero que le puede la fe —explica Ibrahim—. Es el mismo truco que utilizan ellos. Poner la miel en los labios. Mervyn quiere amor. Al otro lado, quieren el dinero de Mervyn.

JEREMMY: No puedo comer. Tengo que marcharme. ¿Tienes el dinero en efectivo?

MERVYN: Sí, las 2.800 libras. Dinero bien invertido.

JEREMMY: Ahora son 5.000. Para los gastos.

MERVYN: No tengo 5.000 libras.

JEREMMY: Pídelas. Si no, no podré ir y Tatiana se enfadará con los dos.

MERVYN: Bueno, eso no podemos permitirlo. ¿Cuándo puedes venir?

JEREMMY: Mañana.

—No —dice Joyce—. Espera a que vuelva Elizabeth. Será bonito para ella. Una detención.

MERVYN: La semana que viene. Esta me someto a una intervención de testículos.

Ibrahim mira a Joyce.

—Si digo «testículos» es el punto final de cualquier discusión. Ningún hombre quiere negociar.

JEREMMY: Vale, miércoles próximo. Tenemos tu dirección.

MERVYN: Estupendo. Estoy deseando conocerte, Jeremmy.

Joyce da una palmada y despierta a Alan.

—¡Maravilloso! ¿Qué hacemos ahora?

—Vamos a ver el campeonato de *snooker* en la tele mientras nos tomamos un whisky —contesta Ron—. Es el único deporte que nos gusta a los dos.

—Aunque estoy empezando a aficionarme a los dardos —dice Ibrahim.

—¿Qué os parece si me quedo? —propone Joyce—. Podríamos tener una agradable charla, como en los viejos tiempos.

—Si estamos viendo el *snooker* —dice Ibrahim—, la única charla que se permite es sobre *snooker*. Cuántos puntos lleva de ventaja Mark Selby, por ejemplo. O si Shaun Murphy se sacará de la manga un *safety* particularmente difícil. No habrá conversación sobre temas generales.

—Pues quizá sacaré a Alan a dar un paseo —dice Joyce—. Bob, ¿te apetecería acompañarme?

—Yo, eh... —Hay algo que Bob no quiere decir.

—¿Te gusta el *snooker*, Bob? —pregunta Ron.

—Sí —dice él—. Iba a marcharme para verlo en casa.

—¿Y te apetecería verlo con dos colegas?

—Pues yo... Sí. Sería muy agradable —asiente Bob, y parece un niño al que invitan a la casa de un amigo después del colegio.

—Pero ni una palabra que no sea sobre *snooker* —insiste Ron.

—Perfecto —dice Bob.

Joyce se pone de pie. Alan se persigue la cola sobre la alfombra del salón.

—Nunca podrás cazarla, Alan —le advierte Ron.

—Pero de eso se trata, ¿no? —dice Joyce, poniéndose el abrigo —. Siempre hay algo que no está a nuestro alcance. El amor, el dinero.

La cola de Alan. La heroína. Todo el mundo persigue lo que no tiene. Nos volvemos locos hasta que lo conseguimos.

—Mmm... —murmura Ron al tiempo que enciende el televisor.

—Es así todas las noches. Sueño con Gerry. Sé que no podré tenerlo, pero nunca dejo de intentarlo.

Ibrahim y Ron miran a Joyce y luego se miran entre sí. Ibrahim asiente con discreción con la cabeza y Ron pone cara de resignación.

—Vale, puedes quedarte y hablar sobre lo que quieras.

—Solo si estáis seguros —dice Joyce, ya con el abrigo a medio quitar.

56

A Nina Mishra no le gusta su trabajo. Y el sueldo aún le gusta menos. Lo sintió vivamente el día anterior, cuando compartió mesa con los traficantes de drogas y los falsificadores de arte, y ella se preocupaba por no mancharse el vestido porque quería doblarlo y devolverlo a la tienda enseguida.

En realidad, no está siendo justa. Hay partes del trabajo que *sí* le gustan. Le gusta leer, acurrucarse en un sillón, indagar en las políticas de la sexualidad en Mesopotamia, esa parte sí que es divertida. Y le gusta viajar, Turquía, Jordania, Irak... Ha estado en todas partes. También está bien acostarse con colegas en congresos. Lo que no le gusta, sueldo aparte, es dar clases. Y, siendo más concretos, los alumnos.

Justo ahora tiene a uno enfrente, un chico como tantos otros, de unos veinte años, alumno de primer año, sin duda. Se llama Tom o Sam, o quizá Josh. Lleva una camiseta de Nirvana, pese a que nació muchos años después de la muerte de Kurt Cobain.

Están hablando sobre un trabajo que el chico no ha entregado: «El arte romano y la manipulación de la memoria histórica».

—¿Por lo menos te han gustado las lecturas? —pregunta Nina.

—No —contesta el chico.

—Entiendo —dice Nina—. ¿Algo más que añadir? ¿Puedes darme algún motivo?

—Lo que digo es que no pago nueve mil libras al año para leer a un puñado de profesores izquierdistas que se dedican a rescribir la historia romana.

—Imagino que son tus padres los que pagan esas nueve mil libras, ¿no?

—No me eches en cara mis privilegios —replica Tom, o Sam, o Josh—. Puedo denunciarte.

—Mmm... —murmura Nina—. ¿Debo asumir que no tienes previsto terminar el trabajo en breve?

—Lee mi ficha —dice el chico—. No tengo que redactar trabajos.

—Vale —acepta Nina—. ¿Qué crees que estás haciendo aquí? ¿Qué esperas aprender y cómo?

—Se aprende con la experiencia —contesta el chico, con el aire de un sabio que se ha cansado del mundanal ruido y no tiene ganas de explicar cómo funcionan las cosas a un idiota—. Se aprende interactuando con el mundo real. Los libros son para los pringa…

Llaman a la puerta del despacho, pese a que ha dejado una nota en la puerta en la que se lee: «Revisión en curso». Nina está a punto de echar al visitante desconocido con cajas destempladas cuando la puerta se abre y ve pasmada que quien entra en su despacho es Garth, el canadiense colosal al que conoció en la comida del domingo.

—Lo siento, es una lección privada —dice Nina—. Te llamabas Garth, ¿no?

—Necesito algo —comenta él—. Y lo necesito ahora. Da gracias a que haya llamado a la puerta.

—Estoy dando clase —replica Nina antes de volverse hacia el chico—. Hasta cierto punto.

Él se encoge de hombros.

—Así que tendrás que esperar. Estamos intentando hablar de arte romano.

—Yo no espero —dice—. Me entra impaciencia.

—Será un TDAH —interviene el chico, evidentemente satisfecho de que haya un hombre en el despacho.

Garth lo mira como si acabara de reparar en él.

—¿Llevas una camiseta de Nirvana?

El chico asiente con gesto sabio.

—Sí, esa es la onda.

—¿Cuál es tu canción favorita?

—*Smells Like Teen…*

—Y si dices *Smells Like Teen Spirit* te tiro por esa ventana.

El chico parece ahora mucho menos contento de que haya un hombre en el despacho.

—Garth, estoy dando clase —dice Nina.

—Yo también —dice Garth.

—Eh… —dice el chico.

—Una pregunta facilita —continúa Garth—. Nirvana es la cuarta mejor banda de todos los tiempos. Nombra su mejor canción.

—*The Man Who Sold*..., eh...

—Si vas a decir *The Man Who Sold the World*, piénsatelo otra vez —dice Garth—. Esa es una versión de Bowie. Podemos hablar sobre Bowie cuando hayamos terminado con esta parte.

—Déjalo en paz, Garth —advierte Nina—. No es más que un crío. Y es un crío a mi cargo.

—No soy un crío —refunfuña el chico.

—¿Quieres que te ayude o no? —inquiere Nina—. En fin, ¿por qué no damos la tutoría por terminada? Si no has hecho el trabajo, tampoco tiene sentido que sigamos.

—Será un placer —dice el chico, levantándose a toda prisa.

—Espera —dice Garth—. ¿Por qué no has escrito el trabajo?

—Déjalo en paz, Garth —insiste Nina.

—¿Sobre qué era? ¿El trabajo?

—Arte romano o algo —responde el chico.

—¿Y no lo has hecho? ¿No te ha dado la gana?

—Yo... Es que..., es que no me interesaba.

Garth suelta un bramido y se golpea el pecho. El chico, instintivamente, se agacha en dirección a Nina y ella le pasa el brazo por la espalda con gesto protector.

—¿No te interesaba? ¿El arte romano? Tú has perdido la *cabeza.* Estás en este despacho precioso con esta mujer inteligente y tienes la oportunidad de hablar del arte en Roma... Y no te interesa. ¿En serio que no te interesa? ¡Te quedan tres años hasta que tengas que buscarte un trabajo de verdad! ¿Sabes lo que es trabajar? Un infierno. ¿Crees que vas a tener la oportunidad de hablar del arte en Roma cuando tengas un trabajo? ¿Crees que tendrás la oportunidad de *leer*? ¿Qué te interesa?

—Tengo un canal de TikTok —contesta el chico.

—Continúa —pide Garth—. TikTok me interesa. He pensado en probar. ¿Qué haces?

—Hacemos... reseñas de comida rápida.

—Oh, eso me gusta. Reseñas de comida rápida. ¿La mejor hamburguesa de Canterbury?

—The Yak House —indica el chico.

—Tomo nota —replica Garth—. Iré a comprobarlo. Bueno, necesito hablar un momento con la señorita Mishra y voy a pedirte que ahueques el ala.

El chico no necesita que se lo pidan dos veces y sale pitando hacia la puerta. Garth saca uno de sus brazos ciclópeos para detenerlo.

—Eso sí, tres cosas antes de que te vayas. La primera: si no entregas el trabajo la semana que viene, te mataré. Lo digo en serio. No en plan «tu madre te matará si no ordenas tu cuarto». Te mataré de verdad. ¿Me crees?

El chico asiente.

—Bien. No sigas desperdiciando esta oportunidad, hermano. Te lo juro. La segunda: si le cuentas a alguien que te he amenazado, también te mataré. ¿De acuerdo? Ni una palabra.

—De acuerdo.

—Más te vale que sea así. El niño Jesús llora cada vez que le mienten a un canadiense. Y la tercera: la mejor canción de Nirvana es *Sliver* o *Heart-Shaped Box*. ¿Entendido?

—Entendido —responde el chico.

—Toqué el bajo en un grupo que se llamaba Mudhoney en dos giras. ¿Has oído hablar de ellos? —dice Garth.

—Creo que sí —finge el chico.

—Estupendo, échales un vistazo y yo se lo echaré a tus tiktoks. Andando, campeón.

Garth le alborota el pelo y observa cómo se larga a toda prisa. Luego se vuelve hacia Nina.

—Muy majo. ¿Dónde está el almacén, Nina?

—Lo has aterrorizado —dice ella—. Es un crío.

—Me da igual —replica él—. Y es lo mismo que antes: no en plan «me da igual qué película vamos a ver», sino que literalmente me da igual. No me canso de recordarlo. ¿Dónde está el almacén?

—No lo sé.

—No me digas. ¿Vamos a zanjarlo rápido o despacio? Te prometo que rápido es la mejor manera.

Nina debe pensar deprisa. Hay una cosa que le preocupa por encima de todas. Todo el mundo quiere averiguar quién asesinó a Kuldesh, así que, ¿cómo debe encarar esa situación? ¿Ese hombre va a ayudarlos o a ponérselo difícil? Ha ocurrido justo lo que Elizabeth quería. Ver a toda esa gente siguiendo una pista falsa. Agitar el avispero y esperar acontecimientos. Toma una decisión.

—Pongamos que te lo cuento —empieza Nina.

—Pongamos que me lo cuentas —repite Garth.

—¿Qué gano yo?

Él se ríe.

—Pues es muy evidente. No te tiro por esa ventana.

—Garth, no paras de amenazar a la gente con tirarla por la ventana —dice Nina—. Me apuesto a que nunca lo has hecho en la vida real.

—Pues apueste de nuevo, señorita. ¿Dónde está el almacén?

—Quiero un diez por ciento si la encuentras —añade ella.

—¿Quieres un diez por ciento de la heroína?

—No quiero ver la heroína ni en pintura. Pero quiero un diez por ciento de los beneficios cuando la vendas.

—¿Cómo? —dice Garth mientras se lo piensa—. Pero seguro que ya habéis registrado el almacén. Y supongo que no la encontrasteis, ¿no?

—No sabía qué debía buscar. Quizá tú tengas mejor suerte.

—La suerte no tiene nada que ver. Lo importante es perseverar.

—Además, Elizabeth y la banda confían en mí. Puedo decirte todo lo que me digan a mí.

—¿Y por qué no haces ese trato con ellos?

—Pues porque no van a vender la heroína, ¿no? —dice Nina—. No habrá ganancias.

—Sí, esos benditos se la entregarían directamente a la policía. Vale, trato hecho —conviene Garth—. ¿Dónde está el almacén? Y luego me pasaré por The Yak House. ¿Por qué crees que no lo llamaron The Yak Shack?

Es evidente que Garth espera recibir una respuesta a su pregunta. Nina deja de escribir un momento.

—Lo siento, pero no lo sé. Tendrás que preguntárselo a ellos.

—Así lo haré —dice Garth—. Y más te vale pensar que lo digo en serio.

Nina le entrega un papel con la dirección. ¿Es una idea buenísima o malísima? Está segura de que solo caben esas dos opciones.

57

Donna toma un sorbo de café y lee el mensaje de texto en voz alta.

> No es urgente, pero, si algún día
> llegas a casarte, ¿crees que
> celebrarás una gran boda?
> ¿Cuántas personas imaginas
> que invitarás? Ayer vi una película
> en la que un policía disparaba
> a alguien en un aparcamiento
> y pensé en ti.

—¿Es de Joyce? —pregunta Chris.

Donna asiente. Elizabeth les ha pedido que vigilen el almacén después de la comida que celebraron ayer. «A ver qué veis», les dijo.

—¿Y qué le has respondido?

—Que no pienso casarme y que todavía no me permiten llevar arma —contesta Donna—. Y ella me dijo que era una pena, porque las dos cosas me sentarían bien.

Chris se lleva los prismáticos a los ojos un momento y luego los baja.

—Falsa alarma. ¿Así que no piensas casarte?

—Tengo otras cosas que hacer antes —dice Donna—. Nunca he estado en la India, nunca me he tirado de un avión. Nunca le he pegado un puñetazo de verdad a alguien.

—Sí, mejor ventílate eso —asiente Chris—. Yo no me casaría si tuviera pendiente todo eso.

—Pero seguro que tienes una lista de cosas que te gustaría hacer antes de morirte, ¿no?

Chris piensa un momento.

—Bueno, nunca he visto *Titanic*. Y me gustaría ir a Brujas. Pero creo que puedo hacer esas cosas sin tu madre.

—Es una mujer afortunada —comenta Donna. Ahora es ella quien coge los prismáticos y echa un vistazo rápido—. Nada —dice—. ¿No

te parece que esto es una pérdida de tiempo? Esperar sentados en una colina a que aparezcan unos traficantes de heroína...

—Elizabeth dice que aparecerán —responde él—. Así que eso es lo que pasará.

—Te tiene bien embobado, ¿no?

—Sí —admite Chris—. Y he decidido aceptarlo.

Donna y Chris han aparcado en lo alto de una colina que mira a la hilera de almacenes junto al paseo marítimo de Fairhaven. Ya habían estado en ese mismo sitio, cuando llevaron a cabo una misión de vigilancia de las actividades de Connie Johnson. Connie desarrolla ahora sus actividades desde una celda en la prisión de Darwell, aunque se cuenta en la calle que está tan ocupada como siempre.

Pese a que se han desentendido del caso, la investigación sobre el robo de caballos en Benenden sigue en curso, y las desapariciones se han extendido últimamente hasta Peasmarsh. Ningún caballo está a salvo y la gente está indignada.

Aun así, Chris y Donna ya tienen una idea bastante aproximada de quién es el responsable de los robos: un tal Angus Gooch, encargado de unas caballerizas cerca de Battle, que cuenta con un amplio historial de condenas previas. Roba los caballos por encargo y luego los distribuye por todo el país. Tiene un Audi TT, así que probablemente es un buen negocio.

Tardaron un día en resolverlo y disponen de pruebas más que suficientes para detenerlo. Pero han decidido aplazarlo para fingir que están ocupados mientras se dedican a buscar la heroína con el Club del Crimen de los Jueves. Gooch no mata a los caballos, de modo que pueden dejarle robar algunos más con la seguridad de que podrán devolverlos a sus dueños más pronto que tarde.

Si la inspectora en jefe Regan supiera qué traman, les abriría un expediente disciplinario de forma inmediata, pero Chris y Donna tienen ahora un comportamiento irreprochable en la comisaría, le dan todo el espacio del mundo a la inspectora y no le causan ningún problema. De ahí que ella también haya decidido dejarlos tranquilos. Regan tendrá muchos problemas, pero ninguno de ellos se lo plantean Chris y Donna. Y eso les da cierto margen de maniobra.

Si llegase a preguntarles por qué están vigilando ese almacén en concreto, cosa que no hará porque, para ser agente de policía, no da ninguna muestra de curiosidad, le dirían que están investigando un

chivatazo sobre un vecino de Fairhaven que de pronto se ha hecho con varias monturas.

—Ahora empieza lo bueno —dice Donna, de nuevo con los prismáticos en ristre. Se los alarga a Chris para que vea lo que ella acaba de ver.

Mitch Maxwell, lanzando miradas a un lado y a otro, camina entre las dos hileras de almacenes con un papel en la mano. Llega al número 1772 e intenta abrir la puerta. No cede. Se saca una pieza de metal del abrigo, la introduce en la cerradura y empuja. Un débil sonido metálico asciende por la colina. Pero la puerta no se abre. Vuelve a intentarlo.

—Tiene truco —dice Donna.

En su quinto intento, la cerradura cede y Mitch empuja la puerta.

—Ya podemos tachar a Mitch de la lista —dice Chris—. Si hubiera sabido dónde estaba la heroína, no habría venido a buscarla aquí. Voy a escribir a la jefa.

—¿La jefa? —dice Donna.

—Elizabeth —contesta Chris.

—Qué tonta soy —dice Donna—. Por cierto, ¿cómo va eso de ir a nadar al mar?

—He ido una vez —admite Chris—. El agua estaba helada. A ver, ya me lo esperaba, pero, por favor... Así que he decidido aprender a tocar la trompeta.

Mitch parece muy ocupado en el almacén. Busca un alijo de heroína que Chris y Donna podrían decirle que no encontrará allí.

—¿Has descubierto algo sobre Samantha Barnes? —pregunta Donna.

—Llamé al Departamento de Investigaciones Criminales de Chichester —cuenta Chris—. Les expliqué que estaba investigando los robos de caballos y que su nombre había aparecido. Me dijeron que es una persona muy educada y que nunca da un paso en falso.

—¿Algún vínculo previo con asuntos de drogas?

—Vínculos con toda clase de cosas, me dijeron. Aunque el agente mencionó que habría que añadir el robo de caballos a la lista.

Chris vuelve a mirar con los prismáticos.

—Pobre Mitch. Uno no se puede fiar de nadie.

—Es una auténtica pena que incluso los traficantes de heroína pierdan la fe —dice Donna—. ¿Ha contestado Elizabeth?

Mitch consulta su móvil.

—Ni siquiera lo ha recibido. ¿Qué estará haciendo?

—¿Y qué me dices tú? —pregunta Donna—. ¿Has pensado en casarte con alguien?

—Te prometo que serás la segunda en saberlo —dice Chris.

Un Range Rover negro enfila lentamente entre las dos hileras de almacenes y se detiene frente al número 1772.

58

Mitch se cree mucho más listo que Elizabeth y, en esa despejada tarde de un lunes, ya ha conseguido entrar en el almacén y está buscando en las cajas de cartón. Vio la cara que ponía Elizabeth cuando Nina Mishra mencionó el almacén. Ahí dentro tenía que haber *algo*, seguro.

Un funcionario municipal de Fairhaven con un problema de adicción a la heroína le sirvió en bandeja de plata la dirección. Aunque luego, cuando Mitch le dijo que por circunstancias imprevistas no disponía de heroína en ese instante, se mosqueó un poco.

Hanif ya había aterrizado en Inglaterra y le había dado hasta final de mes para encontrar el alijo. Mitch le garantizó que la habría recuperado antes de que se cumpliera el plazo.

Si Dom era de verdad el eslabón débil de la estructura, su muerte debería arreglar un poco las cosas. ¿Quizá Hanif se mostrará comprensivo aunque Mitch no encuentre la heroína? Pero la *encontrará*, lo sabe.

Mitch saca un TAG Heuer antiguo de una de las cajas y se lo mete en el bolsillo. Quien guarda halla.

La puerta del almacén se abre con un estrépito metálico y Mitch saca su pistola. La figura de Luca Buttaci aparece en el almacén y Mitch vuelve a guardarse el arma en la cinturilla de los pantalones.

—Me preguntaba cuánto tardarías, chaval —dice Mitch—. ¿Cómo lo has localizado?

—Un rastreador en tu coche —responde Luca—. ¿Has encontrado algo?

—Unos relojes bonitos. De la heroína, ni rastro.

—¿Alguien más ha estado por aquí? ¿El canadiense?

—Si ha estado aquí, lo ha dejado todo impoluto —replica Mitch—. Y no me parece ese tipo de persona.

Luca se sienta en una pila de cajas y se enciende un cigarrillo.

—¿Dónde coño estará?

—¿No has oído nada? Yo sigo sin fiarme de Connie Johnson.

—Ha desaparecido —dice Luca, haciendo un gesto de mago con las manos—. ¡Puf! Entenderás que tarde o temprano tendré que buscarme a otro que me suministre la heroína, Mitch. Si sigues teniendo estos problemas...

—Lo sé —asiente él—. ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Y me dirás la verdad?

—Depende de la pregunta —repone Luca—. Ponme a prueba.

—Vale. Se lo pregunto a John-Luke Butterworth, a mi amigo de infancia —dice Mitch—. No a Luca Buttaci. ¿Has estado en contacto con los afganos?

Luca niega con la cabeza.

—No conozco a los afganos. No quiero conocerlos. Ese es tu trabajo.

—Vale. ¿Estás seguro?

—Lo estoy —afirma Luca—. No quiero saber nada de eso. ¿Por qué lo preguntas?

—Ha venido uno de ellos —contesta Mitch.

—¿Está aquí?

—Sí.

—Pero nunca vienen, ¿no?

—Lo sé —dice Mitch—. Quieren vernos.

—Pues estamos muertos —afirma Luca—. ¿Qué quieren?

—Ya lo veremos, supongo —dice Mitch—. Pero todo será más fácil si encontramos la heroína antes de que se presenten. Y no está en el almacén.

—¿Qué sabemos de ese canadiense? Del tal Garth.

—No lo suficiente. Sabemos de su esposa. Que ya tiene tela ella solita.

Mitch nota el peso del reloj en su bolsillo. Podría ser un bonito regalo de bienvenida para Hanif. Si los afganos van a liquidarlo, que así sea, pero el reloj tal vez sirva de algo.

Y, además, quizá haya un motivo perfectamente razonable que explique ese vuelo de miles de kilómetros para verlo.

Mitch sale del almacén detrás de Luca y siente el frío golpe del viento marino.

Los dos hombres saludan con alegría y con la mano a los policías que los vigilan desde lo alto de la colina.

59

Samantha Barnes dará una charla en el Instituto de la Mujer de Petworth la semana que viene. Sobre copias y falsificaciones, y sobre cómo detectar cuándo intentan timarte.

Tiene una extensa lista de datos importantes.

La clave, si estás a punto de comprar un Banksy, por ejemplo, es pedir un certificado de autenticidad firmado por una organización llamada Pest Control Office. Este certificado ha de incluir la mitad de un billete de diez libras grapada en el papel. La organización conserva la otra mitad del billete. Si tu pieza no viene con este certificado, entonces es falsa. No la compres bajo ningún concepto.

Es un inteligente sistema de autentificación, y Samantha se ha pasado la tarde recortando billetes falsos de diez libras que ha grapado en papeles timbrados falsos para falsificar los certificados de los Banksy que imprime en el loft. Si sus compradores tuvieran verdadero interés en informarse, descubrirían que no son auténticos, pero, después de apoquinar diez mil libras por un Banksy firmado, ¿quién puede tener ganas de examinarlo más a fondo? La gente se limita a ponerle un marco y colgarlo en el salón para que sus amigos puedan verlo embobados. Y cuando llegue el momento de revender la obra, con un poco de suerte el próximo comprador tampoco indagará en su procedencia. Siempre ha sido así. Si alguien se quejase, Samantha le devolvería el dinero, aunque, de momento, habiendo vendido ya miles de obras de Banksy, Picasso, Lowry, Hirst y Emin, nadie le ha planteado queja alguna, más allá de aquella ocasión en que un repartidor tiró un Kandinsky por encima del muro del jardín de alguien. Reembolso completo.

Es un delito sin víctimas. Justo como el que ella y Garth se disponen a cometer.

Está esperando a que Garth vuelva a casa y a que el plan de ambos se ponga en marcha. La comida en Coopers Chase lo ha cambiado todo. Absolutamente todo.

Y pensar que estuvieron a punto de no ir. Que tuvo que convencer a Garth de que podía valer la pena. «¿Una comida? ¿Con esos vejestorios con un pie en la tumba?» Pero ella lo había convencido y ambos estaban felices de que hubiera sido así. En el coche, de vuelta a casa, Garth le había dicho: «Cuando tienes razón, nena, la tienes».

Samantha entiende que, vista desde fuera, su relación puede parecer extraña. La muy correcta señora inglesa y el silencioso e hirsuto gigante canadiense, veinte años más joven. Pero desde el mismo instante en que él la encañonó con su arma ambos supieron que era amor lo que sentían. Y qué camino de fuego han recorrido desde ese día. Samantha, armada con su ingenio y habilidad; Garth, con su cerebro y su amenazante presencia. A veces echa un vistazo a las cuentas bancarias que comparten y suelta una carcajada. A las organizaciones benéficas de la zona les ha ido muy bien conocerlos, aunque Samantha sabe que solo es un parche. Tampoco es que pague impuestos, así que es lo mínimo que puede hacer. Cada vez que hace un donativo para alguna causa de la zona, Garth pone cara de resignación y le dice que es una sentimental. Garth dona dinero al Refugio de Perros y Gatos de Battersea, y nada más. El año pasado les dio setecientas mil libras.

Samantha está sopesando el siguiente paso que van a dar.

No ha pensado demasiado en Mitch Maxwell y Luca Buttaci. Seguro que son buenos en lo que hacen, ya que el tráfico de drogas es un sector muy competitivo, pero no confía en que den con la heroína. Elizabeth. Ella lo hará. Ella y su alegre pandilla. Y cuando la encuentren, Samantha y Garth estarán atentos. A Nina ya se le escapó la existencia del almacén. Por ahí empezarán. Garth ha salido hoy a echar un vistazo. Elizabeth Best sabe dónde está, la profesora universitaria también lo sabe, y Garth no tardará mucho en averiguarlo también. Es posible que la caja no esté allí, pero está convencida de que algo habrá, alguna pista que pueda encaminarlos, algo que a la vieja se le haya pasado por alto. ¿Mitch y Luca se enteraron de lo del almacén? De ser así, ya estarán sobre la pista y, en cuanto lo localicen, lo dejarán patas arriba para encontrar la heroína. Garth se asegurará de que esta partida la ganen ellos. Y Garth nunca la decepciona.

Mañana irán al almacén y quizá se pongan en el coche un

pódcast sobre crímenes reales. Esos días están escuchando uno sobre un jugador de hockey sobre hielo que muere en el baño de un avión. Son catorce episodios.

Samantha empieza a leer un artículo sobre Grayson Perry, un artista plástico que a veces sale en televisión. Sus obras están muy cotizadas últimamente, pero le parece, ahora que las está estudiando, que son bastante difíciles de falsificar. Podría encontrar a alguien que lo hiciera, sin duda, aunque en realidad prefiere hacer las falsificaciones ella misma. Más ganancias, menos cabos sueltos. Damien Hirst es de lejos su artista favorito, tanto por lo bonita que le parece su obra, como por lo fácil que le resulta falsificarla.

Oye un chirrido que procede de la puerta de abajo. Garth ya debe de haber vuelto, así que dará la jornada por terminada. Se pone de pie y estira los brazos mientras lo oye moverse abajo, un poco más silencioso que de costumbre. ¿Estará adelgazando? Espera que no. Su corpulencia es lo que la mantiene a ella con los pies en el suelo. Lo que le impide salir flotando para reunirse con su William.

Tras enfilar por la estrecha escalera que baja desde la azotea de la casa, Samantha llega a la gran escalinata. La obra costó ciento cincuenta mil libras del ala, mármol y madera de cerezo, con unos detallitos en marfil, aunque, por favor, no se lo mencionéis a nadie. Dice en voz alta: «Garth, estoy arriba».

Pero si él responde, ella no lo oye, porque recibe un golpe en la nuca que la envía escaleras abajo. Las mil luces de la araña son lo último que ve. Siempre había soñado que ascendería flotando para reunirse con William, pero lo último que siente antes de morir es que está cayendo. Abajo, abajo y abajo.

60

Las cortinas están corridas, la calefacción está encendida y Dvořák está sonando en el gramófono. Tal y como habían acordado.

La suerte está echada. ¿Suerte? Seguro que tiene que haber otra forma de expresarlo. En cualquier caso, ya no hay vuelta de hoja. Ambos lo sabían.

Han hablado durante horas. Se han reído y han llorado, y ambos han entendido que las risas y las lágrimas son ahora lo mismo. Está guapísimo con su traje. Bogdan les hizo una foto antes de marcharse. Antes de abrazar a Stephen y decirle que lo quería. Stephen le soltó que no se comportara como un viejo chocho. Bogdan también le dio un abrazo a ella antes de irse y le preguntó si estaba segura.

¿Segura? Claro que no. Nunca volverá a estar segura de nada. La seguridad es cosa de jóvenes y de espías, y Elizabeth ya no es ni lo uno ni lo otro.

Pero eso es lo que habían acordado. Stephen se ha inyectado el medicamento él solo. Elizabeth lo habría hecho ella misma si hubiera sido necesario.

—No hemos calculado bien el tiempo —dice Stephen, con la cabeza en el regazo de ella—. ¿Lo ves?

—No me sorprende —repone Elizabeth—. Nunca hemos sido personas calculadoras, ¿no?

—Toda la razón —concuerda él, bajando la voz—. Has dado en el clavo, vieja amiga. Pensamos que el tiempo avanza hacia delante, que desfila en línea recta, y por eso intentamos acelerar para no perder el paso. Démonos prisa, mucha prisa, para no quedarnos rezagados. Pero no es así. El tiempo es un remolino que nos envuelve. Todo es siempre presente. Lo que hemos hecho, las personas a las que hemos amado, las personas a las que hemos hecho daño, todas siguen aquí.

Elizabeth le acaricia el pelo.

—Eso es lo que he terminado entendiendo —dice él—. Mis recuerdos son como esmeraldas, transparentes, brillantes y

verdaderos, pero los días van pasando, y cada día se desmorona como la arena y se escurre entre mis dedos.

Ha sido delicado, poner la inyección. No ha sido traumático, tampoco tranquilo, tampoco devastador, únicamente delicado. Tan solo otra actividad cotidiana en una vida entera de actividades cotidianas.

—He descubierto la mentira —dice él—. Que el tiempo es mentira. Todo lo que he hecho y todo lo que he sido ocupa el mismo sitio en el presente. Pero aun así pensamos que lo que acaba de ocurrir o está a punto de ocurrir..., pensamos que eso es lo más importante. Mis recuerdos no son recuerdos, mi presente no es presente, todo es lo mismo, Elizabeth. ¿Y ese hombre?

—¿Qué hombre? —pregunta ella.

—¿El polaco?

—Bogdan —dice ella.

—Sí, ese chaval —asiente él—. No es, y perdona si te parece evidente o ya lo hemos hablado..., no es mi hijo, ¿no?

—No.

—Ya me lo figuraba. Es polaco —responde él—. Pero las cosas no siempre encajan, ¿no? En la vida.

Elizabeth tiene que darle la razón.

—No todo encaja.

—He querido preguntárselo, pero, lo fuera o no, me habría sentido ridículo. ¿Tienes amigos?

—Sí —contesta Elizabeth—. Antes no tenía, pero ahora sí.

—¿Y son buenos amigos? ¿Lo serán en un momento de crisis?

—Diría que sí.

—¿Y estamos en un momento de crisis? ¿Cómo lo ves?

—Mmm... La vida es una crisis permanente, ¿no?

—Exacto —afirma él—. ¿Y por qué la muerte iba a ser distinta? ¿Y saben lo que estamos haciendo? ¿Tus amigos?

—No lo saben —dice ella—. Quedará entre nosotros.

—¿Y lo entenderán?

—Quizá. Es posible que no les pareciera bien, pero creo que lo entenderían.

—Imagínate que no nos hubiéramos encontrado. Imagínatelo.

—Pero nos hemos encontrado, Stephen —dice ella, cogiendo una pelusilla del hombro de su traje.

—Imagina lo que me habría perdido —añade él—. ¿Cuidarás del huerto?

—No tienes ningún huerto —replica Elizabeth.

—El de los rábanos —dice Stephen.

Pasan por el huerto todos los días y Stephen mira los rábanos y dice: «Arráncalos y planta unos rosales, por el amor de Dios».

—Cuidaré de ese huerto por ti —dice Elizabeth.

—Sé que lo harás —repone él—. Hay un museo en Bagdad, ¿sabes? ¿Hemos estado juntos?

—No, mi amor —dice ella. Los sitios a los que ya no podrán ir.

—Te he apuntado el nombre —agrega Stephen—. Está sobre mi escritorio. Tiene piezas de seis mil años de antigüedad, ¿te lo imaginas? Y esas piezas conservan las huellas de las manos que las tocaron, los arañazos cuando esas manos se distrajeron porque un hijo vino a interrumpir el trabajo. ¿Entiendes que esas personas aún viven? Todo aquel que muere está vivo. Decimos que la gente está «muerta» porque necesitamos una palabra para expresarlo, pero «muerto» solo significa que el tiempo ha dejado de avanzar para alguien, ¿no? ¿Lo entiendes? En realidad nadie muere.

Elizabeth le da un beso en la cabeza. Intenta llenar los pulmones con la presencia de su marido.

—Lo entiendo —dice Elizabeth—. Por más palabras que haya en el mundo, cuando esta noche me acueste en la cama mi mano no estará en la tuya. Eso es lo único que entiendo.

—Me tienes aquí —contesta él—. Para eso no tengo respuesta.

—El dolor por lo que se pierde no necesita respuesta, como tampoco la necesita el amor. No es una pregunta.

—¿Has comprado la leche? —pregunta Stephen—. A la gente le apetecerá un té.

—Yo me ocupo de eso —dice Elizabeth.

—No sé por qué estamos en este mundo. De verdad que no lo sé. Pero si quisiera encontrar una respuesta, empezaría por lo mucho que te amo. La respuesta debe de estar en alguna parte, estoy seguro. Completamente seguro. Queda medio litro en la nevera, pero no habrá bastante. A veces olvido que te amo, ¿lo sabías?

—Claro.

—Me alegra mucho recordarlo ahora. Me alegra saber que no lo olvidaré nunca más.

Empiezan a pesarle los párpados. Tal y como Viktor les había advertido. Tal y como ellos dos lo hablaron. De la mejor forma posible. La última vez que leyeron juntos la carta.

—¿Tienes sueño? —quiere saber ella.

—Un poco —responde él—. Ha sido un día muy largo, ¿no?

—Lo ha sido, Stephen. Lo ha sido.

—Largo pero feliz —añade él—. Te adoro, Elizabeth. Siento muchísimo todo esto. Pero has visto lo mejor de mí, ¿no? No siempre ha sido así...

—Ha sido un sueño —dice ella. Stephen, en varios momentos de lucidez, se había expresado con toda seguridad. Su recorrido había llegado al final.

—¿Y cuidarán de ti? ¿Tus amigos?

—Harán todo lo que esté en su mano —asegura Elizabeth. Todos pensarán en la decisión que habrían tomado de encontrarse en la situación de Stephen. ¿Qué decisión tomaría ella? No lo sabe. Pero Stephen no tuvo dudas.

—Joyce —insiste él—. Joyce es tu amiga.

—Lo es.

—Y dile a Kuldesh que lo veré pronto. Este fin de semana si está por aquí.

—Se lo diré, mi amor.

—Creo que voy a cerrar los ojos un momento —dice él.

—Hazlo —lo anima ella—. Creo que te has ganado un descanso.

Los ojos de Stephen se cierran. Su voz suena adormilada.

—Cuéntame otra vez cómo nos conocimos —pide Stephen—. Es mi historia favorita.

También lo es para ella.

—Una vez vi a un hombre guapo —empieza—. Y supe que estaba enamorada. Así que dejé caer mi guante al suelo delante de una librería y él lo recogió y me lo dio. Y mi vida cambió para siempre.

—¿Tan guapo era?

—Guapísimo —dice Elizabeth, y las lágrimas empiezan a bañarle la cara—. Nunca había visto nada igual. ¿Sabes?, mi vida no cambió ese día, Stephen. Mi vida empezó.

—Menudo cabrón con suerte —murmura Stephen, medio dormido—. ¿Te acordarás de mí cuando sueñes?

—Sí. Y tú acuérdate de mí en tus sueños —dice Elizabeth.

—Gracias —dice él con un hilo de voz—. Gracias por dejarme dormir. Es lo que necesito.

—Lo sé, amor —asiente ella, y le acaricia el pelo hasta que deja de respirar.

61

Joyce

Bueno, no sé qué decir ni qué hacer. Así que lo único que os pido es que me dejéis escribir. Pensar en voz alta.

La ambulancia llegó a las cinco de la tarde. Sin sirenas, lo cual suele ser sintomático. No hay prisas.

Siempre nos preguntamos adónde va la ambulancia, como es natural. Un día vendrá a por ti, y serán otros los que miren, y otros los que hablen. Así funcionan las cosas. Los de la funeraria usan una furgoneta blanca, que tampoco es una aparición insólita en Coopers Chase.

Stephen ha muerto. Elizabeth entró con él en la ambulancia. Bajé a toda prisa en cuanto entendí qué había pasado. Llegué a tiempo de ver cómo se llevaban el cadáver. Elizabeth estaba subiéndose a la parte trasera de la ambulancia. Vio que la miraba y bajó la cabeza. Parecía un espectro, o una persona totalmente distinta. Le tendí la mano y ella la aceptó.

Le dije que ordenaría un poco su apartamento mientras estuviera fuera, y ella me dio las gracias y me dijo que era todo un detalle. Le pregunté si había sido tranquilo y me dijo que para Stephen lo había sido.

Vi que Ron corría hacia nosotros, peleándose con su rodilla y su cadera. Lo vi muy envejecido. Elizabeth cerró la puerta de la ambulancia antes de que llegara.

Ron me abrazó cuando la ambulancia se alejaba. Tendría que habérmelo imaginado, ¿no? Tendría que haber sabido qué estaban tramando Elizabeth y Stephen. ¿Qué habría dicho de haberlo sabido antes? ¿Qué habríais dicho vosotros?

No se puede decir nada y, sin embargo, quiero decir algo.

Yo no habría tomado esa decisión, lo sé. Si hubiera sido Elizabeth, y Gerry hubiera sido Stephen, me habría aferrado a él con toda mi alma. Le habría encontrado una residencia bonita, habría ido todos los días a verlo, habría estado a su lado cuando todavía supiera quién era, cuando ya solo me reconociera, cuando no me reconociera, cuando no supiera nada de mí. Lo habría acompañado en la despedida, hasta el último instante. Mi amor por él no me habría permitido otra salida. Conozco a mucha gente que tiene a su pareja en una residencia, muriéndose despacio, y no se lo desearía ni a mi peor enemigo. Pero ¿terminar con todo? ¿Terminar antes de llegar al final? Esa decisión no podría tomarla. Mientras el amor sigue con vida, jamás me plantearía matarlo.

Pero supongo que estoy hablando de *mi* amor, ¿no? ¿Qué habría pasado si mi amor estuviera vivo y el de Gerry no lo estuviera? ¿Y si en realidad estoy hablando de la alegría que me daría mirarlo y abrazarlo? ¿Una alegría que durase más que la

suya? Y sin dejar de saber ni un segundo que cada noche y cada día él dormiría y se despertaría solo, asustado y confundido...

En realidad no lo sé en absoluto. La demencia no arrebata la alegría y el amor a todo el mundo, aunque se ensañe con toda su maldad. Hay sonrisas y carcajadas, pero también, por supuesto, gritos de dolor. Tuvimos un debate en Coopers Chase, hace un par de años, sobre la eutanasia. Fue muy apasionado y razonado, también reflexivo y amable, y conmovedor por ambas partes. No recuerdo si Elizabeth tomó la palabra. Yo hice algún comentario sobre mi experiencia como enfermera en hospitales de cuidados paliativos. También hablé de las ocasiones en las que habíamos aumentado la dosis de un medicamento para abreviar el tránsito en el último instante, para terminar con la crueldad del dolor.

Pero Stephen no había llegado al final, ¿no? Quizá cada cual tiene su definición de «el final»...

Seguro que ambos tomaron la decisión de manera muy meditada. Imaginaos las conversaciones. La gente por lo general va a Suiza, a Dignitas. Hemos tenido dos o tres casos en Coopers Chase. Pero esa decisión hay que tomarla normalmente mucho antes de lo deseable. Tienes que estar en unas condiciones físicas y mentales suficientes para dar tu consentimiento. Para viajar. Así que no puedes esperar al último minuto, lo cual es una crueldad añadida. Me he informado sobre todas estas cosas, por supuesto. Cualquier persona de mi edad que diga que ni siquiera le ha echado un vistazo miente.

Desde luego, Elizabeth y Stephen no iban a necesitar una organización como Dignitas. Elizabeth tiene acceso a todo lo que necesite. En el mismo instante en que llegó la ambulancia, vi que se marchaba un médico de familia. Nunca lo había visto por aquí.

A menudo bromeo con lo insensible que se muestra Elizabeth, y es verdad que a veces puede serlo. Pero no ahora. Hablará sobre lo ocurrido cuando esté preparada, estoy segura, pero esto tiene que haber sido cosa de Stephen, ¿no? Siempre fue un hombre muy fuerte, un hombre muy seguro. No creo que pudiera soportar lo que le estaba pasando. La sensación de perder la vida. Y todavía, aunque fuera por poco, estaba en condiciones para ponerle remedio.

Tendría que haberlo visto venir. El hecho de que Elizabeth se tomase unos días. La visita de Anthony. Tendría que haber sabido que Elizabeth y Stephen no estaban a punto de separarse, que Stephen no iba a permitir que Elizabeth cuidara de él mientras la demencia golpeaba, ola tras ola, sobre su cerebro. Que no iba a permitir que lo viera sufrir todo ese proceso. Hay personas que viven con otras normas. Yo siempre he tenido demasiado miedo para hacerlo.

Lo entiendo, claro que sí. Si Gerry me lo hubiera suplicado, también habría dicho que sí. No me gusta reconocerlo, pero sé para mis adentros que lo habría hecho. El amor puede expresarse de muchas formas distintas, ¿no? Y que sea algo tan valioso no significa que no pueda provocar sufrimiento.

Cuando vi a Elizabeth en la ambulancia, y sostuve su mano, eso fue amor. Y cuando vi a Ron intentando correr hacia ella, eso fue amor. Y ahora que Ibrahim se ha llevado a Alan para darle un paseo, de solo media hora, eso también es amor.

Estoy cocinando un pastel de carne y patatas y lo dejaré en la nevera de

Elizabeth cuando me vaya. Conozco a Elizabeth lo suficiente para saber que tendrá la casa impoluta, pero no está de más que pase la aspiradora y, quizá, encienda una vela.

Echaré de menos a Stephen, aunque la verdad es que ya lo echaba de menos antes. Quizá era así como se sentía Elizabeth. Y, sobre todo, así es como debía de sentirse él. Se habrá echado de menos a sí mismo todos los días.

¿Les desearía algo así a él o a ella? No.

¿Querría que alguien hiciera lo mismo por mí? No.

Me aferraré, pataleando y gritando, a cada segundo que me tenga reservada la vida. Quiero el cuadro completo, con lo bueno y con lo malo.

Sé que Ron e Ibrahim pasarán la tarde juntos, y sé que me recibirían con los brazos abiertos, pero necesito tiempo para pensar. En Gerry y en Stephen, y en Elizabeth y el amor.

Rememoraré el momento en el que Stephen se despidió de nosotros, hace unos días. El marido orgulloso de su mujer, tan guapo, con esa sonrisa que obraba milagros como en sus mejores días. Así es como Stephen quería que lo recordaran, y por supuesto que se lo merece, ¿no?

Y así es como voy a recordarlo yo. El mensaje final de Stephen al mundo: «Hola, jefe», «Hola, viejo amigo». Bajo un sol de invierno, mientras cantaban los pájaros, rodeado de amor.

62

En lo alto de la colina hay ruido de obras; abajo, en el pueblo, la gente desarrolla sus actividades cotidianas. Los perros persiguen a otros perros, las furgonetas de reparto descargan su mercancía, se echan cartas a los buzones.

El frío sol no puede imponerse. Coopers Chase viste la muerte como una cota de malla.

Son las once de la mañana de un jueves, pero la sala de los puzles está desierta.

La clase de Historia del Arte ha apilado las sillas en un rincón, como siempre, y ahí permanecerán hasta que llegue el grupo de Francés Oral a las doce del mediodía. Las motas de polvo flotan en el aire y se posan en los muebles. El Club del Crimen de los Jueves no se ha dejado ver hoy. Su ausencia retumba entre las paredes.

Ron está escribiendo un mensaje de texto a Pauline con la esperanza, que roza la desesperación, de que finalmente conteste. Joyce le ha hecho la compra a Elizabeth y se la ha dejado delante de la puerta. Ha llamado al timbre, pero no ha recibido respuesta. Ibrahim está sentado en su apartamento, con la mirada clavada en un cuadro de un barco que tiene colgado en la pared.

¿Y Elizabeth? Bueno, ha dejado de estar presente en el espacio y el tiempo de momento. No está en ningún sitio y no es nadie. Bogdan no la pierde de vista.

Joyce apaga el televisor. La pantalla no tenía nada que ofrecerle. Alan está echado a sus pies y la ve llorar. Ibrahim piensa que quizá debería salir a dar un paseo, pero enseguida lo desestima y sigue mirando el cuadro de la pared. Ron recibe un mensaje, pero es de la compañía eléctrica.

Todavía tienen un asesinato pendiente de resolver, pero no lo resolverán hoy. Las cronologías y las fotos y las teorías y los planes tendrán que esperar. ¿Cabe la posibilidad de que no lo resuelvan nunca? ¿Es posible que la muerte los haya vencido a todos con este

último juego de manos? ¿Quién puede tener ahora el ánimo necesario para librar la batalla?

Todavía se tienen los unos a los otros, pero no hoy. Volverán las risas, las pullas, las discusiones y el amor, pero no hoy. No en este jueves.

Mientras las olas del mundo rompen en torno a ellos, este jueves es para Stephen.

63

Joyce

La incineración fue en Tunbridge Wells. Todos llegamos en una pequeña comitiva. La abría el coche fúnebre. Elizabeth, Bogdan y yo íbamos después, en un coche de la funeraria. Luego, Ron al volante de su Daihatsu reparado, acompañado de Pauline e Ibrahim. Fue una agradable sorpresa ver a Pauline. Por último, Chris, al volante de su coche nuevo, iba con Donna y Patrice. No estoy segura de la marca del coche, pero era plateado, así que no desentonaba.

Pensé que habría bastante gente en el crematorio, pero, al aparcar, solo vi a cuatro personas, tres hombres y una mujer, todos tan mayores como nosotros. Abrazaron de uno en uno a Elizabeth y luego se presentaron. Había una Marianne y un Wilfried, muy guapo, pero no pesqué los otros nombres. Wilfried seguramente era polaco, porque estuvo hablando un buen rato con Bogdan. Había conocido a Stephen en algún país de Oriente Medio; no me quedé con los detalles. Marianne lo conocía de la universidad. Saltaba a la vista que habían sido amantes.

Así que eso era todo lo que quedaba de la panda de Stephen. O todo lo que Elizabeth consideró oportuno invitar. Imagino que no lanzó la red más allá de lo que le pareció estrictamente imprescindible.

El crematorio era todo lo agradable que puede ser un sitio así. Tuvimos un cielo azul en el que lucía el sol. Bogdan, Donna y Chris se colocaron para llevar a hombros el ataúd con la ayuda de uno de los empleados de la funeraria. En el último instante Ron le dio un toquecito a ese señor en el hombro y lo sustituyó.

Fuimos las primeras en desfilar, Elizabeth y yo, del brazo. No era el momento más oportuno, pero le dije que le sentaba bien el negro, lo cual es verdad. A mí me quita toda la energía, me temo. Me puse un bonito broche, un sol, porque pensé que a Stephen le habría gustado, y me daba un poco de brillo. Vi que Wilfried lo observaba.

Estos sitios se esfuerzan en dar una imagen agradable y tranquila, un reducto en el que el mundo no pueda entrar, un manto protector. Pero entonces adviertes un letrero de Salida de incendios encima de una puerta y el mundo real irrumpe de repente. Alguien se había olvidado un bolígrafo viejo sin el capuchón en uno de los bancos.

Cuando dejaron el ataúd, Bogdan vino a sentarse al otro lado de Elizabeth. No lloraba, y ella tampoco. Donna estaba detrás y, de vez en cuando, se arrimaba a nuestro banco y le apretaba el hombro. Para hacerle saber que estaba con él. Yo hice lo mismo por Elizabeth, pero nadie lo hizo por mí.

Una joven muy agradable dirigió la ceremonia. Tenía varias historias que

contar sobre Stephen —Ibrahim las había recopilado— y leyó un par de pasajes de la Biblia, que ya sé que es lo que se hace en estos casos. He asistido a muchos funerales y son tantas las personas a las que he visto cruzar el valle de sombras de la muerte. Creo que voy a pedir algo un poco más alegre para el mío. La solemnidad se me hace un poco cuesta arriba, aunque supongo que a veces es necesaria. Solo paré de llorar durante el funeral de Gerry cuando el vicario nos explicó que Dios era todo bondad y perdón.

Intenté imaginarme cómo se sentía Elizabeth sabiendo el papel que había tenido en la muerte de Stephen. Pero espero que estuviera pensando más en el papel que tuvo en su vida. Pusieron un himno que no conocía y luego sonó una pieza de música clásica mientras el ataúd desaparecía poco a poco. No reconocí la pieza. No era nada que hubiera oído en un anuncio o algo así; Stephen era un apasionado de la música. Fue entonces cuando Elizabeth empezó a llorar. El brazo de Bogdan rodeaba sus hombros; el mío, su cintura, pero vi que no sentía ninguno de los dos.

Eché un discreto vistazo hacia atrás y vi que Pauline y Ron lloraban a lágrima viva. Ibrahim estaba con la cabeza baja y los ojos cerrados. Mirando hacia el final de la sala, vi que Marianne se había marchado.

Habíamos quedado en que tomaríamos unas copas y unos aperitivos en mi casa. No había necesidad de reservar un salón y someter a Elizabeth a la mirada de nuestros vecinos. Los amigos de Stephen no volvieron con nosotros; se despidieron en el crematorio. Marianne, de hecho, no se había marchado; estaba fuera, llorando en uno de los bancos. Wilfried fue a consolarla. Todos tenemos una historia, ¿no? Si hubiéramos seguido a Marianne o a Wilfried hasta sus casas, ¿qué habríamos descubierto?

Puse una foto de Stephen en la mesa del comedor. Se lo ve fumándose un puro y es evidente que está contando un chiste. También encendí algunas velas y Bogdan había puesto el tablero de ajedrez con las piezas en la posición de la última partida que Stephen le había ganado. Intentó explicármela, pero le dije que me sentía más a gusto hablando de velas.

Tomamos unas copas de un espumoso inglés que Chris había traído. Patrice lo había comprado. Por lo visto, no tuvo problema en comprarlo inmediatamente después del asesinato de Dominic Holt, «porque te hacían un descuento de un treinta por ciento si habías hecho la visita guiada». Esta mujer está hecha de la misma pasta que yo.

Casi todos los aperitivos eran del Aldi, pero con las copitas de Waitrose mejoraron bastante.

Puse la emisora de clásica en la radio y la música fue una delicia, salvo en el momento de los anuncios.

Era importante que pudiéramos demostrarle a Elizabeth que podía contar con todos nosotros. Que tenía una pandilla. No solo el Club del Crimen de los Jueves, sino también la panda de descarriados que hemos ido reuniendo con el tiempo. Bogdan, por supuesto, pero también Donna. Y Chris y Patrice. Y Pauline, que parece haberse convertido en un miembro permanente del elenco. Incluso Bob *el Informático* vino a dar el pésame. No así Mervyn, aunque le dije que sería bienvenido. «No conocía al tipo», me dijo por toda respuesta.

Chris tenía algo que anunciar, pero saltaba a la vista que no estaba muy seguro. Por un momento pensé que iba a declararse, lo cual, en mi opinión, habría sido un tanto excesivo dadas las circunstancias. En vez de ello, nos dijo, en la más estricta confianza, que Samantha Barnes había sido asesinada. Dijo que no era el momento de hablarlo, pero que había pensado que nos gustaría saberlo cuanto antes.

Elizabeth eligió ese instante para hacer mutis. No investigará nada durante una temporada. Bogdan la acompañó a casa y no volvió hasta pasada una hora más o menos.

Conversamos sobre Stephen, también un poco sobre Samantha Barnes, pero sin demasiada convicción, porque sin Elizabeth, ¿tenía algún sentido continuar? Donna les habló a los chicos de Mervyn y de Tatiana. Lo están pasando bien. La vida sigue, hagas lo que hagas. Es una apisonadora.

Se han marchado todos a eso de las nueve. Luego he fregado los platos. Y ahora todos tenemos una larga noche por delante.

Creo que voy a llamar a Joanna. Sé que es bastante tarde, aunque creo que no llevamos los mismos horarios. Una vez la llamé a las nueve de la mañana de un sábado y me cantó las cuarenta. Yo ya llevaba tres horas en danza. Espero que me coja el teléfono. Solo quiero que me cuente cómo le ha ido el día, cosas normales. Quizá hablar un ratito sobre su padre.

Alan sabe que estoy triste. Está tumbado junto a mi silla, con las patas sobre mis pies, asegurándose de que no me hagan más daño.

64

Ron rodea a Pauline con el brazo.

La echaba de menos, así que la ha llamado. Ella lo echaba de menos a él, pero no contestó a su mensaje, así que él volvió a escribirle, esta vez un chiste sobre un caballo que jugaba al críquet. Ella lo echaba de menos, se rio al leer el mensaje, pero tampoco le contestó esta vez. Él seguía echándola de menos, así que la llamó a pesar de que sabía que no debía hacerlo. Ella lo echaba de menos, pero no contestó a la llamada.

Él la echaba de menos, así que le escribió que iría al funeral. Le explicó cómo se sentía, que la quería y que la echaba de menos. Y ella se tomó uno de los días de asuntos propios, se vistió de negro, fue a Coopers Chase, llamó a su puerta, le dio un beso, le dijo que no podía llevar una corbata del West Ham en el funeral de Stephen y luego se ablandó cuando él le dijo que no tenía más corbatas. Él le dijo cuánto le gustaba vestida de negro, ella le dijo que era un comentario fuera de tono, luego le cogió la mano y no se la ha soltado desde entonces.

—¿Crees que alguien podrá dormir esta noche? —pregunta Ron.

—No —contesta Pauline—. Elizabeth estará llorando, Joyce haciendo pasteles, Ibrahim dando un paseo mientras finge que piensa en otras cosas.

—¿Crees que hicieron bien? ¿Stephen y Elizabeth?

—Estas cosas no se hacen bien ni mal, Ronnie —repone ella—. Si es lo que querían hacer, no le han hecho daño a nadie salvo a ellos mismos. Y no está prohibido hacerse daño a uno mismo.

—¿Como escribirle mensajes a tu ex cuando no deberías hacerlo? —dice él.

—Asistir en el suicidio de tu pareja y escribirle a tu ex quizá no sean cosas comparables —replica Pauline—. Y, además, no soy tu ex.

—¿No lo eres? —pregunta Ron.

—Qué va —dice ella—. Los dos somos unos ridículos, Ronnie. Pero quizá no está mal que lo seamos, ¿no?

—Yo no soy un ridículo. Mucho tendrás que buscar para encontrar a una persona menos ri...

Pauline le pone un dedo sobre los labios.

—¡Calla! Eres un ridículo. Por eso te queremos todos, Ronnie. Tus amigos. Eres un hombre maravilloso, grande, fuerte y ridículo.

—Bueno, pues tú no eres ridícula —responde él.

—Estoy en la cama contigo, ¿no? Y no tuve que saltarme una cola entera de mujeres sensatas para llegar aquí —dice ella.

Ron sonríe y luego se siente culpable por haber sonreído.

—¿Qué haremos con Elizabeth?

—Hay que darle tiempo —comenta ella—. Estar ahí y darle tiempo. Necesitará un par de semanas de...

El móvil de Ron empieza a sonar. Mira a Pauline y ella asiente con la cabeza para indicarle que debe contestar. En la pantalla se lee «Lizzie».

65

Ibrahim no puede conciliar el sueño. Sabía que sería así. Sabía que estaría en vela toda la noche y sabía sobre qué estaría pensando.

Marius.

Ha salido a dar un paseo por el complejo residencial. Hay una luz tenue en la ventana de Ron. Pauline estará ahí con él, e Ibrahim se alegra mucho. Eso es lo que su amigo necesita esta noche. Ron finge que no necesita nada ni a nadie. ¿A qué le recuerda eso?

También hay luz en la casa de Joyce. Ella tiene a Alan. Estará emocionado por estar despierto a esas horas de la noche. Joyce estará viendo reposiciones de alguna serie en la tele mientras piensa en Gerry. Quizá haya hablado con Joanna esta noche. Ibrahim espera que Joanna haya entendido por qué su madre puede haber necesitado hablar con ella.

Los días de muerte son días en los que el peso de nuestra relación con el amor descansa en nuestras manos desnudas. Días en los que recordamos lo que hemos perdido y tememos lo que pueda depararnos el mañana. La alegría que trae el amor y el precio que pagamos por esa alegría. Días en los que damos gracias, pero también suplicamos piedad. Por eso está pensando Joyce en Gerry, por eso Ron y Pauline están abrazados, y por eso un egipcio camina por Coopers Chase pensando en Marius. Pensando en un tiempo tan remoto que forma parte de otra vida.

Tal vez un día hable de él, aunque también es posible que no lo haga nunca. Es una caja que, una vez abierta, no puede volver a cerrarse, e Ibrahim se pregunta si su corazón será lo bastante fuerte para soportarlo. Y, además, ¿con quién podría hablar de ello? ¿Con Elizabeth? Bueno, ahora podría entenderlo. ¿Con Ron? ¿Y recibir un abrazo incómodo? ¿Con Joyce? ¿Y si viera pena en los ojos de su amiga? No está seguro de que pudiera soportarlo.

Hay otra luz encendida, por supuesto. La de Elizabeth. Esa luz estará encendida muchas noches a partir de ahora. La oscuridad que la

rodea es infinita.

Ibrahim piensa en las cajas. En la caja que contenía la heroína, que ha causado tantos problemas. La «caja» que contiene a Marius, que contiene tantísimo dolor. Le da la impresión de que abandonarán la búsqueda de la heroína. ¿Quién la tiene? A saber. ¿Quién asesinó a Kuldesh? Sea quien sea, se librará de todo castigo.

Pero la caja que contiene a Marius… ¿Se atreverá a abrirla? ¿Se atreverá a contar *esa* historia?

Un día de muerte es un día de amor. Ibrahim sabe mucho sobre ambas cosas. Quizá haya llegado el momento de…

Suena su teléfono.

66

Son las tres de la madrugada y Bogdan llora en brazos de Donna.

Llora por lo que hizo y llora por lo que ha perdido.

Ha demostrado valentía y fuerza por Elizabeth. Nada de llorar delante de ella, salvo en el funeral. Solo escuchar y, también, ayudar.

Jugó la última partida de ajedrez con Stephen hace una semana. En realidad no fue una partida. Bogdan se ofreció a enseñarle a jugar y Stephen aceptó. «Hace tiempo que le tenía ganas a esto.»

Bogdan tenía la esperanza de que recordara la estrategia del juego cuando le enseñase cómo se movían las piezas, pero Stephen no había hecho más que negar con la cabeza. «*Non capisco*, amigo.» De todos modos, estuvieron sentados con un tablero en medio, y charlaron, y Bogdan pudo fingir. Stephen siempre supo que, con Bogdan, estaba a salvo, incluso cuando no estaba seguro de quién era exactamente. Y Bogdan siempre se sintió a salvo con él.

Stephen le explicó el plan. Elizabeth ya se lo había explicado, pero a Bogdan le gustó oírlo también de labios de Stephen. Oyó la seguridad que transmitía. Stephen no tenía ganas de marchitarse, de perderse dando tumbos en el espacio. Quería conservar el dominio de su vida y Bogdan jamás le habría negado ese derecho.

En el funeral, Bogdan se había sentado con Elizabeth y se alegró mucho de hacerlo. Donna se sentó justo detrás de él, sin perder el contacto ni un instante, y eso también lo puso muy contento.

Donna está besando sus lágrimas.

—Háblame de otras cosas —pide Bogdan, y su voz, al brotar, detiene las lágrimas—. Cántame una nana.

Donna arrima la cabeza a su cuello y susurra:

—Samantha Barnes recibió un golpe con un objeto contundente. Pero murió a causa de la caída por la escalera.

—Gracias —dice Bogdan, al tiempo que se le cierran los párpados.

—Garth ha desaparecido sin dejar rastro —continúa ella—. Así

que o bien fue él o bien ha huido de la persona que lo hizo.

—Pero ¿qué sentido tiene su muerte? —inquiere Bogdan—. A menos que ella tuviera la heroína... ¿Crees que la tenía?

—Quién sabe. Mitch Maxwell y Luca Buttaci han ido al almacén y han salido con las manos vacías, así que ¿quizá decidieron hacerle una visita? Y Garth no ha estado en el almacén, por lo que también podría tenerla él, ¿no?

—Mmm... —murmura Bogdan—. No creo que Elizabeth tenga ánimo para seguir investigando.

—Va a necesitar mucho tiempo —señala Donna—. ¿Crees que tuvo algo que ver con la muerte de Stephen? ¿Crees que ella...? Ya sabes a qué me refiero...

—No —dice Bogdan—. Es un delito.

—Vamos... Estamos hablando de Elizabeth. Y no la culpo. Sería comprensible, si lo hubiera hecho. Que sea un delito no la habría detenido.

—Habría sido un delito que asistiera a Stephen. Y también lo sería que alguien hubiera sabido que lo hizo. Sería un delito que lo supiera yo, y lo sería que lo supieras tú.

—Pienso lo mismo —reconoce Donna—. Pero solo como hipótesis: ¿la habrías ayudado?

—Habría ayudado a Elizabeth, y habría ayudado a Stephen —asegura Bogdan.

—Lo sé —dice ella.

—¿Así que piensas que Garth puede tener la heroína? ¿Crees que ha conseguido encontrarla?

—Creo que vale la pena echarle un ojo —dice Donna—. Y creo que tienes razón: no vamos a poder contar con Elizabeth durante una temporada. Por eso, ¿no crees que estaría bien que lo resolviéramos nosotros? Sería una forma de hacerle un regalo, ¿no?

—Un regalo muy peculiar —señala Bogdan.

—Es una mujer muy peculiar —replica Donna.

—¿De verdad crees que puedes...?

El teléfono de Bogdan empieza a vibrar en la mesilla de noche. Son las tres y cuarto de la mañana. Mira a Donna y ella asiente con la cabeza, dándole a entender que coja la llamada. La pantalla del móvil le dice que es Elizabeth.

—Elizabeth —dice él—. ¿Estás bien? ¿Me necesitas?

—Te necesito —contesta Elizabeth—. ¿Estás con Donna?

—Sí.

—Pues que venga contigo —dice Elizabeth—. Sé dónde está la heroína.

67

¿Podrá volver a dormir algún día? Elizabeth está en la cama y se pregunta cómo puede latir tan rápido un corazón destrozado.

Son las tres menos cinco de la madrugada. Cualquiera que haya trabajado a esas horas o haya trasnochado varias noches seguidas sabrá que los minutos entre las tres y las cuatro son los que pasan más despacio. Es la hora en que la soledad te abruma por completo. En que cada segundo del reloj es una tortura.

Tuvo que hacerlo. Se lo tiene que recordar a sí misma una y otra vez. Stephen dio sus órdenes y Elizabeth sabe obedecer. Se hizo bien y fue indoloro. Stephen conservó las riendas de la situación y ello confirió una dignidad postrera a un hombre que sabía del valor de la dignidad y la merecía.

Viktor la informó después de su charla con Stephen. «Estamos de acuerdo. Stephen sabe lo que quiere.»

Viktor le dio una cajita con el material. Elizabeth no tuvo interés en saber de dónde lo había obtenido. Solo quiso saber si sería rápido e indoloro. Y sí, indetectable. Ese fue el último detalle práctico. Stephen jamás habría querido verla entre rejas y, la verdad sea dicha, la mayoría de los tribunales del país tampoco habrían querido verla en la cárcel, pero no les habría quedado otra opción. Presenciarlo sin hacer nada te convierte en cómplice. No matarás, dice el mandamiento.

El médico de familia era un viejo conocido de los servicios secretos. Elizabeth le había indicado el sitio y la hora, y él se había presentado puntualmente. Tenía unas credenciales intachables, en caso de que a alguien se le ocurriera hacer averiguaciones. Lo cual no era descartable. Hora y lugar del fallecimiento, un abrazo y palabras de consuelo para la viuda, y se marchó. Ninguna necesidad de ir a Suiza, ninguna necesidad de llevarse a Stephen lejos de casa.

Así pues, el dolor de Stephen ha concluido. Ya no está atrapado en el ruido de fondo de su mente. Atormentado por puñaladas de lucidez, como un hombre que se ahoga en el mar, logra sacar la

cabeza y es engullido de nuevo por las olas. El marchitarse ha terminado. En adelante, solo se marchitará ella. Y todo el dolor será de ella. Elizabeth se alegra, siente que merece sufrirlo. Es como una penitencia.

¿La penitencia por ayudar en la muerte de Stephen? ¿Es eso? No. Elizabeth no se siente culpable por el hecho en sí. Sabe en su fuero interno que fue un acto de amor. Joyce sabrá también que fue un acto de amor. ¿Por qué le preocupa lo que pueda pensar su amiga?

Es una penitencia por todas las demás cosas que ha hecho a lo largo de su vida. Todo lo que hizo en su larga carrera, sin cuestionarlo. Todo lo que autorizó, todo lo que aceptó sin rechistar. Está pagando un peaje por sus pecados. Stephen llegó a su vida como un regalo y ahora se lo han arrebatado, como un castigo. Lo hablará con Viktor; él debe de sentir algo parecido. Por más nobles que fueran las causas por las que luchó a lo largo de su carrera, nunca lo fueron en grado suficiente para justificar el desprecio por la vida. Día tras día, misión tras misión, ¿liberando al mundo del mal? ¿Esperando la muerte del último diablo? Menuda broma. Siempre brotarán nuevos diablos, como los narcisos en primavera.

¿De qué había servido todo? ¿Toda esa sangre derramada?

Stephen fue un bálsamo para su alma mancillada. El mundo lo sabía y, por eso, el mundo se lo arrebató.

Pero Stephen la había conocido de verdad, ¿no? ¿Había visto quién era en realidad, su verdadero ser? Y aun así la había elegido... Stephen la había creado, esa era la verdad. Había reunido sus piezas rotas y las había vuelto a montar.

Y aquí está ahora. Deshecha. Con las piezas desmontadas.

¿Cómo continuará su vida en adelante? ¿Es posible que la vida continúe? Oye un coche en una carretera alejada. ¿A santo de qué iba a conducir alguien a esas horas? ¿Queda algún sitio al que ir? ¿Por qué sigue desgranando los segundos el reloj del salón? ¿No se ha enterado de que el tiempo se detuvo hace días?

De camino al funeral, Joyce se había sentado a su lado en el coche. No hablaron porque había demasiado que decir. Elizabeth miró un momento por la ventanilla y vio a una madre que se agachaba para recoger un peluche que a su hijo se le había caído del cochecito. Elizabeth estuvo a punto de soltar una carcajada: ¿cómo podía tener la vida el descaro de continuar? ¿Acaso no lo *sabían*? ¿Acaso no lo

habían *oído*? Todo ha cambiado. Absolutamente todo. Y al mismo tiempo nada ha cambiado. Absolutamente nada. El día sigue su curso como siempre. Un anciano en un semáforo se quita el sombrero cuando ve pasar el coche fúnebre, pero, aparte de eso, la calle que cruza el pueblo muestra el mismo rostro que cualquier otro día. ¿Cómo es posible que esas dos realidades distintas puedan coexistir?

¿Quizá Stephen tenía razón al hablar del tiempo? Fuera del coche, el tiempo avanzaba, a paso firme, firme, sin tropezar ni una sola vez. Pero dentro del coche el tiempo había empezado a desandar el camino, a replegarse sobre sí mismo.

La vida que compartió con Stephen siempre valdrá más que la vida que ella tendrá en adelante. Pasará más tiempo allí, en el pasado, lo sabe. Y, a medida que el mundo avance a paso acelerado, ella se irá quedando rezagada cada vez más. Llega un día en el que miras más los álbumes de fotos que las noticias de la tele. Un día en el que te bajas del tiempo y permites que siga a lo suyo mientras tú te dedicas a lo tuyo. Sencillamente, dejas de bailar al son del tambor.

Lo ha visto en Joyce. Con todo su ajetreo, con toda su chispa, hay en ella, sin embargo, un rincón, el más importante, que está cerrado. Hay un rincón de Joyce que siempre permanecerá en un salón bien ordenado, en el que Gerry tendrá los pies sobre la mesa y una joven Joanna estará radiante de alegría mientras abre sus regalos.

Vivir en el pasado. Elizabeth nunca lo ha entendido, pero lo entiende ahora, con deslumbrante claridad. Su pasado siempre fue demasiado oscuro, demasiado triste. Familia, escuela, el trabajo peligroso y comprometedor, los divorcios. Pero, desde hace tres días, Stephen es su pasado y es ahí donde ha elegido vivir.

No acudieron muchos amigos al funeral, aunque Elizabeth pudo reunir a algunos. Se pregunta si Kuldesh habría asistido de haber ido las cosas de manera distinta. Stephen habló mucho sobre él en sus últimas semanas.

Vuelve a encender la lámpara de la mesilla de noche. No dormirá. ¿Y si sale a dar un paseo? Aprovechar que no habrá nadie que la vea, nadie que le dé el pésame. Está pensando que quizá se cruce con Snowy, que habrá salido a hacer su ronda nocturna, pero entonces se acuerda. Pobre Snowy. Elizabeth empieza a llorar. Por Snowy y por Kuldesh. Las lágrimas por Stephen las guardará por ahora. Serán de una dimensión muy distinta.

Pobre zorro. Enterrado junto al huerto, junto a los rábanos con los que Stephen se obsesionó en sus últimos días. Nunca le había gustado la jardinería. Su cerebro había decidido jugarle otra mala pasada.

Se lo imagina ahora mismo, regan...

Elizabeth nunca ha sabido de dónde surgen en realidad los momentos de inspiración. La idea fulminante que lo explica todo, que proyecta luz donde antes solo reinaba la oscuridad. La única manera que tiene de describirlo es pensar que la inspiración se produce cuando dos ideas por completo distintas se juntan y, de pronto, se iluminan entre sí, dándose sentido la una a la otra.

El hecho de que Stephen hablara tantas veces sobre Kuldesh en sus últimos días: «Lo vi hace poco». Que hablara sobre el huerto y los rábanos: «Prométeme que cuidarás del huerto».

«Ay, Stephen, qué inteligente eras —piensa Elizabeth—. Incluso en la niebla pudiste encender una luz que guiara mis pasos.»

Desde que abandonó los servicios secretos, ha contado con ciertas garantías. Botones del pánico, líneas directas, por si acaso el pasado volvía para pasarle factura. Y, ahora lo entiende, ella, casi con toda seguridad, también tiene un número imposible de rastrear. Un código 777.

Ha sido una estúpida. La segunda llamada que Kuldesh hizo esa tarde fue al número fijo de casa. Kuldesh habló con su maravilloso Stephen.

Stephen forma parte de su pasado y quizá llegue un día en el que encuentre la manera de que le resulte soportable. Pero, quizá, tal vez durante unos pocos días más, Stephen pueda formar parte también de su futuro.

Elizabeth se pregunta si es demasiado tarde para llamar a Bogdan. Pero recuerda enseguida que el tiempo se ha detenido por completo y que Bogdan tampoco habrá podido conciliar el sueño esta noche, de modo que decide llamarlo.

Antes, sin embargo, se pone unos zapatos y un abrigo, y sube caminando a la colina, solo para cerciorarse. Fuerza el candado del cobertizo del huerto y allí, todo el mérito es de Ron, le espera una pala nuevecita.

Tercera parte
Como en casa en ningún sitio

68

Joyce ha recibido la llamada hace veinte minutos y ya está en la colina, envuelta en su abrigo de invierno. Elizabeth y Bogdan estaban allí, esperándola, y abajo ve a Ibrahim, Ron y Pauline, que suben poco a poco.

—Espero no haberte despertado —dice Elizabeth.

—Ya sabes que no —contesta Joyce—. Estaba viendo el programa de antigüedades que dan en la tele. Bogdan, no sé cómo puedes ir sin chaqueta.

—Bogdan cree que llevar chaqueta es una señal de debilidad —dice Elizabeth.

—Sí —conviene él.

—De haberlo sabido, habría traído un termo —dice Joyce justo en el instante en que Ibrahim, Ron y Pauline llegan a su altura—. Puedo ir en un momento...

—Pues no nos vendría mal en esta mañanita —dice Ron, y le da un abrazo a Elizabeth que esta acepta a regañadientes.

—Pensaba que íbamos a dejar el tema de la heroína —señala Joyce—. Después de lo que dijiste.

—Yo también lo pensé —dice Elizabeth—. Pero estaba en vela, como os podéis imaginar, pensando en Stephen.

—Claro que sí —admite Joyce—. Y yo también. Bueno, en Stephen y en Gerry.

—Yo estaba pensando en todo tipo de cosas. Y me torturaba pensando en toda la felicidad que nos rodea. Y entonces he empezado a recordar a Kuldesh —explica Elizabeth—. En lo bonito que habría sido tenerlo aquí con nosotros. En lo mucho que Stephen hablaba de él últimamente.

Joyce ve que, después de echarle un vistazo a Bogdan, Ron empieza a quitarse la chaqueta. No va a permitir que nadie lo supere en virilidad.

—Pero entonces mis ideas se han desviado en muchas direcciones

distintas —prosigue Elizabeth—. ¿Por qué hablaba tanto Stephen de él? Dijo que lo había visto hacía poco y todos supusimos que se refería al día en que fue a verlo a la tienda, con Bogdan y Donna.

—¿Y no era así? —pregunta Bogdan.

—De pronto caí en ello —dice Elizabeth—. Quizá se me había pasado algo por alto. ¿Y si Stephen vio a Kuldesh en otra ocasión más reciente?

—¿Qué quieres decir? —pregunta Ron, fingiendo que no tirita.

—¿Y si vio a Kuldesh después de Navidad?

—¿Después de que desapareciera? —pregunta Joyce.

—Bueno, sabemos que Kuldesh estaba metido en un lío —apunta Elizabeth—. Llamó a Nina y se lo contó todo. Y si Nina no pudo ayudarlo, ¿a quién habría llamado entonces?

—A Stephen —dice Ibrahim.

—Kuldesh tenía un dilema —prosigue Elizabeth—. Se había encontrado con un alijo de drogas duras y decidió robarlo por su cuenta y riesgo.

—¿Y necesitaba alguien en quien pudiera confiar? —pregunta Donna.

—Exacto —responde Elizabeth—. Un viejo compañero de batallas. Alguien a quien hubiera visto hacía poco. Alguien en quien pudiera confiar a ciegas. Alguien que viviera en un sitio apartado.

—Pero Stephen lo habría rechazado de plano —dice Joyce.

—Quizá sí —comenta Elizabeth—. Pero no lo creo. Lo que pienso es que Kuldesh vino el veintisiete de diciembre, mientras estábamos con Donna y Mervyn. Dos ancianos, una fortuna en drogas y el peligro pisándoles los talones. ¿Qué sitio más seguro que Coopers Chase para esconderla?

—Cuando encontramos a Snowy —dice Bogdan—, Stephen dijo que este suelo era durísimo de cavar. Me entró por un oído y me salió por el otro.

—Y a mí me pidió que cuidara del huerto, aunque nunca tuvo uno —añade Elizabeth—. Me lo mencionaba sin parar. Kuldesh y el huerto. Kuldesh y el huerto.

—¿Así que está enterrada aquí? —concluye Donna—. ¿Esa es la teoría?

—Estamos a punto de descubrirlo —dice Elizabeth—. Bogdan, ¿puedes hacer los honores?

Él levanta la pala nueva y empieza a cavar tan cerca de los rábanos como puede.

—¿Necesitas que te eche una mano, Bogdan? —se ofrece Ron.

—No se preocupe, Ron. Gracias.

Mientras continúa cavando, y el metal araña la tierra inflexible, Ibrahim levanta la mano como un niño pequeño en clase.

—Perdonadme —dice—. Tal vez sea un tonto, pero ¿por qué iba Stephen a ayudar a Kuldesh?

—Eran amigos, ¿no? —replica Ron—. Yo te ayudaría a ti.

—Si estuviera enterrando heroína, ¿querrías ayudarme? —pregunta Ibrahim—. ¿No me dirías: «No entierres heroína, Ibrahim», «Entrégala a la policía, Ibrahim» o «Devuélvesela a los gánsteres antes de que te maten, Ibrahim»?

—Bueno, no te diría que se la llevaras a la policía —afirma Ron.

—Buen chico —dice Pauline.

—Pero entiendo a qué te refieres, Ibrahim —añade Ron—. De todos modos, ¿por qué haría algo así, Lizzie? Enfangarse en un lío de drogas... No habría sido propio de Stephen.

—Quizá por amistad, Ron. Quizá por ganas de ser atrevido. Pero lo más probable es que no entendiera del todo lo que le pedían.

Esta última idea hace que el grupo se quede en silencio un momento. Lo único que se oye en la oscura ladera es la pala con la que Bogdan cava en el suelo y el ruido de la chaqueta de Ron cuando vuelve a ponérsela.

Bogdan da con un objeto duro.

—Ahí vamos —dice apartando la tierra suelta que hay alrededor de lo que ha encontrado. Finalmente, se arrodilla y saca del agujero una fea caja achaparrada y de pequeñas dimensiones. La deja en el suelo.

—Stephen, qué cabronazo eras —murmura Ron.

La tapa tiene un borde que resalta un poco. Todos lo miran un instante.

Joyce decide que hace demasiado frío para esperar. Se arrodilla junto a la caja y mira a los demás.

—¿Hago los honores?

Tras recibir una salva de cabezas que asienten, coloca suavemente los dedos debajo del reborde de la tapa y esta empieza a ceder. Está segura de que la encontrará vacía. No sabe por qué, pero

está segura. La levanta.

La caja no está vacía. Está llena de un polvo blanco.

—¿Estamos seguros de que es heroína? —pregunta Ron—. Podría ser detergente, ¿no?

Pauline se inclina sobre la caja, saca las llaves y rompe el envoltorio de plástico. Se moja la punta del dedo, la hunde en el polvo y lo prueba.

—Es heroína —asegura.

—Qué bien tenerte a bordo, Pauline —comenta Elizabeth.

—Cien mil libras en heroína —dice Ron.

—Que ya han costado muchas vidas —declara Ibrahim echando un vistazo al entorno, como si temiese que hubiera francotiradores en los árboles.

Joyce vuelve a cerrar la caja y se la pone bajo el brazo.

—¿Puedo decir algo? ¿Para que conste?

Los otros le indican que tiene la palabra. Joyce no sabe muy bien cómo expresar lo que quiere decir. Pero se lanza.

—Esta es la clase de momento en que Elizabeth tomaría el mando de las operaciones. Pero no voy a permitirlo. Ella tiene cosas más importantes de las que ocuparse. Así que voy a tomar yo el mando otra vez y voy a contaros cómo lo veo. Perdóname, Elizabeth... Bogdan, ¿podrías hacerme el favor de ponerte la chaqueta? Ahora tenemos lo que todo el mundo está buscando. Aquello por lo que todo el mundo está matando. Esta cajita. Kuldesh, Dominic Holt, Samantha Barnes, a saber quién más... Y nadie sabe que lo tenemos, lo que nos coloca en una posición de fuerza.

—Muy bien dicho —comenta Ibrahim—. Muy Elizabeth.

—Gracias —repone Joyce—. Así pues, lo que propongo es lo siguiente. Elizabeth, no hagas nada que no te apetezca hacer. Estamos contigo. En cuanto al resto, los que podamos dormir esta noche, hagámoslo. Y pronto comunicaremos que hemos encontrado la heroína. No dónde la encontramos ni dónde la guardamos, sino, simplemente, que la tenemos. Y entonces a esperar.

—¿Esperar a que nos maten también? —dice Ron—. Muy Elizabeth, sí.

—De eso se trata —replica Joyce—. Esperamos y vemos quién viene a matarnos. Usaremos la heroína como anzuelo y veremos si nos sirve para encontrar a quienquiera que asesinó a Kuldesh. Nunca se

sabe, ¿no? A veces hay que precipitar los acontecimientos.

Dicho esto, dirige a la banda la mirada más severa de que es capaz. No va a tolerar discrepancias.

—Este es nuestro regalo para Stephen. ¿Vale, Elizabeth?

Ella asiente mirando a su amiga.

—Se dice «quienquiera que asesinase a Kuldesh». Pero, eso aparte, sí.

69

Es el primer banquete del que es anfitrión. Porque es un banquete, ¿no? ¿Un curri de verduras un domingo al mediodía?

—Baja la calefacción —le pide Patrice a Chris antes de servirle una copa de vino a Joyce.

Chris supone que es un banquete. Hasta cierto punto. Donna y Bogdan. Joyce e Ibrahim. Chris y Patrice. Han encontrado la droga, desde luego que sí, ¿cómo pudo llegar a dudarlo? Y ahora lo único que tienen que hacer es usarla para atrapar al asesino. Así de fácil.

—He creado un grupo de WhatsApp titulado «¿Quién mató a Kuldesh?» —anuncia Ibrahim—. Por supuesto, os he incluido a todos en él. Voy a enviaros una hoja de cálculo. Ahora ya no uso papel.

—¿Sabe que extraen cobalto para fabricar estos móviles? —dice Patrice.

—Por favor —replica él—. Cada lucha tiene su momento.

Varios móviles suenan con distintos tonos.

—Ron y Elizabeth también forman parte del grupo —informa Ibrahim—. Pero creo que, ahora mismo, no podemos esperar demasiado de Elizabeth. ¿Tú qué opinas, Bogdan?

—Opino que es verdad —repone él.

—Y Ron se ha empeñado en no aprender cómo funciona WhatsApp —añade Ibrahim.

Donna ha abierto el archivo adjunto que le ha llegado al móvil y lee en voz alta:

—«¿Quién ha muerto?» Es un principio muy atrevido.

—Gracias —dice Ibrahim—. ¿Quién ha muerto? Kuldesh ha muerto. Dominic Holt ha muerto. Samantha Barnes ha muerto. Según Donna, un tal Lenny ha muerto.

—Trabajaba para Mitch —explica Donna—. Asesinado en Ámsterdam. Me enteré ayer en la máquina de café. Alguien de la Agencia Nacional contra el Crimen intentó fardar conmigo.

—Dime cómo se llama el tío —pide Bogdan.

—Era una tía —responde Donna—. No sea tan binario.

—Pues voy a añadirlo a la lista —dice Ibrahim—. Chris, ese curri huele maravillosamente.

—¿Estáis seguros de que no puedo ayudar en nada? —inquiere Joyce.

—Todo bien pelado, picado y guisado a fuego lento —comenta Chris desde los fogones—. Ustedes tómense una copa de vino y hablen de crímenes relacionados con el narcotráfico y de cómo intentan ligarse a Donna.

—Vale, he añadido a Lenny a «¿Quién ha muerto?» —dice Ibrahim.

—Entonces ¿quién queda con vida? —pregunta Bogdan mientras lee la pantalla de su móvil.

—Mitch Maxwell sigue con vida —contesta Ibrahim—. Luca Buttaci y, seguramente, Garth, aunque no se lo ha visto desde que asesinaron a su esposa. Me aventuro a decir que uno de los nombres de nuestra lista «¿Quién queda con vida?» será el asesino de por lo menos uno de los nombres de nuestra lista «¿Quién ha muerto?». También deberíamos añadir a Nina Mishra y Jonjo Mellor a «¿Quién queda con vida?», ya que estuvieron implicados en todo este asunto desde el primer día. Joyce, ¿por qué no estás mirando tu teléfono?

—No he conseguido abrir la hoja de cálculo —contesta ella—. Pero prometo que os sigo. Nina Mishra sería una asesina muy glamurosa, si lo ha hecho. Jonjo quizá resultaría un poco desaborido... ¿Todavía se usa la palabra *desaborido*?

—¿Podemos añadir a la mujer de mediana edad que sigue visitando a Connie Johnson en la cárcel? —propone Donna.

—La manduca está lista —dice Chris, que llega a la mesa con una fuente humeante de curri. La misma mesa que, durante años, esperó sola, sin recibir cariño, cubierta de cartas de restaurantes de comida para llevar, periódicos viejos y, de vez en cuando, alguna fotografía forense de un crimen. Y ahora... mírala. Gente sentada a su alrededor, con tenedores y cuchillos, sirviéndose el arroz con un cucharón. Qué largo camino ha recorrido. Entonces, se da cuenta de que hay una gran fotografía del cadáver de Samantha Barnes junto al bol de quingombó, así que hay cosas que no cambian.

—Va muy bien con la verdura —opina Donna.

—La verdad es que sí —conviene Joyce—. Ron no lo soportaría.

—¿Dónde está hoy? —pregunta Patrice.

—Ha ido a aromaterapia con Pauline —aclara Ibrahim.

—¿Así que han vuelto? —pregunta Patrice—. Es como *La isla del amor*, con estos dos.

—En Polonia, *La isla del amor* se llama *La montaña del amor* —comenta Bogdan—. Y una vez alguien murió congelado.

—Repitan si les apetece —dice Chris. Siempre ha querido decir algo así. La conversación fluye y la verdad es que la comida no está nada mal. Donna tenía razón: para ser sincero, las berenjenas no se notan.

—¿Cómo lleváis lo del robo de caballos? —pregunta Joyce.

—Es el caso más difícil que nos hemos encontrado —comenta Donna—. Hemos removido cielo y tierra. Ni rastro de los caballos.

—¿Dónde está ahora la heroína? Por curiosidad —dice Chris.

—A buen recaudo —asegura Joyce.

—Eso normalmente quiere decir su tetera, Joyce —señala Donna.

—No habría cabido. Así que la guardo en el microondas.

—¿Ya no está en la caja? —pregunta Bogdan—. Era asquerosa.

—No, la froté a fondo y he visto que es perfecta para todas las cositas que guardo debajo del fregadero.

—Quien guarda halla —declara Ibrahim—. Chris, ¿sabías que la berenjena en realidad es una fruta y que en Estados Unidos la llaman *eggplant* porque en sus primeras variedades era blanca y de forma ovalada?

—No, no lo sabía —dice él.

—Te enviaré un artículo —añade Ibrahim—. Donna, también debo ponerte al día de nuestra estrategia en el caso Tatiana. Creo que hemos logrado un avance importante.

Una vez más, varios móviles emiten pitidos casi al unísono. Un mensaje de grupo. Chris echa un vistazo. Es de Ron y, sin que en apariencia venga a cuento, se trata de una foto de un oso panda con sombrero. Ven que Ibrahim redacta la respuesta y vuelven a sonar los móviles. «Gracias, Ron.»

—¿Cómo van a hacerles saber que tienen la heroína? ¿Cómo les tenderán la trampa? —interviene Patrice.

Chris piensa en ese instante que todos parecen congeniar, que la conversación fluye sin tropiezos. ¿Puede considerar que el banquete es un éxito? Cree que sí.

—Muy sencillo —dice Ibrahim—. Mañana iré a ver a Connie Johnson otra vez. Le contaré que hemos encontrado la droga y le pediré que no se lo diga a nadie.

—Y entonces esperamos a que lo cante a los cuatro vientos —agrega Joyce—. No te diré que no si me sirves otra copita de ese vino, Patrice. Esperamos y vemos si alguien intenta matarnos.

70

En esta ocasión Ibrahim ha sido un poco más profesional. Ha terminado la hora con Connie y el servicio prestado ha estado en consonancia con el dinero abonado. Han hablado sobre el dolor. Las formas retorcidas que adoptamos cuando intentamos evitarlo.

Al marcharse, Ibrahim deja caer la bomba.

—¿La acabáis de desenterrar? —pregunta Connie—. ¿Cien mil libras?

—Me dicen que vale cien mil libras, sí —responde Ibrahim—. No estoy tan informado como debería sobre cómo cotiza.

—¿Cuánto pesaba? —quiere saber Connie.

—Un kilo y doscientos gramos —contesta él—. Según la báscula de cocina de Joyce.

—Un kilo y doscientos gramos, directamente de Afganistán —comenta ella, haciendo un cálculo rápido—. Unas ciento diez mil libras, más o menos. ¿La han cortado?

—No lo sé. Podría preguntárselo a Pauline.

—¿Es muy blanca?

—Blanquísima.

—Entonces será pura —dice Connie—. Podría alcanzar las cuatrocientas mil libras cuando hayan terminado de distribuirla.

—Pensaba que solo sabías de cocaína —señala Ibrahim.

—Un pescador debe saber el precio de las patatas. ¿Qué vais a hacer con ella?

—No lo sé. ¿Qué harías tú?

—Yo la vendería —replica Connie—. Soy traficante.

—Bueno, claro —conviene él—. Pero si estuvieras en nuestro lugar, ¿qué harías?

—Ibrahim, lo más fácil es entregarla a la poli —dice ella—. Pero ¿cuándo habéis hecho tú y tu banda lo fácil?

Ibrahim asiente.

—Sí, supongo que la entregaríamos a las autoridades si

pensáramos que eso nos ayudaría a dar con el asesino de Kuldesh. Pero no creo que Joyce y Elizabeth confíen demasiado en el buen hacer de la inspectora Regan. De hecho, están convencidas de que nosotros estamos en mejores condiciones de descubrir al asesino.

—¿Y habéis avanzado algo? —pregunta Connie.

—Bueno, Mitch Maxwell y Luca Buttaci siguen buscando la heroína. Parecen muy interesados.

—La heroína tiene esas cosas.

—Y luego resulta que Samantha Barnes también ha sido asesinada. Pero su marido, Garth, anda suelto. O quizá ya esté muerto. Aunque no parece de los que se mueren por las buenas, así que seguramente ande suelto.

—¿Ya saben que tenéis la heroína?

—No se lo hemos dicho a nadie —responde Ibrahim—. Estamos planeando nuestro siguiente paso.

—Bueno, por mí no se enterarán —asegura ella.

—Eso espero, Connie —dice él—. Creo que confiamos el uno en el otro.

—De todos modos, ¿puedo hacerte un comentario? —pregunta Connie—. ¿Desde mi experiencia profesional?

—Adelante. Sabes que siempre te animo a un intercambio franco de pareceres.

—Un kilo y doscientos gramos no es una cantidad enorme de heroína. Por lo menos en el mundo en el que me muevo.

—Pues parece mucha heroína cuando la ves en el microondas de Joyce.

—Te lo digo solo para que lo sepas. Mitch y Luca nunca se cargarían a nadie por un kilo y doscientos gramos de heroína.

—Y, sin embargo, está muriendo mucha gente... —dice Ibrahim.

—Demasiada —conviene Connie—. Todo el mundo está persiguiendo fantasmas y uno de los afganos ha venido a Inglaterra. Esto es más importante. O hay alguien más importante detrás. Acuérdate de lo que te digo.

—Pero eso no nos sirve para averiguar quién asesinó a Kuldesh.

—Bueno, eso es asunto vuestro, no mío. Ya sabes que tengo mucho trabajo. Pero Kuldesh timó a dos de los mayores traficantes de drogas del sur de Inglaterra. Un día después aparece muerto de un disparo. No hay que ser un genio para entenderlo.

—¿Así que crees que el asesino fue Luca o Mitch? ¿Que uno de los dos engañó a Kuldesh para que fuera a ese camino rural y le disparó?

—Eso es lo que habría hecho yo —afirma ella—, con el debido respeto a tu amigo.

—Pero ¿cuál de los dos? —pregunta él.

Connie se acerca a la puerta y la abre para que Ibrahim se marche.

—Creo que el último en morir fue seguramente el que lo hizo. ¿No te parece?

—Ambos siguen con vida, Connie.

—Bueno, vamos a ver por *cuánto* tiempo, ¿vale?

—¿Sales conmigo?

—Me quedo aquí. Tengo otra cita.

Connie toca el brazo de Ibrahim cuando este se marcha. Es la primera vez que lo hace. Es un momento muy íntimo, muy impropio de ella. ¿Qué habrá querido decir? ¿«Confío en ti»? ¿«Estoy preocupada por ti»? ¿«Te aprecio»? Cualquiera de esas tres posibilidades representaría un avance.

Ibrahim sale al mundo libre. Lo pensará en el coche, mientras vuelve a casa.

Cuando se sienta al volante, ve a una mujer de mediana edad que entra en la cárcel.

71

Las vistas desde la última planta del aparcamiento son para morirse. El canal de la Mancha extendiéndose hacia el infinito. «Podrías reformar el edificio para hacer apartamentos», piensa Mitch mientras observa los coches que tiene más adelante. Inversión inmobiliaria, ese es el sector en el que hay que entrar. Sobornas a unos cuantos regidores locales, nadie intenta matarte, incluso puedes elegir la plantilla cromática. Quizá podría pensárselo cuando todo haya terminado. Si sobrevive.

Mitch aparca su Range Rover negro junto al Range Rover negro de Luca. Junto al de Luca, hay un minúsculo Fiat Uno amarillo del que ahora mismo está saliendo Garth con dificultad. Tiene aspecto de no haber dormido bien los últimos días.

—No pegas ojo, ¿eh? —dice Mitch.

—No —responde Garth, estirando los brazos por encima de la cabeza—. Gracias a los dos por haber venido.

—Me enviaste un mensaje con mi dirección y amenazaste con incendiarme la casa con mi familia dentro si no venía —dice Mitch, sacudiéndose las migas de un hojaldre de salchicha de la chaqueta.

—Y a mí me reventaste la ventana delantera de mi casa con un ladrillo —agrega Luca.

—Bueno, estáis aquí —dice Garth—. Eso es lo que cuenta.

Sopla un viento gélido en lo alto del aparcamiento, muy por encima de las calles de Fairhaven. ¿Qué querrá Garth? ¿Tiene la misma información que ellos?

—Siento lo de tu mujer —dice Luca.

¿Qué es eso de la mujer de Garth? El canadiense también parece perplejo.

—¿Perdón? —replica.

—Siento lo de tu mujer —repite Luca.

—¿Qué le ha pasado a su mujer? —pregunta Mitch.

—Alguien la asesinó —dice Garth.

—Dios —murmura Mitch. ¿Cuántas personas más van a morir? Con suerte, ninguna más. O por lo menos no él—. Lo siento, colega.

—¿La mataste tú? —le pregunta Garth.

—No —exclama Mitch.

—Entonces ¿por qué lo sientes? He oído que la heroína está en la urbanización de esos viejos. ¿Os habéis enterado también?

—Pues sí —admite Luca.

Mitch asiente. Se lo oyó a uno de los hombres de Connie Johnson la noche anterior.

—¿Y cómo la conseguimos sin matarlos? —plantea Garth.

—Se lo podríamos pedir educadamente —propone Luca.

—O llegar a un acuerdo —dice Mitch. Imagínate llegar con la droga en la mano a la reunión con Hanif. O en una bolsa, como es natural, pero imagínatelo. Si tiene que compensar a cuatro pensionistas, que así sea. Prefiere quedarse sin blanca a perder la vida. Devolverle la droga a Hanif, un apretón de manos y disculpas, salir del negocio para siempre. Directo a las inversiones inmobiliarias. O a los espumosos.

—Yo no hago tratos —declara Luca.

—¿Y cómo se te ha dado la cosa? —pregunta Garth—. Esto es lo que os propongo. Vosotros reunís doscientas mil libras entre los dos. Vamos a Coopers Chase con armas y una maleta cargada de billetes. Ellos nos dan la heroína, vosotros les dais cien mil libras, nos largamos.

—¿Y las otras cien mil? —pregunta Luca.

—Me las dais a mí —dice Garth—. Por mi ayuda y por mi dolor emocional.

—Se me ocurre algo. ¿Por qué no vamos Mitch y yo allí, sacamos nuestras armas y nos largamos con la heroína? Nada para ellos y nada para ti. ¿Qué te parece?

—No te lo aconsejaría —replica Garth.

Luca se ríe.

—Garth, somos traficantes de heroína. Tú eres un anticuario metido en algo que te va muy grande. Así que vete corriendo a tu casa, entierra a tu mujer y vende unos cuantos relojes.

Mitch no lo ve nada claro. Garth puede parecer muchas cosas, pero no es un simple marchante de antigüedades. Y, además, ya ha tenido que tratar en otra ocasión con los ancianos de la urbanización.

Y no parecen ni asustados ni estúpidos.

—Garth —dice Mitch—. Te damos cincuenta mil a ti y cincuenta mil a ellos. Sin armas.

Luca niega con la cabeza.

—Vamos, Mitch. Lo matamos y nos largamos.

—No quiero más muertes —replica Mitch—. Por favor.

Oyen una sirena, abajo, a pie de calle. Se quedan quietos como suricatas hasta que el sonido se apaga a lo lejos. Luego retoman la conversación.

—Será la última, lo prometo —insiste Luca, sacando el arma que tenía metida detrás de los pantalones y apuntando con ella a Garth.

Hubo un jugador de rugby, Jonah Lomu, un maorí neozelandés que rescribió las reglas del juego con su tamaño y su velocidad. Nadie había visto nada parecido antes de su aparición. Era un cuerpo inmenso, un tanque ciclópeo, y se movía con un ritmo y una elegancia nunca vistos. Es en Jonah Lomu en quien está pensando Mitch cuando Garth se abalanza sobre Luca, lo agarra por la cintura y lo lanza por encima del parapeto del aparcamiento. Sigue un silencio largo, atónito, que concluye con un golpe lejano y potente y el aullido de la alarma de un coche. Mitch mira a Garth. Este se peina el pelo.

—¿Cómo se enteró de que mi mujer había muerto? —pregunta Garth.

—¿Eh? —dice Mitch. Quería añadir algo más, pero no ha sido capaz de articular otro sonido.

—¿Que cómo supo que mi mujer había muerto? —insiste Garth —. Solo lo sabía la poli y el asesino.

—Así que él… —empieza Mitch.

—Él la mató, y yo la amaba —dice Garth—. Ya sé que no parezco un sentimental, pero lo soy.

—Ya lo veo —comenta Mitch, tratando de recobrar la compostura—. ¿Y ahora qué?

—Calculo que tenemos unos siete minutos para largarnos —dice Garth—. Nos vamos en tu coche.

—¿Adónde?

—A Coopers Chase. A ver si podemos recuperar tu heroína.

—Nada de muertes. Lo digo en serio. Basta.

—No puedo prometer nada. Pero si cooperan, todo irá bien.

Mitch oye los gritos de la gente en la calle, abajo, tan lejos. Siente

que todo el cuerpo se le revuelve. ¿Por qué está muriendo todo el mundo? ¿Qué se le ha pasado por alto?

Por favor, que todo eso termine pronto. Y, por favor, que pueda vivir para contarlo.

72

Ibrahim sabe que ahora solo cabe esperar. Sin duda, alguien les hará una visita en Coopers Chase para encontrar la heroína. Cada coche que pasa por la verja podría traerles la muerte.

Así que, sin que sirva de precedente, es agradable tener algo con lo que distraerse.

El amigo de Tatiana, «Jeremmy», llega esa tarde para recoger su dinero. O eso cree él. La verdad sea dicha, es muy probable que lo aguarde una sorpresa muy desagradable. Joyce, en una costumbre cada vez más arraigada en ella, tiene preparado un plan para ese hombre.

Han quedado en reunirse todos en el apartamento de Joyce a las seis de la tarde. Donna ya ha llegado y está disfrutando de la hospitalidad de la anfitriona. Así pues, si alguien pretende robarles la heroína esa tarde, por lo menos dispondrán de cierta superioridad numérica para hacerle frente.

Ibrahim ha invitado a Bob a su casa un poco antes. No sabe muy bien por qué lo ha hecho. Bueno, en realidad, lo sabe a la perfección. El tiempo lo dirá.

—No sé qué idea debes de hacerte de nosotros, Bob —comenta Ibrahim, mientras sirve dos tazas de menta poleo.

—La verdad es que nunca me ha gustado hacerme ideas de los demás —contesta Bob—. Nunca he tenido don de gentes. Los demás son casi siempre un misterio para mí.

—Toda alma verdadera es incognoscible —dice Ibrahim.

—¿Quién dice eso? —pregunta Bob.

—Yo, Freud, Jung y algunos más —responde Ibrahim—. Por eso me gusta mi trabajo. Siempre hay un límite para lo que se puede conocer. Permanecemos fuera del alcance de los demás.

—Eso es verdad —concede Bob.

—Conozco a una mujer —dice Ibrahim—. Una traficante de cocaína que puede ordenar la muerte de alguien con solo chascar los

dedos. Sin embargo, este lunes me puso la mano en el brazo como si fuéramos amantes.

—No creo que eso disculpe cargarte a la gente —replica Bob—. A menos que lo haya entendido mal...

—No, por supuesto que no —se apresura a precisar Ibrahim—. Y hoy me ha enviado un precioso ramo de flores. Las tengo en el fregadero.

—Me gustan las flores —dice Bob—. Pero nunca se me ocurriría comprarme un ramo para casa. Me sentiría ridículo. Una vez compré unas orquídeas, hace años, y cuando pagué le dije al hombre que eran para mi esposa. No sé por qué. En cualquier caso, las dejé en el tren.

—He disfrutado trabajando contigo, Bob. Estas últimas semanas.

—No creo que os haya ayudado mucho. Después de las fases iniciales.

—Pero ¿tú lo has pasado bien?

—¿Sabes? La verdad es que sí —dice Bob, tomando un primer sorbo de poleo—. A menudo resuelvo cuestionarios en internet, o leo sobre temas que me interesan, o espero a la hora de la comida, y esto me ha dado algo distinto que hacer. Creo que paso demasiado tiempo solo.

Ibrahim asiente.

—Es bonito poder elegir, ¿no?

—Y ver el *snooker* en la tele —dice Bob—. Lo pasé bien. Incluso me lo pasé bien contestando a las preguntas de Joyce.

¿Es el momento de hacerlo? ¿Seguro? Ibrahim sospecha que nunca llegará un buen momento para hacerlo.

—¿Sabes, Bob? A los veinte años era estudiante de Medicina.

—No lo sabía. Yo era operario en la fábrica en la que trabajaba mi padre.

—Oh, entiendo —asiente Ibrahim—. ¿Puedes contarme más?

—No, no —replica Bob—. Cuéntame tú.

—¿Estás seguro?

—Tenemos media hora más o menos —dice Bob.

—Es verdad —conviene Ibrahim, y vuelve a sentarse en su silla. Decide no mirar directamente a Bob. En vez de ello, fija la mirada en el cuadro del barco que tiene en la pared, ese cuadro que lo acompañó en todos sus despachos durante tantos años—. Vivía en Earls Court, ¿lo conoces?

—Sí, está en Londres.

—Eso es. Tenía muy poco dinero, pero me dieron una beca que me permitió sobrevivir en los peores momentos. Me pasaba todo el día estudiando y de noche volvía a mi estudio, que era un cuarto minúsculo. Diría que era 1963.

—Los Beatles —dice Bob.

—Los Beatles —coincide Ibrahim—. Hablaba bien inglés. Lo había aprendido en la escuela. Me llevaba bastante bien con mis compañeros de estudios, me gustaba comer en cafeterías y a veces iba a clubes de jazz. Si la entrada era gratuita.

—Debió de ser agradable —comenta Bob—. ¿Te importa si cojo una galleta?

—Por favor —dice Ibrahim, señalando el plato—. Una noche conocí a un hombre que se llamaba Marius.

—Sí —dice Bob, dando cuenta de una *digestive* de chocolate.

—Le gustaba el jazz. No tanto como a mí, pero sí lo suficiente, y lo conocí en un pub justo al lado de Cromwell Road. Se llamaba The Cherries.

—Ya veo... —murmura Bob.

—Cerró hace tiempo —añade Ibrahim—. Ahora es un Tesco Metro.

—¿No ha ocurrido lo mismo con todo? —dice Bob.

—Siempre me sentaba solo —prosigue Ibrahim—. Iba con el periódico, aunque en realidad ya lo había leído. Era una forma de sentir menos vergüenza por estar solo. Y Marius estaba en la mesa de al lado, también con un periódico. ¿Crees que deberíamos ir tirando a casa de Joyce?

Bob se mira el reloj.

—Tenemos tiempo de sobra.

Ibrahim asiente.

—Sí, supongo que sí. Era alemán, Marius, según supe. No te lo habrías imaginado. No lo parecía. Tenía aspecto de finlandés, si acaso, y me dijo... Las primeras palabras que me dirigió fueron: «Ya has leído el periódico, creo». Y las primeras palabras que le dirigí yo fueron: «Pues me parece que lo he olvidado». Pero aun así me invitó a una copa. En esa época yo no bebía, pero pedí una cerveza porque es agradable encajar con los demás, ¿no?

—Lo es —concede Bob—. A la gente le gusta que te adaptes.

—Tardé mucho en beberme la cerveza —dice Ibrahim—. Él bebía muy deprisa. O deprisa como todo el mundo, supongo. No sé... ¿Lo entiendes?

—Sí, comparado contigo —dice Bob.

—Sí —confirma Ibrahim—. Y conversamos, y me comentó que estaba estudiando Químicas en el Imperial College, que también está en Londres.

—Lo sé —afirma Bob, cogiendo otra galleta—. Es imposible comerse una solamente, ¿no?

—Es la combinación de azúcar y grasas —explica Ibrahim—. Nos vuelve locos. La banda de jazz comenzó a tocar justo en ese momento. Eran un cuarteto y tocaban muy suave, pero sabían lo que hacían, así que empecé a prestar atención, y Marius hizo lo mismo, y, de pronto, sin darnos cuenta, vimos que estábamos escuchando juntos la música.

—Suena agradable —dice Bob.

—Fue muy agradable —asegura Ibrahim—. Esa es la palabra. Creo que fue la primera vez que tuve la experiencia de hacer algo juntos. Cuando Marius fue a los aseos, al cuarto de baño, me terminé la cerveza y, cuando volvió, había pedido dos pintas más, y me dio las gracias y me preguntó si había comido en el italiano que había justo al lado de la estación de metro de Earls Court. No lo conocía, pero le dije que sí, porque no sabía cuál era la mejor respuesta que podía darle, y me propuso ir a cenar allí cuando el cuarteto terminase, y yo le dije que tenía otros planes, y él me dijo que los cancelara.

—¿Y tenías otros planes?

—En esa época nunca tenía otros planes —confiesa Ibrahim—. Así que pedí unos *spaghetti vongole* y Marius dijo que comería lo mismo.

—¿Y qué ocurrió después? —pregunta Bob.

—Esa es una muy buena pregunta. Una buena historia siempre contiene un «qué ocurrió después». Me acompañó a mi estudio, nos dimos las buenas noches y me dijo que, si era de mi interés, estaría en el mismo pub a la misma hora la semana siguiente.

—¿Y era de tu interés?

—Lo era —dice Ibrahim—. Así que volví, otra vez con el periódico, por si acaso. Supongo que lo entiendes...

Bob asiente.

—Sí.

—Y esta vez pedí una copa de vino —prosigue Ibrahim—, porque sentí que podía ser sincero. Y tocaba el mismo cuarteto, y fuimos al mismo restaurante, y hablamos sobre Alemania, y sobre Egipto, y nos contamos por qué estábamos tan lejos de nuestros países. Y yo le hablé un poco de mi padre, cosa que nunca había hecho, y no he vuelto a hacer, y, debajo de la mesa, su mano buscó la mía. En esa época había que tener cuidado, desde luego.

—Desde luego —asiente Bob.

—Nos fuimos a vivir juntos, al cabo de un mes, a un piso de dos habitaciones —dice Ibrahim—. En Hammersmith. ¿Conoces la zona?

—Algo sé.

—Y Marius encontró trabajo de repartidor en bicicleta para un periódico y yo empecé a trabajar en una tienda de paraguas, para así poder pagar el alquiler. Y continué con mis estudios, y él con los suyos. Le esperaba un trabajo en la Bayer. Era una empresa de productos químicos, quizá todavía exista. Marius era muy fuerte y muy vulnerable, y yo pude convertirme en la persona que era por dentro, algo que siempre me había parecido imposible. Y a menudo digo muchas tonterías sobre el amor, Bob, pero estábamos enamorados. Creo que nunca antes lo he dicho en voz alta.

—No —contesta Bob—. No.

—Él estaba a punto de terminar el curso —continúa Ibrahim, mirando el barco de la pared—, y su trabajo lo llevaría a Mánchester. Así que había que tomar una decisión. Había llegado la hora de la verdad. No terminaba de ver qué podía depararnos el futuro. No era como hoy. No me quejo. No elegimos cuándo nacemos. Consulté si podía trasladar el expediente a una universidad del norte, y me dijeron que no había inconveniente. Sacaba buenas notas. Así que pensé... ¿Sabes?

—Pensaste en jugártela —dice Bob—. Al cuerno con las consecuencias.

—Al cuerno con las consecuencias —conviene Ibrahim—. Hasta entonces el miedo siempre había dictado mis actos. Pero di el salto y decidí que el amor los dictara. Eran tantas las cosas que hacía por primera vez...

—Sí —asiente Bob.

—Y entonces llamaron a la puerta —dice Ibrahim—. Serían las nueve y media, mes de mayo, anochecía. Estaba guisando ternera al

vino tinto. Y era un agente de policía y me informó de que mi compañero de piso había sido atropellado yendo en bici y que había muerto, justo al lado de Strand, y me preguntó si tenía las señas de sus padres.

—Lo siento muchísimo —dice Bob.

—Y yo no tenía las señas de sus padres, le habían retirado la palabra, pero dije que podría ponerme en contacto con ellos, y saltaba a la vista que el agente de policía estaba feliz por poder quitarse aquel peso de encima. Así pude ocuparme de los trámites, haciendo ver que actuaba en nombre de ellos, y lo incineramos en Saint Pancras, y me ofrecí a llevarme las cenizas.

—¿Dónde están? —pregunta Bob.

—Hay una caja fuerte —dice Ibrahim—. Detrás de ese cuadro de un barco.

Bob mira la pintura.

—¿Y no preferirías tener a Marius a la vista?

—Somos animales de costumbres —dice Ibrahim—. Guardo mi amor bajo llave. Y desde entonces nadie ha vuelto a buscar mi mano debajo de una mesa.

Bob asiente.

—¿Crees que quizá ya es la hora? —plantea Ibrahim—. Es todo un detalle que me hayas escuchado.

Bob se mira el reloj.

—Sí, creo que deberíamos ir tirando.

Ambos se ponen de pie al mismo tiempo.

—Gracias, Bob —dice Ibrahim.

—De nada —dice Bob—. Tengo ganas de escuchar el resto de tu historia.

—Ya lo has escuchado todo —replica Ibrahim.

—Bueno, sí —conviene Bob—. Pero ¿qué ocurre después?

73

Garth conduce como vive. Con la seguridad tranquila y absoluta de que las normas no van con él.

Eso no significa que sea imprudente, nada más lejos de la realidad. Sí, se salta semáforos en rojo, pero mira a ambos lados antes de cruzar. Sí, se meterá por el arcén para ahorrarse una cola, pero, si hay alguien caminando en el asfalto, Garth bajará la ventanilla y se disculpará por las molestias causadas. Con una mujer que esperaba en una estación de autobús a la que ha estado a punto de atropellar, incluso ha considerado oportuno ofrecerse a llevarla y la ha dejado en un pueblo cercano.

Es noche cerrada, pero solo usa los faros en caso de absoluta necesidad.

—Demasiada contaminación lumínica en este país, Mitch —alega—. En Canadá todavía puedes ver las estrellas.

Si tuviera que describirlos, Mitch diría que sus sentimientos son contradictorios en ese momento. Acaba de ver cómo arrojaban al vacío desde la quinta planta de un aparcamiento a un hombre al que lo unía una vieja amistad. Pero se encuentra en camino de recoger la heroína y salvar el pellejo. Los altibajos típicos en la vida de un hombre de negocios.

—¿Estás seguro de que la tienen allí? —pregunta a Garth de nuevo.

—¿La heroína? Seguro —contesta él—. No te agobies.

—¿Que no me agobie? —replica Mitch—. ¿Sabes que me liquidan esta semana si no la recupero?

—¿Eso crees?

—¿Si lo creo? No, lo sé.

—¿Y no piensas que es raro? —dice Garth, conduciendo ahora por el carril contrario de la carretera sin que Mitch acierte a entender por qué.

—Pienso que todo es raro —comenta Mitch—. ¿Por qué conduces

por el carril contrario?

—Cuando no viene nadie, conduzco por donde me da la gana —dice Garth—. Pero ¿no crees que es rara toda esta movida por cien mil libras?

—He visto de todo en este negocio —dice Mitch.

—¿Eres un hombre inteligente, Mitch? —pregunta Garth—. ¿Tú qué crees?

Es una pregunta justa. Mitch siempre había pensado que era inteligente. Antes de todo eso. Antes de que empezaran a interceptar los envíos, y de que la gente empezara a caer como moscas. ¿Y si solo había sido un hombre con suerte? Ser despiadado y afortunado podía llevarte muy lejos en la vida. Mitch se da cuenta de que ha perdido un poco de confianza en sí mismo. Su suegro le dijo una vez que las tres primeras cosas que se pierden son las rodillas, la vista y la seguridad en uno mismo. Mitch vuelve a mirar a Garth, a esa montaña de hombre al que todo parece importarle y traerle sin cuidado en igual y enorme medida.

—De verdad siento mucho lo de tu mujer —dice Mitch.

—Gracias, colega. Las cosas no suelen afectarme, pero esto me tiene bastante destrozado.

—¿Quieres hablar?

—No —responde Garth—. Por lo menos, no contigo.

—¿De verdad crees que Luca la asesinó? —pregunta Mitch—. Me parece que quizá te...

—Te he dicho que no contigo —lo corta Garth, dando por zanjada la conversación.

Mitch es consciente, mientras avanzan en dirección a Coopers Chase, de que Garth está al mando. La heroína tal vez sea suya, pero la mujer de Garth acaba de ser asesinada, y ese hombre acaba de tirar a Luca Buttaci de la azotea de un aparcamiento, y seguramente tiene un arma mucho más potente. De modo que Mitch no tiene inconveniente en hacer el papel de secundario de momento. Aun así, supone que ambos saben que, en cuanto hayan conseguido la heroína, todo estará por decidir.

74

Hay ahora cinco personas en el apartamento de Joyce. Ella, Elizabeth, Ron e Ibrahim, todos presentes y correctos, y su nuevo amigo, Bob *el Informático*. Ibrahim advierte que Bob se siente como el quinto Beatle. Está contento de verlo feliz y está contento de haberle hablado a alguien de Marius, por fin.

Hasta hace un momento eran seis, pero Joyce acaba de enviar a Donna a la calle para que se esconda detrás de un arbusto.

Joyce lo tenía todo planeado desde el instante en que desenterraron la heroína. Ibrahim está muy orgulloso de conocerla.

Han abierto el portátil, han servido el té y han juntado algunas sillas más de la mesa del comedor cuando suena el timbre. Saben que es la última ocasión en que sonará esa noche. A esas horas, Alan ya ha acudido tres veces a la llamada del timbre y no cabe en sí de alegría.

Joyce le abre la puerta a un joven que, evidentemente, no esperaba semejante comité de bienvenida.

—Adelante —dice Joyce—. Debes de ser Jeremmy.

—¿Dónde está el dinero? —pregunta él.

«Jeremmy», el supuesto «emisario» de «Tatiana». Por desgracia, no es tan inteligente como aparenta. Bob *el Informático* descubrió que «Tatiana» y «Jeremmy» habían enviado mensajes desde la misma dirección IP.

Así que Jeremmy no está trabajando para el estafador romántico ni le está haciendo un favor al estafador romántico; Jeremmy *es* el estafador romántico. El hombre que le ha robado cinco mil libras a Mervyn y que se ha presentado para robarle otras cinco mil.

Es posible, sin embargo, que se le haya acabado la suerte.

—Por favor, no tenemos prisa, querido —dice Joyce, y no le deja otra opción que acompañarla al interior del apartamento.

Jeremmy mira a su alrededor.

—¿Quién es Mervyn?

—No ha podido venir —dice Ibrahim—. Siéntate un momento.

Tenemos una propuesta que hacerte.

—Tengo que marcharme enseguida —repone Jeremmy.

—Tonterías —dice Ron—. La noche es joven. Siéntate y presta atención.

—Tendrás que conformarte con una silla del comedor —tercia Joyce—. Nos hemos repartido las sillas por orden de llegada.

Jeremmy toma asiento y los mira a todos a la vez. Cubre con los brazos una bolsa de viaje.

—Lo primero es lo primero —dice Ibrahim—. Lamento decírtelo, pero no vas a recibir ningún dinero.

Jeremmy mueve la cabeza despacio, en un gesto de negación.

—Cinco mil libras —replica—. Dentro de esta bolsa. O disparo a alguien.

Ibrahim mira a Elizabeth, por pura costumbre.

—No me miréis a mí —dice ella—. Esta vez se ocupa Joyce.

—Llevas el arma en la bolsa, ¿no? —dice Ron.

Jeremmy asiente.

—Has venido hasta aquí en tren, para hacerle un favor a una amiga y verte con un viejo, ¿y has traído un arma?

—Soy precavido —replica Jeremmy.

—No cuela, pero vale —concede Ron—. Vale, vale… Vamos a jugar a «Que levante la mano quien lleve una pistola encima».

El hombre levanta la mano y ve que Elizabeth hace lo mismo justo después. Ron se muestra gratamente sorprendido.

—No estaba seguro de si hoy la llevarías, Lizzie.

—Estoy de luto, Ron —afirma ella—. No estoy muerta.

Ron asiente y se vuelve hacia el joven.

—Bien, si llevas un arma, que no es el caso, nosotros también tenemos una, así que punto en boca y escúchanos. Te echaremos de aquí lo más rápido que podamos.

Ibrahim ve que Joyce asiente con alegría.

75

Chris ha pedido boniatos fritos. Intenta convencerse de que están tan ricos como las patatas, pero no es así, evidentemente. De todos modos, para llegar entero a la noche, no nos queda más remedio que convencernos de todo tipo de cosas, ¿no? Patrice observa cómo toquetea los palitos de boniato con el tenedor.

—Ya lo sé, cariño —dice ella—. Yo he pedido pescado al vapor. Sé lo que se siente.

Le Pont Noir está bastante lleno, nada mal para una noche de miércoles. Chris detuvo hace tiempo a uno de los dueños del restaurante. Por conducir ebrio por la A272. «Bonito Porsche», según recuerda, así que el hinojo marino y el chorizo deben de dar mucho de sí.

Chris ve a la inspectora Regan en cuanto esta entra en el restaurante. Jill estudia el local, buscando a alguien.

—Finge que hablamos —le dice a Patrice.

—Pensaba que eso mismo era lo que hacíamos —replica ella.

—Jill Regan acaba de entrar —advierte Chris—. Finge que he hecho un comentario gracioso.

Patrice da tres palmadas sobre la mesa y finge que se seca los ojos.

—Solo pedía una carcajada —dice Chris. Horrorizado, comprueba que el ruido ha llamado la atención de Jill Regan. Más horrorizado si cabe, advierte que ella lo ha visto y luego, como golpe de gracia, entiende que era a él a quien ella buscaba y ve que se acerca a su mesa—. Viene —advierte Chris—. No lo olvides. Robo de caballos.

Jill arrastra una silla de una mesa cercana y la coloca entre Chris y Patrice. Dirige una sonrisa a esta.

—Debes de ser Patrice. Me llamo Jill Regan.

Se dan la mano.

—Siento molestaros —dice Jill—. Pero necesito ayuda y toda la gente con la que trabajo me odia.

—¿Sabes que trabajamos en el mismo edificio? —indica Chris—. No hace falta que me busques en un restaurante...

Jill obvia el comentario.

—¿Qué habéis averiguado vigilando a Mitch Maxwell y Luca Buttaci?

—No los he vigilado —niega Chris, pinchando un palito de boniato—. He estado investigando los robos de caballos.

—No tengo tiempo, Chris —replica Jill—. Luca Buttaci está muerto.

—Es una pena —dice él.

—Lo es. Porque trabajaba para nosotros.

—Tenía entendido que era traficante de heroína, ¿no? —dice Patrice—. Sé que la Agencia Nacional contra el Crimen es capaz de cualquier cosa, pero esto no me lo imaginaba.

—Era traficante de heroína —dice Jill—. Hasta que lo pillamos en el Claridge's con una bolsa de cocaína, un par de prostitutas y la hermana de su mujer. Desde entonces, trabajaba para mí.

—¿Quién lo ha matado? —pregunta Chris.

—¿Y cómo? —añade Patrice—. Toma un poco de brócoli si te apetece.

—¿Conoces a un hombre que se llama Garth, Chris?

—No —responde él.

—¿No te has cruzado con él mientras intentabas localizar esos caballos?

Chris niega con la cabeza.

—Ahora en serio —insiste Patrice—. ¿Cómo lo mató?

—Lo tiró al vacío desde la última planta de un aparcamiento —aclara Jill.

—Oh —exclama Patrice al tiempo que asiente con gesto respetuoso—. ¿Qué aparcamiento?

—Las cartas sobre la mesa —dice Chris—. Imagina por un momento que sé de quién estás hablando. ¿Por qué estás aquí?

Una mujer empieza a tocar *Tiny Dancer* en el piano instalado en un rincón de la sala. Toca con suavidad.

—*Tiny Dancer* —dice Patrice.

—Tengo un problema gordo —dice Jill—. Y la gente de la Agencia está encantada de verme en esta situación.

—¿No les caes simpática? —pregunta Chris.

—No me vengas con esas. Ya me conoces.

Chris sonríe y asiente.

—A mí no me caes mal. No me gustó que me echaras de mi despacho, pero me pareces una poli como Dios manda.

—Madre mía. ¿Por qué no te casas con ella? —dice Patrice.

—A Luca Buttaci lo llevaba yo, ¿vale? —continúa Jill—. Era mío. Toda esta operación era mía. La heroína.

—¿Una operación encubierta? —plantea Chris.

Jill asiente.

—Hace unos meses empezamos a torpedear las actividades de Mitch Maxwell. Interceptamos montones de heroína, detuvimos a unos cuantos mandados, pusimos a prueba la lealtad de Luca y confirmamos la información que nos trasladaba.

—¿Y esa era la gran operación?

Jill vuelve a asentir.

—¿Te importa si te cojo una patata?

—Son boniatos, lo siento —dice Chris.

—Oh, entonces da igual —replica Jill—. Nos dieron el visto bueno para abrir la aduana al envío y luego seguir cada uno de sus movimientos.

—¿Y pillar a Mitch Maxwell in fraganti? —dice Chris.

—Exacto. Documentar cada paso, con fotos, vídeos, todo, y cuando la heroína llegara sin contratiempos a manos de Luca y, por tanto, a las mías, se suponía que íbamos a intervenir y detener a Maxwell.

—Pero nunca llegó a sus manos, ¿no? Ni a las tuyas.

—Mi peor pesadilla —confiesa Jill—. El intermediario, Sharma.

—Kuldesh —dice Chris.

—Se larga en coche de madrugada, consigue que lo maten y la heroína desaparece.

—Cien mil libras en heroína en la calle y tú sin una sola prueba de que haya existido nunca...

—El contenido de esa caja podría haber sido detergente. Hasta que la pudiéramos analizar y demostrar que era nuestra heroína.

—Así que te envían desde Londres para investigar el asesinato —concluye Chris—, aunque en realidad de lo que se trata es de encontrar la heroína, ¿no?

—Bueno, la idea era conseguir las dos cosas —repone Jill—. Pero

sí. En fin, hoy Luca creía que la había localizado. Tenía nueva información e iba a confirmarla hoy.

—Pero no pudo porque lo tiraron al vacío desde un aparcamiento —dice Patrice. Luego, la distrae la pianista—. *¡Careless Whisper!*

—Así que esto es una catástrofe, y seguramente me espera un expediente —se lamenta Jill—. Y estoy trabajando en una sala llena de gente en la que no confío, y todos saben que me estoy jugando el cuello, y que mi puesto puede caerles como fruta madura.

—Menudo desastre —dice Chris.

—Menudo desastre —coincide Jill—. Y me lo he ganado a pulso. Por eso te pido, de agente a agente, si puedes ayudarme. ¿Tienes la misma información que tenía Luca?

Chris piensa.

—Digamos que estuve estudiándola con Donna...

—Chris, sé qué habéis hecho —dice Jill—. Os lo he permitido yo.

Él levanta las cejas.

—Pues creía que la Agencia no se fiaba de nosotros.

—No se fía. Pero yo tampoco me fío de la Agencia, así que decidí jugármela.

—¿Y si te ayudo con esto? —pregunta Chris.

—Entonces... Bueno, no sé —dice Jill—. Así, a bote pronto, ¿qué te parece si no le muestro a nadie los vídeos de las cámaras de seguridad en los que se os ve allanar la nave industrial el día en que Dom Holt fue asesinado?

Chris mira sus boniatos fritos, asiente con gesto escueto y luego vuelve a mirar a Jill.

—¿Sabías que había entrado?

—Sabía que habías entrado, sabía que Donna había ido al partido de fútbol —dice Jill, contando con los dedos—. Sé que un tal Ibrahim Arif visita a Connie Johnson en la cárcel una vez a la semana. También sé que, en compañía de una tal Joyce, fue a ver a una mujer llamada Samantha Barnes. La tal Joyce, qué casualidad, estaba fuera de la nave industrial cuando encontraste el cadáver de Dom Holt. Sé que Joyce hizo fotos de los documentos con el cadáver al lado. También sé que la ayudó un tal Ron Ritchie, padre de Jason Ritchie, a quien fuiste a ver hace un par de semanas.

—Vale —asiente Chris, pero Jill no ha terminado todavía.

—Sé también que Samantha Barnes, Luca Buttaci y Mitch

Maxwell fueron a una urbanización de jubilados hace diez días y que, de los tres, dos están muertos. Sé que Donna encontró el teléfono de Kuldesh Sharma, pero no tengo manera de demostrarlo, así que espero que le hayáis dado un buen uso. Pero, sobre todo, sabía que, cuanto más me odiaras, más investigarías, por el simple gusto de fastidiarme, y sabía que tú, Donna y ese grupito con el que parecéis mezclaros erais mi mejor baza para conservar mi puesto de trabajo.

—Vaya —dice Chris—. No me equivocaba al decir que eras una buena poli.

—¿La habéis encontrado? —inquiere Jill.

—¿La heroína? —pregunta Chris—. Sí, la hemos encontrado.

—¿Podéis dármela? ¿Cómo lo ves?

—Depende. ¿Podrías ayudarnos tú a encontrar al asesino de Kuldesh? ¿Cómo lo ves?

—Vaya —dice Jill Regan—. Bueno, puedo darte varios nombres que seguro que *no* lo mataron. ¿Puede servirte?

—Sin duda sería un buen punto de partida —afirma Chris.

76

Jeremmy solo quiere cerciorarse de que no ha malinterpretado las palabras de Ibrahim.

—¿Heroína? —pregunta.

—A ver, no sabemos qué hacer con ella —dice Joyce—. Pero hemos pensado que menuda suerte la nuestra, porque parece que eres un delincuente y has venido a vernos.

—¿De dónde la habéis sacado? —pregunta Jeremmy.

—Estaba enterrada en el huerto —contesta Elizabeth—. Aunque parezca increíble. A saber qué hacía allí.

—Así que hemos pensado que, en lugar de entregarla a la policía... —añade Ibrahim.

—Sería mucho papeleo —lo interrumpe Joyce.

—... quizá podríamos ampliar horizontes y sacarnos un dinerillo —continúa Ibrahim.

—Los pensionistas no nadamos en la abundancia, chico —dice Ron.

—En fin, ¿qué te parece? —pregunta Elizabeth—. ¿Te damos esta bolsa de heroína, la vendes y compartimos los beneficios?

Jeremmy se lo piensa. Pero no está convencido.

—No me gusta. No os conozco. Dadme cinco mil libras y no me volveréis a ver el pelo.

—Está negociando duro —comenta Joyce—. Lo he visto montones de veces en *Cazadores de gangas*. Muy bien, Jeremmy. Lo hemos consultado en Google y sabemos cuánto cuesta la heroína. Es *mucho* dinero.

Elizabeth le alarga la heroína a Jeremmy. Este se chupa el dedo y lo mete en la bolsa.

—No somos tontos —dice Joyce—, aunque pueda parecerlo. Hemos calculado que tenemos unas veinticinco mil libras en heroína.

Ibrahim ve que a Jeremmy se le crispa el gesto. El tipo sabe que en esa bolsa hay mucho más de veinticinco mil libras en heroína. La

avaricia siempre termina imponiéndose.

—Aquí hay quince mil como mucho —opina Jeremmy.

—Ya te he dicho que no somos tontos —replica Joyce.

—¿Qué te parece, chaval? —tercia Ron—. ¿Quieres ayudar a una panda de viejales a echarse una canita al aire?

—Pongamos que nos das cinco mil libras y puedes quedarte con las otras veinte mil. ¿Qué te parece? —propone Ibrahim.

Jeremmy los observa una vez más. Es un delincuente como la copa de un pino.

—¿Cinco mil por esta bolsa de heroína?

—Si te parece bien... —dice Ibrahim.

Se lo parece. Cosa que no sorprende a Ibrahim. Esperaba salir de ahí con cinco mil libras y ahora lo hará con noventa y cinco mil en beneficios.

—No es que no confiemos en ti, cariño —dice Joyce—. Pero ¿podrías enviarnos las cinco mil libras por transferencia bancaria antes de marcharte? Solo para asegurarnos.

Jeremmy coge las cien mil libras en heroína y guarda el paquete en su bolsa de viaje, a todas luces encantado después de haber pegado el timo del siglo. Bob le entrega un número de cuenta y Jeremmy abre la aplicación de su banco.

Joyce le cierra la cremallera de la bolsa.

—¿Quieres un trocito de tarta Battenberg para la vuelta? La cafetería de la estación no siempre está abierta.

—No, gracias —dice Jeremmy antes de terminar la transacción.

—Tú te lo pierdes. —Joyce mira a Bob, que está mirando la pantalla de su ordenador.

Ibrahim no puede menos que reconocerle el mérito a Joyce. Le pidió permiso a Donna, desde luego. Mientras tuviera la heroína en su apartamento, ¿podía aprovecharla para otros menesteres? «Sé que al final tendremos que dártela —le comentó Joyce—, pero ¿sería mucho inconveniente si nos la quedamos un ratito?»

—Ya ha llegado —confirma Bob, cerrando el portátil.

Lo que significa que Jeremmy acaba de ingresar cinco mil libras en la cuenta de Mervyn, es decir, hasta el último céntimo del dinero que le había estafado.

—Y ahora, largo de aquí —dice Ron.

Jeremmy no necesita que se lo digan dos veces y sale pitando por

la puerta con un gran alijo de heroína.

Joyce coge el teléfono y llama a Donna.

—Acaba de salir. Sí, toda la droga está en la bolsa de viaje. Espero que no hayas pasado mucho frío detrás de ese arbusto.

77

–Tiene usted una casa preciosa —dice Garth a Joyce encañonándola con la pistola. Por supuesto, conoce la casa porque ya ha estado en ella.

Deberían haber llegado mucho antes, pero, al aparcar, han tenido una larga discusión con una mujer que afirmaba ser la representante de la Comisión de Estacionamiento de Coopers Chase y Garth, reconociendo que se había topado con la horma de su zapato, ha tenido que dar marcha atrás y aparcar en la carretera, fuera de la urbanización.

—Gracias —contesta Joyce—. Los martes por la mañana viene una asistenta a limpiar un par de horas. Me resistí durante mucho tiempo, pero...

—¿Dónde está? —inquiere Mitch Maxwell, encañonando también a Joyce.

—¿Alguno de los dos tendría la bondad de apuntar a otro lado? —pide ella—. Pero no apuntéis a Elizabeth, que acaba de perder a su marido. ¿Podríais apuntar a Ron, quizá?

—Yo acabo de perder a mi mujer —informa Garth dirigiéndose a Elizabeth—. Mi más sentido pésame.

Joyce se vuelve hacia Mitch.

—Me sabe mal, pero creo que ha llegado un poco tarde, señor Maxwell. Hace media hora todavía estaba aquí.

—¿Qué? —exclama Mitch. Empieza a temblar visiblemente—. ¿Quién la tiene?

—No tiene usted muy buen aspecto —comenta Ibrahim—. Si no le importa que se lo diga...

—Por el amor de Dios —salta Mitch—. Díganme dónde está de una vez.

—La tiene la policía —contesta Ron—. Se la han quedado como prueba.

Mitch baja el arma.

—¿Se la dieron a la policía? ¿Mi heroína?

—Eso me temo —responde Ibrahim.

—Estoy muerto, ¿lo entienden? —dice Mitch—. Han firmado mi sentencia de muerte.

Garth empieza a reírse. Tiene una carcajada contagiosa y Joyce no tarda en acompañarlo, aunque él no haya dejado de apuntarla con el arma. Garth se serena y se vuelve hacia Mitch, que está furioso.

—¿Todavía no lo has entendido, Mitch? ¿Todo este tiempo y todavía no tienes la menor idea de lo que está pasando aquí?

78

El joven al que acaban de interrogar se llama Thomas Murdoch. Ha respondido con un «Sin comentarios» a todas las preguntas, salvo cuando Jill ha querido saber quién le había vendido la heroína, a lo que él ha contestado «cinco pensionistas», motivando un gesto de incredulidad incluso en su abogado.

Thomas Murdoch puede repetir «Sin comentarios» tantas veces como se le antoje, pero tiene un extenso historial delictivo y una bolsa llena de heroína, y pasará una larga temporada a la sombra.

En cuanto a los cinco pensionistas, Jill no cree que Thomas Murdoch tenga interés en dar esa información cuando pase por los juzgados.

Jill, por prurito profesional, le preguntó a Donna qué había ocurrido en realidad, y esta le dijo que Thomas Murdoch era un estafador que se hacía pasar por mujeres enamoradas para robar a ancianos que se sentían solos. La respuesta fue suficiente para que Jill no le hiciera más preguntas.

Ha recuperado su heroína; su puesto de trabajo está a salvo. También lleva la chaqueta y los guantes puestos, porque está tomando una botella de vino con Chris y Donna en el gélido barracón.

—No fue ni Mitch Maxwell ni Dom Holt —aclara Jill—. Los teníamos bajo vigilancia en todo momento. También en la noche en que asesinaron a Kuldesh.

—¿Y Luca Buttaci? —pregunta Donna.

—No fue Luca Buttaci —responde Jill, vaciando la copa.

—¿Estás segura?

—Absolutamente. Estaba en mi casa.

—Madre mía —dice Donna.

—Madre mía —repite Jill.

—Aunque tampoco me sorprende tanto —añade Donna, y Jill logra esbozar una sonrisa.

—Resumiendo: habéis allanado una nave industrial —señala Jill,

gesticulando con la copa de vino que sujeta con la mano enguantada —. Habéis colaborado en la manipulación de la escena de un crimen y no habéis puesto a disposición de las autoridades unas pruebas decisivas en una investigación criminal, mientras yo me cepillaba a un testigo clave. Diría que estamos en paz.

—¿Cómo te ha sentado enterarte de que lo arrojaron al vacío desde un aparcamiento? —pregunta Donna.

—Supongo que lo superaré —contesta Jill—. De no ser por vosotros, habría perdido el trabajo. Gracias.

—A sus órdenes —dice Donna, haciéndole un discreto saludo militar.

—¿Y tú nos ayudarás a nosotros? —pregunta Chris.

—Es de justicia —asiente Jill.

—Supongo que habrás investigado a traficantes rivales —dice él —. ¿Alguien quería hacerse con esa droga?

—Mitch y Luca no tenían competencia aquí. Por lo menos, no en la distribución de heroína.

—¿Algún recién llegado que quisiera meterse en el negocio?

—No se me ocurre nadie que pudiera estar enterado de la existencia del envío.

—¿Y los afganos también andan buscando la heroína? —pregunta Donna.

—Para ser sincera, no entiendo por qué —repone Jill—. ¿Quizá les preocupa que la policía los tenga controlados?

—Esa heroína ha sido la responsable de muchas muertes —señala Chris—. Kuldesh y Dom Holt. Luca despeñado de un aparcamiento. Samantha Barnes empujada escaleras abajo. Alguien los ha matado a todos. Y todo por una bolsita de heroína. Es ridículo.

79

No es exagerado afirmar que Garth ha captado la atención de toda la sala. Baja el arma y toma asiento.

—Siéntate, Mitch —ordena—. Dejen que les haga a todos una pregunta.

Mitch se sienta.

—A Mitch ya se lo he preguntado antes —continúa Garth—. ¿A nadie le parece raro todo esto? ¿Que todo el mundo haya perdido el culo por esa heroína?

—¿No es lo que le pasa a la gente con la heroína? —pregunta Joyce.

—Pero son cien mil libras —señala Garth—. ¿Ese dinero compensa tantos esfuerzos, tantas muertes?

—Yo necesitaba... —dice Mitch.

—Ya sé por qué necesitabas encontrarla *tú* —lo interrumpe Garth—. Todo tu tinglado amenazaba ruina, y un afgano ha venido a matarte. Normal que quisieras recuperarla. Pero ¿yo? ¿Por qué tanta ansia por tenerla? ¿Y mi esposa? ¿Y el afgano al que intentas dar esquinazo? ¿Por qué nos hemos obsesionado todos con conseguir esas cien mil libras? Somos gente rica.

—Me imagino... ¿Por avaricia? No sé —sugiere Mitch—. En realidad ni me lo había planteado.

—Entonces ¿por qué la buscabais? —pregunta Ron—. Es que de verdad parecíais moscas que van a la miel.

—¿Alguien tiene alguna idea? —insiste Garth paseando la mirada por todos los presentes.

Elizabeth levanta la vista.

—Yo tengo una teoría.

—Adelante —dice Garth.

—Había un detalle importantísimo que, para ser sincera, no alcanzaba a comprender —dice ella—. ¿Por qué demonios accedió Stephen a ayudar a Kuldesh? ¿Para vender la heroína? Kuldesh no se

lo habría pedido y Stephen no habría accedido. ¿Y cómo le dio a Kuldesh por pensar de repente que sabría organizar la venta de la droga? Ese detalle tampoco me cuadraba.

—No me extraña —concede Garth.

—Esa cajita de heroína, recién llegada a Inglaterra —prosigue Elizabeth—, destruyó a todo aquel que se cruzó en su camino. La gente estaba empeñada en encontrarla y Kuldesh se empeñó en esconderla, y solo se me ocurre un motivo. No se trataba de la heroína en absoluto.

Garth asiente y permite que termine.

—Lo importante era la caja.

—Por Dios. Creo que lo ha resuelto —dice Garth.

—¿La caja? —pregunta Ron.

—Seguro que la viste durante la comida, Garth —continúa Elizabeth—. ¿En el móvil de Mitch?

—Estuvimos a punto de no presentarnos —responde Garth—, pero Samantha tuvo una corazonada con ustedes y, además, la heroína medio le interesaba. Pero en cuanto vimos la caja, nos olvidamos por completo de la droga. Es la cosa más bonita que he visto en mi vida. Me hace feliz que Samantha pudiera verla antes de morir. Seis mil años de antigüedad, ¿se lo pueden creer? Hecha de hueso, no de terracota. Y con un grabado del ojo del diablo.

—Vi algunas marcas —comenta Joyce—. Ahora que lo dices.

—Menos lobos, Joyce —dice Ron.

—Son piezas saqueadas —explica Garth—. Hace siglos. En Egipto y...

—Oh —exclama Ibrahim.

—En Irak, Irán, Siria. Desvalijaban los templos. Algunos eran arqueólogos, todos eran ladrones. Y luego las sacaban ilegalmente del país. He visto algunas de esas obras aparecer en el mercado de vez en cuando, cosas que no deberían estar en venta, cosas por las que te caería una larga condena de cárcel. Pero nunca había visto nada igual. Madre de Dios, jamás de los jamases. Muy inteligentes, esos afganos. Querían introducir en el país una caja que vale decenas de millones, Mitch, y ni siquiera te lo dijeron. Por eso la gente está cayendo como moscas. Nadie mueve un dedo por cien mil libras.

Mitch apunta con el arma a Joyce.

—¡Deme la caja, ahora!

Garth apunta a Mitch.

—No, Joyce. Démela a mí.

—No es necesario que nadie salga herido —advierte Mitch—. Es mi caja. ¡Sed justos! Me la llevaré, se la devolveré a Hanif, nada de pistolas y asunto concluido.

—Tío, mi mujer ha muerto —dice Garth sin bajar el arma—. Yo me la quedo.

Mitch se vuelve para apuntarlo con su pistola.

—¿Quizá habrá que añadir un muerto más a la lista?

—Quizá sí —conviene Garth.

Mitch quita el fiador de su pistola. Garth hace lo propio con la suya.

—Chicos —interviene Joyce—. No quiero aguaros la fiesta, pero ya no tengo la caja.

—No, no —se lamenta Mitch—. No ahora que estaba tan cerca.

—La tuve varios días debajo del fregadero, pero empezó a oler a moho. A Alan no le gustaba nada, así que ayer la tiré al contenedor —añade Joyce—. Supongo que ya estará en el vertedero de Tunbridge Wells.

80

Joyce

Menudo día hemos tenido hoy. Estoy tan reventada como Alan. Él está bocabajo en la alfombra, con la lengua fuera, y yo voy a apuntarlo todo negro sobre blanco antes de acostarme. Lo haré en forma de lista, siguiendo el orden de todo lo que ha ocurrido hoy, porque estoy muerta de sueño.

1. Ya hace un tiempo que tienen leche de almendra en la tienda, pero nunca le di demasiada importancia hasta mi discusión con Joanna. Hace unas horas, estando en la tienda, he fingido que echaba un vistazo a los productos y vi que dos personas cogían la leche y luego la devolvían a la repisa. Se nota que la cosa va a terminar cuajando. Le envié una foto a Joanna en la que salgo al lado de la leche con el pulgar hacia arriba, pero de momento no me ha contestado. Creo que está en Dinamarca por trabajo, así que es posible que el mensaje no le haya llegado.

2. A Alan lo ha perseguido una ardilla. Sinceramente, a veces me gustaría que se defendiera. Al final ha terminado escondiéndose detrás de mis piernas, cuando la ardilla se ha parado a unos cinco metros de mí y nos ha mirado desafiante.

3. Dan un nuevo concurso de tarde en la ITV. Se llama *¿Qué preguntabas?* No he entendido nada de cómo funcionaba, pero ¿a que no sabéis quién es el presentador? ¡Mike Waghorn! ¡Al final lo ha logrado! Una mujer de Aberdeen ganó un juego de utensilios para barbacoa. Mañana volveré a ver el concurso.

4. El hombre que se hacía llamar Jeremmy vino a vernos desde Londres, con una gran bolsa de viaje, con la esperanza de que alguien le daría cinco mil libras. Como ocurre casi siempre que la gente espera sacarnos algo, se marchó con el rabo entre las piernas. ¿Té, galletas, un ratito de chismorreo? Sí, eso está garantizado con nosotros. ¿Dinero, heroína, diamantes? Ni hablar. En cualquier caso, hemos utilizado la heroína que desenterramos hace unos días y, resumiendo, Mervyn ha recuperado su dinero y Jeremmy se va derechito a la cárcel.

5. Noté cambiado a Ibrahim. No me preguntéis por qué, pero lo averiguaré cuando no haya tantas distracciones.

6. Mitch Maxwell y Garth (lo siento, acabo de darme cuenta de que no sé cómo se apellida) llegaron armados para quitarnos la heroína (o eso creíamos). Les dijimos que la tenía la policía y se notó que la noticia le caía a Mitch como un jarro de agua fría (no tengo claro que disfrute con su trabajo), pero Garth se rio y pronto descubrimos por qué.

7. La heroína no era el problema. Lo importante era la caja. Tiene seis mil años de antigüedad y te protege del mal, o algo así. Aunque por lo visto no ha funcionado demasiado bien en ese sentido. Elizabeth dijo que ya lo había resuelto,

pero, sinceramente, creo que lo dedujo en ese mismo instante, porque no nos había dicho nada al respecto. De todos modos, fue bonito verla de nuevo al pie del cañón, así que no comenté nada y me limité a decir: «Buen trabajo».

8. Les dije que había tirado la caja al contenedor de la basura y Mitch Maxwell se quedó blanco como un fantasma. Estaba tan pálido que parecía transparente. Salió corriendo, supongo que para intentar salvar el pellejo. Garth lo encajó de maravilla y dijo: «Agua pasada no mueve molino», que es una expresión divertida, y luego tomamos todos un té. Nos dijo que habíamos manejado la situación de forma estupenda y que, si alguna vez necesitábamos a alguien que nos hiciera un trabajillo, que hablásemos con él. Luego estuvo conversando un momento con Elizabeth y yo los dejé a lo suyo.

9. Cuando ya se marchaba, Garth se fijó en el «Picasso» que encontré en el almacén de Kuldesh. Al ver que lo miraba, le dije que sabía que era una falsificación, pero que me gustaba de todos modos. Entonces, él negó con la cabeza y me dijo que era auténtico. Por lo visto, su mujer ha creado la mayoría de las falsificaciones que circulan en el Reino Unido. «Esto es de Picasso, no de mi mujer», fueron sus palabras textuales. Así que ahora soy dueña de un Picasso. Esto también se lo comenté a Joanna en un mensaje de móvil, pero ha pasado lo de siempre. Supongo que internet va muy lento en Dinamarca. Aunque sé que tienen internet allí porque lo he consultado en Google.

10. Una última cosa, antes de acostarme. Elizabeth me felicitó después por mi rapidez de reflejos mentales y recibí el comentario con una gran sonrisa. Creo que, desde que di un pasito al frente tras la muerte de Stephen, me ha sorprendido ver lo que soy capaz de hacer. Elizabeth me ha pegado cosas muy buenas. Espero pegárselas yo a ella también. En todo caso, estaba gratamente impresionada: «Una reacción muy serena en un momento de gran tensión, si me lo permites». Le dije que le permitía con mucho gusto que me dijera eso. Porque, cuando Garth nos reveló el secreto de esa caja —el hecho de que la caja que todavía escondo debajo del fregadero sea una mercancía absolutamente ilegal y valga millones de libras—, la verdad es que tomé una decisión rapidísima: decirles que la había tirado al contenedor.

Porque no la había tirado, desde luego. La caja sigue debajo de mi fregadero. Aunque he sacado la botella de desatascador de dentro.

Elizabeth nos ha dicho que tiene una idea bastante aproximada de quién pudo asesinar a Kuldesh, y que la caja nos ayudará a demostrarlo. Además, dice que va a utilizarla para otro plan.

81

–Me preguntaba si sería mesopotámica —dice Elizabeth cuando Jonjo examina la caja sobre su escritorio.

El despacho de Jonjo Mellor es tal y como uno podría esperar. Dos paredes tapizadas de libros del suelo al techo, una pared de ventanas con parteluces que dan al campus de la Universidad de Kent, y cada espacio disponible cubierto de jarrones, calaveras y pipas, entre las que destaca una taza dedicada «Al mejor tío del mundo», regalo de un sobrino.

A fin de hacer sitio para estudiar la caja, ha despejado el escritorio en la medida de lo posible. Ahora hay montañas de papeles en las sillas y en el suelo. Su ordenador está en el alféizar interior, junto a una vaca de bronce.

—Si esa es la hipótesis, no va desencaminada —dice Jonjo. Está limpiando unos restos minúsculos de tierra con un pincel fino—. Es más, diría que ha dado en el clavo.

—Stephen me habló de un museo de Bagdad —dice Elizabeth—. Mi marido nunca hablaba por hablar, ni siquiera cuando aún le era fácil encontrar las palabras. Seguro que identificó la procedencia con Kuldesh.

—Es un hallazgo extraordinario. Tendré que informar —comenta Jonjo—. Pero ¿podemos quedarnos un rato con la caja? ¿Solo un par de horitas? Nunca había visto una pieza como esta.

—Stephen me habló de unas piezas en las que todavía podían apreciarse huellas dactilares y rasguños —añade Elizabeth.

—Seguro que se refería a esto —dice Jonjo—. Aquí se ven. Todo correcto. ¿De verdad fue introducida ilegalmente por unos narcotraficantes?

—Creo que no sabían lo que tenían —dice Elizabeth—. Pensaban que solo enviaban la heroína. Así que tiene que haber llegado de Afganistán.

—Tiene sentido. Allí donde hay crisis, la gente trata de proteger

sus activos. O venderlos.

—¿Y era un objeto religioso?

—Hace tantos milenios, todo era religioso. Los dioses y los demonios campaban por sus fueros. Esta pieza, en mi opinión, era una caja de pecados. Seguramente se encontraba en la entrada de una tumba importante para protegerla de los espíritus. Es probable que la robasen hace muchos años. Seguro que las autoridades iraquíes estarán informadas.

—¿Y ahora qué hacemos? —plantea Elizabeth.

—Voy a informar al Ministerio de Asuntos Exteriores de lo que tenemos —dice Jonjo—. Vendrán a recogerla, la autentificarán, cooperarán con los iraquíes y volverá a Bagdad antes de un año. Aunque podremos pedirles que nos permitan exponerla una temporada.

—No voy a esperar un año.

—¿Perdón?

—No voy a esperar. Voy a serle franca, Jonjo. Tengo una propuesta y no voy a admitir un «no» por respuesta.

—Madre del amor hermoso.

—Quiero que la caja vaya a Bagdad. Y quiero que contenga las cenizas de Stephen.

—¿Sus cenizas?

—Solo le faltó pedírmelo expresamente —dice ella—. Ahora lo entiendo. Cuando hayamos zanjado esto, me llevaré la caja y voy a quedármela hasta que resuelva los trámites y cuente con el beneplácito de ambas partes.

—No creo que deba llevarse la ca...

—Me trae sin cuidado lo que crea —replica Elizabeth—. Y espero que entienda que no le falto al respeto. Pero así es como vamos a hacer las cosas. ¿Cree que podrá arreglarlo?

—Supongo que puedo intentarlo —dice Jonjo, aunque no suena muy convencido.

—Estupendo —asiente Elizabeth—. Solo le pido eso. Que lo intente. Si tenemos esta caja, es porque Kuldesh y Stephen quisieron protegerla. Kuldesh, no lo olvide, perdió la vida tratando de protegerla.

—¿Aún no tienen idea de lo que pudo ocurrir?

—Confío en que la caja tendrá una última historia que contarnos.

Un último espíritu malvado en su punto de mira.

—Muy críptico lo que dice.

—¿Cree que hay algún canal extraoficial que podamos explorar? —pregunta Elizabeth—. Para hacer llegar la caja a Bagdad antes, si cabe...

—Bueno... No sería el procedimiento correcto.

—Lo necesario no suele ser lo correcto —replica ella.

—Pero estoy seguro de que habrá alguna forma de hacerlo —reitera Jonjo—. ¿Le parece bien si lo deja en mis manos unos días? ¿Y también la caja?

—Desde luego. Sé que estará en buenas ma....

El insistente pitido de una alarma de incendios resuena en el edificio.

—Maldita sea —dice Jonjo—. A veces solo tarda unos segundos en callarse.

Esperan unos segundos, pero la alarma no para. Jonjo mira la caja y echa un vistazo al exterior.

—Vamos —dice—. La caja estará segura aquí. Si es un incendio de verdad, volveremos corriendo y la salvaremos.

Jonjo da una palmada a la caja, mientras Elizabeth echa una última ojeada por la ventana. Ve que Joyce se marcha con discreción del campus. Elizabeth también da una palmada a la caja y sale del despacho tras los pasos de Jonjo.

—Baje a la explanada —pide él—. Yo iré a ver qué ocurre.

—Como desee —contesta Elizabeth, y baja entre los muros de piedra de una escalera de caracol. Desemboca en una gran plaza cuadrangular cubierta de césped, en esos instantes poblada de alumnos felices por la emoción del momento y por poder disfrutar de esos breves segundos de libertad que les ha concedido la alarma de incendios.

Qué jóvenes son, aunque muchos de ellos deben de creerse viejos. Qué preciosos son, aunque algunos se sientan hoy muy feos. Elizabeth recuerda estar echada en el césped de varios patios como ese, hace casi sesenta años. Aunque, por supuesto, esos años no han pasado en realidad, porque todavía está ahí, todavía puede oler el césped y los cigarrillos, sentir la aspereza de unos brazos cubiertos de tweed que se rozan con los suyos. Siente todavía el sabor del vino y de los besos, aunque en esos primeros días aún no había aprendido a disfrutar ni de

lo uno ni de lo otro. Todavía oye las exclamaciones de los chicos que intentaban llamar su atención. Puede inspirar el aire de esos días. Qué joven y preciosa era, qué vieja y fea se sentía. Se siente joven y preciosa ahora; Stephen se aseguró de ello. Se aseguró de que comprendiera quién era ella en el fondo. Sea hoy o hace sesenta años, Stephen tenía razón, como tantas otras veces: nuestros recuerdos no son menos reales que el momento en el que estemos viviendo. El gran reloj a la izquierda de la explanada tiene su cometido, desde luego. Pero no cuenta toda la verdad.

A su izquierda, dos chicas se besan. Para una, darse un beso es algo nuevo y este instante durará siempre. Lo que ocurre no puede dejar de ocurrir. La muerte de Stephen no podrá dejar de ocurrir. La infancia de Elizabeth no podrá dejar de ocurrir, pero el vino, los besos, el amor y las risas incontenibles tampoco dejarán de ocurrir. Las miradas en las cenas, la última definición del crucigrama, la música, las puestas de sol, los paseos, nada de ello dejará de ocurrir jamás.

Nada de ello dejará de ocurrir hasta que todo ocurrir termine.

¿Y Joyce, Ron e Ibrahim? Tienen un largo camino por delante antes de que el no ocurrir los engulla. Elizabeth sabe que está sola en el mundo, pero sabe, también, que no lo está. Cree que seguirá viviendo en este estado de soledad acompañada durante una temporada. La chica más experimentada apoya un codo en el césped, mientras la menos experimentada mira al cielo y se pregunta si esa será su vida en adelante.

Elizabeth se echa también en el césped y mira al cielo. A las nubes. Stephen no está ahí arriba, pero está en algún sitio, y el cielo le vale como cualquier otro sitio para encontrarlo. Para encontrar su sonrisa, sus brazos, su amistad y su valentía. Elizabeth empieza a llorar y, entre las lágrimas, esboza la primera sonrisa desde ese día terrible.

La alarma de incendios calla y los estudiantes regresan a regañadientes a las aulas y las bibliotecas. Elizabeth se incorpora ayudándose de los brazos y se sacude los restos de tierra y césped de la falda.

Cuando se encamina de vuelta a la escalera de caracol, se encuentra a Jonjo, que acaba de salir por una puerta cercana.

—Falsa alarma —dice Jonjo—. Espero que no se haya aburrido demasiado.

—En absoluto —dice ella—. Lo he pasado divinamente.

Llegan al rellano del despacho, Jonjo abre la puerta y Elizabeth entra detrás de él.

Dos paredes, tapizadas de libros. Una pared con ventanas que miran a la explanada. Una mesa llena de jarrones, calaveras y pipas, con una taza en la que se lee «Al mejor tío del mundo».

Pero la caja ha desaparecido.

Y Elizabeth lo sabía desde el principio.

Porque la caja todavía tiene una historia que contar.

Tiene un último demonio al que atrapar.

82

Una gasolinera de autopista bajo la lluvia gris de enero. No precisamente el lugar que alguien elegiría para pasar el rato. Lo que lo convierte, en realidad, en el sitio ideal.

Y, en esta ocasión, hay contrapartidas.

La caja tiene... ¿qué?, ¿seis mil años? Esperando en el maletero de un coche. Y eso que vale millones de libras, si se da con la persona indicada. Y hay muchísimas personas indicadas a las que acudir si sabes lo que haces. Una de ellas está a punto de aparecer. Un café rapidito, la entrega y luego, ¿qué? Salir pitando del país, por supuesto. ¿Al Líbano, tal vez?

Seis mil años de antigüedad. Y la gente piensa todavía que sus vidas tienen valor.

Echar un vistazo. Un hombre de semblante triste, con un maletín, juega en una máquina recreativa. Una madre joven, con los ojos irritados, mece un cochecito hacia delante y hacia atrás, como si quisiera acelerar el curso de las horas. Una adolescente pone cara de incredulidad cuando oye lo que le dicen por teléfono y un viejo cubierto con un tabardo se ha sentado a una mesa de plástico y mira encorvado una taza de café que todavía no ha probado.

Da que pensar.

Todos somos un parpadeo insignificante en el curso de la historia, en un mundo al que no le importa en lo más mínimo si seguimos con vida o morimos. ¿Creéis que a quien hizo esta caja hace seis mil años le habría importado si hoy hacemos pilates o si cumplimos con las cinco raciones de fruta y verdura al día? A todas horas nos quejamos con amargura de la vida, pero nos aferramos a ella con todo nuestro ser. No tiene sentido, ¿no?

Hay una pasarela cubierta que cruza la autopista. En la década de 1960 debía de parecer glamurosa, refinada y futurista. Un heraldo de un mundo por venir. Pues ¿sabéis qué? Ese mundo ya ha llegado y resulta tan gris y tedioso como el pasado. Poco importa lo que se

propusieran conseguir con la pasarela, cuál fuera su gran visión del futuro, porque fracasaron. Todo fracasa, todos fracasamos.

En ese instante, la contundente silueta de Garth aparece en las ventanas de la pasarela cubierta. Ahí está. Por fin alguien que lo entiende.

Ahora sí que se le encoge el estómago.

A la humanidad le resulta muy difícil digerir la esterilidad de sus esfuerzos. Las personas encuentran todo tipo de pretextos para dar sentido a sus vidas. La religión, el fútbol, la astrología, las redes sociales. Tentativas siempre valientes, aunque todos sepamos, en lo más hondo, que la vida es un acontecer aleatorio y una batalla perdida. Nadie nos recordará. A su debido tiempo, estos días quedarán sepultados sin excepción por la arena. Incluso los cinco millones de libras que Garth está dispuesto a pagar por la caja se convertirán en polvo. Habrá que disfrutar del dinero mientras se pueda.

Estas ideas no son originales, desde luego, pero por lo menos le dan cierto consuelo. Cuando aceptas realmente que todo es insignificante, resulta mucho más sencillo terminar con la vida de alguien.

Con la vida de Kuldesh, por ejemplo.

83

Ron evita siempre que puede viajar al norte del país, pero, las veces que lo hace, lo pasa bien. Las noches de juerga que compartió con los mineros de Yorkshire durante las huelgas de 1984. Los trabajadores del acero en el condado de Durham. Tumbaban bebiendo al obrero más curtido de Londres. Tres polis le rompieron las costillas en una comisaría de Nottingham. A una costilla por cabeza. ¿Nottingham se puede considerar norte? A Ron, por lo menos, se lo parece. Ahora mismo se dirigen por la autopista a una estación de servicio en las cercanías de Warwick, e incluso eso le vale como norte. Como medida de precaución, se ha puesto un jersey grueso encima de la camiseta del West Ham. Desde hace poco, Pauline ha empezado a comprarle ropa, porque, como dice ella, «tendré que dejarme ver contigo, cariño, ¿no?».

—No te puedes fiar de la comida —dice Joyce, abriendo una fiambrera de plástico que contiene unos *brownies* con avellanas. Está apretujada en el asiento trasero con Elizabeth e Ibrahim. Bogdan conduce. A unos ciento cincuenta kilómetros por hora de velocidad constante.

¿Duerme Elizabeth? Tiene los ojos cerrados, aunque Ron no cree que esté durmiendo.

Donna y Chris van en otro coche, con la inspectora Regan. Por lo visto, ahora son tan amigos. Con los polis nunca se sabe. Tienen sus propias leyes.

Elizabeth le ha dicho a la policía que esté ahí a las tres de la tarde. Pero habrán cerrado el trato a las dos, y Elizabeth aceptará las consecuencias cuando los agentes descubran que les ha mentido.

Ron empieza a pensar: «Para Elizabeth es como si las consecuencias no existieran», pero luego lo recuerda. El dolor por la pérdida lo asusta; muy especialmente, el dolor de Elizabeth. Verla tan hundida. Ver que al final ha llegado un iceberg capaz de mandarla a pique. Con el amor hay que ser muy cuidadoso, así lo ve Ron. Un día

te compran jerséis y se fuman contigo un porro de maría en un campo de bolos sobre hierba, al día siguiente te invaden las ganas de cuidar a quien quieres y tu corazón deja de ser tuyo. Se mira el jersey y sonríe. Ni en un millón de años se habría comprado algo así, pero ¿qué le vamos a hacer?

—¿Un *brownie*, Ron? —pregunta Joyce desde el asiento trasero.

—No para mí —responde él. Está reservándose para una fritanga completa en la estación de servicio. Espera llegar con tiempo.

—¿Es verdad que Pauline añade marihuana a sus *brownies*? —pregunta Joyce.

—Sí —dice él—. Marihuana y coco.

—No sé si debería probar la marihuana —dice Joyce.

—Te hace hablar por los codos —explica Ibrahim.

—Oh, entonces quizá mejor que no —replica ella—. Casi no os dejo meter baza en mi estado normal.

Perfilándose sobre la calzada, Ron observa la larga pasarela cubierta que cruza la autopista. Ventanas mugrientas y franjas de colores primarios que perdieron el brillo hace muchísimo tiempo. Bogdan abandona el carril rápido por primera vez en ciento cincuenta kilómetros y enfila el coche hacia el carril de acceso a la estación de servicio.

—¡Ya hemos llegado! —exclama Joyce.

Elizabeth abre los ojos.

—¿Qué hora es? —pregunta.

—Las 13.52 —contesta Bogdan—. Tal y como le dije.

Bogdan dirige el coche hacia una plaza de aparcamiento que se halla a una distancia suficiente para no llamar la atención, pero les ofrece una panorámica de la pasarela. Ron ya huele la fritura. Sabe muy bien que están ahí por otros motivos, pero siempre puedes permitirte un «trabajito extra», como dice Pauline. El «trabajito extra» de Pauline consiste en vender baquetas usadas de Iron Maiden en eBay. Las compra en cajas de cincuenta unidades en una tienda de música de Fairhaven.

Entretanto, ya que hablamos de cajas, la silueta inconfundible de Garth aparece tras las ventanas mugrientas de la pasarela.

—Allá vamos —dice Ron.

—Buena suerte a todos —dice Bogdan.

84

Garth cruza la pasarela a grandes trancos y nota que el suelo vibra bajo sus pies. Chapa herrumbrosa y descuidada. Le encanta. Ya ha activado la grabación de audio en su móvil. Sabe lo que hace.

La policía lo busca desde que arrojó a Luca Buttaci de la última planta del aparcamiento. Garth lo entiende perfectamente. No lo detendrán, no en esta vida, pero no cumplirían con su deber si por lo menos no lo intentaran. Llega a la otra escalera de la pasarela. Huele a comida frita barata y a orina. Lo malo de no quejarse nunca es que los ingleses lo aguantan todo. Es inimaginable un sitio así en Canadá. O en Italia.

Quizá sea Italia el próximo destino de Garth. Es un buen sitio donde lamerte las heridas. Y Garth tiene heridas por primera vez desde que era niño. Lo tenía todo preparado para largarse anoche, antes de que Elizabeth lo descubriera en una casa perdida en un bosque.

¿Cómo demonios pudo encontrarlo? Garth no tiene ni idea, pero ahora se alegra de ello. Elizabeth le contó lo que sabía y le dijo qué quería. Le dijo quién había asesinado a su esposa y le dijo cómo podía cobrarse la venganza.

Garth pasa por delante de los servicios; deja atrás a un hombre de semblante triste, con un maletín, que juega en una máquina recreativa; pasa junto a una mujer con los ojos irritados que mece un cochecito. Le pone una mano en el hombro y le dice: «Todo mejorará, lo estás haciendo muy bien», antes de seguir adelante. Ve a un hombre cabizbajo, con un café en un vasito de cartón sobre la mesa a la que está sentado. Garth se mete la mano en el bolsillo y le da un billete de diez libras. «Cómprate algo de comer, viejo», le dice. La bondad tiene algo que le interesa. No la siente como algo propio, pero Samantha habría hablado con la madre y le habría dado al viejo algo de dinero para que comiera. Así que eso es lo que hará Garth a partir de ahora.

Y entonces ve a la persona que asesinó a su esposa. Se sienta

delante de ella.

—¿Qué tal, Nina? —dice.

—Garth —responde ella—. Gracias por reunirte conmigo.

—Tienes algo que yo quiero. Vamos a resolver esto rápido. Tengo que salir del país, y supongo que tú también, ¿no?

—No tengo que irme a ninguna parte —contesta Nina—. Eres el único que sabe que la tengo. Nadie me vio robarla. Y no pareces la clase de persona que se va de la lengua. Así que estoy tranquila.

Elizabeth le habló a Garth del robo. En cuanto supo del valor de la caja, entendió que solo había dos sospechosos: Nina y su jefe, un profesor. Una amiga de Elizabeth había activado la alarma de incendios; otro amigo, un informático, había instalado una pequeña cámara, y Nina había caído de lleno en la trampa. Un tipo del KGB había seguido los pasos de Nina desde ese instante. Sabían que tenía la caja, pero carecían de pruebas de que hubiera asesinado a Kuldesh para hacerse con ella. Por eso está Garth aquí.

Anoche llamó a Nina, le dijo que no encontraba la caja ni a tiros y que, si ella conseguía dar con su paradero, él tenía un cliente que estaría dispuesto a poner una fortuna sobre la mesa. Lo cual, de hecho, es verdad, pero Garth sabe que no se quedará con la caja. Elizabeth la quiere y, cuando le dijo por qué, accedió encantado a sus deseos. Su recompensa es ver a la asesina de su mujer entre rejas. En un mundo ideal, le habría gustado matarla, pero Elizabeth es quizá demasiado astuta para permitirle algo así. En la vida conviene saber cuándo te has encontrado con la horma de tu zapato.

—¿La tienes? —pregunta.

Nina abre la bolsa azul brillante de Ikea que tiene a los pies. Dentro está la caja.

—¿Puedo tocarla? —inquiere Garth.

—Claro —dice Nina—. Pero si intentas algo, me largo con ella.

Garth no logra contener la risa. Toca la caja. Siente que algo se le remueve por dentro. Sabe que a Samantha le habría encantado. Chiflados del primero al último: Samantha, Nina, Kuldesh. Qué infantil emocionarse tanto por una caja. Él también se emocionó al conocer su valor, desde luego, pero la caja en sí le daba igual. ¿Que alguien la hizo hace un montón de tiempo? ¿A quién puede importarle eso? ¿Que tiene un ojo del diablo grabado? ¿Quién puede creer en esas cosas? Los demonios son de carne y hueso y caminan entre

nosotros.

Pero Kuldesh había entregado su vida por la caja y Nina había asesinado por ella. Seguramente, Samantha también habría matado por ella, a Garth no le queda más remedio que aceptarlo, pero Nina se le adelantó. En cuanto dedujo que él conocía el verdadero valor de la caja, la sentencia de muerte de su esposa quedó firmada. Y él había salido a comerse una hamburguesa cuando Nina la asesinó.

Aunque, ahora que lo piensa, ¿cómo lo *dedujo* Nina? A Garth le preocupa pensar que quizá tiene algún gesto que lo delata. Sería muy impropio de él tener un punto débil. Y, además, si Nina no la había asesinado, entonces ¿quién pudo ser?

Sospecha que Nina también lo habría matado a él si se le hubiera presentado la oportunidad. Pero él no es presa fácil. Muchos lo han intentado antes.

—¿Has inscrito la empresa como te dije? —pregunta Garth, sacando el móvil.

Nina asiente.

—Entonces recibirás una alerta en cuanto lleguen los cinco millones a tu cuenta —prosigue él—. Luego dependerá de ti. La cuenta es opaca y nunca podrán rastrearla. Eso sí, cómo te las arreglas para traspasar el dinero a cuentas legales es asunto tuyo. Puedes consultarlo en internet.

—A eso me he dedicado este tiempo —dice Nina.

—¿Por qué tuviste que matarlo? —pregunta él—. Es lo único que no habría hecho yo.

—Yo no he matado a nadie.

—Nina, yo no pienso como la gente normal. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

—Entonces, no me mientas. No hace falta. Admiro lo que has hecho. Viste una oportunidad y vas a sacarte cinco millones de libras, mientras todos los demás persiguen sombras.

—Gracias.

—Pero sigo sin entender por qué lo mataste. Con lo fácil que habría sido meterle el miedo en el cuerpo y llevarte la caja.

—Tenía ochenta años, Garth.

—Vale.

—Esta caja tiene seis mil años. ¿Puedes hacerte una mínima idea de lo que significa eso? Nadie es importante, Garth. Fingimos que lo

somos, fingimos que tenemos una misión en la vida, pero este planeta existió durante millones de años sin necesitarnos y seguirá haciéndolo millones de años cuando ya no estemos. Cada respiración es una respiración más hacia la muerte. La vida humana no es sagrada.

—Qué cómodo pensar eso, ¿no? —comenta Garth—. Por lo menos di que te pudo la avaricia y que te dio absolutamente igual. Aquí, lo único que ha pasado es que robaste ese trasto.

—Me pidió que la llevara a un museo. Confió en mí —explica Nina—. Confió en que la dejaría en buenas manos. Kuldesh me conocía desde niña, conoció a mis padres. ¿Crees que se habría callado cuando viera que la vendía?

—¿Y callarlo con un millón de libras? Podrías haber comprado su silencio.

—Se habría negado —replica Nina—. Pero piénsalo así. Era un viejo, había disfrutado, había tenido una vida plena, aunque no tengo muy claro qué quiere decir la gente con eso. Me llama, confía en mí, me explica qué tiene. Le digo que no se asuste, que encontraremos la forma de resolverlo, que lo ayudaré. Me muestro tranquila y consigo darle tranquilidad. Quedamos para vernos...

—¿En el bosque? —la interrumpe Garth.

—A salvo de miradas indiscretas —continúa ella—. Cuando terminamos de hablar por teléfono, noté que incluso él se había entusiasmado un poquito.

—No era para menos.

—Va en coche a Kent, se mete por el camino, se encuentra con una persona de su confianza. Me acerco a su coche. Un disparo. No lo ve, no lo siente, no tiene miedo ni por un instante. Su vida terminó deprisa, que es lo mejor que puede pasarle a uno, ¿no? Una larga vida y una muerte rápida. Un cuento de hadas. Le hice un favor.

—¿Una muerte indolora para él y cinco millones para ti?

—Todos salimos ganando —afirma Nina—. Mis padres jamás habrían hecho algo así. No quiero volver a ser pobre.

—Pues disparas bastante bien —repone Garth—. No es fácil matar a alguien de un solo disparo a través de la ventanilla de un coche. Sé de lo que hablo.

—Vídeos de YouTube —aclara Nina—. Aprendo rápido. Quería que fuera indoloro, así que miré vídeos de veterinarios sacrificando a caballos.

—Madre mía... Y dicen que yo soy un psicópata.

—No soy ninguna psicópata —replica ella—. No tenía dinero, estoy endeudada, odio mi trabajo. Mis padres murieron. De pronto, la oportunidad de no volver a trabajar nunca más me llegó caída del cielo.

—Esta caja no viene del cielo. Viene directa del infierno.

—Solo es una caja.

Garth niega con la cabeza.

—Así que tomé una decisión racional —dice Nina—. Nada más que eso.

Garth lo piensa un momento. Le parece que es una filosofía interesante. Sin embargo, se mire por donde se mire, no puede compartirla. Cargarse a alguien, por supuesto, siempre y cuando haya hecho algo malo. Siempre que se lo merezca. Pero ¿para lucrarse? No. No supo que Luca Buttaci no había matado a Samantha hasta que Elizabeth se lo contó. Luca se había enterado de su muerte porque trabajaba para la policía. Lo cual está casi igual de mal.

Pero Luca se había cargado a mucha otra gente. Y si te cargas a mucha gente, tampoco puede sorprenderte que alguien termine arrojándote al vacío desde un aparcamiento. Garth correrá la misma suerte algún día, o lo atropellarán con una camioneta, y no se quejará. Pero Kuldesh no merecía morir.

—Pero no hacía falta que te lo cargaras, ¿no? —reitera—. Podrías haberte quemado las cejas en el trabajo, ¿sabes? Seguir con tu vida, saldar tus deudas y asumir alguna responsabilidad por tus problemas.

Nina asiente.

—Supongo, pero esto era mucho más fácil.

—Es una pésima actitud ante la vida.

—Llevo toda la vida mostrando una buena actitud y no me ha sacado de pobre —dice ella—. Ahora tengo una mala actitud y de pronto soy rica.

—¿Y matar a mi mujer también fue una decisión racional?

—¿Tu mujer? ¿Samantha? Yo no la maté.

—No me mientas.

—Maté a Kuldesh. Y no sintió nada. No maté a tu mujer. ¿Por qué ibas a darme cinco millones de libras si pensaras que he matado a tu mujer?

—La mataste. Y olvídate de los cinco millones. El acuerdo

consistía solamente en que te hiciera confesar y me dejarían desaparecer.

—¿Quién te dejaría desaparecer?

—¿Tú quién crees? —interviene Joyce, sentándose a la mesa con Elizabeth y Bogdan.

—No, esto es… ¿Qué hacen a…? —Nina no puede terminar la pregunta.

—Acompáñanos —ordena Elizabeth—. Nada de forcejeos ni de jaleo. Garth, tienes veinte minutos para desaparecer.

—Muy agradecido —dice él, y deja el móvil en las manos de Elizabeth—. Todo está aquí.

—No podéis hacer esto —exclama Nina.

—Y, sin embargo, aquí estamos, encanto —replica Elizabeth.

Se vuelve entonces hacia Garth.

—¿Adónde piensas ir?

—A España —responde él—. Me encantan las tapas. Y tenga cuidado con el duelo, Elizabeth. Tómese el tiempo que necesite.

—Lo haré —dice ella—. Y tú deja de matar a gente.

—Solo me cargaré a los malos de la película, se lo prometo —asegura Garth antes de dar media vuelta. Ven cómo se marcha, seguido de su sombra inmensa.

—¿Le van a dejar escapar así como así? —inquiere Nina mientras Bogdan se la lleva hacia el aparcamiento. Elizabeth y Joyce caminan detrás.

—Ese era el trato, sí —contesta Elizabeth.

—¿Y nosotros podríamos hacer un trato? —aventura Nina.

—No, querida —dice Joyce.

Nina mira a su alrededor.

—¿Y si empiezo a gritar?

—Entonces, empezaré a gritar yo también. Y créeme si te digo que quizá no deje de hacerlo nunca más.

85

La temperatura ha caído bajo cero y la lluvia lo cubre todo con una capa de hielo. Mitch Maxwell está trepando por una enorme montaña de basura en el vertedero de Tunbridge Wells. Una montaña de metal y barro que despide un hedor que se le pega al cuerpo mientras asciende haciendo zigzag y se escurre y resbala. No puede secarse el desagradable sudor que cubre su frente porque sus guantes lucen unas manchas para las que no hay palabras. Y mientras tanto va buscando, escarbando en las profundidades de la chatarra, intentando encontrar la caja que ha de salvarle la vida. Es, en este instante, un animal asustado, hocicando la basura para sobrevivir. Piensa en su yate, amarrado en Poole Harbour. Una vez tuvo a bordo a Jamie Redknapp, el futbolista, en una barbacoa. Piensa en los establos de su casa, en el caballo de su hija, en el viaje que tenían planeado para ir a esquiar aprovechando las vacaciones de febrero. Piensa en televisores de pantalla táctil y en jerséis de cachemira, en vodka de lujo servido con botellas doradas y en asientos de primera fila en combates de boxeo. Piensa en la primera clase de British Airways, en las cenas en Scott's, en las visitas a Oliver Brown en Sloane Street para que le tomen las medidas para un traje. En castillos con helipuertos y en la felicidad de una última copa antes de acostarse. Piensa en la tranquilidad, la comodidad y el silencio, esos lujos tan caros.

Piensa en sus hijos, en las escuelas donde estudian y en sus compañeros, todos con piscina en casa. Una esquirla de metal le raja la manga de la chaqueta y le hace un corte en el brazo. Suelta un taco, resbala y se cae. La sangre empieza a empapar la tela mientras recupera el terreno perdido en la montaña de basura. La masa maloliente de la vida de los demás. La caja tiene que estar en ese vertedero. Y, con ella, su salvación.

Ha quedado con Hanif a las dos, en un hotel cercano al aeropuerto de Gatwick. Hanif le ha pedido que lleve la caja y le ha dicho que, si no se presenta, lo encontrará y lo matará.

Pero Mitch no está dispuesto a morir hoy. No después de todo lo que ha tenido que sufrir. La vida que ha logrado labrarse, desde el hogar en el que se crio a aquel del que disfrutan hoy sus hijos. Habría preferido no deber su éxito a la heroína, pero sus orígenes no le daban demasiadas opciones. Creció en ese mundo y ese mundo se le dio bien.

Sin embargo, cuando encuentre la caja, porque la *encontrará*, punto final. Luca ha muerto y habrá perdido la confianza de los afganos. Llegará el momento de diversificarse. Ha hablado con los dueños de Espumosos Ingleses. Hay una finca en Sussex, en Ditchling, una ladera orientada al sur, de suelo calcáreo, con todo lo que se necesita. Mitch la comprará, ellos se ocuparán de explotarla, un negocio redondo.

¿Y si no encuentra la caja? Bueno, entonces cambio de planes. Irá de todos modos a Gatwick, pero en vez de dirigirse al piano bar del Radisson, irá directamente a la terminal de salidas y a las tres de la tarde despegará rumbo a Paraguay dejando plantados a los afganos. Tiene conocidos allí.

Su mujer y sus hijos han salido en el vuelo de la mañana. Kellie tiene el culo pelado y sabe que, si Mitch le dice que haga las maletas y saque a los niños del país, tendrá sus motivos. Le envió un mensaje de texto antes de despegar. Los afganos no lo pillarán en Paraguay, desde luego que no. Antes, deberían esquivar a los colombianos, y no tienen agallas para eso.

Mitch sigue trepando por la ladera de basura, con el brazo ensangrentado, la ropa empapada y las piernas maltrechas y doloridas. Ha ido flechado al vertedero después de salir del apartamento de Joyce. Sin embargo, eso de encaramarse a las montañas de basura no está muy bien visto, así que ha tenido que hacer un par de llamadas y recurrir a un contacto en el consejo del condado de Kent para que le permitan una hora y media de rastreo. Ve un grupo de operarios con chaquetas reflectantes al resguardo de la lluvia dentro de un módulo prefabricado con las ventanas empañadas por el té que están tomando. Seguramente se estarán preguntando qué hace ese tipo de Liverpool que lleva un plumas. Uno de los más emprendedores incluso se ha ofrecido a ayudarlo, pero Mitch quiere hacerlo solo. Ninguno de esos operarios recuerda haber visto llegar una pequeña caja de terracota en un camión de la basura de Kent.

Mitch pisa una muñeca que le dice «Quiéreme» con la voz grave y

aletargada de un juguete con las pilas a punto de gastarse. El viento levanta una caja de Kentucky Fried Chicken que lo golpea en la cara. Le da un manotazo para apartarla y sigue escalando. Ya está cerca de la cima y el viento aúlla en torno a él y lo envuelve en los olores de todo lo que ha quedado atrás, de todo lo que ha sido desechado. Ni rastro de la caja. Mitch entiende que no la encontrará. Sabe que tendrá que poner tierra y mar de por medio. Dejar a su mujer sin trabajo, a sus hijos sin sus amigos, para hacer borrón y cuenta nueva en un país desconocido. Inspira el hedor y se siente agradecido. Por un instante, el corazón le da un salto cuando atisba una caja. Escarba, entre pañales y tostadoras, para verla mejor. Imagina, en un segundo de alegría, que lo aguarda algo parecido a la gloria, pero, al apartar un ovillo de perchas, descubre que no es más que una caja de naranjas vieja. ¿Qué iba a ser, si no? Mitch se ríe.

Sigue subiendo, pero ya no busca, porque lo único que desea es llegar a la cima. ¿Por qué? ¿Quién sabe? Todos queremos alcanzar la cima, ¿no?

Se encarama a un congelador cubierto de un pringue verdoso. Ya está. Ha llegado a la cima. Desde ahí no se puede seguir escalando. Con cautela, ayudándose de las manos, se pone de pie sobre el congelador. Un hombre roto, ensangrentado, calado hasta los huesos, en la cima del mundo. Intenta admirar las vistas. Nada. Solo nubes grises, lluvia gris, niebla gris.

En Paraguay le esperan días más soleados, y encontrará trabajo. Montará un negocio. Algo que sea legal. Una empresa de frutas o algo así. Si los colombianos quieren pasarse a saludar, los recibirá encantado. Les dirá que se ha retirado. La cocaína para ellos, las bananas para él. Si es que se cultivan bananas en Paraguay.

Mitch limpia una mancha marrón de su Rolex. Es la una de la tarde. Hora de ir a Gatwick. Apoya las manos en las rodillas un momento para recuperarse de la fatiga de la escalada y preparar el descenso. Si no encuentra mucho tráfico, puede estar en...

Un dolor le atraviesa el brazo izquierdo. Se lo agarra. Siente que la lluvia le baña la cara, pero enseguida entiende que ya no llueve. Cae de rodillas, pero sus pantalones se escurren sobre el pringue verde que cubre el congelador. Y ahí queda tendido Mitch Maxwell unos segundos más, en la cima del vertedero, con el corazón en llamas, jadeando de dolor, rodeado de basura, mientras se estrecha sobre él

un cerco gris, hasta que cierra los ojos por última vez.

86

Ibrahim apoya el codo en el techo del coche patrulla y oye zumbar a lo lejos el tráfico en la calzada de la autopista.

Chris y Donna han llegado con la inspectora en jefe Jill Regan unos quince minutos después de que Joyce y Elizabeth se marcharan. Ron ha tenido el tiempo justo para zamparse un desayuno inglés completo, e Ibrahim piensa que pocas veces lo ha visto tan contento. Ron está ahora mismo al otro lado del coche patrulla, dándose unas palmadas satisfechas en la barriga, con su jersey nuevo, que, por cierto, es de un color que le sienta de maravilla.

—¿Cómo lo llamarías? ¿Cereza? —plantea Ibrahim.

—Rojo —responde Ron.

Los tres policías están escuchando la grabación en el asiento trasero del coche patrulla. Se bajan de uno en uno. Jill enseña el móvil.

—¿La otra voz en la grabación? —pregunta—. ¿Es de Garth?

—No admite confusión —dice Ibrahim.

—¿Dónde está? —pregunta Chris.

—Se ha escapado —responde Ron—. No he podido pararlo. Demasiado grande para mí.

—Nos convocaron ustedes a las tres —dice Jill—. Y la grabación empieza justo antes de las dos.

—No soy un experto —responde Ibrahim—. Debería hablar con Elizabeth.

—¿Y dónde está Elizabeth? —quiere saber Chris.

—En Coopers Chase. Que yo sepa. Procuramos darle un poco de espacio, de momento.

En esos instantes, Mark, de Robertsbridge Taxis, lleva a Elizabeth y Joyce de vuelta a casa. A Mark se le explicó que la cosa corría prisa y que no podría disfrutar de un desayuno inglés completo con Ron. La noticia lo dejó alicaído, pero, en el fondo, es un profesional.

—¿Así que todo este tinglado lo organizaron Ron y usted solos?

—pregunta Chris.

—Somos unos hombres competentes —contesta Ibrahim, justo en el instante en el que Ron suelta un pequeño eructo y se disculpa.

—A ver si nos aclaramos —interviene Jill—. Nos dijeron que viniéramos a las tres y que nos entregarían a Nina Mishra, a Garth y la caja. Veo a Mishra, pero no veo ni a Garth ni la caja. Y eso que nos pidieron que confiáramos en ustedes...

—Puedo esgrimir esto —dice Ibrahim—, en nuestro descargo. Ya les hemos entregado la heroína. Y ahora les entregamos a la homicida de Kuldesh Sharma y Samantha Barnes.

—Es una asesina —corrige Ron.

—Eso debe dictaminarlo un juez —replica Ibrahim.

—Y, sin embargo, el hombre que con toda probabilidad asesinó a Luca Buttaci ha desaparecido misteriosamente —expone Jill—. El mismo hombre que quizá asesinó también a Dom Holt. ¿Y dónde está la caja?

Ron se encoge de hombros.

—Te aseguro que, en estos casos, lo mejor es no darle más vueltas —dice Donna—. Nos ahorraremos un montón de tiempo, para ser sincera.

—La caja terminará apareciendo, estoy seguro —dice Ibrahim—. Y, por lo que respecta a Garth, el brazo de la ley acabará atrapándolo tarde o temprano. Pero sospecho que sus superiores estarán encantados cuando sepan que se han resuelto dos asesinatos y que la heroína ha sido recuperada. Imagino que ya la habrán analizado...

—Es completamente pura —dice Chris.

—Así que también podrán detener a Mitch Maxwell —señala Ibrahim.

—Yo diría que es un buen resultado —comenta Chris. Hace un gesto mirando al Daihatsu y Bogdan se baja del coche para llevarles a Nina.

Jill se encuentra con ellos a medio camino, le lee los derechos, le pone las esposas y la lleva al coche patrulla.

Chris mira a Bogdan.

—Estos nos están mintiendo. Lo entiendo. Pero tú debías de saber por narices que te esperaban aquí a las dos, ¿no?

—A las 13.52 —responde Bogdan.

—Y, aun así, nos has mentido igualmente —prosigue Chris—.

¿Mentiste a Donna?

Bogdan la mira.

—A mí no me mintió —dice ella—. Yo también lo sabía. Garth era la única persona a la que Nina confesaría sus crímenes. Y, sin la confesión, no teníamos nada. Estaba dispuesta a todo con tal de detenerla. Kuldesh fue el primero en saber que Bogdan estaba enamorado de mí.

—También se lo dije a un tío del gimnasio —señala Bogdan.

—No lo estropees, guapo —replica Donna.

Chris observa al curioso cuarteto que tiene delante. Ron e Ibrahim. Donna y Bogdan. Niega con la cabeza.

—¿Y dónde está la caja? —pregunta.

—Elizabeth la necesitaba —responde Ibrahim—. Espero que esto sea suficiente para que nos perdones…

87

Hanif se mira el reloj y se termina el café. Mitch Maxwell no llega. Y no parece que vaya a aparecer de repente en el Radisson del aeropuerto de Gatwick con la caja en las manos.

Allá él. Hanif lo había planeado todo. Sayed había recibido una oferta por la caja de un sueco que vivía en Staffordshire y que tenía diez millones de libras que le quemaban en las manos. En lugar de complicarse la vida encontrando una nueva vía para introducirla de contrabando en Inglaterra, ¿por qué no enviarla recurriendo a la cadena de contactos habitual? Si les hubieran dicho a Mitch y a Luca qué era la caja, habrían querido sacar tajada. Y la verdad es que debería haberlo hecho, ahora que lo piensa, porque quizá habrían sido un poco más cuidadosos. Aunque le han empezado a llegar voces de que últimamente habían tenido problemas con las remesas, así que, en realidad, no debería haber confiado en ellos.

Habían encomendado a un primo pequeño de Hanif la tarea de seguir cada movimiento de la caja y recuperarla cuando llegara a manos de Luca Buttaci. Hanif incluso le había regalado a su primo una moto para compensárselo. Pero la caja desapareció y su primo no hacía más que perseguir sombras.

Hanif había metido la pata, en resumidas cuentas. Pensó que había encontrado una solución inteligente, pero en realidad no preparó el terreno como es debido. Todos habían perdido dinero, se habían perdido muchas vidas, y todo era culpa suya.

Aun así, no puedes ir por la vida disculpándote a cada paso por los pequeños errores que cometes, ¿no? Por ahí solo se puede terminar mal. El caos que se desata en tu estela no es responsabilidad tuya.

Si decide volar de vuelta a Afganistán, también él perderá la vida. Por ello, pensándolo mejor, ha decidido quedarse en Londres, para que Sayed no pueda tocarlo. Aprender a comerciar con heroína no ha sido nada fácil. Es un negocio muy pero que muy lucrativo, pero quizá ya ha llegado la hora de aplicar lo aprendido a algo nuevo, ¿no?

Partir de cero, *tabula rasa*, sin arrepentirse de nada.

Un amigo de la universidad le ha ofrecido trabajo en un fondo de capital riesgo, y alguien a quien conoció en la fiesta le ha propuesto entrar en política y pasarle algunos contactos.

Es agradable tener varias opciones.

88

Caroline liquida a gente por encargo de Connie. Siempre lo ha hecho. Si la necesitas, llamas al número de una lavandería de Southwick y pides que te laven la ropa sucia. Es rápida, es de fiar y es un soplo de aire fresco en una industria dominada tradicionalmente por los hombres.

Connie le envía un e-mail para darle la buena noticia. Alguien les ha ahorrado tener que cargarse a Luca Buttaci. Todos los e-mails de Connie están encriptados con un software muy sofisticado que es ilegal en todo el mundo, salvo en Venezuela. Por supuesto, Caroline recibirá el cincuenta por ciento de los honorarios de contratación, como es práctica habitual entre ellas.

Connie y Caroline han tenido mucho trabajo en los últimos tiempos.

Hay que saber detectar las oportunidades cuando te caen llovidas del cielo. Connie no habría llegado hasta ahí si no hubiera sabido hacerlo. No a la cárcel, ese detalle no ha sido nada agradable, sino a convertirse en la mayor traficante de cocaína de la costa sur de Inglaterra.

Y ahora, mientras lee otro e-mail que Sayed le envía desde Afganistán, a convertirse también en la mayor traficante de heroína.

Pero Connie se siente culpable. Y le cuesta entender por qué. Se siente culpable y percibe que es una emoción nueva para ella. No le gusta ni un pelo, pero, por una vez, no esconderá la cabeza. Hará lo que le dice Ibrahim: se abrirá a la sensación. La mirará de frente, aunque haga daño. Y esa sensación de culpa se lo hace.

Todo empezó cuando Ibrahim le habló de Kuldesh.

Connie se alegra mucho de que hayan detenido a la asesina de Kuldesh. De verdad que sí. Kuldesh no participaba en el negocio, ¿no? Si estás en el negocio, no puede sorprenderte que alguien te dispare tarde o temprano. Gajes del oficio. Pero Kuldesh se metió donde no debía. Connie se precia de estar informada de todo, pero en este caso

no sabía quién se había cargado a Kuldesh. En el mundillo de los traficantes, nadie tenía la menor pista al respecto, y ahora, de pronto, entiende por qué. Lo ocurrido no tuvo nada que ver con las drogas.

Aun así, desde el mismo instante en que Ibrahim le habló de Kuldesh, Connie empezó a maquinar planes. Mitch y Dom ya estaban con el agua al cuello y lo ocurrido desestabilizó más su posición. Connie había intuido su debilidad, había adivinado la oportunidad de hacerse con su negocio y había lanzado su ataque. Decidió cargarse a Dom Holt en cuanto Ibrahim le contó la historia. Dos horas más tarde, estaba al teléfono con la lavandería de Southwick.

Recuerda ahora que discutió con Ibrahim si matar a alguien en persona o pagar a otra persona para hacerlo era lo mismo. Discreparon con educación, aunque ahora piensa que tal vez Ibrahim llevaba razón.

Caroline había matado a Dom Holt por orden suya. La muerte de Maxwell la subcontrató a un inferior, Lenny Bright. Luca Buttaci era el siguiente en la lista.

Samantha Barnes había ido a verla a la cárcel. Con la misma idea que ella. Le había propuesto ser socias. Connie la había escuchado, identificó algunos de los beneficios que Samantha y Garth podían aportar al negocio, y le prometió a Samantha que se lo pensaría. Se dieron la mano y, al cabo de unos minutos, Connie volvió a llamar a la lavandería. Circula el rumor de que la policía cree que Nina Mishra también mató a Samantha. Pobre Nina. Aunque, según la experiencia de Connie, una vez que empiezas a cargarte a la gente, al final te encasillan. Es inevitable.

Cuando Caroline se cargó a Samantha, también tenía la intención de hacer lo propio con Garth, pero él no volvió a la casa. Algo debió de asustarlo. Felicidades, es evidente que el canadiense tiene instinto de supervivencia. Ahora se ha largado del país, así que es un cabo suelto que tal vez sea necesario recortar algún día.

Pero ¿por qué se siente culpable?

Caroline solo se había cargado a gente que estaba metida en el ajo. Así que no puede ser eso lo que la hace sentirse culpable. Ellos la habrían matado a ella si se hubieran intercambiado los papeles.

Los contratos con Sayed ya están firmados, por lo que se ha convertido en una importante traficante de heroína. Pero eso tampoco es lo que la hace sentirse culpable. Alguien tiene que importar la

heroína, así que ¿por qué no ella?

En realidad lo sabe. Claro que lo sabe. Le ha mentido a Ibrahim. Todavía peor, se ha aprovechado de él. Hace unos días, cuando él se marchó, sintió la necesidad de pedirle perdón, pero todavía no sabe verbalizar ese sentimiento. No está segura de haber pedido perdón de verdad alguna vez. Su florista se encargó de prepararle un ramo de flores a Ibrahim, pero eso tampoco es pedir perdón.

Connie cierra los ojos. Intenta pensar en Garth, en las consecuencias de que haya escapado. Tarde o temprano averiguará que fue ella quien ordenó la muerte de su esposa y volverá para cobrarse venganza. No pasa nada. A Connie le gusta pensar en ese tipo de cosas. Garth contra Connie, será una lucha digna de verse.

Pero las imágenes de Garth en todo momento son sustituidas por imágenes de Ibrahim, de su mirada dulce y su alma bondadosa. Su fe en ella. Procura concentrarse en las armas, en el tráfico de drogas, en el caos, pero la bondad de Ibrahim se impone a todo.

Connie encontrará la forma de pedirle perdón algún día.

89

Joyce

La caja, esa cajita sencilla, que en otro tiempo había contenido los espíritus de los demonios, luego un gran fardo de heroína, luego la botella de desatascador, el limpiador multisuperficies y el rollo de bolsas de basura, ahora contiene las cenizas de Stephen. Jonjo voló a Irak con ella. Lo he visto en su Instagram. No sabía que a los profesores universitarios se les permitiera tener un perfil de Instagram.

La caja ya está en Bagdad, en el lugar que le corresponde, y nos han enviado una invitación permanente para verla si alguna vez viajamos a Irak. El Ministerio de Asuntos Exteriores intentó meter baza, pero Elizabeth hizo una llamada y zanjó el asunto.

Elizabeth volará a Bagdad el mes que viene. Le prometió a Stephen que irían juntos algún día. Viajará a Dubái próximamente, en compañía de Viktor, para investigar algunas pistas que han surgido en el caso Bethany Waites, y por lo visto el vuelo de Dubái a Bagdad es bastante cómodo.

Es imposible saber qué haremos con ella cuando vuelva a Coopers Chase. Bogdan le cambiará la decoración del apartamento mientras está fuera. Nada del otro mundo. En esta vida no hay que repintarlo todo.

Coopers Chase está lleno de viudas y viudos. Personas que se duermen con fantasmas y se despiertan solas. Hay que aguantar el tirón, y eso es lo que hará Elizabeth. También es verdad que aquí no todo el mundo ha asistido en la muerte de su pareja, pero, que quede entre nosotros, es más habitual de lo que os imagináis. El amor tiene sus propias leyes.

Nos dijeron que Mitch Maxwell murió buscando la caja en el vertedero. Quien a hierro mata, a hierro muere. A Ron, la cadera sigue dándole la lata.

Lo normal sería pensar que, cuanto más te acercas a la muerte, más ha de preocuparte, pero en mi caso ocurre lo contrario. No me da miedo morir. Me da miedo el dolor, pero no la muerte. Supongo que ese es el dilema en el que se vio Stephen.

¿Qué más puedo contaros? Joanna me regaló una freidora sin aceite. De momento, solo experimento con ella —unos espaguetis a la boloñesa y unos hojaldres de salchicha—, pero, hasta hoy, todo bien. Ahora caigo en que he tenido un hervidor lleno de diamantes y un microondas lleno de heroína, así que nunca se sabe para qué podría servirme esa freidora llegado el día.

Mervyn se alegró de recuperar sus cinco mil libras, pero, aun así, está destrozado. Lo normal sería pensar que por lo menos habría aprendido la lección, pero lo último que he sabido de él es que planeaba invertir todo el dinero con un

bróker que le había enviado un e-mail en el que, sin conocerlo de nada, le recomendaba entrar en un «fondo secreto que los expertos no quieren que conozcas». Donna tuvo que pasarse por su casa para tener otra charla con él.

Ron y Pauline acaban de regresar de un fin de semana en Copenhague. Le pregunté a Ron cómo era aquello y me dijo que como cualquier otro sitio del extranjero. Cuando Ron se muera, no creo que llevemos sus cenizas a Bagdad.

También, y os juro que es verdad, llevaba un polo lila. Le resaltaba mucho el color de los ojos.

Ibrahim ha estado muy callado. Creo que le cuesta vivir cerca de la tristeza. Me parece que se lo toma todo muy a pecho, que carga el peso de los demás sobre sus hombros. Yo me pongo triste cuando veo a alguien triste, claro que sí, pero la vida te da motivos de sobra para estarlo, así que hay que andarse con cuidado. A veces una tiene que quitarse lastre de encima, ¿no?

El sábado vi que había quedado para comer con Bob *el Informático*. Me puse muy contenta. Ibrahim se apoya demasiado en Ron cuando necesita compañía, y creo que él y Bob tienen mucho en común.

Los narcisos han brotado muy pronto este año. Hace casi ochenta años que los veo florecer y todavía me parecen un milagro. Seguir aquí después de tanto tiempo, ver flores que tantas otras personas no verán. Cada año, esas flores asoman la cabeza y comprueban quiénes quedamos para disfrutar del espectáculo. Aunque es verdad que este año han brotado *muy* pronto, lo cual se debe seguramente al calentamiento global, y además nadie escapa a la muerte. Lo que no impide que puedas embelesarte mirando una flor, ¿no? Te infunde esperanza, a pesar del apocalipsis.

Alan estuvo en el veterinario después de que un gato le diera un zarpazo en el hocico. Ron fue muy cruel, porque dijo que le parecía increíble que hubiera perdido en una pelea con un gato, pero Alan es todo amor, no un luchador. El veterinario dijo que estaba en plena forma y que era evidente que yo cuidaba muy bien de él. Yo le respondí que Alan cuidaba muy bien de mí.

Creo que nos merecemos una temporada de paz y tranquilidad, ¿no? Unos cuantos meses sin asesinatos, sin cadáveres, sin diamantes ni espías, sin armas, sin drogas y sin gente que amenace con matarnos. Un tiempo para que Elizabeth encuentre la manera de levantarse.

Os diré lo que me apetecería vivir. Unas cuantas bodas. Me da igual de quién. Donna y Bogdan, Chris y Patrice, Ron y Pauline, quizá Joanna y el presidente del club de fútbol. Eso es lo que ocurre cuando te haces mayor. Muchos más funerales que bodas. Y a mí me encantan las bodas. Así que ¡vivan las bodas! ¡Viva el amor!

Hay algo que me olvidé de comentar. ¿Os acordáis de que hace unas semanas, antes de todo este jaleo, os hablé de un hombre que se llamaba Edwin Mayhem? ¿Un residente nuevo, a punto de mudarse a vivir aquí?

El nombre fue lo que me emocionó, y me imaginé un montón de cosas maravillosas sobre él. Un piloto acrobático o una estrella televisiva de la lucha libre.

Pues resulta que era una errata y que en realidad se llama Edwin Mayhew, lo cual, ahora que lo pienso, tiene todo el sentido del mundo. Cuando fui a verlo, solo llevaba un jersey y unos pantalones de pana viejos. Es de Carshalton y era aparejador. Su mujer murió hace cuatro años —un tiempo suficiente, en mi humilde

opinión— y su hija, que tiene la edad de Joanna y también vive en Londres, lo convenció de mudarse aquí. Le pregunté si su hija todavía bebía leche de verdad y me contestó que no. Me dijo que la semana pasada le había preparado un *latte* con cúrcuma y que le había sentado mal.

En cualquier caso, la hija de Edwin, que se llama Emma —nombre precioso, me habría gustado llamarme así—, pensó que Coopers Chase podía darle nuevas ganas de vivir. Sé que será así, pero se notaba que él no lo tenía tan claro. «Sin ánimo de ofender», me dijo, «pero me preocupa que el ritmo de la vida se me haga un poco lento aquí». Como si Carshalton fuera Las Vegas.

Aun así, me agradeció mucho el merengue de limón que le llevé y me dijo que, si algún día necesitaba un apaño en casa, que lo avisara porque esa era su especialidad. Grifos, estanterías, cualquier cosa, me dijo. Yo le dije que tenía un Picasso que quería colgar en la pared y él se rio.

Preparó un té para los dos y luego volvió al salón con la cubretetera sobre la cabeza, haciendo ver que no la encontraba. Alan estaba contentísimo. He prometido enseñarle la urbanización y presentarle a varias personas. Edwin encajará perfectamente, se ve a la legua. Un día le contaré que pensaba que se llamaba Edwin Mayhem. Hoy no, pero ya llegará el día.

Eso es lo que me gusta de Coopers Chase. Dirías que es un sitio discreto y tranquilo, como el lago de un pueblecito un día de verano. Pero en realidad nunca deja de moverse. Siempre se mueve algo. Y ese moverse es el envejecer, y es la muerte, y es el amor, y es el dolor por la muerte de los seres queridos, y son los últimos momentos y oportunidades que se pueden arrancar a la vida, y aprovecharlos. La urgencia de los últimos años. No hay nada que te haga sentir tan vivo como la certeza de la muerte. Lo que me hace recordar algo.

Gerry, sé que nunca leerás nada de esto, aunque ¿quién sabe? Quizá ahora mismo estás leyendo lo que escribo por encima de mi hombro. Si es así, voy a decirte que esa salsera de plata que compraste en el mercadillo se ha puesto muy de moda. Así que tenías razón y yo no la tenía. También quiero decirte, si estás leyéndome, que te quiero.

No era mi intención parecer lúgubre, que conste. Solo estoy cansada, como si necesitara unas vacaciones, tomarme unos agradables días de descanso en algún sitio. Joanna está a punto de comprar una casita de campo en los Cotswolds, así que quizá me venga como anillo al dedo. De verdad que estoy muy orgullosa de todo lo que ha logrado en la vida. Al final contestó a mi mensaje sobre la leche de almendras y me dijo que ya podía considerarme oficialmente una *hipster*. Se lo conté a Ron y él me dijo que él iba a convertirse en un *hipster* artificial cualquier día de estos.

Voy a preparar una tarta Pavlova dentro de un rato. Pero con mangos. ¿A que os ha sorprendido? Vi que la hacían en *Cocina de sábado*. La haré lo bastante grande para que podamos comer Ibrahim, Ron, Elizabeth y yo. Y quizá, solo quizá, quedará un poquito para Edwin Mayhew.

Por cierto, cuando fui a ver a Edwin, me preguntó si era miembro de alguno de los clubes de Coopers Chase.

¿Soy miembro de alguno de los clubes de Coopers Chase?

Creo que será mejor dejar esa conversación para otro día, ¿no os parece?

Es hora de acostarse. Sé que os parecerá una tontería, pero me siento menos sola cuando escribo. Así que gracias a todos por hacerme compañía, seáis quienes seáis.

Agradecimientos

Hay muchas personas a las que quisiera agradecer el papel que han desempeñado en *El último en morir*, pero ante todo me gustaría empezar por vosotros, los lectores. Sencillamente, me haré eco de las palabras finales de Joyce en el libro. Gracias por hacerme compañía. Esta relación que tenemos me hace muy feliz. Ojalá dure muchos años más.

Este es el cuarto libro del Club del Crimen de los Jueves y os aseguro que no será el último. Pero ahora os haré esperar un poco, porque voy a escribir algo nuevo sobre una pareja de detectives compuesta por una dupla de suegro y nuera. Os prometo que os gustarán, pero, como os decía, podéis tener por seguro que Joyce, Elizabeth, Ibrahim y Ron tienen un largo recorrido por delante.

Vayamos con los agradecimientos, pues. Como sabe cualquier persona que ha tenido que quemarse las cejas para parir un libro, son sentidos.

Gracias a mi maravillosa agente literaria, Juliet Mushens, y mi más cálida bienvenida al mundo a Seth Patrick-Mushens. Tienes una madre increíble, Seth. Eres un niño muy afortunado.

El equipo de Juliet no tiene igual y sabe cuidar de mí con talento, elegancia y un gran sentido del humor. Gracias Liza DeBlock, Rachel Neely, Kiya Evans, Catriona Fida y a toda la plantilla de Mushens Entertainment; ha sido todo un placer trabajar con vosotros. Asimismo, estoy sumamente agradecido a mi agente en Estados Unidos, Jenny Bent.

Gracias a mi maravillosa editora en el Reino Unido, Harriet Bourton, entre otras muchas cosas, por haberme convencido de que *La cajita de la muerte* no era un buen título para el libro. Gracias, también, al magnífico equipo del Club del Crimen de los Jueves en la editorial Viking: Amy Davies, Georgia Taylor, Olivia Mead, Rosie Safaty y Lydia Fried. Gracias a la muy competente Sam Fanaken y su espectacular equipo de ventas en el Reino Unido, y a Linda Viberg y el

estupendo equipo de ventas internacionales. Y vaya también un gran agradecimiento al increíble departamento de audiolibros de Penguin, que siempre trata mis novelas con gran cariño. Donna Poppy, como es norma en ella, hizo un trabajo ejemplar en la revisión del texto; es la mejor en este negocio. Y Natalie Wall y Annie Underwood guiaron la novela a lo largo de todo el proceso de producción salvando cualquier contratiempo. Richard Bravery diseñó, nuevamente, una cubierta genial (en la que aparece Snowy, ¡por si no os habéis fijado en el detalle de las orejas!) para la edición anglosajona. Gracias a Karen Harrison-Denning por su consideración y por sus buenos consejos. Y gracias, Tom Weldon, por tu sabiduría y tu apoyo inquebrantable.

Mi equipo editorial en Estados Unidos es igual de brillante, con la ventaja de que puedo escribirles cuando termina el día a causa de la diferencia horaria. Gracias a mi legendaria editora Pamela Dorman y a su mano derecha, Jeramie Orton, que no tardará en ser también una leyenda. (Me pregunto si no habré incorporado inconscientemente un Jeremmy de peculiar ortografía en el libro en tu honor.) Vaya asimismo mi agradecimiento a los insustituibles Brian Tart, Kate Stark, Marie Michels, Kristina Fazzalaro, Mary Stone, Alex Cruz-Jimenez, y al resto del equipo de Pamela Dorman Books y Viking Penguin. Por cierto, «El Pingüino Vikingo» sería una magnífica idea para un libro infantil. Hablemos de números.

Tres personas merecen un reconocimiento especial por su apoyo a este libro. En primer lugar, quiero expresar mi gratitud a Raj Bisram por sus sabios consejos sobre el mundo de las antigüedades y las falsificaciones. Raj me ha contado varias historias alucinantes (aunque ninguna de ellas, debo precisar, sobre asesinatos). Vaya un agradecimiento al Luca Buttaci del mundo real por prestarme tu nombre y una disculpa a tu madre, Kay, por haberte convertido en un personaje tan malvado. Ella me aseguró que no pasaba nada. Finalmente, el personaje de Bob *el Informático* es pura ficción, pero me gustaría expresar mi gran admiración por John, que vive en la misma urbanización de jubilados que mi madre y que preparó sus ordenadores para que todo el mundo pudiera disfrutar de la Nochevieja con tres horas de antelación. No os sorprenderá saber que John es una persona tan humilde que no desea que conste aquí su nombre completo.

A mi familia, mi gratitud eterna. Gracias a mis hijos, Ruby y

Sonny, que siguen deleitándome con sus logros. A mi madre, Brenda, que conserva intacta su curiosidad por el mundo. A mi hermano, Mat, y su maravillosa mujer, Anissa, y a mi tía Jan, que ha pasado por un mal momento este año y lo ha encarado con gran valentía.

También, desde luego, gracias a mi estupenda nueva familia política. Me siento inmensamente afortunado por haber sido recibido con los brazos abiertos en el mundo de Richard, Salome, Jo, Matt, Nicola y, en especial, mis nuevos sobrinos, Mika, Leo y Neni.

Y, por supuesto, el motivo de esta nueva familia mía es mi hermosa mujer, Ingrid. Gracias, Ingrid, por este año maravilloso. Gracias por tu amor, tu sabiduría, tu brillantez y por saber, siempre, cómo conseguir que el libro mejore. Y gracias por todo lo que has aportado a mi vida, en particular la incomparable Liesl, nuestra gata. Os quiero a las dos.

Me da mucha pena pensar que nunca voy a tener la oportunidad de conocer al padre de Ingrid, Wilfried, así que le di un cameo en este libro para poder presentarme a él y, también, para darle las gracias. Espero gustarle para su hija.

Por último, quisiera expresar otro reconocimiento especial en este libro a todos aquellos que han perdido a seres queridos como consecuencia de la demencia senil o que conviven con familiares que la padecen. Este libro está dedicado a mis queridos abuelos, Fred y Jessie Wright. Ambos vieron cómo sus mentes agudas, valientes y divertidas sucumbían, por distintos motivos, hacia el final de sus vidas. Pensé en ellos mientras escribía sobre Stephen, en ellos y en muchas otras personas, especialmente Hazel Buck, madre de la maravillosa Lucy Buck, quien no paró de sonreír durante una comida que compartimos en Sussex cuando estaba escribiendo *El último en morir*. A Fred, a Jessie, a Hazel, a Lucy y Didi, y a tantos otros millones de personas, independientemente de cómo lo estéis viviendo y cómo lo estéis encarando, os envío fuerza y amor.

El último en morir
Richard Osman

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Last Devil to Die*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la portada, © Shutterstock y © Penguin Random House UK

The Thursday Murder Club 4 © by Richard Osman

© de la traducción, Albert Fuentes Sánchez, 2023

© Editorial Planeta, S.A., 2023
Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

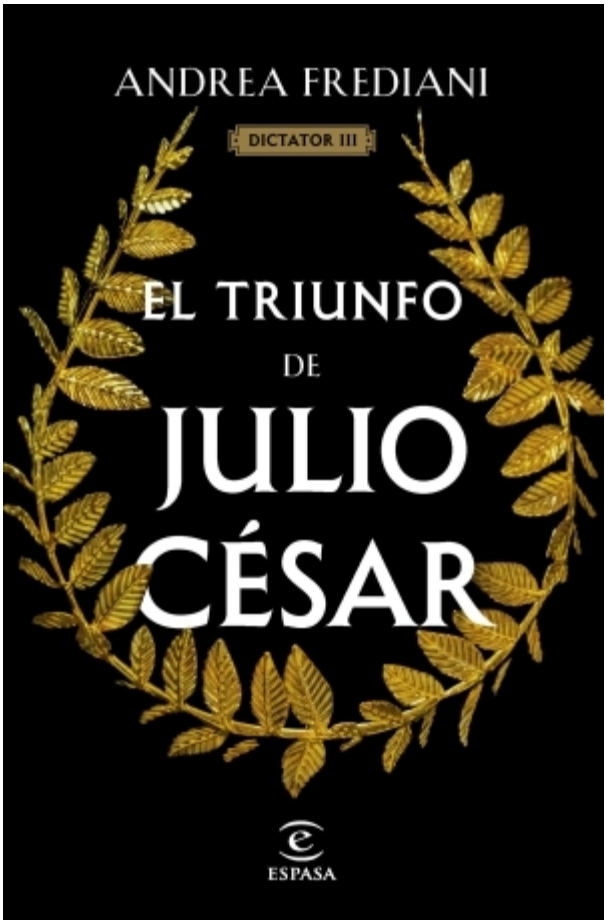
Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2023

ISBN: 978-84-670-7148-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!


ANDREA FREDIANI
DICTATOR III
EL TRIUNFO
DE
JULIO
CÉSAR
ESPASA

El triunfo de Julio César (Serie Dictator 3)

Frediani, Andrea
9788467071818
496 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La gran trilogía sobre Julio César. La leyenda acaba aquí. En Hispania se librará la batalla que cambiará para siempre la Historia.

A pesar de la gran victoria de Farsalia y la muerte de Pompeyo, la guerra civil no ha terminado para Julio César. Sus oponentes se han atrincherado en África y desde allí están preparando la revuelta. Así, después de haber aniquilado la amenaza de Farnaces, el rey del Ponto, y sofocada la revuelta de los soldados, el dictador no tiene más remedio que enfrentarse a sus enemigos. La campaña africana será agotadora, también porque Julio César se verá obligado a lidiar con su propio declive: desgastado por años de guerra y luchas. Una vez más, sin embargo, gracias a su suerte y, sobre todo, a la ayuda de quienes lo apoyan -desde el fiel Ortwin, hasta sus lugartenientes más secretos-, el dictador logra ganar la guerra, eliminar a la mayoría de los oponentes y regresar a Roma triunfante. Sin embargo, algunos enemigos aún sobreviven... Y es en Hispania donde se produce el enfrentamiento entre el dictador y los que aún se niegan a aceptar su poder.

En esta la última y dramática batalla de la trilogía *Dictator* confluyen los destinos de Pompeyo el Joven, Quinto Labieno, hijo de Tito, y los alemanes Ortwin y Veleda.

Cómpralo y empieza a leer

Juan del Val
Bocabesada
ESPASA

Bocabesada

Val, Juan del
9788467071061
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La vida siempre supera al mejor de los guiones

...una productora de series de televisión que está en un portal que está en una calle que está en uno de los mejores barrios de la ciudad…

Por las páginas de *Bocabesada* aparecen un colaborador televisivo, autor de éxito en crisis; mujeres inteligentes presas de sus errores; puro amor en la tercera edad; directivos mediocres; gente que se muere; un ministro
y una puta encantada de serlo.

En un mundo donde cada vez hay más fronteras y más líneas rojas, en *Bocabesada* no existen ni siquiera entre la novela y la vida.

No es realidad, no es ficción, es ambas.

Tierna, ácida, provocadora y brillante, en *Bocabesada* está a punto de producirse un giro de guion inesperado.

Tras el éxito de *Delparaíso*, Juan del Val se consolida como uno de los mejores autores de narrativa en español.

La crítica ha dicho de *Delparaíso*:

«Una realidad con la que empatizar de inmediato, un tono cautivador y un estilo evolvente y fluido. Como una película que entretiene y absorbe». *El Cultural*

«Tan incómoda como cautivadora». *La Razón*

Los lectores han dicho de *Delparaíso*:

«Juan vuelve a engancharnos desde la primera página, con historias normales que van entrelazándose y capturando tu atención de tal forma que no puedes dejar de leer y no quieres que acabe». Cristina

«Sin poder parar de leer, la novela te engancha con personajes muy bien caracterizados, giros inesperados y un ritmo ágil que te demuestra que al final, el dinero no lo es todo. El autor, Juan del Val, me era desconocido. Ahora, es uno de mis favoritos». Sara

«¡Totalmente enamorada de este libro y de su autor Juan del Val! Enganche absoluto desde el momento de sentarme y empezar a leer, con *Candela* me pasó lo mismo. Gracias Juan del Val por estos regalos que nos das en forma de libros». Cliente Amazon

Cómpralo y empieza a leer

FERNANDO
GARCÍA DE CORTÁZAR

Con la colaboración de Eduardo Torrilla

ÉRASE UNA VEZ EUROPA

Senderos de justicia, tolerancia y libertad

ESPASA

Érase una vez Europa

García de Cortázar, Fernando
9788467071931
480 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El legado humanístico de Europa y el legado de un gran historiador y humanista, Fernando García de Cortázar.

Europa es la ambición de la Atenas de Pericles y la idea de la democracia; el aniquilamiento de los enemigos y el sermón de la montaña; los tiranos descritos por Tácito y las reflexiones morales de Cicerón, Séneca y Marco Aurelio; la persecución feroz de los herejes y el llamamiento a la tolerancia; la depredación que surca los mares con los barcos exploradores y la crítica de la explotación de poblaciones indefensas; el Índice de libros prohibidos y el gran combate por la libertad de expresión; el siniestro negocio de la esclavitud y la Declaración de los Derechos del Hombre; el Gulag y la caída del Muro de Berlín; el Holocausto y la derrota del nazismo. Europa ha engendrado una galería cambiante de monstruos. Pero también ha dado a luz a los hombres y mujeres que se han enfrentado y han vencido a esos monstruos.

Con **gran sensibilidad y potencia narrativa**, combinando la imaginación literaria con el conocimiento histórico más serio, Fernando García de Cortázar nos recuerda en esta **personalísima biografía de Europa** que el Viejo Continente no se puede identificar eternamente con sus sombras: sus tiranos, sus guerras, sus fechorías y granujas.

Muy al contrario, debe mirarse también en sus luces, debe contemplarse en sus héroes: aquellas personas que, en las horas más críticas, comprendieron que la única civilización posible es la que une

al ser humano contra la barbarie, hombres y mujeres que supieron alumbrar senderos de justicia, bondad, tolerancia y libertad.

Cómpralo y empieza a leer

MARIAN ROJAS ESTAPÉ

CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS

Cómo hacer que te pasen cosas buenas

Rojas Estapé, Marian
9788467053982
232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Disfruta el presente, supera el pasado y mira con ilusión el futuro

¿Eres consciente de que tu manera de gestionar los conflictos te puede predisponer a sufrir ansiedad o depresión, las enfermedades más frecuentes del siglo XXI?
Para la doctora **Marian Rojas Estapé** la felicidad consiste en vivir instalado de forma sana en el presente, habiendo superado las heridas del pasado y mirando con ilusión al futuro. Muchos de los trastornos que padecemos provienen de la incapacidad para gestionar nuestro presente. La felicidad no es lo que nos pasa, sino cómo interpretamos lo que nos pasa.
En *Cómo hacer que te pasen cosas buenas* entenderás la importancia de aprender a enfocar tu atención y descubrirás pautas para combatir los miedos, las angustias y cómo canalizar las emociones negativas que te llegan a bloquear física y mentalmente.

Cómpralo y empieza a leer

LUNA PAREDES

DALE *a la* LENGUA

Trucos para hablar y escribir bien

ESPASA

Dale a la lengua

Paredes, Luna

9788467071948

224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un acercamiento diferente a las dudas y dificultades a la hora de expresarnos correctamente.

Nuestra lengua, nuestro idioma, es el vehículo que nos une y con el que nos comunicamos. Pero, a veces, dudamos. Y nos estrellamos: no entendemos, no nos entienden. Este libro propone un **acercamiento diferente** a las dificultades que se nos cruzan en el camino cuando hablamos y escribimos. Por qué caemos en el dequeísmo; cómo se escriben las siglas; dónde debemos usar la mayúscula; cómo podemos evitar el laísmo; qué está pasando con el género; por qué nos encanta la redundancia o para qué sirven las comillas.

La intención es **acercarte la lengua** a ti, al hablante, **desde la actualidad, desde lo cotidiano**. Contarte cómo usamos nuestro idioma y ofrecerte algunos trucos para entender dónde nos equivocamos y cómo solucionarlo. Y hacerlo en un **tono distendido, cercano y divertido**, pero siempre con las **normas académicas** como código de circulación.

Cómpralo y empieza a leer